



EL BEBÉ
INESPERADO
DEL SEDUCTOR
Multimillonario

NICKI JACKSON

Tabla de Contenido

El bebé inesperado del seductor multimillonario

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Epílogo](#)

OTRA HISTORIA QUE TE PODRÍA GUSTAR

Su Asesino de la Mafia

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)

El bebé inesperado del seductor multimillonario
Por: Nicki Jackson

Todos los derechos reservados. Copyright 2017 Nicki Jackson.

[HAZ CLIC AQUI](#)

**para suscribirte a mi newsletter para lanzamientos de
libros exclusivos, actualizaciones y más.**

Capítulo Uno

Sarah veía a Santino Orlando desde su posición junto a las enormes columnas que rodeaban la sala de fiestas. Su gracia natural y la seguridad total y absoluta estampada sobre sus rasgos denotaban una vida pasada entre lujos. Ella reconoció esa mirada y ese comportamiento porque no habían formado parte de su naturaleza en su vida hasta el día en que había luchado por librarse de la maldición y por hacerse un nombre.

Estaba claro que el italiano alto de pelo oscuro y ojos marrón chocolate no había pasado ni un día de su vida con necesidades o sin lujos. Santino Orlando era una fuerza que había que tener en cuenta, y ella tenía planeado encontrarse con él exactamente en media hora en una de las enormes salas de debate del local para lanzar un concepto publicitario para su empresa de juguetes.

Este evento en España había reunido a propietarios de corporaciones y una variedad de magnates, además de a los nombres más destacados en la industria de la publicidad. Ella estaba ahí representando a su empresa, decidida a conseguir como cliente a la empresa de juguetes BubFun de Santino Orlando.

La oportunidad era enorme y, probablemente, Santino Orlando era el mayor cliente al que se dirigiría jamás. Asegurar el contrato significaría que el ascenso que había estado esperando durante meses estaría a su alcance. Pero había un problema: no esperaba que el hombre fuera un tío que estaba como un cañón.

Su minuciosa investigación sobre ese hombre le había mostrado el tipo de vida que llevaba, sus gustos y sus preferencias y todo aquello sobre lo que la prensa informaba, pero la cámara no le había hecho justicia. Su carismática aura le hacía parecer invencible, poderoso e increíblemente feroz.

Ella se habría sentido intimidada, pero había un problema: a Sarah Montgomery no la intimidaba nadie. No importaba lo que él hiciera o si ganaba millones o el hecho de que probablemente él gastara más en unas vacaciones de lo que ella ganaba en un año entero. Nada la afectaba. Estaba segura de su último concepto; la creatividad en su publicidad estaba llena de todo lo que ella sabía que él no podría rechazar, y su confianza le había servido de mucho en el pasado.

Ella pasó la mirada por sus amplios hombros y por el traje gris pizarra que se adhería a su cuerpo contorneado y musculoso. Tenía las manos fuertes y con sus dedos largos se ajustó la corbata. Aunque estaba al menos a nueve

metros de distancia, ella podía sentir el aura de su autoridad golpeándola en oleadas. Se convenció a sí misma de que solo lo miraba porque quería conocer a su cliente antes de que él fuera a la sala de presentación donde todo estaba preparado esperando su llegada.

Tenía una nariz prominente, ligeramente levantada en el centro, los labios cincelados y la línea de la mandíbula tan marcada que era terriblemente agradable a la vista. Y, justo cuando ella se movió ligeramente para apoyarse sobre la columna y mirarlo con mayor comodidad, él levantó la mirada y se cruzó con la de ella.

A ella le latió el corazón sin control cuando él posó su mirada castaña y cálida sobre ella. Se quedó helada, incapaz de moverse y, para mayor horror, se dio cuenta de que ese hombre no solo desprendía poder. También había muchísimo atractivo, tan denso y concentrado que hizo que le temblaran las piernas y que sus rodillas empezaran a flaquear. El cuerpo le respondió de forma traicionera, se le agitó el estómago y el calor invadió el espacio entre sus piernas. Él entrecerró los ojos al ver que ella no apartaba la mirada, pero la paralizaba la debilidad. El momento fue intenso y quedó grabado en su memoria para siempre. Era incapaz de negarles a sus sentidos el placer de mantenerle la mirada a ese hombre. Y, justo cuando pensaba que moriría por la inoportuna lujuria que le corría por las venas, él sonrió.

Él suavizó la mirada y el hombre que ella había juzgado de distante, frío e inaccesible se transformó delante de ella. La fachada de magnate frío y despiadado se desvaneció. Sintió que lo conocía desde hacía mucho tiempo.

Justo cuando ella se convenció de que el contacto de sus miradas podía interpretarse como un coqueteo y de que era una cosa horrible que hacer minutos antes de conocerlo, una mujer se movió entre ellos y rompió el momento.

Sarah se dio la vuelta, deslizándose la espalda sobre la columna circular y acoplándose a ella. Su respiración era fuerte y apretó los ojos, haciendo un esfuerzo por entender lo que la acababa de superar.

—¡En serio! —se susurró a sí misma con enfado—. No puede ser.

Había ocurrido lo impensable. Estaba nerviosa. Nerviosa por conocerlo, nerviosa por volver a mirar sus ojos magnéticos e intensos, y nerviosa por poder derrumbarse de placer si volvía a sonreírle.

Sarah miró hacia la puerta de la sala de conferencias. Por suerte, mientras estaba junto a la pantalla del proyector y revisaba sus notas, había conseguido

calmar sus nervios por completo. Con un gran aplomo esperaba ahora a que Santino apareciera. Se convenció enérgicamente de que estaba bien y de que la increíble aura de un hombre, y aún más su increíble sonrisa, no eran suficiente para agitar sus nervios.

Pero cuando el hombre entró sigilosamente en la sala sin siquiera mirarla, a ella se le hundió el estómago hasta el suelo. Le pareció que sus sentidos la habían traicionado y que esa conexión física nunca había existido. «No seas estúpida, Sarah. Esto son negocios».

Ella comenzó su presentación cuidadosamente ensayada con un saludo para romper el hielo.

—Buenas tardes, Sr. Orlando.

Él alzó la mirada hacia ella, sonriendo lentamente al tiempo que sus ojos se iluminaban. Mientras se acomodaba en su silla detrás de la enorme mesa, él dijo «Hola».

—Uhh... hola. —Ella no pudo evitar reírse entre dientes. La mezcla de nervios, atracción y confusión la hicieron reírse con nervios.

—Me alegro de verla otra vez. —Él sonrió.

Sarah no podía contenerse. Ignorando a los cuatro ocupantes de la sala, se rio de nuevo.

—Sí, me alegro mucho de volver a verlo, Sr. Orlando.

Él se reclinó en su asiento. Su mirada era cálida, cercana y de un decadente marrón chocolate.

—Por favor, llámame Santino.

Un silencio invadió la sala y lo único que ella podía oír era el latido de su propio corazón.

—Claro, Santino. Soy Sarah Montgomery.

—¿Puedo llamarte Sarah?

Sarah torció los labios al ver el coqueteo aniñado en sus ojos. Estaba jugando con ella e ignorando deliberadamente a las personas que estaban a su alrededor. Como si ni siquiera le importara que fueran espectadores de su no demasiado sutil coqueteo. «No es coqueteo. Solo está siendo simpático».

—Puedes.

—Estupendo. ¿Y qué tienes para mí hoy, Sarah?

—Ehh... —Sarah volvió a la realidad con un ruido sordo y, por un momento, se quedó completamente en blanco mientras miraba fijamente la pantalla del ordenador, preguntándose en qué idioma estaba escrita, a pesar de que había creado toda la presentación ella sola. Entonces se le despejó la

mente. «Céntrate. Céntrate. Esto es importante». Él podía pensar que era divertido coquetear en medio de un negocio, pero ese hombre se iba a ir a otra agencia dentro de una hora y ella tenía que asegurar ese contrato.

De esa forma, Sarah se recompuso y siguió adelante con la presentación. Su voz era fuerte, sus palabras eran elocuentes, y demostraba que creía en su discurso publicitario con toda su alma. El hombre divertido, valiente y guapo se transformó en un profesional de los negocios, su sonrisa insinuante se evaporó y quedó reemplazada por algo más intenso que ardía en sus ojos, y ella se alegró de que Santino Orlando se tomara en serio sus negocios.

Santino nunca había visto algo igual a Sarah Montgomery. Algo de ella le hablaba a otro nivel. Esa mujer guapa era tan fuerte que con su voz ponía a todos en trance. Tan segura, tan confiada como si se viera preparada para conquistar el mundo y estuviera segura de conseguirlo. Él recorrió su cara con su mirada, deleitándose con la forma en que se movían sus labios suaves y voluptuosos. Eran gruesos, tenía la nariz pequeña y recta y la cara con forma de corazón enmarcada por un pelo abundante y oscuro que descansaba sobre sus hombros.

Aun así, eran sus ojos los que le fascinaban. Tenían un color extraño, ni marrón ni verde, y quería poder pararla un momento, agarrarle la cara y mirarla fijamente hasta descubrirlo.

No estaba escuchando el discurso. En absoluto. No era porque no quisiera. Él quería hacerlo desesperadamente. Después de todo, se esperaba que diera su punto de vista al respecto, hacer preguntas y aprobar o rechazar el concepto que ella estaba explicando apasionadamente. Solo era... que no era capaz de hacerlo. «¿De qué color son sus ojos?».

La chaqueta negra del traje de ella estaba recogida en la cintura. No estaba orgulloso de admitirlo, pero cuando ella se giró hacia un lado, él fijó sus ojos con regocijo en sus voluptuosas caderas. Sus pechos eran perfectamente proporcionados y llenaban la chaqueta del traje de forma agradable. La camisa era morada oscura, destacando su perfecta tez pálida.

Fue un discurso corto, de quince minutos; ese era el tiempo que les había asignado a las agencias que querían conocerlo para conseguir el contrato con su empresa de juguetes. Y demasiado pronto, ella había terminado. Haciendo una pausa con una sonrisa, ella esperó a que él empezara a interrogarla.

Pero él no tenía ninguna pregunta. Prácticamente no había escuchado su discurso. Había estado tan absorto con su forma de presentar que no se había

concentrado en lo que estaba diciendo. Y se odiaba por ello. Ojalá no la hubiera visto mirándolo en la sala de fiestas; ojalá no la hubiera visto en la distancia y no hubiera pensado que era preciosa. Había pensado en buscarla después del discurso y, como él era afortunado en todos los cometidos de su vida, el destino la había llevado hasta él.

—¿Tiene alguna pregunta? ¿Comentarios? —Sarah parecía tener pánico.

Él parecía estar en blanco. Estaba en las nubes, como pensando «de qué coño estabas hablando». Ella seguramente pensó que sus quince minutos habían sido un desperdicio y que él ni siquiera tenía intención de responder. Empezó a apagar el ordenador.

—Gracias por su tiempo, Sr. Orlando.

—En realidad sí que tengo una pregunta. —Se enderezó en la silla, sintiendo que todos los ojos alrededor de la mesa lo miraban mientras ella esperaba su valiosa opinión.

—¿Sí?

Él sonrió de medio lado, se aclaró la garganta y entrecerró los ojos mientras ella le mantenía la mirada.

—¿Qué haces esta noche?

Capítulo Dos

—¡Oh, Dios mío! —gritó Tara al tiempo que salía de la sala de reuniones junto a Sarah.

—Shhh. Cállate —susurró Sarah.

«Confía en Tara para que una situación incómoda sea todavía más incómoda».

—¡Te ha pedido salir!

—Shhh. Cállate, Tara —susurró ella enfadada con los dientes apretados.

—¿Sarah?

Su voz la paralizó y ella se giró con una sonrisa mientras Santino permanecía ahí con el brazo extendido hacia ella.

—Sarah, me gustaría presentarte de manera informal a mi director de marketing y buen amigo Mark Bosworth.

Sarah extendió la mano y saludó a Mark educadamente, calmando su ataque de nervios.

—¿Qué te ha parecido el discurso, Mark? —le preguntó Santino, desesperado por exculparse por parecer tan poco atento durante la presentación.

Mark la miró y ella se alegró de que al menos él fuera profesional.

—Creo que es un concepto muy prometedor. Es creativo y diferente. Inusual. Nos gusta lo inusual. Es lo nuestro.

Sarah sonrió, animada por el comentario.

—Me alegro mucho de saber eso. —Por fin. Al menos alguien tenía algo que decir sobre su duro trabajo.

Entonces Santino puso su enorme mano con calma y de forma posesiva sobre la zona baja de la espalda de ella, se disculpó por Mark y la mente de Sarah se esfumó.

—Me gustaría hablar contigo a solas. Por aquí, por favor.

—Hmmm, vale. —Sarah no podía evitar la perturbadora sensación de que estaba haciendo algo malo al ir con él. Aunque ella quería quedarse a su lado para seguir sintiendo su mano sobre su cintura, había unos límites de poca profesionalidad que no quería cruzar.

Después de caminar juntos varios metros más por el local, por fin ella se detuvo y se puso frente a él. Mala elección. Cuando él se detuvo, él estaba a solo un metro de su cara. Sus labios preciosos y cincelados estaban a treinta centímetros de los de ella.

—¿Está todo bien? —preguntó ella, preocupada por un momento.

—Sí, está todo genial.

—¿Entonces por qué hemos tenido que venir hasta aquí solo para hablar?

En respuesta, Santino se rio y el sonido profundo de su garganta hizo que sus costillas se apretaran alrededor de sus órganos para que no explotaran de delirio.

—Porque sí.

Sarah apartó su lado profesional por un instante. Sin duda, a él no le interesaba ser profesional.

—¿Porque sí? Estoy segura de que puedes darme una buena razón.

Santino apretó los labios, la liberó y la miró con intensidad.

—Vale, te diré la verdad. —Cuando ella esperaba oír su excusa, se dibujó una leve sonrisa en los labios de él y la desafió con sus ojos misteriosos. Él inhaló bruscamente.

—Tengo que llevarte a un sitio que no sea tan oscuro y lúgubre.

La confusión de Sarah sacó lo mejor de ella. Ella arrugó la cara, olvidando que era uno de los mayores clientes que habían tenido jamás, olvidando que tenía mucho que ganar al asegurar ese contrato, olvidando que eso era una reunión profesional y que su empresa no la había enviado hasta Madrid desde Nueva York para jugar con ese tío.

—¿Por qué?

—Porque necesito un lugar con buena luz para ver el color de tus ojos.

Sarah se resistió, pero no podía contener su atracción por ese hombre.

¿Qué diablos estaba pasando? Ardía por dentro por la excitación, la alegría y el deseo por ese hombre tan seguro y maravilloso que sin duda era demasiado honesto para mentirle aunque la situación fuera tan inapropiada.

Entonces le golpeó un aviso desalentador: ese hombre era un mujeriego.

Todas las mujeres de entre dieciséis y noventa años conocían a ese hombre, y no, no era por ser el mayor fabricante de juguetes de los Estados Unidos. Desde que apareció en un reality show en el que las mujeres intentaban que él las eligiera, se había convertido en un nombre conocido, en un símbolo sexual.

También había ganado mala fama por dejar a la finalista a unas semanas de que terminara el programa. Afortunadamente, ese recuerdo la ayudó a recobrar su profesionalidad y a eliminar la sonrisa añorada de la cara. Justo a tiempo. Sarah Montgomery no era como otras mujeres. No estaba preparada para caer rendida a sus pies y jadear su nombre de forma ardiente. De ninguna manera. Podía estar acostumbrado a que las mujeres le cayeran por

la izquierda, por la derecha y por el centro, pero ella no era una de esas mujeres. Sin duda, era guapísimo. Sin duda, era uno de los solteros más deseados del país por su aspecto y su dinero. Pero nada la impresionaba lo suficiente para destruir su dignidad. Ella era muchas cosas, pero no era fácil. Y la curiosidad que él tenía por el color de sus ojos de pronto no era tan adulatora.

—¿Disculpa? ¿Quieres llevarme a otro sitio para ver el color de mis ojos? La severidad de su tono solo parecía hacerle sonreír más.

—Me está volviendo loco. No son marrones, no son verdes. Y este puto local es tan oscuro que cualquiera pensaría que se celebraba un funeral y no un evento de negocios.

Él se rio entre dientes cuando Sarah resopló ante ese comentario indignante, fuera de tono y poco respetuoso y miró alrededor. Afortunadamente, nadie lo había oído.

—¿Por qué esa obsesión con mis ojos? Esto es una reunión profesional, ya lo sabes.

—Sí, por eso te he preguntado qué haces esta noche, para que podamos vernos de forma no profesional.

Sarah contuvo una sonrisa. Era muy difícil mantenerse indiferente a él. Era adorable, pero notaba que su poder y su severidad estaban atados.

—¿Tienes alguna idea de lo inapropiado que es esto?

—Sí. Pero tampoco me importa porque esas reglas las han puesto las personas y, para ser honesto, no me importa lo más mínimo cómo espera la gente que me comporte.

«Ohh. Un rebelde. Como yo». Estaba enganchada.

—Nunca lo había visto así, y soy una persona a la que le encanta desafiar las normas.

Él debía de haber visto su expresión reacia porque su sonrisa se hizo más amplia.

—¿En serio? Sería muy divertido salir juntos, ¿no crees? ¿Qué haces esta noche?

Ella se rio entre dientes.

—Me iré a la cama. Sola. Y temprano.

—Me gusta que te vayas sola. No me gusta que te vayas temprano.

La sonrisa de Sarah se heló y una corriente cálida de lujuria se escapó de su control al golpearla. Ella respiró profundamente y se urgió a decir algo, pero su lengua no cooperaba. Aunque lo hubiera hecho, su mente no era

capaz de darle ninguna orden en poco tiempo. Porque la forma en la que él la miraba era un espejo de todo lo que ella sentía. Lujuria intensa. Avidez. La química sexual estalló entre ellos al tiempo que ella olvidaba dónde estaban y por qué estaban ahí.

Por fin, él respiró hondo e interrumpió el contacto visual.

—Si estás ocupada esta noche, ¿qué te parece mañana por la noche?

—No sé mañana. —Ella sonrió lentamente mientras su cabeza le gritaba que dijera que sí. Pero la profesional que había en ella se negaba a ser parte de ese indescriptible absurdo. Y tenía la sensación de que él estaba acostumbrado a que las mujeres le dijeran que sí sin dudar. Sin embargo, él parecía divertirse con la situación.

Justo cuando ella pensaba que había logrado su misión de rechazarlo educadamente, un hombre que hablaba en italiano los interrumpió. Santino le respondió en inglés y el hombre captó la indirecta, disculpándose por sus malos modales e incluyéndola en la conversación.

Diez minutos más tarde, cuando el hombre se alejaba, Sarah estaba preparando una forma de utilizar la oportunidad para excusarse cuando Santino señaló con emoción.

—Vaya, mira. Ese rincón está muy iluminado. Vamos ahí.

Su entusiasmo infantil y el infinito interés por descubrir el color de sus ojos la conquistaron. Ella se rio y él se rio con ella.

Santino no parecía un hombre que se rindiera fácilmente. Por más que ella intentara rechazarlo y aplacar su interés, parecía que eso no iba a suceder. Esta noche no. No con ella.

—Entonces, ¿nos vamos?

—¡Claro! —dijo ella con una exasperación fingida. Pero le encantaban su atención y su sonrisa al poner la mano sobre su espalda, guiándola a un rincón apartado.

—Por fin.

Él se giró tan cerca que ella inhaló su esencia, la esencia intensa y distinta que calmó sus nervios y electrificó su cuerpo. Ella alzó la mirada hasta encontrarse con la de él y el corazón le subió a la garganta. Golpeada por su ardiente química sexual, ella tragó saliva cuando él se acercó aún más.

Él levantó las manos y deslizó los dedos lentamente sobre sus mejillas.

Sarah no se movió, no lo alejó y se esforzó por que sus ojos no se cerraran ante el delirante placer. Él arrastró las yemas de los dedos sobre sus mejillas y hacia sus orejas y le cogió la cara con las cálidas palmas de las

manos, manteniendo sus ojos presos mientras se acercaba.

—Son un poco... dorados.

En el momento más ardiente de su vida, Sarah se echó a reír.

Él le soltó la cara y se rio en bajo.

—No, en serio. En realidad son dorados.

—Ámbar, Santino. Son color ámbar.

Él tragó y su sonrisa se desvaneció, quedando sustituida por una expresión de gran asombro.

—Sabes que los dos vamos a volver a Estados Unidos, ¿no? Estaré fuera de tu oficina cada tarde preguntándote si estás libre para salir.

Sarah contuvo una sonrisa.

—Eso estaría muy mal por tu parte, porque no puedo rechazarte si estamos compitiendo por tener a tu empresa como cliente.

Él agitó la cabeza.

—No quiero que quedes conmigo por el contrato. Quiero que quedes conmigo porque quieras quedar.

—Ya veremos.

—Lo haremos. Por ahora... —Él deslizó los dedos por sus mejillas otra vez, y a ella se le entrecortó la respiración al intentar ocultar el hecho de que estaba desesperada por su contacto.

—Creo que estaba a punto de besarte.

Sarah abrió los ojos de par en par y se rio horrorizada.

—Me estás vacilando.

—No. —Pero él esperó a quince centímetros de ella, mirándole a los labios con ansia.

Sin pensar conscientemente, Sarah bajó la mirada hacia su boca y el tiempo se detuvo. «Tranquilízate. Está acostumbrado a esto. Se cree que puede conseguir a quien quiera. Esto no va a pasar». Ella se inclinó hacia delante y giró la cabeza hacia un lado en el último momento, ofreciéndole la mejilla.

Él apretó los labios sobre su piel en el beso más dulce.

Santino asintió sonriendo mientras le soltaba la cara y se retiraba.

—¿Te apetece tomar algo?

—Creo... —Ella dio un paso a un lado con una sonrisa, pero era casi doloroso alejarse de él—. Voy a volver a mi hotel para descansar.

Él asintió y se metió las manos en los bolsillos.

—Supongo que te veré pronto.

—Ajá... —Ella se dio la vuelta y solo había dado dos pasos cuando se mordió el labio inferior y apretó los ojos. Inspirando profundamente, se giró en contra de su buen juicio—. ¿A qué hora me puedes recoger mañana?

Santino sonrió de oreja a oreja y los ojos marrones le ardían mientras le mantenía la mirada.

—¿A las cinco de la tarde te va bien?

Capítulo Tres

—Por favor, ¿vas a dejar de hablar de esto?

Tara resopló con un dolor fingido.

—¿Por qué? Solo necesito saber cosas, ¿sabes? Vosotros habéis estado hablando durante un buen rato y...

—Y yo no quiero hablar de eso —la reprendió Sarah de buen humor—. ¿Vale?

—¿Adónde te va a llevar esta noche?

Sarah suspiró. Tara era un caso perdido. Siempre era muy habladora e indescritiblemente intrusiva.

—No lo sé, Tara. No le he preguntado adónde quiere ir ni lo que quiere comer ni lo que se va a poner.

—¿Pero estás segura de que es una cita de negocios?

—¡Sí! —mintió Sarah, deseando que su cara no la delatara.

—Pues vale. Me voy a mi habitación a aburrirme y no hacer nada mientras tú sales a hablar con ese cliente tan guapo.

Sarah se alegraba de que Tara se marchara. Estaba demasiado nerviosa para tener que lidiar con su habladora amiga. Cogió su bolsito, se puso el abrigo sobre el vestido plisado azul cobalto y se soltó el pelo. Mirándose al espejo, le asintió a su maquillaje casi imperceptible, un tono rosa en los labios, y salió de la habitación del hotel hacia el recibidor.

Llegaba diez minutos pronto y miró alrededor del recibidor en busca de un lugar cómodo donde sentarse a esperarlo, pero entonces vio a Santino levantarse de una zona cómoda del sofá con una sonrisa en la cara. El corazón le latió con fuerza con la mirada que le dirigió. Esperaba estar tranquila y compuesta cuando lo viera, pero no lo estaba. Él la había besado en la mejilla antes. Ya nada era profesional. La estaba llevando quién sabía adónde. Era una cita muy, muy poco profesional.

—Hola —dijo Sarah con nervios—. Llegas pronto.

—No quería hacer esperar a mi mujer.

«Mi mujer. Qué encantador. ¡Mujeriego!». Intentaba estar enfadada, pero no lo conseguía. Ya era demasiado bueno controlándola. Y a ella le aterrorizaba que fuera perfectamente capaz de manipularla como quisiera, como a una marioneta. Simplemente podía hacerlo. Sin siquiera intentarlo.

Él la guio fuera del hotel hasta la limusina. El conductor mantenía la puerta abierta al tiempo que él le tocaba lentamente la espalda para guiarla dentro. Sarah se deslizó dentro del lujoso interior y respiró hondo mientras él

se unía. Cuando él le dio instrucciones al conductor en italiano, ella se ahogó en el delicioso sonido de su acento mientras ese idioma magnífico y exótico salía rodando de sus labios como si fuera líquido. Quería atraparlo con su boca.

Él se giró hacia ella.

—¿Y qué has estado haciendo todo el día?

—Estuve en la conferencia otra vez, solo un par de horas. Tenía que ver a otro cliente.

—Oh... —Santino la miró con cautela—. ¿Ha ido bien?

Ella se encogió de hombros.

—Nos vamos a reunir mañana para hablarlo de nuevo.

Santino parecía curiosamente celoso.

—¿Te va a llevar a cenar?

Sarah se rio en bajo.

—¿Puedes al menos intentar ser un poco más sutil?

—Lo siento. Soy bastante directo con las cosas; el engaño no es mi punto fuerte.

—Me alegro de oír eso —dijo ella con suavidad.

Él sonrió.

—¿Entonces qué es? ¿Una cita para cenar?

—¡No! —Ella se rio—. Tenemos una reunión programada mañana por la mañana en su oficina.

—Vale, suena bien. Avísame si necesitas ayuda.

Ella asintió.

—Creo que soy perfectamente capaz de coger un taxi hasta su oficina y después volver a mi hotel.

Él sonrió.

—Entendido.

Hablaron sobre cosas aleatorias relacionadas con la conferencia hasta que el coche se detuvo y Santino la condujo fuera. Una larga cola fuera de una discoteca hizo que ella entrecerrara los ojos.

—¿Vamos a entrar ahí? —preguntó ella.

Él asintió, cogiéndole la mano como si tuviera el derecho para hacerlo. La guio hasta el lateral del edificio, donde las puertas se abrieron para ellos, y Sarah se vio en un balcón situado por encima de la enorme pista de baile que había debajo.

—¡Vaya! Esto es genial.

—Lo es —admitió él.

—¡Sí! —Ella giró la cara hacia él, hablando más alto y acercándose para que pudiera oírla con la estridente música—. Creía que me iría de España sin echar un vistazo a la vida nocturna.

Él deslizó el brazo por su cintura y, por primera vez, Sarah disfrutó del momento sin ponerse nerviosa ni preocuparse por lo que podía parecer. Maldita sea. Estaban en una cita. No tenía sentido seguir negándolo.

Él la condujo a una zona VIP donde había varios grupos de gente sentada y charlando, y la música se oía menos por el cristal que la separaba del resto de la discoteca.

—¿Habías estado aquí antes?

—Sí. —Él extendió las manos sobre su abrigo y lo deslizó por sus brazos con una respiración entrecortada. El escote del vestido cobalto era modesto, pero el corpiño se ajustaba a tus curvas voluptuosas.

—Dios, estás preciosa —dijo él sin vergüenza.

—Gracias. Tú tampoco estás mal.

—¿Por qué no reservaste algo de tiempo para la vida nocturna cuando viniste aquí?

—Bueno, lo primero es que tenía tantas reuniones que no tenía tiempo. Lo segundo es que iría si tuviera buena compañía. Tara no es una buena pareja con la que salir a beber en un país extranjero. Es bastante difícil aguantarla en casa.

Él se rio.

—¿Quién es Tara?

—Mi amiga. También es mi compañera de trabajo. Estaba en el discurso, ¿te acuerdas? ¿La pelirroja con pecas?

Él agitó la cabeza.

—No vi a nadie más que a ti en ese discurso.

Ella sonrió y le golpeó en el brazo de forma juguetona.

—Deja de hacer eso.

Él sonrió.

—Continúa. ¿Por qué no podías salir con ella?

—Porque a Tara le encanta beber. A mí también, pero ella se pasa y a veces tengo que pedir ayuda a alguien porque se desmaya en la discoteca.

—Vaya.

—Exacto. No estaba preparada para tener esa responsabilidad en mis

manos en España. No va a pasar. —El camarero le dio una copa de champán y ella se rio de forma nerviosa—. ¿Qué estamos celebrando?

Él se acercó.

—Celebremos... que tu agencia ha asegurado el contrato con BubFun.

Ella se quedó inmóvil.

—¿Estás de broma?

—No.

A ella le cambió el gesto y empezó a mirar fijamente la copa mientras él las chocaba y esperaba a que ella gritara de alegría.

Pero no hizo nada de eso. En todo caso, parecía horrorizada de forma positiva.

—Has... No tenías que darle el contrato a mi agencia solo porque querías volver a verme.

Él sacudió la cabeza.

—Sarah, no haría eso ni en un millón de años.

—No, pero... Dios mío... —Ella se agarró la cara después de dejar la copa—. Por eso no quería salir de la esfera profesional. Esto está muy mal.

—Oye. —Él le cogió la mano y se la acercó, apretándola entre las palmas y frotándola ligeramente. Ella pareció calmarse al instante mirándole la cara—. Vale, tengo que confesar algo.

—¿Qué?

Él suspiró.

—Estaba tan ocupado mirándote mientras dabas el discurso que no he escuchado ni una palabra de lo que has presentado para el anuncio.

Ella negó con la cabeza.

—¿Ves? Esto ha sido una idea horrible. Debería... debería irme de aquí.

—No, escúchame. He pasado toda la mañana repasando la presentación que nos enviaste por correo electrónico, lo he hablado con mi gente y todos piensan que es un concepto fantástico. Por eso estoy de acuerdo.

Sarah respiró hondo.

—¿Lo prometes?

Él se rio en bajo.

—Lo prometo

—Vale.

—Vale. —Él le pasó la copa otra vez y las chocaron—. Por nosotros.

—Por nosotros.

Su deseo por ella aumentó aún más mientras daban un sorbo al champán.

—¿Bailas?

—¿Si bailo? A veces.

—Vamos. —Él se levantó y extendió la mano.

Sarah sonrió mientras la conducía por las escaleras hasta el centro de la pista de baile, poniendo las manos de ella sobre sus hombros al tiempo que él la agarraba de la cintura. El sitio estaba animado con el ritmo de la estupenda música que sonaba. Él la guiaba ajustando las manos alrededor de su cintura y, cuando le cogió las manos para hacerla girar, deslizó las manos desde sus muñecas hasta sus codos y después hasta sus hombros.

Sarah le mantenía la mirada, él le acarició la mejilla con los nudillos para retirar el pelo de la cara. Él estiró la mano sobre su mejilla de forma sensual, haciendo que el calor viajara a través de su cuerpo, endureciéndole el miembro y poniéndolo alerta al instante para recibir más. Él iba a tomarse su tiempo, a disfrutar del contacto, del aspecto que tenía ella con el rubor rosado en las mejillas. No tenía prisa.

Ella no intentaba decir nada. No podría escuchar las palabras con esa música de todas formas. Además, parecía estar tan absorta en el momento como él. Aunque otros cuerpos bailaban y se mecían a su alrededor, eran invisibles para él. Él le agarró la mejilla, cediendo al ansia de frotarle suavemente el labio inferior con la yema del pulgar. Sarah gimió en alto mientras él le arrastraba el labio inferior hacia abajo descubriendo sus dientes.

Un arrebató de lujuria lo agarró con sus implacables tentáculos. El calor le recorrió el cuerpo, sus muslos se tensaron y deseó besarla. Quería que su lengua se enredara con el sabor de su boca. Con la urgencia alimentándolo, se inclinó y presionó los labios sobre su mandíbula mientras el cuerpo de ella temblaba al agarrarlo. Él respiró acaloradamente en su oído mientras los hombros le temblaban por la tensión de la contención.

—Tu cuerpo está hecho para mis manos —susurró con fuerza para que lo escuchara con la música.

Sarah frenó con la música todavía sonando, pero su cuerpo se derretía en sus manos. Le rodeó el cuello con los brazos y acercó el cuerpo al de él. La erección dura y abultada se clavó en su ombligo. Ella gimió y puso la boca en la curva de su cuello, expandiendo el pecho al respirar profundamente.

Sus cuerpos no respondían a ningún ritmo, pero oscilaban ligeramente. Él presionó la frente sobre la de ella, deslizando las manos por su espalda y deteniéndose justo sobre sus caderas antes de volver a subir. Sarah echó la

cabeza hacia atrás y se agarró a su cuello, y él puso los labios sobre la suave línea de su garganta. Con la boca trazó un camino desde la garganta hasta la oreja. A ella se le escapó un fuerte jadeo cuando él le mordió el lóbulo.

Él la sujetó más cerca ajustando el brazo alrededor de su cintura y haciendo espacio para ella entre sus piernas. Parecía que ella estaba a punto de perder el equilibrio, pero él no la dejaría caer.

Antes de que él pudiera sucumbir al ansia de hacer algo inapropiado en la misma pista de baile, le cogió la mano y la alejó del baile por un pasillo más apartado. Era lo más lejos que podía ir antes de sucumbir al deseo, y presionó la espalda de ella contra la pared.

—Sarah... —susurró él, sujetándole la cara entre las palmas de las manos.

Ella esperó, jadeando.

—¿Tienes idea de lo que le haces a mi cuerpo?

Sarah le agarró los bíceps.

—¿Tienes idea de lo que le haces tú al mío?

Él bajó la boca bruscamente, tomando la de ella en un beso ansioso que les dejó sin aliento. Ella gemía en su boca y las vibraciones del sonido resonaban en el cuerpo de él. Él le mordió el labio inferior suavemente, después el labio superior, acariciando, memorizando esa boca voluptuosa que sabía a gloria y que se sentía aún mejor.

Cálidos fragmentos de lujuria le recorrieron el cuerpo, le tensaron los abdominales, le abultaron el miembro, avanzando con ardor mientras le agarraba la cara.

Sarah deslizó las manos por su cuerpo mientras él le devoraba la boca. La posesión de sus labios era frenética, casi castigadora, intentando reparar el tiempo que ella le había hecho esperar. Sus bocas estaban hechas para bailar con una sincronización perfecta, moviéndose de forma fluida, encontrándose con la lujuria del otro y, cuando él puso la lengua sobre su labio superior, ella perdió el control. Ella arrastró las manos hasta sus caderas y él gruñó en su boca, apretando su miembro contra ella para mostrarle el efecto que tenía sobre él.

Él le soltó la cara y ella sumergió la lengua atrevidamente en su boca. A él lo recorrió la satisfacción. La avidez de ella era igual a la de él. No era el único que estaba perdiendo el control y volviéndose loco con la química sexual que había entre ellos. Todo lo que ella hacía era intenso. Sus pequeñas manos sobre sus caderas lo acercaban mientras enredaba con atrevimiento su

lengua con la de él.

Él interrumpió el beso un instante y ella gimió quejándose y entrecerrando los ojos.

Su expresión le hizo sonreír entre fuertes jadeos.

—No voy a ninguna parte. Ten paciencia.

Capítulo Cuatro

En respuesta, Sarah deslizó una mano entre sus cuerpos y le agarró el miembro, que estaba atrapado a un lado en sus pantalones. Él se sacudió y apretó los ojos un instante.

—¿Hablas de paciencia? —susurró ella, que parecía deleitarse con la gruesa circunferencia que estaba agarrando. Ella pasó la palma de la mano a lo largo y, descifrando su tamaño, su sonrisa se desvaneció.

Él estaba demasiado absorto como para seguir jugando. Sin duda, ella lo estaba midiendo y se sorprendió con lo que estaba agarrando. Él habría sonreído con su expresión, pero estaba demasiado absorto con las intensas sensaciones que notaba al tener sus dedos sobre su miembro. Respirando profundamente, él deslizó los dedos a lo largo de sus brazos abajo y arriba, inclinando la cara hacia un lado mientras se hacía con los labios de ella de nuevo.

Sarah gimió y le mordió el labio inferior. Él se retiró suavemente, interrumpiendo el beso lentamente.

—Hazlo con calma.

Él pasó los labios suavemente sobre su boca, y Sarah sucumbió a su deseo con los labios débiles por un instante antes de seguir el ritmo lento de su beso.

—Eso es —susurró él en su boca—. Quiero disfrutar de esto.

Sarah parecía estar casi en trance. Automáticamente, movió la mano despacio sobre su miembro mientras la otra mano descansaba sin fuerza sobre su bíceps. Él jugaba con los labios, golpeándole el labio inferior con la lengua. Sarah abrió los ojos cuando los labios de él dejaron de estar en contacto con los suyos, pero él le clavó la lengua en la boca a un centímetro de distancia. Sarah le ofreció su lengua tocando la de él. Tras unos segundos largos y tortuosos, ella jadeó y capturó su boca en un beso ávido y cálido que ya no era suave. Era salvaje y ella parecía incapaz de contener su deseo por más tiempo.

Santino estaba volviéndose loco. Había pasado los últimos años con diferentes mujeres que no conectaban con él. Pero había encontrado a Sarah no en una reunión social, sino de negocios. Había marcado un límite a tener una aventura en el trabajo o una relación de negocios que pudiera conducir a esto. Pero con ella había sido inevitable. Incluso antes de que supiera que ella se relacionaría con su empresa en un contexto profesional, la había visto y se había sentido atraído por ella. Le habían cautivado su dulce cara, la inocencia

de sus rasgos y sus ojos tan diferentes.

Él sabía instintivamente que ella había visto y hecho cosas que habían afectado su forma de ser, y él estaba decidido a quitar esas capas, a descubrir lo que la movía y quién era. Estaba entusiasmado por saber que esa conexión se había traducido en una urgencia tímida pero voraz cuando ella estaba necesitada, y él no podía esperar más para probarlo.

Él no quería contenerse, pero era necesario que lo hiciera. Con sus entrañas gritándole que siguiera besándola, se retiró y le agarró los brazos.

—Deberíamos parar, ¿verdad?

—No. —Ella le mordió los labios otra vez.

—Sarah —susurró él mientras ella seguía besándolo, y su boca respondió automáticamente antes de que interrumpiera de nuevo el beso con dificultad

—. Sarah, deberíamos parar antes de que...

—No —gruñó ella casi enfadada.

Santino miró boquiabierto sus ojos ardientes, su cara ruborizada y sus labios hinchados. Tomando la decisión por ambos, él la agarró de la cintura y la arrastró hasta subir unas escaleras que había cerca.

A Sarah le resultaba difícil seguirle, aunque tenía una sensación distante de que estaba llevando un paso lento para que ella pudiera seguirle. No estaba segura de lo que ella misma quería. ¿Quería parar? ¿O no? Estaba demasiado absorta como para pensar con claridad. Él la llevó hasta el cubículo de cristal de la zona VIP donde se habían sentado antes, y Sarah entrecerró los ojos cuando él la llevó fuera de la discoteca por el lugar por donde habían entrado.

En silencio, dejó que su dominancia total y controladora se encargara. Estaba claro que él sabía lo que estaba haciendo. No parecía estar perturbado por la decisión. O la iba a llevar de vuelta al hotel o la iba a llevar a otro lugar. Quizá a un lugar con más privacidad.

En cuanto ella entró en la limusina, él se sentó a su lado. Sarah estaba jadeando por el increíble beso, por la lujuria y por el rápido paseo de vuelta a la limusina.

Santino la miró y golpeó la mano con furia contra el panel de botones que había a su izquierda. El sonido de la mampara de separación subiendo entre ellos y el conductor era suave y silencioso mientras él la miraba.

Ella levantó las cejas en duda y, al ver que él no decía nada, estuvo a punto de preguntar adónde iban cuando el sonido de la mampara se detuvo. Se había cerrado completamente. Estaban tan solos como podían estarlo en

un coche con conductor.

Santino le cogió la cara con las palmas de las manos, atrayéndola más cerca y atrapándole la boca con la suya. Sarah disfrutó del beso y, cuando él deslizó las manos por la parte delantera de su cuerpo, ella gimió en su boca. Él le rozó los pezones con los nudillos sobre el tejido del vestido. Cuando le cubrió el pecho con la mano y apretó, ella gimió en su boca y deslizó la mano por su muslo.

En cuanto ella empezó a tocarle el miembro por la parte delantera de los pantalones, Santino la puso sobre su regazo. Ella gimió al intentar mantener el equilibrio mientras se agarraba con las manos a sus amplios hombros. Interrumpiendo el beso, ella se retiró cuando él le levantó el vestido por los muslos, por las caderas y hasta la cintura. Jadeaban en un placer mutuo, mirando en silencio la cara del otro al tiempo que él deslizaba las manos por sus muslos, apretando la carne suave y volviendo a subir para cubrirle las caderas.

Sin aliento, Sarah se agarró al asiento por detrás de él, con las manos a ambos lados de su cabeza. Cuando llegó a su boca esta vez, sus manos se abrieron paso por las bragas de encaje para apretarle las voluptuosas caderas. Instintivamente, ella arqueó el cuerpo y apretó la entrepierna contra la de él, produciéndole un gruñido de placer proveniente de la garganta.

Él tenía las manos en su culo y, cuando las subió para bajarle la cremallera del vestido, Sarah deslizó los dedos por el cuello de su camisa para aflojarle la corbata.

Santino le bajó el corpiño apresuradamente mientras Sarah presionaba los labios sobre su cuello.

Ella jadeaba mientras él deslizaba los dedos por su pecho, por los montículos que sujetaba su sostén de encaje. Santino pasó los nudillos por sus pezones, que se podían ver a través del encaje, y tuvo que esforzarse por tragar con dificultad, como si se le hubiera cerrado la garganta. Con la mano que le quedaba libre, le bajó el vestido hasta que quedó rodeándole la cintura, con las caderas y los pechos desnudos.

—Eres preciosa.

Cuando él le metió los dedos en las bragas tras pasar por su ombligo, Sarah gritó y le cubrió la boca con la suya.

Los jugos de su cuerpo se derramaban para él, y él tenía los dedos empapados en ese líquido espeso mientras le acariciaba la entrepierna, apartando los labios que escondían el clítoris, que ansiaba y esperaba que lo

tocara, hasta encontrarlo. Ella se sacudió cuando él apretó el pulgar contra el clítoris, y deslizó las manos bruscamente por su cuerpo hasta el cinturón, desabrochándolo y abriendo la bragueta.

—Quítatelo —gimió ella en su boca al no poder hacerlo, y él liberó su miembro de los confines de sus calzoncillos.

—¡Oh, Dios! —Sarah se quitó el pelo de la cara y lo puso detrás de las orejas, acercándose más a él. Él hacía círculos en su clítoris, apretándolo y volviéndola loca hasta el orgasmo, y ella empezó montarle la mano, bajando la mirada hacia el miembro que apuntaba hacia ella.

Ella lo envolvió con la mano con avidez y pasó el pulgar por la punta, esparciendo la pequeña gota de líquido que brillaba en la cabeza. Ella estaba a punto. Se iba a correr.

—Así no —instó ella, intentando sacar la mano de él—. Te quiero dentro de mí.

Esas palabras acabaron con su control. Sacó la mano de sus bragas y las cogió por la goma, rompiéndola entre sus dedos.

Sarah estaba impresionada, pero no tenía tiempo para asombrarse con su evidente habilidad para romper bragas de mujer. Ella tenía el culo desnudo y él le estaba agarrando el pecho, y eso era todo lo que su cerebro era capaz de procesar en ese momento. Inclinandose hacia atrás, él sacó un pequeño paquete de aluminio del bolsillo de sus pantalones y deslizó un condón sobre su miembro, enfundándolo endurecido en toda su longitud. Entonces él levantó la mirada hacia ella, y el fuego que ardía en esos ojos marrones hizo que a ella se le agitara el corazón de placer.

—Hazme tuyo.

Sus palabras recorrieron sus extremidades, excitándola. La urgencia era viva, haciendo que la lujuria se multiplicara por diez. Ella levantó las caderas y se movió sobre su miembro mientras lo colocaba sobre la abertura, guiando la punta por sus pliegues resbaladizos.

—Sarah...

Ella abrió los ojos, jadeante y febril, sin querer pensar en las consecuencias de ese acto, sin querer preocuparse por lo que estaba haciendo con un hombre que había conocido veinticuatro horas antes.

Él se puso las manos alrededor del cuello y después le agarró la cintura y apretó sus caderas hacia abajo y sobre él. Sarah gritó por la invasión mientras su miembro la atravesaba por dentro, abriéndola. Ella entornó los ojos y gimió, presionando los labios ligeramente sobre los de él.

—Estoy dentro de ti —susurró con furia al tiempo que ella comenzaba a moverse ligeramente, levantando las caderas y bajando de nuevo.

—Por fin. —La gran fascinación y el asombro que ella sentía espesaron su voz al tiempo que su cuerpo se aferraba al de él, se arrastraba hacia él, llevándolo más adentro cada vez que se movía.

Ella se inclinó hacia atrás para que su miembro entrara completamente e hizo un gesto de dolor cuando él llegó demasiado adentro. Ese dolor leve, la locura de estar repleta con su miembro abultado y caliente, le hicieron arder el cuerpo desde dentro. Se sintió como un horno al notar la sensación de la punta de su miembro cubierta de goma deslizándose dentro de ella y saciando una necesidad profunda y carnal.

Adelante y atrás, ella se movía contra él, clavándole la lengua en la boca.

—Oh, Dios —susurró ella en su boca cuando él se hizo con el control. Agarrándola de las caderas, la movía de arriba abajo en embestidas fuertes e intensas.

—Voy a... Santino...

—Sí, cariño, déjate llevar. No te reprimas.

Ella gritó, agarrándole los hombros, mientras los pechos botaban arriba y abajo en los bordes de su sujetador de encaje al tiempo que la fricción dentro de su cuerpo se hacía demasiado difícil de soportar. Sentía que explotaba con las llamas del orgasmo. Temblando, gimiendo suavemente, puso los brazos alrededor de su cuello y se balanceó sobre él, estremeciéndose. Él no dejó de hundirse dentro de ella. Retirándose, ella lo miró a los ojos todavía con temblores del orgasmo.

La cara de él se había transformado. Incluso en el interior oscuro de la limusina, los rasgos duros de su cara eran claramente visibles. En su cuello se marcaban las venas y, cuando se estremeció, ella sintió el cálido torrente de su alivio.

Ella se sentó en su regazo con el cuerpo todavía unido íntimamente al suyo mientras el pecho de él se elevaba y caía con una respiración acelerada sobre sus senos.

¿Qué había hecho?

Santino no parecía sorprendido cuando ella se liberó bruscamente y se apartó de su regazo. En una ráfaga de movimientos, ella se levantó el corpiño del vestido para cubrirse los pechos, manteniendo la mirada desviada. Las bragas estaban rotas y eran inservibles, así que simplemente se estiró el vestido para taparse las caderas. Abrochándose los pantalones, Santino la

miraba atentamente pareciendo ver a través de ella la vergüenza que le invadía la mente.

—Oye... —dijo él con calma y, como ella no levantaba la mirada, él se acercó y le agarró de la barbilla suavemente, levantándola—. ¿Qué ha pasado?

Los párpados de ella estaban agitados y mostró una sonrisa en los labios.

—Nada. Yo... eh... Nada, de verdad.

—Mírame.

Esa tierna orden la rompió, dándole escalofríos de algo cálido, sensible y sentimental. Por alguna razón, estaba llena de emociones y no tenía sentido. Quería que desapareciera esa sensación. Odiaba sentirse tan vulnerable.

—¿Crees que lo que ha pasado ha estado mal?

—Ha estado mal —dijo ella enérgicamente, contenta de que saliera a la luz.

Él agitó la cabeza.

—¿Has sentido que estaba mal mientras hacíamos el amor?

Hacer el amor. A ella se le cortó la respiración. Sus ojos marrones eran tan dulces, tan reales. No había ni un ápice de ostentación en su cuerpo. Ningún aire de superioridad.

—No estaba pensando en ello mientras estábamos... ya sabes...

—Si estuviera mal, lo habrías sentido durante el acto. Solo te sientes culpable ahora porque apenas nos conocemos.

Ella suspiró.

—Me alegro de que al menos estés de acuerdo en eso.

—Le pondremos remedio.

Ella juntó las cejas mientras él se apartaba y presionaba un botón del panel, hablando en un italiano rápido al conductor.

—¿Qué haces?

—Te voy a llevar a mi casa. Te enseñaré el lugar. Y hablaremos, nos conoceremos mejor.

Ella lo miraba boquiabierta, pasmada. Los hombres ricos y exitosos, los símbolos sexuales que eran conocidos por ser los solteros más deseados del país no les prestaban mucha atención a las mujeres después de hacerlo con ellas. Pero Santino lo estaba haciendo.

Entonces, se dio cuenta de algo y de buen grado abandonó esa cadena de pensamientos deprimentes.

—¿No vives en Nueva York?

—Sí.

—¿Y cómo es que tienes casa aquí?

—Tengo residencias en los países a los que viajo a menudo. España es uno de esos países.

Sarah asumió esa información mientras la limusina frenaba y aceleraba de nuevo, girando en una curva antes de detenerse.

El chófer abrió la puerta y Santino cogió la mano de Sarah para ayudarla a salir.

—Aquí estamos.

Ella inclinó los hombros hacia delante cuando una ráfaga de viento la golpeó, y se dio cuenta con retraso de que no había cogido el abrigo de la discoteca cuando Santino la había llevado a toda prisa hasta el coche. La molestia solo duró un instante, entonces Sarah recordó asuntos más urgentes. El chófer... La vería y sabría sin duda lo que acababa de pasar.

Bruscamente, se colocó el pelo y se estiró el vestido, pero el chófer ni siquiera miró hacia ella. Y ella se alegraba. Porque estaba segura de que tenía aspecto de que su jefe se la acababa de tirar por completo.

La enorme casa era un regalo para la vista. Era cálida y acogedora, y el interior tenía unos muebles informales y modernos que la hacían sentir cómoda y encantada.

—Este sitio es precioso.

—Gracias.

Él la condujo hasta el salón, básicamente un gran espacio abierto que durante el día estaría iluminado por la luz del sol. En ese momento, las grandes paredes de cristal ofrecían una vista espectacular de la piscina, que estaba iluminada con unas pequeñas luces tenues. Sarah se sentó en el sofá, haciendo gestos discretamente al sentir que le ardían las entrañas.

—¿Cuándo vamos a tener una reunión para hablar de la ejecución del anuncio? —preguntó él.

—Hmm. —Su mente dejó de funcionar y tenía dificultad para entender lo que había dicho. Era un cambio de tema repentino. En un momento le estaba mordiendo la lengua y clavándole las uñas en sus caderas y, un segundo después, todo eran negocios. Estaba preparando una respuesta en su cabeza cuando sonó el timbre y él movió el dedo para indicarle que esperara.

—Dame un momento.

Él caminó hasta la puerta principal y volvió con una caja enorme de pizza. Sarah se rio entre dientes, dejando de intentar adivinar lo que iba a

hacer por el momento.

—Vaya, eso ha sido inesperado.

—Tenemos que comer, así que lo pedí antes. Y perdona por no poder ofrecerte nada más. El ama de llaves y el cocinero están dormidos y esta es la comida más rápida que mi chófer podía pedir. —Salió de la habitación y volvió al poco tiempo con dos copas y una botella de vino.

Ella sonrió y le rugió el estómago, recordándole con retraso que ella también tenía hambre.

—Me muero de hambre. —Un escalofrío de agradecimiento le recorrió el cuerpo mientras él se quitaba la corbata y la lanzaba al sofá para después subirse las mangas de la camisa. Entonces, como si fuera la cosa más normal del mundo, el propietario de la mayor empresa fabricante de juguetes en Estados Unidos se sentó con las piernas cruzadas sobre la alfombra y abrió la caja de pizza.

Entretenida, entusiasmada y sintiendo que estaba en una cita como una adolescente y no con un carismático magnate, ella sucumbió a la tentación, se quitó los zapatos y se sentó junto a él en la alfombra.

—¿Cuándo es nuestra próxima reunión? —preguntó él nuevamente.

—¿Quieres decir profesional?

Él se atragantó con la comida, riéndose por lo bajo.

—Profesional y no profesional. Me interesan mucho las dos.

Sarah se rio y clavó la mirada en sus dedos mientras él servía la bebida.

—Podríamos tener la reunión de negocios en cuanto vuelvas a Estados Unidos.

—Vuelvo mañana. ¿Te gustaría que te lleve? Me encantaría tener compañía.

—¿Que me lleves?

—Ehh... tengo un jet —dijo él con tono de disculpa.

Sarah se rio después de una larga pausa.

—Me encantaría ir contigo. Pero todavía tengo que asistir a reuniones en los próximos dos días.

—Qué lástima. —Él le miró la boca y Sarah apartó la mirada. Él levantó una mano para acariciarle la mejilla—. Me encanta cómo te delatan las mejillas ruborizándose por ser tímida.

Sarah resopló y le apartó la mano de forma juguetona.

—No soy tímida.

Riéndose, él se acercó y apretó los labios sobre su mejilla. Entonces

respiró hondo.

—Maldita sea —musitó él silenciosamente para después volver a su bebida.

Sarah frunció el ceño, le ardía la piel que había tocado sus labios y su cuerpo estaba vivo por la ráfaga de eléctrica lujuria que se producía a menudo desde que lo había conocido. Una mirada, un contacto, una sonrisa, cualquier cosa podía activarla. Era tanto maravilloso como terriblemente alarmante.

—Entonces te recogeré en el aeropuerto cuando aterrices en Nueva York.

—No, no pasa nada. Me las arreglaré.

—Quiero decir que te recogeré, saldremos, comeremos juntos. Tengo que volver mañana, si no te obligaría a volar conmigo. Imagínate las cosas que podríamos hacer en el cielo.

Ella se rio.

—Eres un perverso.

—Apenas. —Él se acercó y presionó los labios a un lado de su cuello. El vaso de ella aterrizó en la mesa con un ruido estrepitoso, pero, de alguna forma, consiguió mantenerlo vertical. A ella se le escapó un gemido cuando los labios de él, húmedos del vino, se deslizaron por su cuello y la mordisquearon suavemente.

—Sarah... —susurró él con pasión en la garganta al tiempo que ella dejaba caer la cabeza hacia atrás. Él le puso la mano sobre la nuca, enredándose en un mechón de su pelo—. Maldita sea, me vuelves loco —siseó él, mordiéndole el lóbulo mientras el corazón le golpeaba en el pecho contra el hombro de ella cuando ella se sacudió en respuesta. Levantándose de repente, él la miró desde arriba y le cogió las manos para que ella se levantara.

—Me gustaría haberme saciado de ti, pero no lo he hecho.

Sarah inclinó la cabeza hacia atrás y puso los labios sobre su barbilla para después pasar la lengua sobre su labio inferior.

—Yo tampoco.

Santino le cubrió los labios con los suyos y gimió cuando ella le mordió el labio inferior enérgicamente. Agarrándole el trasero con las dos manos, él la levantó de un tirón y ella puso las piernas alrededor de su cintura. Sin esfuerzo, la llevó hasta el comedor y apoyó la cadera de ella sobre el borde de la mesa.

Sarah movía los labios sobre los de él en mordiscos rápidos y ansiosos mientras deslizaba los dedos hábilmente por su camisa desabrochándole los

botones.

—Necesito verte, tocarte —susurró ella apasionadamente.

Él le mordió la lengua cuando ella la metió en su boca, y su jadeo de dolor placentero resonó en él. Ella pasó las manos por su pecho mientras le retiraba la camisa. Interrumpiendo el beso, bajó la mirada hacia su pecho. Sus pectorales duros eran maravillosos bajo las palmas de sus manos, y deslizó los dedos hacia abajo sobre su contorneado abdomen, dibujando la uve marcada en su ombligo.

Sus músculos se tensaron cuando ella le tocó y, cuando puso los labios sobre su pezón plano y moreno, pareció perder el control con un chasquido.

—Sarah... —Volvió a subirla a la mesa, dominándola completamente, apretándola, manoseándola, y Sarah sucumbió con gusto a sus manos y a su boca dominantes.

Él apartó el dobladillo del vestido de sus caderas y, antes de que Sarah supiera lo que él pensaba hacer, le abrió las piernas y deslizó los dedos por su entrepierna.

—Oh. —Ella se estremeció, arañando la superficie de la mesa, pero la tortura no había terminado todavía. Él puso la boca sobre la zona sensible y húmeda entre sus piernas, y Sarah arqueó la espalda mientras intentaba cerrar las piernas de forma instintiva.

Él respiraba sobre su entrepierna mientras le separaba las piernas, saboreando y jugando, mordisqueando con los labios el lugar que parecía saber que la volvería loca.

Sarah se estremeció y deslizó la mano por su pelo para mantenerlo en el sitio. Mientras él seguía torturándola con la lengua y con los labios, Sarah relajó las piernas y sus gemidos resonaron en la enorme casa vacía a medida que se acercaba al eufórico estallido de placer.

—Santino... —jadeó ella, incapaz de hablar, incapaz de controlarse, al tiempo que se le tensaban las piernas cuando los pinchazos le indicaban que estaba casi ahí... al límite.

Santino arrastró la lengua hacia abajo y su pulgar se hizo con el clítoris. Cuando le mordió la cara interna del muslo mientras le frotaba el clítoris en círculos, ella se sacudió bajo su boca. Sarah emitió gemidos largos y leves, estremeciéndose violentamente.

Los temblores todavía la golpeaban cuando él deslizó los brazos por sus hombros y sus rodillas, y ella se vio arrastrada hasta su pecho. Poniendo los brazos alrededor de su cuello, ella abrió los ojos con el ceño fruncido

mientras él la llevaba por el salón y subía las escaleras.
—¿Qué haces? —gimió ella con una sonrisa tímida.

Capítulo Cinco

A él le dio un vuelco el corazón al ver la inocencia que adornaba su cara. No se parecía a ninguna mujer que hubiera conocido. Era salvaje y apasionada en la cama, pero el rubor en sus mejillas la delató cuando ella lo miró a los ojos después.

—Por fin te voy a dar una cama suave y cómoda en la que tumbarte mientras te hago el amor durante horas.

Su sonrisa se desvaneció lentamente mientras presionaba los labios sobre la comisura de su boca.

—Me gusta ese plan.

Pero ella había subestimado la necesidad que él sentía en sus entrañas. Él se tiró directamente sobre la cama y la dejó caer sobre el colchón.

Sarah resopló y se balanceó ligeramente, mirándole en tono jocoso.

—¡Oye!

Pero él ya se había contenido bastante sin verla totalmente desnuda, sin tener sus pezones en la boca. Le cogió el tobillo y la arrastró más cerca, y ella se deslizó por la cama antes de que él tirara de ella para que se sentara.

—Levanta las manos. —La dulzura de la orden ocultó por completo la tormenta de lujuria que se había apoderado de él.

Sarah hizo lo que le pedía y él le quitó el vestido azul plisado. Sus ojos ardían al ver su piel desnuda y perfecta, y pasó las manos por detrás de su espalda para desabrocharle el sujetador y quitárselo.

—Dios.

Él le empujó la parte baja de la espalda sobre la cama y llevó sus piernas desnudas alrededor de su cadera. Le agarró los hombros con las manos y después las arrastró hasta sus pechos, apretándolos con fuerza.

—¡Oh, Dios! —gimió Sarah.

Con avidez, él se inclinó sobre ella con la boca abierta sobre su pezón y lo atrapó con la boca. Ella deslizó los dedos por su pelo, manteniendo su boca sobre sus pechos. Él manoseaba el otro pecho mientras le mordía suavemente el pezón. La carne estaba firme e hinchada y tenía el pezón duro en su boca cuando él movió la cabeza hacia el otro pecho.

Ella deslizó las manos por su cuello y sus hombros y le clavó las uñas cortas en la espalda mientras se estremecía de placer debajo de él.

Él disfrutaba de los sonidos jadeantes y ásperos de su boca, los gemidos resonaban en sus oídos. Deslizando el brazo por debajo de la espalda de ella, la levantó sobre la cama y la soltó. Sarah encogió las piernas hacia un lado

con los brazos a los lados de su cabeza y los ojos lánguidos al mirarle a las manos. Él se desabrochó el cinturón, después la bragueta, la abrió y se quitó los pantalones de las piernas

Ella miraba fijamente el contorno de su miembro, atrapado en los ajustados bóxers, y tragó con dificultad. Lentamente, ella levantó un pie y le pasó la planta suavemente sobre el miembro atrapado.

Sonriendo brevemente, él le cogió el pie y lo levantó para morderle el tobillo bruscamente.

—No —gritó ella riéndose, y él se quitó los calzoncillos. Su diversión se desvaneció y se sentó súbitamente, poniéndole una mano sobre el miembro caliente.

—Joder. —Él le agarró los hombros y cerró los ojos cuando ella frotó su pequeña y suave mano sobre la cabeza de su miembro. Sarah encontró que la cabeza de su miembro estaba mojada y extendió el líquido por la punta. Justo cuando ella iba a agacharse para meterlo en la boca, él la empujó y le cubrió el cuerpo con su cuerpo desnudo.

Santino jadeó mientras su miembro se abría paso acaloradamente entre sus piernas, deslizándose por su entrepierna pero sin penetrarla, solo calentándola.

—Estás ardiendo —le susurró él en la oreja un momento antes de inclinar la boca ávidamente sobre la de ella. Sus lenguas se encontraron para bailar juntas, y ella le pasó las manos por la espalda con veneración. Ella abrió las piernas y las enroscó alrededor de su cintura, levantando la cadera para que la penetrara.

Él puso las manos sobre su cara, bajando por su cuello hasta llegar a sus pechos, después por los lados de su cintura para agarrarle las caderas. Su piel era tersa bajo sus manos y él no podía saciarse del cálido cuerpo que iba devorar. Girándose a un lado, la levantó sobre él y cuando ella rompió el beso para deslizar los labios por su cuello, la necesidad de controlarla, de dominarla, lo atrapó con sus tentáculos. Agarrándole las muñecas, la sujetó debajo de él manteniéndole los brazos por encima de la cabeza.

Sus ojos color ámbar se oscurecieron y él volvió a bajar su boca hambrienta hasta sus pechos. Sarah gimió e intentó liberar las muñecas, pero él la mantenía agarrada y arrastró sus muñecas atrapadas con él mientras le daba mordiscos hasta llegar al ombligo.

Ella arqueó la espalda para encontrarse con su boca y él sumergió la lengua en su ombligo, liberándole las muñecas, acariciando con veneración

los lados de su cintura y dándole un beso suave y rápido en el montículo de pelo suave y agradable en la cima de sus muslos. Sarah se levantó de forma brusca, deslizándose sobre los muslos de él y presionando su sexo húmedo sobre la longitud de su miembro.

—No me hagas esperar.

La súplica era más de lo que él podía soportar. Sarah jadeó cuando él la empujó de su regazo y le dio la vuelta, quedando apoyada sobre su estómago. Ella se puso a cuatro patas mientras él abría el cajón de la mesilla y sacaba un paquetito de aluminio dorado. Él la agarró por los lados de la cadera al tiempo que introducía su miembro dentro de ella un par de centímetros.

—¡Aaah! —Ella arrastró las uñas por las sábanas apretando los puños, cerrando los ojos y dejando los labios entreabiertos. Santino apretó los dientes cuando su calidez tersa y ardiente succionó la cabeza de su miembro. Él empujó más, metió un par de centímetros más y un par más hasta que ya no podía soportar la tortura de esperar. Envolviéndola con los brazos, tiró de su cuerpo hacia el pecho. Sarah gimió con la cabeza sobre el pecho de él mientras él deslizaba las manos hacia arriba para cubrirle los pechos.

Mordiéndole la oreja, él jadeó acaloradamente sobre ella.

—Me vas a matar, te lo juro. —Y entró hacia arriba dentro de ella.

Sarah gritó su nombre cogiéndole las manos con los dedos con fuerza mientras él le agarraba los pechos para mantenerla arriba.

Su calidez tersa le succionaba el miembro, resbaladizo mientras succionaba la base. Él entró con fuerza, ahogando los sonidos de sus gemidos. Intensificó el ritmo hasta que sus testículos la golpearon, y ella movió las caderas al ritmo de sus embestidas. La lanzó sobre la cama boca abajo sobre su vientre y siguió embistiéndola más profundamente mientras ella levantaba las caderas para recibir sus embestidas. Ella tenía el pelo hecho un desastre, cayéndole sobre las mejillas, y él sabía que estaba perdiéndoselo. Sacando el miembro de dentro de ella, el sonido agitado que ella emitió como protesta quedó atrapado en su boca cuando él la giró sobre su espalda y entró dentro de su sexo con una embestida segura y rápida.

Sarah le rodeó el cuello con los brazos y dejó que le devorara la boca. Le dio todo y le devolvió el beso con la misma pasión ardiente.

—Esto está mejor —susurró ella en su boca y gritó cuando él cambió la dirección de sus embestidas, haciendo círculos con las caderas mientras la penetraba.

Sarah se puso tensa.

— Otra vez no, Santino —susurró ella, pareciendo no notar el humor cuando él se rio entre dientes.

Ella le clavó los talones en sus musculosas caderas, agarrándole los bíceps con las uñas y sacudiéndose enérgicamente, gimiendo su nombre y gritándolo como si fuera un verso sagrado. El temblor se hizo con ella y, cuando él la agarró, la besó, jadeó al tiempo que sus caderas se sacudían, le puso la boca en el cuello para gemir de forma leve y prolongada.

La habitación estaba oscura, pero la luz que se filtraba a través de las cortinas era azul. El amanecer. Sarah miró alrededor de la desconocida habitación y se quedó inmóvil. No era una habitación de hotel. Se sentó de un golpe y miró a la casa de al lado, suspirando con alivio al reconocer los alrededores.

Los recuerdos de la noche anterior la inundaron. Se había despertado con frecuencia, y todas las veces se había sentido alarmada por el entorno desconocido. Era como un instinto de supervivencia en ella. Tenía dificultad para confiar, y un entorno desconocido encendía en ella la respuesta de lucha o huída.

Pero hoy estaba bastante segura. Porque el hombre que dormía a su lado tenía una forma de hacerla sentir completamente vulnerable pero completamente protegida. Eso en sí mismo era aterrador. Ella nunca le había dado ese poder a ningún hombre. Se estaba preparando para el desastre, pero no podía evitarlo aunque lo intentara. Lo estaba intentando de verdad. Pero la forma en que él la agarraba sobre su pecho, manteniendo su cara en el centro, la puso en trance. Le había invadido la calma, y se dio cuenta de que a ella misma no le gustaba mucho abrazar. Nunca. En su vida. Había tenido alguna relación, e incluso cuando había creído que estaba completamente loca por esos hombres, se había contenido. No había sentido comodidad en sus abrazos, nada como el refugio de calidez que había encontrado en Santino. Y eso la sorprendía.

Ella se tumbó de medio lado, contemplando la cara de Santino Orlando. Él estaba tumbado sobre el estómago con la cabeza girada hacia ella y los bíceps sobresaliendo peligrosamente incluso mientras dormía. Ella se mordió el labio e intentó evitar una sonrisa. Un poder desatado lo rodeaba incluso cuando estaba totalmente desnudo bajo las sábanas, incluso cuando estaba dormido y las duras líneas de su cara se habían suavizado hasta hacerle parecer un estudiante en su primer año de universidad.

Ella iba a disfrutar del momento, saborearlo y olvidarse de ello en cuanto lo hiciera él. Eso pasaría bastante pronto. La agonía de la pérdida recorrió su cuerpo y ella se quedó paralizada, rehuyéndola con incredulidad. De ninguna manera. De ninguna manera. No puedes sentir cariño por él. Es estúpido. Incluso más estúpido que aquel tinte rosa que había probado en el instituto.

Ella todavía estaba dando palabras de ánimo a sus despreciables pensamientos cuando él abrió los ojos y pestañeó repetidamente antes de dibujarse una sonrisa en su cara.

A ella se le derritió el corazón y relajó los hombros, haciéndola sentir como una gelatina, una gelatina cálida, líquida y derretida. Solo para él. Ya no podía negarlo. Estaba enganchada a esa sonrisa.

—¿Por qué me miras mientras duermo? —preguntó con voz ronca, poniéndose de lado y lanzando un brazo musculoso y pesado sobre ella para ponerle la cara sobre su pecho.

Sarah cerró los ojos, sonriendo y preguntándose si él sabría lo que ella había encontrado en sus abrazos. Era muy improbable. Él nunca pensaría que era tan inocente.

—Porque parecías un niño pequeño y me estaba preguntando si iría a la cárcel.

La risa le hizo sacudirse debajo de su cara y ella sonrió.

Santino la agarró con fuerza como si realmente no le importara la forma en la que ella lo agarraba a él.

—Si fueras a la cárcel, te sacaría de ahí.

—Ah, ¿sí?

—Sin duda. Porque realmente necesito esa idea publicitaria tuya.

Sarah se apartó y lo miró con burla.

—¿Eso es todo? ¿Esa es la razón por la que me sacarías de la cárcel?

Él sonrió asintiendo y, a medio camino, cambió de dirección y negó con la cabeza. Ella se rio y se acercó para besarle en la boca. Santino giró la cabeza hacia un lado haciendo que los labios de ella aterrizaran en su mejilla. Ahora estaba utilizando sus propios movimientos en contra de ella.

Él se reía mientras Sarah intentaba liberarse de él, pero él la sujetaba sin parar de reírse.

—Déjame —dijo ella riéndose, obligándose a estar enfadada.

—¿Qué he hecho? —se rio él.

Ella estaba bastante segura de que el paraíso tendría ese sonido.

—¡Qué hombre tan vengativo!

Él se rio más alto ante su incapacidad de maldecir.

—Vale, vale. Lo siento. Aquí.... —Él le ofreció la boca y ella apretó los labios negándose a besarle.

—No, ya no quiero.

—Sí, sí que quieres. —Él se acercó más.

Ella se apartó, poniendo la cabeza sobre la almohada y empujándole de los hombros para mantenerlo apartado.

—No quiero tu compasión —gritó ella al tiempo que la risa se hacía con ella.

—Sé que lo quieres. Tómallo.

—¡No! —chilló ella, y él la agarró de las muñecas sujetándolas por encima de su cabeza para darle un beso intenso y ardiente que le debilitó las piernas. En solo unos instantes, ella le estaba agarrando el pelo, cogiendo mechones y abriendo las piernas para que él pudiera poner su miembro sobre su entrepierna.

Sarah cayó sobre su cama, una cama conocida, cómoda y suave, y suspiró. Se había alojado en el mejor hotel de España, pero nada era comparable a su propia cama, a su almohada y a su lámpara de noche. Cielos, había echado de menos su casa.

Mientras se quitaba la ropa que apestaba a viaje largo y comida de avión, se preguntaba si estaba completamente loca. Otros estarían revitalizados y eufóricos por haber tenido un viaje a España con todos los gastos pagados, pero ella no. Estaba cansada y ese cansancio lo sentía hasta en los huesos.

Antes de entrar en la ducha, se puso a mirar el móvil por enésima vez ese día. La culpa la invadía, pero no había mucho que pudiera hacer. Santino había vuelto a Estados Unidos hacía tres días en su propio jet, por supuesto, y España no había sido lo mismo sin él.

El hecho de que la llamara todos los días, aunque fuera solo durante cinco minutos cada vez, significaba mucho para ella. Demasiado. Y, aunque resultaba aterrador que ya estuviera tan apegada a su voz, también era emocionante. Había pasado mucho tiempo desde que le había gustado un hombre por algo más que su apariencia. Santino la hacía reír y pensar, y estaba interesado en todo lo que ella hacía en su vida. En apenas dos citas, él había conseguido enamorarla.

Estaba en medio de la ducha cuando oyó el teléfono sonar. Eufórica, se aclaró el champú y salió corriendo del baño con la seguridad de que todavía

tenía jabón en el cuerpo.

Cogiendo el teléfono, comprobó la llamada perdida. Santino.

Con una sonrisa tonta, devolvió la llamada y él contestó al segundo tono.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal ha ido el vuelo?

—Bueno, ha ido bien. Habría ayudado que el hombre que estaba a mi lado no hubiera tenido los hombros tan anchos como la puerta.

Él se rio.

—¿Estás libre para quedar esta noche?

—Hmm... —Ella fingió pensarlo. No tenía absolutamente ningún plan para esa noche. Tara le había preguntado si quería salir pero, en este momento, sin duda era Santino el que iba a pasar tiempo con ella—. Creo que sí.

—¿Te paso a buscar a las cinco?

Capítulo Seis

Exactamente a las cinco y cuarto, Sarah se paseaba por el salón de su casa mientras se le hundía el corazón. Él nunca llegaba tarde, y tenía la sensación de que no iba a aparecer. «Te lo mereces. Tienes que ser cauta con los hombres, ya lo sabes, pero ahí estás, entregándole el corazón, pasando la noche en su casa y diciéndole que sí cada vez que te pide quedar».

No quería llamarle. De repente, España parecía estar muy lejos. Y el tiempo que había pasado con él era insignificante ante el sufrimiento de este momento. No lo conocía, no de verdad. Sabía lo que el resto del país sabía.

Santino Orlando era una estrella de la televisión, un símbolo sexual, el propietario de una corporación de empresas, pero realmente no lo conocían. A lo mejor él simplemente pensaba que ella era fácil y eso le había disuadido. Debería haberle mantenido a cierta distancia.

Ella suspiró y se dejó caer en el sofá. Estaba claro que no iba a venir.

El rechazo la consumía todo el cuerpo, pero se obligó a no sentir. Era una profesional en eso, en reprimir los sentimientos y no decirlos en voz alta. Su infancia la había condicionado en eso. No había sido fácil crecer sola, en una familia que supuestamente era la tuya pero que en realidad no lo era. Cuando nadie te apoyaba, te acostumbrabas a ocultar los sentimientos. No merecía la pena tener que lidiar con el drama que conllevaba.

Cuando sonó el timbre, saltó y se dirigió lentamente hacia la puerta mientras el corazón le daba un vuelco traicionero cuando vio su cara a través de la mirilla. Abrió la puerta con el ceño fruncido al ver su preciosa cara llena de culpa mientras él estaba de pie en el pasillo.

—Lo siento muchísimo, Sarah.

Sarah no sabía qué decir. No se iba a quejar. Nunca se quejaba a nadie. Sus problemas eran solo suyos. Hacía mucho tiempo que había abandonado la idea de que a alguien le importaran sus sentimientos.

—¿Qué ha pasado?

Él suspiró, clavándole la mirada en la cara.

—Estaba de camino, iba a llegar pronto pero me he encontrado un gatito al que acababa de atropellar un coche y no podía no llevarlo al veterinario.

Sarah lo miró boquiabierta, se le paralizó el cerebro, los engranajes se esforzaban por moverse mientras todo se detenía. Qué excusa tan jodidamente ridícula.

—¿Me estás vacilando?

—¡No! —Él se acercó y la agarró por la parte superior de los brazos—.

Sé que todavía no confías en mí. Lo puedo ver en tu cara. Odio esa mirada. —Le acarició las mejillas con las dos manos hasta que ella se relajó visiblemente—. Quería que esta cita fuera especial y lo he fastidiado por completo.

Sarah era claramente consciente del deseo ardiente y frenético que le retorció las entrañas. Sentía un hormigueo en las mejillas allá donde él tocaba. Sus pechos anhelaban la suavidad de sus manos. Su mente eligió ese preciso momento para recordarle la forma en la que sus dulces manos se transformaban en la cama, manoseándola, dominándola, sacudiéndola por encima y por debajo de él y manteniendo sus muñecas presas cuando él la controlaba por completo.

Su cordura aumentó con una ráfaga de emociones y agitó la cabeza.

—No pasa nada, supongo. Pensaba que no ibas a venir.

—Claro que iba a venir. Me moría por verte. —Él se rio con evidente incredulidad.

Ella asintió y atravesó el salón para coger su abrigo beige.

Santino aprovechó el momento para mirarla detalladamente. Llevaba un pantalón de traje, un pantalón negro, y una camiseta gris que contrastaba con su piel y con su pelo oscuro.

—Por cierto, estás preciosa.

Sarah sonrió mientras su corazón seguía acelerado por la agitación. La media hora de espera la había hecho pensar en muchas cosas que había dejado a un lado. En cosas que no quería pensar. De alguna manera, ese hombre era capaz de hacer que se sintiera eufóricamente feliz y terriblemente molesta.

No estaba segura de que le gustara la idea.

Él deslizó el brazo alrededor de su cintura en el ascensor y la besó en la cabeza.

—Siento haber estropeado tu noche.

Ella no era capaz de mirarlo. Lo único que podía hacer era permitir que su cuerpo se quedara paralizado para no sentir nada más.

Cuando él abrió la puerta lateral del pasajero de su Bentley para ella, murmuró:

—Sarah, sé que no estás de muy buen humor ahora mismo y que yo soy el culpable, pero ¿te puedo pedir un favor?

—¿Hmm? —Ella intentó animarse, pero solo conseguía fingirlo.

—¿Podemos parar en el veterinario para ver cómo está el gato?

A Sarah le dio un vuelco el corazón al ver la nostalgia en su cara. ¿Cómo era posible que un hombre que desprendía poder en oleadas palpables pudiera tener un aspecto tan tremendamente añorado y adorable al hablar de un gato herido? La súplica le hizo añicos y, al instante, ella le creyó. No estaba poniendo una excusa. Estaba diciendo la verdad. No era el tipo de hombre que caería así de bajo, y ella se reprochó mentalmente el haberle juzgado mal.

—Vale, claro. —Y, cuando ella sonrió esta vez, lo hizo desde el corazón.

El gato resultó ser un adorable y sucio gatito callejero, pero tenía la espalda fracturada y el veterinario estaba trabajando en ello. Sarah acarició al gato inconsciente y vio que Santino la estaba mirando. Una amplia sonrisa se dibujó en la cara de ella y deslizó la mano alrededor de su cintura.

—Creo que no me gustas mucho —bromeó ella.

La mirada de Santino se llenó de lo que ella solo podía describir como adoración, algo que ella pensaba que solo vería en películas.

Él presionó los labios con fuerza sobre un lado de su cabeza y le susurró al oído:

—Y yo creo que me gustas demasiado para mi propio bien.

Sarah se mordió el labio y se acercó a él mientras volvía con ella al coche. Su interior estaba lleno de felicidad. Era la primera cosa que había dicho él para mostrar que estaba realmente interesado en lo que fuera que estaban haciendo. La primera noche que habían salido juntos había perdido el control. Las manos de él sobre su cuerpo mientras bailaban habían sido demasiado inquietantes para sus frágiles sentidos, y ella había sucumbido a sus impulsos pensando que no le dolería satisfacer sus propios caprichos.

Pero Santino era maravilloso y ella no era capaz de decidir si sería estúpida por confiar en él completamente o si sería realmente inteligente.

Santino deslizó la mano entre sus dedos y aparcó enfrente de lo que ella creía que era una pista de patinaje sobre hielo.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Rescatar a un niño cojo esta vez? —bromeó ella.

Él sonrió y le puso el brazo sobre el hombro. Sarah por fin se dio cuenta de lo diferente que estaba. No llevaba traje, y era la primera vez. Con una camisa negra y unos pantalones a juego, él parecía un pecado peligroso y cautivador al que ella sucumbiría mil veces sin miedo a las repercusiones. Era la criatura más atractiva que ella había visto jamás.

—Vamos a patinar sobre hielo.

—¿Me estás vacilando? Es una idea terrible.

—Será divertido.

Ella se detuvo fuera de la pista, donde unos adultos se deslizaban airoosamente sobre el hielo, y ella entrecerró los ojos.

—Yo no puedo hacer eso. Me romperé la espalda si lo intento.

Santino la cogió por los brazos y la giró hacia él, haciendo que su pecho golpeará sobre el suyo. Respirando hondo, le puso un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Estoy aquí. Cuidaré de tu espalda si te caes.

A Sarah se le cortó la respiración y el corazón le golpeó locamente. «No, no, no, no. Son solo palabras. No les hagas demasiado caso». Pero no podía negar que había estado pensando en eso en el salón mientras esperaba que él apareciera, y ahora él había dicho esas mismas palabras. Bueno, no exactamente con el mismo significado, pero aun así. Tenía la sensación de que podía contar con él, pero sabía que en realidad era tan seguro como caminar sobre brasas ardiendo.

Aun así, ella sonrió cuando él agachó la cabeza para besarla. Entonces ella se liberó y empezó a ponerse los patines.

—Vamos a hacerlo.

Santino se rio ante su entusiasmo y la ayudó a ponerse los patines. Ese hombre magnánimo arrodillado a sus pies y poniéndole las tiras y las hebillas hizo que su corazón se retorciera de deseo. Mordiéndose el labio, ella lo miró con deseo.

Cuando él le dijo que estuviera quieta sobre el hielo mientras ella se agarraba a la barandilla, ella respiró hondo y el aire salió rápidamente de sus pulmones.

—Deberías saber... —dijo ella mientras él se deslizaba a su lado como si estuviera caminando sobre hierba en vez de sobre hielo y ella temblaba sobre unas rodillas inestables— que esto es lo más arriesgado que he hecho desde quinto de primaria, cuando ayudé a mi amiga a coger su rana.

Santino se rio en bajo mientras sus ojos centelleaban al imaginarse la situación. Ella se rio con él y el momento se alargó más de lo que debía. Como había pasado en España, se miraron el uno al otro en silencio dejando que el momento durase.

Justo cuando ella pensaba que él se había inclinado para darle un beso en la boca, ella se cayó de culo con un quejido.

—¡Vaya! —Santino la levantó otra vez en dos segundos—. ¿Estás bien? —preguntó él con una leve risa.

—Eso creo. —Ella se ajustó el casco, alegrándose de que estuviera

obligada a llevarlo. Y entonces se cayó de culo otra vez.

—Por el amor de Dios, mujer, ponte las pilas —bromeó él y la levantó, sujetándola con firmeza esta vez mientras la ayudaba a moverse por el hielo—. Creo que cuando has dicho que te romperías la espalda querías decir que te romperías el culo.

Sarah se estaba riendo cuando él la besó bruscamente en la boca, con prisa, rápidamente, y el calor le atravesó los huesos durante la siguiente hora mientras él no la dejaba caer de nuevo. Porque no la soltaba. Cuando finalmente se cayó, él interrumpió la caída deslizándose por debajo de ella. Sarah le odiaba por ello; le odiaba por cuidar de ella. La estaba confundiendo, y unas sensaciones despreciables y abruptas le arañaron el corazón.

Cuando por fin salieron de la pista, Sarah lanzó los brazos alrededor de su cuello y le atrapó la boca en un beso. Deslizó los labios sobre los suyos lentamente y después apresuradamente. Él le rodeó la cintura con los brazos como un tornillo de acero y le empujó la cabeza hacia atrás con la fuerza de su boca. Mientras sus lenguas se enredaban, Sarah gemía en su boca y ralentizaba los movimientos de sus labios, dejando que él tuviera el control.

Él deslizó las manos por la parte frontal de su cuerpo, le cogió la cara con las manos e interrumpió el beso. Él clavó la mirada en su cara levantada y agitó la cabeza.

—Me estás haciendo perder la cabeza.

Capítulo Siete

Santino estaba abatido. Rechinó los dientes con impaciencia y miró su móvil mientras los magnates japoneses hablaban sin cesar sobre la nueva unidad de producción que utilizaba la fábrica de Santino. Dos semanas. Dos largas semanas desde que había llevado a Sarah a patinar sobre hielo y dos largas semanas desde que la había besado. Después de que hubiera intentado patinar sobre hielo y se hubiera roto el trasero, la había llevado a cenar a uno de sus restaurantes italianos favoritos y después la había dejado en su casa con un beso largo que había dejado a los dos jadeando.

Pero él no se había quedado. Sabía Dios que se moría de ganas. Pero había tenido la sensación de que Sarah Montgomery no tenía ni idea de lo especial que era y necesitaba que se lo demostrara. Así que no había dormido con ella. Ahora se arrepentía, echaba de menos su cara y sus brazos y su pelo oscuro cayendo sobre su pecho como una cascada de seda. Había pasado demasiado tiempo en Japón y se moría por volver a casa.

En cuanto terminó la reunión, Santino cogió el teléfono y caminó hasta la pared de cristal de la oficina, contemplando el paisaje urbano de Tokio, una ciudad de la que siempre había disfrutado pero a la que ahora le faltaba encanto. Ella contestó al cuarto tono.

—¿Hola?

Él cerró los ojos.

—No tienes ni idea de cuánto echo de menos tu voz.

La sonrisa de Sarah era silenciosa pero radiante y eufórica. «Yo también te echo de menos». Pero no lo dijo. Las admisiones abiertas y honestas que él hacía la cautivaban, pero ella no se atrevía a ser tan directa sobre sus propios sentimientos. No iba a pasar.

—Tenía muchas ganas de que me llamas.

Él suspiró.

—Esto se ha alargado mucho. Salgo hacia Nueva York dentro de media hora. Te veré en cuanto aterrice.

—Estaré allí. En el aeropuerto, quiero decir.

Santino hizo una pausa.

—¿Sabes qué? Mi chófer te recogerá a las seis y te llevará al aeropuerto... a mí. Me muero de ganas de verte.

—Y yo —dijo ella suavemente.

Cuando ella colgó, tenía el estómago lleno de mariposas. Esa pequeña

admisión honesta estaba bien. Era apasionante de una forma extraña y traviesa. Sentía que se estaba exponiendo para que le hicieran daño, para que la cuidaran. Diablos, si no se arriesgaba nunca recibiría nada a cambio. Y, por el momento, tenía la sensación de que era seguro invertir sus sentimientos en Santino. Al menos ella rezaba con fervor por que fuera así. Sabía Dios que ya había tenido una buena ración de desamor. Con suerte, esa fase de su vida se había acabado.

Santino caminó con decisión por el aeropuerto. Sabía que una chica con los ojos ámbar, el pelo negro y la sonrisa más bonita le estaba esperando en su limusina. No podía creerse que estuviera tan enganchado a ella. Tampoco podía creer que un viaje a España que había estado a punto de cancelar le hubiera llevado hasta ella. ¿Y si no hubiera ido allí? Sarah estaría trabajando, no lo conocería y probablemente estaría saliendo con otro, besando a otro...

—Joder. —Los celos le golpearon el pecho y empezó a caminar enérgicamente, apresurándose para verle la cara. No podía creerse cuánto se divertía con ella. Era honesta y real, diferente al resto de mujeres con las que había salido. Nunca había sido el tipo de hombre que usaba y descartaba a una mujer, pero, aun así, había pasado por muchas buscando a la que encajara.

Sarah, con su humor impredecible y su brillante sonrisa, podía ser exactamente la mujer a la que había estado buscando. Alguien con quien sentar la cabeza. Alguien con quien compartir su vida. Alguien con quien envejecer. Maldita sea. Ya podía imaginar la vida que tendría con ella a su lado. Y, como la conocía desde hacía solo tres semanas, la idea era aún más ridícula y maravillosa.

Para mayor placer, la mujer que pensaba que lo esperaría en el coche en realidad estaba esperándole dentro del aeropuerto. Con una amplia sonrisa, la cogió por la cintura y la levantó sobre su pecho.

Sarah se rio mientras le rodeaba el cuello con los brazos y él la levantaba del suelo. Cuando la bajó de nuevo, no le soltó la cintura e inclinó la boca sobre la de ella en un beso breve pero intensamente profundo que dejó a ambos jadeando.

Él descansó su frente sobre la de ella y suspiró.

—Me haces tan jodidamente feliz.

Ella deslizó las manos por los lados de su cara y dejó que cayeran sobre su pecho, levantando la mirada tímidamente hacia la suya.

—¿Cómo consigues decir siempre las cosas más maravillosas?

Él apretó la mandíbula.

—Porque siempre consigues hacerme sentir las cosas más maravillosas.

Sarah sonrió. Cuando ella se inclinó para besarle la mejilla, él tensó la mano alrededor de su cintura de forma posesiva.

Santino todavía la sujetaba por la cintura cuando pasó con ella por la entrada VIP del restaurante más exclusivo de todo Nueva York.

—¿No es imposible conseguir una reserva aquí?

—El propietario es amigo mío, así que no hay problema —explicó él modestamente mientras el camarero les servía las bebidas.

Sarah suspiró y sonrió.

—¿Y qué tal ha ido el vuelo? ¿La persona que estaba a tu lado roncaba? ¿Y qué tal los bebés? ¿Han llorado durante todo el vuelo o qué?

Santino se rio en bajo, conmovido por la forma en la que bromeaba sobre su jet privado.

—Dentro de poco te llevaré conmigo y tú misma podrás ver a todos los bebés llorando en el avión mientras te hago el amor en medio del cielo.

—¿Lo harás ahora? —Ella arrugó la nariz.

Santino se levantó bruscamente, dio dos pasos alrededor de la mesa y le agarró la nuca antes de darle un pequeño beso en su diminuta nariz.

Ella se quedó paralizada mientras él se sentaba de nuevo.

—¿Qué? —preguntó él con una risa ahogada.

Ella negó con la cabeza y bajó la mirada a su plato. Las emociones que la dejaban sin aliento eran reales y palpables, pero este hombre... si le rompía el corazón, la haría pedazos. Y ella ya sabía, incluso antes de que ocurriera, que nunca sería capaz de superarlo... o de olvidarlo.

—¿Todo bien? —preguntó él. Cuando ella asintió, él se inclinó hacia delante—. ¿Quieres hablar de ello?

Sarah vio el destello de total adoración en sus ojos, su decidido interés, y sonrió.

—Está todo perfecto. —Ella estiró la mano hacia su copa.

Él le apartó la mano de la copa, colocando la palma sobre la mesa y deslizando las yemas de los dedos sobre sus nudillos.

—Me puedes contar cualquier cosa. Pero eso ya lo sabías, ¿verdad?

Ella se rio entre dientes.

—Sí. Y debería decir que desde la experiencia con el patinaje sobre hielo,

los lumbares me están matando.

A él se le borró la sonrisa al instante.

—Estás de broma.

—No. La verdad es que ha empeorado durante esta última semana.

—¿Has ido al médico?

Sarah hizo una mueca.

—¿Ir al médico por un dolor de espalda cuando sé perfectamente que lo provocó tu cita intensiva? No soy una debilucha.

Él ahogó una carcajada.

—Eres adorable.

Ella dio un sorbo a la bebida.

—Gracias. Tú también.

—No copies mis cosas. Piensa tus propias frases que decir. Se supone que eres creativa.

Sarah sonrió.

—¿Como qué?

—Ah, muy inteligente. Hazme pensar por ti también.

—Hmm. Vale, voy a aprovechar esta oportunidad para pedir que la próxima vez que pienses tener una cita tan intensa me avises con antelación para llevar un par de antiinflamatorios en sangre.

Él agitó la cabeza de manera fanfarrona y cogió el tenedor.

—Cariño, las citas conmigo siempre serán intensas, y... —Él la miró a los ojos de forma juguetona— si no son intensas durante, sin duda serán intensas después.

—Es muy alentador saberlo.

Él asintió.

—Me alegro de que tengas ganas.

Sarah resopló y se rio, golpeándole en la mano con un toque juguetón mientras él se reía entre dientes.

El camarero retiró los platos y Sarah vio con culpabilidad cómo se llevaba a medias su plato de pollo que, sin duda, era realmente caro.

—¿No te ha gustado la comida? —dijo Santino mientras le cogía la mano por encima de la mesa.

Una corriente eléctrica le recorrió el brazo hasta el hombro y le bajó por la columna vertebral, y ella tragó para aplacar el horrible sabor que tenía en la boca.

—No tenía mucha hambre y sabía un poco raro.

El camarero colocó un plato con el postre entre ambos y Santino no le soltó la mano cuando ella trató de liberarla.

—Para arreglar ese sabor raro del pollo... —Él le agarró la mano derecha mientras metía su cuchara en la tarta de lava fundida y le metió la cucharada de delicioso chocolate en la boca.

Sarah se cubrió los labios mientras dejaba que el sabor diera vueltas en su boca. Tenía un sabor realmente delicioso, pero de repente sintió una arcada. Ella tragó y, cuando él estaba a punto de darle otra cucharada, se le revolvió el estómago e intentó regurgitar todo lo que había comido.

Ella no quería herir sus sentimientos, pero al ver la cuchara cerca de la boca, le entró el pánico.

—Necesito ir al baño.

Ella liberó la mano y salió disparada de la silla, atravesando el restaurante para llegar a los baños que estaban al fondo. Delante del lavabo, le dio una arcada y se enjuagó la boca una y otra vez sin dejar de tener arcadas, sujetándose al mármol mientras esperaba a que las náuseas disminuyeran.

Por suerte no salió nada, pero ahora tenía los ojos rojos y respiraba con dificultad por el esfuerzo.

—Oh, Dios mío.

Al pollo le pasaba algo. Un solo mordisco y había sabido que no estaba bien. ¿El restaurante más exclusivo de Nueva York? Mentira. Servía carne mala y caducada y ahora estaba enferma. Pero no quería decirle nada a Santino. Sería maleducado.

Arreglándose el maquillaje lo mejor que pudo, volvió a la mesa.

—¿Podemos irnos a casa, por favor?

La agitación de su voz hizo que él volviera la vista hacia ella y, al instante, hizo un gesto para pedir la cuenta.

—¿Estás bien?

Ella sabía que tenía los ojos enrojecidos y no podía mirarle.

—Sí. —No podía hablar. No podía ni inspirar. Ahora el lugar entero apestaba. El olor de la carne podrida le golpeó la nariz cuando el camarero pasó con la comida de alguien, y ella casi se dobló.

Santino la miraba atentamente mientras le daba la tarjeta al camarero. Parecía enfadada, molesta. Él respiró hondo.

—¿He dicho o hecho algo, cariño?

La ternura era reconfortante, pero iba a tener otra arcada y, muy posiblemente, a vomitar en medio de ese restaurante tan exclusivo.

—No me encuentro muy bien. Tengo que salir de aquí. —Ella cogió el abrigo. Santino la miraba impresionado mientras ella salía casi corriendo del restaurante. Él se apresuró detrás de ella, siguiéndola con pasos rápidos, y le agarró el brazo cuando empezó a alejarse del restaurante.

—Espera. ¿Qué ha pasado?

Ella respiró hondo varias veces.

—Quiero irme a casa. Siento irme así.

Ella comenzó a caminar otra vez y él la agarró de nuevo.

—Deja de huir de mí. Sube al coche. Yo te llevo.

Sarah asintió y él vio su expresión preocupada y confusa mientras ella entraba en la limusina y se sentaba en la parte de atrás, apartando la vista de él y mirando por la ventana.

Entonces, agitadamente, ella bajó la ventanilla y comenzó a dar respiraciones cortas por la nariz sin hablar con él, sin siquiera mirarlo.

«Joder. Lo he estropeado». Pero, ¿qué había hecho? Él no podía recordar de qué estaban hablando cuando ella se fue al baño. Fuera lo que fuera lo que le molestaba, probablemente no estaba relacionado con él, pero entonces, ¿por qué ni siquiera lo miraba?

—Sarah, ¿va todo bien?

—Sí.

—¿Podemos hablarlo antes de que te deje en casa?

—Mañana —dijo ella con evidente dificultad, moviendo la garganta mientras tragaba una y otra vez.

Él sintió el pánico en los huesos y agachó la mirada hasta la mano de ella. Estaba apretando la piel marrón, clavando las uñas como si tuviera miedo de caerse del asiento o algo parecido. Él le cubrió los nudillos, casi esperando que ella lo apartara pero, para mayor desconcierto, la mujer enfadada e inaccesible giró la mano y le cogió de la palma como si su vida dependiera de agarrarse a ella.

Él miró su perfil mientras ella apoyaba la frente sobre el lateral de la ventana y seguía respirando de forma extraña.

Él le sujetó la mano entre ambas palmas y respiró hondo mientras la miraba. Sin duda, ella no tenía ganas de hablar. Había aprendido algo más sobre la diosa sonriente que había conocido en España. No solo era increíblemente impredecible, sino que también era un misterio. La mitad del tiempo no sabía qué esperar de ella. Su expresión, sus reacciones y

situaciones como la que estaba viviendo en ese momento seguían surgiendo de la nada. Y, cuando miraba su preciosa cara mientras llegaban al bloque de apartamentos, él sabía que tenía que pelar las capas de esa mujer. Se moría por saber qué la movía, qué la hacía sentir de la forma en que se sentía, hacer lo que hacía. Quería llegar a conocer cada pedazo de su corazón, pero no sabía si ella le dejaría.

Capítulo Ocho

Sarah estaba pasando el tiempo tecleando y miró el reloj. Quedaban diez minutos para la reunión en la que hablarían del anuncio de BubFun. Su equipo tenía previsto mantener una reunión previa antes de ver a los ejecutivos de BubFun.

A pesar del hecho de que ella era íntima de Santino, tan íntima como para haberse acostado con él en Madrid y después haberse visto dos veces en Estados Unidos, para ella era una norma el no hablar con él de trabajo. Por tanto, el protocolo para programar la reunión sería el habitual, y estaba llevando mucho tiempo porque Santino no sabía personalmente que su empresa quería tener la reunión.

Y el mayor problema era que él la había llamado una hora antes, de nuevo, para decirle que se iba a Washington por una reunión urgente. Con la cantidad de viajes que requería el trabajo de ese hombre, ella dudaba que lo viera más de cinco veces al año.

Pero en ese momento Sarah no estaba tan preocupada por eso como por que no volviera a tener náuseas. La noche anterior había salido corriendo de la limusina y había suspirado con alivio pensando que, al menos, si hubiera vomitado en la hierba no había destruido nada caro, solo la hierba. Ni siquiera se había dado la vuelta para mirar a Santino.

Él le había enviado un mensaje mucho después, pero ella ya debía de estar dormida para entonces. Y esa mañana ella estaba en la ducha cuando él la llamó. Cuando ella le devolvió la llamada, él no dijo nada sobre su extraño comportamiento de la noche anterior, y ella se alegraba porque no podía ni explicar lo que le aterrorizaba poder destruir el interior de su coche.

Tara puso una taza de café junto a su ordenador portátil, y Sarah le sonrió con gratitud.

—Gracias, Tara.

—¿Te encuentras bien? Pareces cansada y un poco asqueada.

Sarah miró a su amiga e hizo una mueca.

—Gracias. Ahora me siento genial conmigo misma.

Tara se rio.

—Estoy siendo sincera. Eso es lo que hacen las amigas. ¿Preferirías que te dijera que tienes un aspecto fantástico? ¿Que te mintiera?

Sarah negó con la cabeza y sonrió.

—Ya sabía que tengo un aspecto horrible, porque me siento horrible.

Ayer pasé la peor noche de mi vida. Estuve a punto de vomitar al menos cien

veces, pero no vomité y no dormí nada bien. Me he despertado con dolor de cabeza.

—Hmm... ¿Estás estresada por el anuncio con BubFun?

Sarah negó con la cabeza.

—La verdad es que no. En realidad, ahora que lo pienso, me he sentido bastante dolorida y cansada los últimos días. Solo que anoche empeoró mucho.

—Deberías ir al médico. Sabes que últimamente hay muchos virus por ahí. No quieres coger algo como el ébola y no saberlo hasta que sea demasiado tarde.

Sarah le dio un codazo en la pierna a su amiga.

—Gracias, Tara.

Tara se rio y después se le paralizó la expresión de la cara.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —Sarah hizo una pausa porque, a juzgar por su reacción, pensó que Tara había sentido un terremoto o algo similar.

Tara abrió los ojos de par en par y separó los labios como si estuviera calculando algo.

—Tienes náuseas. Te sientes dolorida y no puedes dormir bien...

—Ajá.

—¡Podrías estar embarazada! —exclamó Tara con intensidad.

Sarah se quedó inmóvil y vio a varias cabezas girarse hacia ella con su visión periférica. Ella apretó los dientes y entrecerró los ojos mirando a su amiga, que inmediatamente pareció sentirse culpable.

—Podrías estar embarazada —susurró Tara, como si así eliminara su anterior reacción de la memoria de otras personas.

—¡No! —articuló Sarah, y volvió a su ordenador.

—Podrías estarlo. —Tara se acercó, susurrando en alto—. Estuviste con Santino Orlando en Madrid. Han pasado más de tres semanas. Podrías estarlo.

—¡No! —siseó Sarah—. Utilizamos protección.

Tara entornó los ojos.

—Mi hermana tomaba anticonceptivos, usaba condones y aun así se quedó embarazada. ¡Tres veces! En tres años consecutivos. Su carrera profesional se detuvo hace siete años.

Sarah se quedó paralizada.

—Deja de estresarme, Tara. Ahora que lo pienso, tu diagnóstico de ébola

era más alentador.

—No estoy de broma, Sarah. Deberías hacer un test de embarazo.

Sarah volvió a mirar alrededor.

—¿Podrías dejar de usar esa palabra aquí? La gente te puede oír. No estás susurrando.

Tara apretó los labios y bajó el volumen un poco más.

—Estoy intentando ser una buena amiga, ¿vale?

Sarah suspiró.

—Es muy estúpido. Utilizamos protección. Y, además, ni siquiera tengo que tener la regla todavía.

Cuatro días después, en la mañana en la que debía bajarle la regla, Sarah se sentó en el baño de la oficina sujetándose la frente con una mano y un test de embarazo con dos rayas brillantes con la otra. Estaba conmocionada. Se le habían paralizado las piernas. Alguien estaba golpeando la puerta del baño y ella ni siquiera se molestó en contestar. Simplemente miraba fijamente a esa cosa mientras el corazón le latía rápidamente pero su cuerpo se mantenía inmóvil.

«Mi hermana tomaba anticonceptivos y usaba condón y aun así se quedó embarazada. ¡Tres veces! En tres años consecutivos. Su carrera se detuvo hace siete años».

Las palabras de Tara resonaron en su cabeza como un cántico. Y entonces su propio cerebro pensó en unos cánticos personalizados. «Un bebé. Un bebé. Se ha terminado tu carrera. No puedes lidiar con esto. No puedes ser madre. No sabes cómo hacerlo. No puedes hacerlo. ¡Nunca tuviste una madre para saber cómo se hace!».

Las lágrimas le empañaron los ojos y, por fin, encontró la energía para moverse lo suficiente para secarse los ojos con furia. Maldijo entre dientes y cerró los ojos con desesperación. Entonces se levantó del baño y tiró el test de embarazo en la papelera antes de salir del servicio. Una de las diseñadoras gráficas entró en el cubículo al instante. Sarah ni siquiera se molestó en mirarla. En cambio miró su reflejo, su piel amarillenta, sus ojos hundidos hasta el suelo por la falta de sueño.

Suspiró. Unas semanas y el bebé ya la había transformado por completo. Tara tenía razón. Su carrera se había acabado. Con la falta de energía que tenía estaba segura de que, en el mejor de los casos, estaría en cama en un par de semanas. El embarazo no era para ella.

Unos cánticos desordenados resonaron en su cabeza y se arregló el rímel que se le había corrido por debajo de los ojos antes de salir del baño. Tenía que irse a casa.

Se acababa de sentar en la silla de la oficina cuando una chica se puso a su lado, muy cerca, invadiendo su espacio personal. Sarah reconoció a la diseñadora gráfica que casi había tirado la puerta del cubículo del baño para entrar.

—¡Enhorabuena!

Sarah entrecerró los ojos.

—¿Qué?

La diseñadora se tapó la boca.

—Es que he visto el test en la papelera. Y oí la conversación que tuviste con Tara el otro día. Ay, Dios mío... ¡Me alegro tanto por ti! ¡Un bebé!

Sarah se quedó inmóvil cuando varias cabezas se giraron hacia ella. La más sorprendida era la de una chica a la que conocía muy bien: Tara.

Entonces Sarah se vio rodeada de felicitaciones y comentarios sobre la fiesta prenatal. Las mujeres que tenían hijos adolescentes hablaban sobre cuándo comprar las cosas del bebé y qué marca de ropa era la más duradera. Sarah estaba atrapada en una pesadilla.

Odiaba ser el centro de atención. No era para ella. Desde que era una niña pequeña y tímida odiaba que hablaran de ella. Esa misma costumbre la había llevado a optar por ser directora cuando lo que en realidad le encantaba era ser modelo y actuar. Había pasado toda su vida apartándose del foco de atención, y ahora ahí estaba... ¡jodidamente embarazada! Toda la oficina hablaba de ella, de su bebé y de dónde debía dormir el bebé, y de la fecha del parto.

Sarah se levantó, fingió una sonrisa, recogió sus cosas y salió de la oficina.

Capítulo Nueve

Sarah se sentó en la silla que había junto a la ventana, tomándose un té verde infusionado con jengibre y mirando fijamente por la ventana hacia la concurrida carretera. Todos estaban ocupados, con prisa y viviendo su vida. Desde que era pequeña, se había preguntado lo absurdo que era que cada uno tuviera sus propios pensamientos y que todos pudieran ver algo totalmente único. Así que pasó un buen rato fijándose en cada persona, intentando imaginar lo que estaban pensando, lo que estaban viendo y a qué clase de desafíos se enfrentarían ese día.

Entonces su mente volvió a centrarse en sus propios desafíos. Había pasado su vida sola, preocupándose por sí misma sin nadie cerca a quien le preocupara si tenía problemas, si fracasaba o si le iba bien. Se había programado para acostumbrarse a estar sola y no sabía cómo no estar sola. Porque ahora, de repente, no lo estaba.

Había una persona dentro de ella.

Ese recuerdo la hizo llorar. El último fin de semana encerrada en su habitación lo había pasado cambiando entre estados de enorme tristeza y un miedo enfermizo.

¿Se suponía que tenía que cuidar de un bebé? ¿De verdad? ¿Podía Dios haberle gastado una broma más cruel? Había pasado años intentando estar en condiciones de cuidarse a sí misma y, ¿ahora un bebé? Un ser humano vivo y real que estaría con ella veinticuatro horas al día durante años, justo cuando se estaba preparando para el mayor logro de su carrera que nunca antes había conseguido. Justo cuando estaba preparada para conseguir ese ascenso que había estado observando durante meses. Tenía a su alcance aquello que podía asegurarle la vida, su carrera. Era lo que espantaría todos sus miedos.

Ahora esa cumbre se estaba alejando de ella. Porque estaba embarazada y no tenía energía, y no quería estar embarazada. Sus pensamientos se descontrolaron y se agarró la cabeza con las manos para calmar sus nervios.

Había trabajado muy duro en el proyecto para BubFun. Se había partido la espalda para que llegara a su fin de forma repugnante.

El anuncio. BubFun. Santino Orlando.

Le dio un vuelco el corazón. Recordó cómo él le besaba la nariz, cómo le había cogido de la mano y como le había agarrado la cara.

«Me haces tan jodidamente feliz», había dicho él.

Bueno, se le venía encima una sorpresa. Le iba a enfurecer cuando descubriera que su no novia estaba embarazada. Eso si él se molestaba en

quedarse en Estados Unidos alguna vez.

Qué pesadilla. Él no estaba cerca y no lo estaría porque siempre estaba trabajando. Aunque no fuera así, ella no esperaba que se interesara por el bebé. Había aprendido que la devoción y el cariño de las personas solo duraban mientras sus propios intereses fueran satisfechos. Una vez que eso ocurría, el afecto desaparecía de inmediato.

Suspirando, caminó hacia la puerta para comprobar que estaba cerrada y pasó por el espejo antiguo que llegaba hasta el suelo y que había comprado en una subasta. La conmoción de verse a sí misma en el espejo después de dos días le cayó en el estómago con un duro golpe.

Tenía los ojos hundidos en las cuencas, la piel fatal y el pelo hecho un desastre asqueroso y caótico. Acercándose al espejo, miró el pijama arrugado y se dio cuenta un poco tarde de que ni siquiera se había molestado en lavarse la cara en dos días.

Una ira que nunca antes había sentido le recorrió el cuerpo. Caminó rápidamente hasta el baño, se quitó el asqueroso pijama del cuerpo y encendió la ducha a máxima potencia. Colocándose debajo, dejó que el agua se deslizara por su cuerpo y la adrenalina le hizo apretar los dientes. «No soy esta persona. Esta no soy yo. Puedo hacerlo. He pasado por peores momentos y me ha ido jodidamente bien».

Por fin la energía fluyó en ella, se lavó el pelo con champú y lo enjabonó con acondicionador antes de meter la mano en el bote de exfoliante corporal. Se tomó su tiempo para frotarlo por el cuerpo, pero automáticamente su mano frenó sobre la parte inferior de su vientre. La sacudida de emoción que sintió fue, sin embargo, momentánea. No se iba a poner triste por esto. Se sentó en el borde del pequeño asiento que había en la pared de la ducha y se depiló las piernas lentamente. Sintiéndose tan limpia como unas tijeras quirúrgicas esterilizadas, salió de la ducha y se secó el cuerpo.

Para alegría suya, la energía continuó fluyendo. Se secó el pelo con el secador, se puso ropa interior limpia, la más bonita que había en el cajón, y abrió el armario. Aunque no tenía planes de salir, quería sentirse guapa de nuevo. Así que sacó el vestido rojo del armario, el que había comprado hacía un año y no se había puesto nunca porque llamaría demasiado la atención. Se quitó la etiqueta y se deslizó dentro de él.

El encaje rojo se ajustaba a su cuerpo y caía en volantes sobre sus rodillas. El cinturón sedoso y dorado en su cintura era ceñido y, una vez más, se acarició la tripa pensando en esa personita que había decidido pegarse a

ella.

Se estaba poniendo un poco de máscara cuando sonó el timbre. A Sarah se le hundió el corazón. Perfecto. Justo a tiempo para arruinar su momento. Molesta, apretó los labios para repartir el protector labial y caminó descalza hasta la puerta.

—¿Quién es? —gritó ella solo porque le apetecía decir algo en alto, utilizar las cuerdas vocales después de días en silencio.

—Soy yo.

La voz la detuvo a treinta centímetros de la puerta. Santino. Toda la energía, el subidón, se evaporó y lo reemplazó un nerviosismo tan extremo que le empezaron a temblar las manos. Había vuelto de Washington. Y él estaba ahí y ella estaba embarazada. El pánico la inundó. Se agarró la tripa aterrorizada por que él lo descubriera, aterrorizada por que fuera capaz de ver la mentira en su cara.

—¿Sarah?

Ella apretó los ojos y determinó que no podía evitar verlo. El hecho de que no hubiera decidido cómo iba a contarle las noticia quería decir que no estaba preparada para hacerlo, pero él no tenía por qué saberlo, no ahora. Podía verlo y después pensar en cómo contárselo.

Abrió la puerta con una sonrisa en la cara, esperando que él la abrazara como lo había hecho cuando lo vio en el aeropuerto hacía apenas una semana.

Pero él no se acercó.

Santino entrecerró los ojos mientras la miraba de arriba abajo.

—¿Vas a alguna parte?

Ella negó con la cabeza, el corazón le latía rápido.

Él inclinó la cabeza y entró en el apartamento, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón y girándose para mirarla.

—¿No vas a salir?

Sarah le miró a la cara, que tenía un gesto de enfado, una expresión que ella no había visto antes en él, y entonces se paró a pensarlo. Había un bebé de ese hombre dentro de ella en ese mismo momento. Estaba conectada a Santino Orlando.

—No voy a salir.

Él asintió y bajó la vista hasta su cintura.

A ella se le paró el corazón. ¿Cómo podía saberlo? «¡Tara!»

—¿Entonces por qué llevas ese vestido ridículamente espectacular?

Sarah suspiró y la invadió una ráfaga de alivio. Solo estaba mirándole el vestido, no la tripa.

—Yo, eh... —Ella bajó la mirada, cogiendo la falda del vestido de encaje por los lados y soltándola—. Simplemente me apetecía ponerme guapa.

Santino apretó la mandíbula.

—No soy imbécil, Sarah.

Sarah frunció el ceño.

—¿Qué?

—Me estás mintiendo.

—¿Qué? —gritó ella de nuevo mientras él la miraba con sospecha, con unos ojos desconfiados y distantes.

Le dejó de latir el corazón. «No, no, no». Esa mirada, esa mirada adorable, maravillosa y cálida en sus ojos marrones había desaparecido. No se había dado cuenta de lo maravillosa que era hasta que había desaparecido. Las lágrimas se arremolinaron detrás de sus párpados, y apretó los labios para que no se le escaparan. No iba a llorar delante de él. Sabía lo que estaba pasando. Este capítulo, este maravilloso capítulo, también se había acabado. «Idiota. Tú que esperabas en silencio que las cosas buenas duraran».

—¿Quién es él?

Sarah se quedó paralizada, se le detuvo la mente y lo miró fijamente como si estuviera loco.

—¿Perdona?

—¿Quién es él? —repitió él lentamente, apartando la mirada de ella—. Sé que no he estado por aquí, y lo entiendo. —Él la miró brevemente—. Pero necesito saber quién es.

Sarah se acercó a él y deslizó las manos por su pecho y por los lados de su cara, obligándole a que la mirara. El dolor en sus ojos le golpeó el vientre. Él estaba afligido porque pensaba que ella estaba saliendo con otra persona.

—¿Cómo puedes ser un hombre de negocios tan exitoso y ser tan estúpido?

Él la miró boquiabierto.

—No debería haber venido aquí.

—¡Santino! —gritó ella al tiempo que se le derramaban las lágrimas de los ojos de forma espontánea. Ella sollozaba, desconsolada por que él pudiera pensar algo así, por que él estuviera lastimado porque ella era importante para él. A él le importaba, le importaba mucho. Ella lloró con más intensidad y le agarró la cara—. No estoy viendo a nadie. ¿Por qué ibas a pensar eso?

—¡Eh! —Él se echó hacia atrás al instante, pareciendo olvidarlo todo mientras ella encogía la cara con agonía. Empujándola para que se sentara en el sofá, él se arrodilló—. ¿Por qué estás llorando?

—Porque... dices que estoy viendo a alguien —se atragantó ella.

Con el ceño fruncido en un gesto de perplejidad, él le secó las lágrimas.

Cuando ella lloró con más fuerza, él se levantó sobre sus rodillas y le rodeó los hombros con los brazos, poniéndole la cara sobre su pecho.

—Shhh... —Él sujetaba su cuerpo tembloroso.

Los sollozos de Sarah se ralentizaron, tenía la respiración superficial y los ojos cerrados cuando se inclinó sobre él. Todo el estrés y la preocupación de las últimas cuarenta y ocho horas se evaporó, y ella se quedó ahí, levantando las manos para agarrarle de la camisa por los lados de la cintura. Él la mecía suavemente hacia delante y hacia atrás. No le pidió que parara de llorar. Dejó que lo sacara todo hasta que dejara de sentir la frustración y la preocupación que la habían paralizado durante los últimos dos días. Estar junto a su pecho era sedante, relajante.

Al sentir que ella se había calmado, Santino intentó retirarse, pero ella apretó las manos sobre su camisa y se aferró a él con la cara enterrada sobre su corazón.

—Quédate.

—¿Sarah? —Su tono estaba lleno de confusión, rogándole que le diera una explicación.

Ella le agarró las solapas de la chaqueta del traje y sintió que estaba relajado contra ella. Él deslizó las manos por su espalda lentamente y la sujetó con más fuerza. Sentía seguridad. Absurdamente irreal. Y ella combatió el repentino miedo irracional de que, si no lo sujetaba, desaparecería llevándose con él ese momento de paz. Ahora su mente estaba libre de cualquier miedo o preocupación, y odiaba a su conciencia por hacerle una broma tan cruel. Pero estaba desesperada y se aferró a la fugaz sensación de bienestar y protección, sabiendo en su mente que se acabaría pronto.

Santino contuvo la respiración. Agarrándola por los hombros, la obligó a separarse de él y la sujetó para que lo mirara a los ojos.

—¿Está todo bien?

—Sí —mintió ella. El momento se había acabado. Ella recordó el pequeño detalle de que él estaba a punto de ser padre y tragó apartando la mirada.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Solo dime qué te pasa. Estás arreglada y no has contestado mis llamadas en dos días, y...

—Estaba pasando por un mal momento —dijo ella con sinceridad.

Él asintió.

—Y sabes que puedes compartirlo conmigo. A lo mejor puedo ayudar. Ella negó con la cabeza.

—Creo que nadie puede ayudarme. Ya no tiene remedio. —Y entonces ella se rio en bajo cuando el estrés le subió a la cabeza y el sonido vacío y roto resonó en ella al reírse de la desgracia de la situación.

El pánico le caló en los huesos. No era la misma mujer que había visto la última vez, con la que había hablado la última vez. Incluso su risa no era la misma, y él sentía la tensión en sus hombros mientras la sujetaba. Sin pensar, desesperado por aliviar las preocupaciones que le molestaban, se inclinó sobre ella y presionó los labios sobre los suyos de forma posesiva, con severidad. Ella respondió devolviéndole esa presión sobre la boca, entreabriendo los labios con avidez y derritiéndose en sus brazos.

Atrapado en el refugio de necesidad que siempre se hacía con él cuando estaba cerca de ella, sucumbió. Se alegraba de que ella no estuviera saliendo con otro hombre. Estaba eufórico por que ella besara su boca y la de nadie más. Ella estaba preocupada y él solo era un celoso. Él había notado su propia inseguridad al no ser capaz de estar cerca.

Atrapó uno de los labios de ella entre los suyos, después el otro, cambiando suavemente, intentando aumentar lentamente el deseo entre ambos, pero la seductora a la que tenía en brazos tenía otros planes. Ella le quitó la chaqueta del traje con la cabeza inclinada hacia atrás mientras le cogía la boca con avidez. Cuando ella no pudo hacer el beso más profundo, deslizó la mano hasta su nuca cogiendo mechones de pelo y agarrándolo con firmeza.

La lujuria le corrió por las venas con ese fuerte tirón. Él gimió, entreabriendo los labios y aceptando la lengua de ella con su boca. Él recibió la invasión de buen grado y dejó que ella tomara el control. Su confusa mente disfrutó con lo pequeña que parecía ella, y él se relajó. Estaba descalza, era pequeña y muy manejable. Una posesividad abrumadora y una ráfaga de rabia protectora se hicieron con él. La agarró más fuerte antes de dominar el beso.

Sarah se estremeció en sus brazos cuando él tomó el control. La besó intensamente y, cuando ella intentó darle la lengua de nuevo, él la mordió ligeramente y la absorbió con la boca. Ella gritó con ese beso punitivo, y él le liberó la lengua para centrar la atención en sus labios.

Presionó la parte inferior del cuerpo contra la de él. Su miembro, abultado y duro, le presionaba el cuerpo y un jadeo en respuesta lo llevó a la perdición. Sus manos estaban frenéticas, deslizándose por su espalda hasta las caderas y agarrándole el trasero antes de levantarla sobre su cintura.

Sin esfuerzo, ella envolvió las piernas alrededor de su cintura y apretó los brazos alrededor de sus hombros. Él nunca abandonaba su boca.

Ella tenía un sabor increíble y un olor maravilloso. Colocándola sobre el sofá a lo largo, se tumbó sobre ella sin ponerle el peso encima y deslizó la mano por la parte frontal de su cuerpo.

Ella arqueó el cuerpo, doblándose hacia su caricia mientras él pasaba la mano por su pecho, apretándolo con suavidad, bajándola hasta su vientre y por el costado de su cadera. Cuando la mano llegó a su muslo, la metió por debajo del vestido rojo para pasar las yemas de los dedos por su muslo suave y desnudo.

Por un momento, Sarah volvió a la realidad de su pésima situación cuando él deslizó la mano brevemente sobre su vientre plano. Pero ella disfrutó de su dulce boca, de la nube de lujuria que planeaba sobre ella. Era como despertar de un fantástico sueño para enfrentarse a la realidad, y ella todavía no estaba preparada para enfrentarse a la realidad. Quería seguir soñando, porque ese sueño era de todo menos aterrador. Se sentía segura en sus brazos, bajo su devastadora boca y sus manos examinadoras y posesivas. Le hacía sentir que pertenecía a él, y ella no quería escapar de esa fantasía.

Y entonces él deslizó la palma de la mano desde su muslo hasta la goma de sus bragas y bajó de nuevo. Ella levantó las caderas para que él la tocara, para sentir más. Necesitaba darse el gusto. Merecía a alguien como él. Era bueno y maravilloso, siempre la hacía reír y ella lo merecía.

Ella sabía bien que ese hombre no se quedaría a su lado cuando le diera las noticias, así que lo ocultó. «Solo esta noche. Se lo diré mañana», se prometió a sí misma. Y la culpa desapareció.

Santino pareció sentir el cambio en ella. Ella relajó las piernas, dándole acceso al espacio entre sus muslos para que pudiera deslizar los dedos sobre sus bragas, que estaban empapadas. En cambio él sacó la mano, deslizándola

por la espalda hasta encontrar la cremallera que mantenía el vestido en su sitio.

—Te quiero desnuda —susurró él en su boca antes de besarle el labio inferior. Ella abrió los ojos lánguidamente y él le dio un beso en la punta de la nariz—. He echado de menos tu cuerpo... —Agachándose, él le dio un beso en la parte superior de sus pechos, donde la carne se hinchaba formando el escote—. He echado de menos a estas dos. He echado de menos tu risa. — La besó en la comisura de los labios.

Sarah se quedó quieta, se puso tensa. No podía hacerlo. No podía decir nada, pero sentía que era una mentirosa. Él era tan bueno con ella. Era magnífico. Nunca la habían tratado así antes, con tanto respeto, con tanto cariño, y quería aferrarse a eso como una niña pequeña y tener una rabieta porque quería seguir con él. Era suyo.

Pero no lo era.

Él le abrió la cremallera y le bajó el corpiño dejando ver su sujetador, y volvió a su cuello con la boca. La mordió a bocados, inhalando su esencia, deslizándose la punta de la lengua sobre su piel. Cuando ella lo agarró de las solapas de la chaqueta del traje, él se acomodó entre sus piernas.

Le golpeó la entrepierna con su miembro y ella jadeó. Él atrapó el sonido en su boca, metiéndole la lengua salvajemente. Inclinando la cabeza, él intensificó el beso como si no pudiera saciarse, como si no pudiera saborear lo suficiente.

—Te deseo. No me puedo saciar de ti, Sarah.

Sarah levantó las caderas y lentamente él le retiró el vestido de los pechos por completo. Cuando le cubrió las copas del sujetador con las manos, él le frotó la espalda con las manos, bajándolas hasta la cadera y agarrándola desenfadadamente. Los músculos se tensaron bajo la tela de sus pantalones, y ella estaba empezando a ceder por completo, a sucumbir a su boca y a sus manos examinadoras, cuando él deslizó una mano hacia abajo y le acarició el estómago.

Ella abrió los ojos de golpe y se quedó paralizada, sus ojos miraban fijamente y con aturdimiento al techo cuando se le llenó la cabeza de preguntas, de confesiones y de preocupaciones. Él bajó la boca a su cuello, pero ella se quedó inmóvil porque sus procesos mentales estaban anteponiéndose a la lujuria.

—Santino —susurró ella cuando él le mordió la oreja.

—¿Hmmm? —Él le agarró de los lados de la cintura y dibujó un camino

hasta su vientre otra vez para volver a subir a apretarle los pechos.

—Estoy embarazada.

Pareció que las palabras tardaron un momento en penetrarle los sentidos. Cuando lo hicieron, su boca dejó de jugar con su cuello. Él levantó la cabeza bruscamente, mirándole a la cara buscando una señal de que estaba de broma, como si esa afirmación pudiera pronunciarse como una broma.

Claramente confundido, él la miraba boquiabierto mientras ella estaba apretada debajo de él, parcialmente desnuda.

—¿Que estás qué?

Ella lo miró a los ojos, tragando y despidiéndose de él mentalmente. Sus propios padres se habían deshecho de ella cuando nació. ¿Qué podía esperar de un hombre guapo y exitoso que no tenía nada que ganar manteniéndola en su vida?

—Estoy embarazada.

Capítulo Diez

El vacío en los ojos de ella le impactó. Él se apartó de ella, mirándole a la cara al tiempo que le colocaba el corpiño del vestido para cubrirle el sujetador, y miró fijamente a la pared. Entonces contempló boquiabierto su perfil.

Embarazada. Un bebé. Se sentó confundido y completamente disperso, pero ella se las arregló para parecer estar falta de emociones. Entonces, solo porque él no sabía qué decir ni cómo se suponía que debía sentirse y porque hacía un momento estaba apretando provocativamente su miembro entre sus piernas y al instante había recibido la noticia más inesperada, dijo las primeras palabras racionales que pudo asumir de su frialdad y de su indiferencia ante esa situación.

—¿Estás pensando en abortar?

Ella giró la cabeza hacia él y negó con la cabeza.

—Ni se me ha pasado por la cabeza.

Él miró la alfombra, después la miró a la cara y sintió la ráfaga de dolor y arrepentimiento.

—Mis padres me abandonaron cuando era un bebé. No puedo hacerle eso a mi propio hijo.

A él le dio un pinchazo en el pecho, suspiró y de repente ya no estaba confundido. No se sentía desconcertado ni agobiado por una situación que no podía controlar. El pánico cesó hasta quedar fascinado.

Él sabía que ella tenía algo único, pero no sabía que era algo tan importante y esencial que la convertía en la persona que era hoy. Él deslizó el brazo sobre sus hombros y le impresionó la tensión que había entre ellos. Él se acercó, acercándola en su estado rígido sobre su hombro, pero ella no le dejaba.

—Creo que es hora de que te vayas —dijo ella con voz áspera.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque esto no es lo que esperabas. —Ella habló con voz robótica mirando fijamente a la pared. Estaba inmóvil. Como si se fuera a romper en mil pedazos si lo miraba, si se movía o si respiraba.

La forma en la que ella hablaba, la forma en la que se había quedado inmóvil, la forma en la que parecía haber perdido toda la calidez lo aterrorizaban. Como si estuviera preparándose para la batalla y no quisiera sentir nada. Él la agarró por los hombros y la acercó a la fuerza. Su

obstinación no iba con él.

Ella le miró a los ojos porque no tenía opción, armándose de valor para enfrentarse a la furia que había en ellos.

—No voy a ir a ninguna parte. Y esto no se ha acabado entre nosotros. Puedo tomar mis propias decisiones, Sarah, como he hecho durante los últimos treinta años. Si necesito tu opinión para cambiar eso, te lo haré saber.

Ella parpadeó rápidamente cuando la humedad le anegó los ojos.

—Te estoy dando una salida.

Entonces se dio cuenta. Él suavizó las manos sobre los hombros de ella y los deslizó por su cuello.

—No quiero una salida, cariño. No si eso significa que te deje sola para lidiar con esto por ti misma.

Una bocanada de aire se le escapó por los labios entreabiertos, le temblaron los hombros y se le derramaron las lágrimas. Ella parecía aturdida cuando él presionó los labios sobre sus lágrimas antes de deslizar los pulgares sobre sus mejillas.

—¿Es por esto por lo que no contestabas mis llamadas?

—No tienes que ser parte de esto. Puedo hacer esto yo sola —argumentó de nuevo con un tono fuerte cargado de reticencia.

—Sarah... —dijo él suavemente—. ¿Es por esto por lo que no contestabas mis llamadas?

Ella desvió la mirada.

—Sí.

Él suspiró, se levantó del sofá y se sentó de piernas cruzadas sobre la alfombra, inclinando la cabeza hacia atrás para mirarla.

—Vale. Entonces... —empezó él, respirando hondo—. Si digo algo muy estúpido, perdóname porque estoy impactado.

Ella asintió en respuesta, y él continuó.

—Ehh... Estoy intentando entender esto... ¿No quieres que esté cerca?

Sarah hizo una mueca de dolor.

—¡Pues claro que sí! Pero no se trata de lo que yo quiero. Se trata de ti. Por supuesto que no tienes que estar cerca.

—Pero quiero estar cerca.

Ella hizo una pausa y frunció el ceño mientras lo miraba confundida, como si fuera incapaz de creer que él todavía estuviera allí y no se hubiera enfadado por la situación.

En cambio se estaba poniendo cómodo, por fin se aflojó la corbata y se

remangó las mangas de la camisa.

—Eso es... sorprendente —dijo ella.

Él le cogió la mano.

—Vale. ¿O sea que estás embarazada? ¿Estás segura de que estás embarazada?

—Cien por cien.

Él asintió y la cabeza le dio vueltas. La miró a ella y después al vestido.

—Ahora sé sincera y dime por qué te has arreglado. ¿Adónde pensabas ir esta noche?

Sarah encogió los hombros.

—No me había duchado en dos días y ni siquiera me había lavado la cara porque he estado tumbada llorando por lo que ha pasado. —Se le rompió la voz y agitó la cabeza con vergüenza—. Así que quería lavarme y arreglarme para mí misma.

Incapaz de soportar la distancia física entre ellos por más tiempo, él le puso la cara sobre su pecho y la arrastró del sofá para ponerla sobre su regazo, donde la abrazó con fuerza.

—Siento no haber estado aquí —dijo él furioso consigo mismo e inhalando profundamente. Con las manos le acarició los hombros y los brazos y la besó en la cabeza—. Debes de estar muy asustada.

—Lo estaba —susurró ella. Aunque su subconsciente le decía que no confiara en las palabras de él, que no sacara conclusiones, relajó sus temores. Este hombre grande e intimidante sabría qué hacer. Por una vez ella no tenía que preocuparse. Podía dejar que él se encargara de todo. Pero, ¿por qué quería quedarse? Sin duda, era un hombre increíblemente dulce que siempre se preocupaba, la halagaba y la hacía sentir especial. Pero, aun así, no era un hombre que quisiera tener hijos. Era demasiado desafiante e invencible como para tener esos deseos de mortal.

—Me deberías haber llamado en el momento en que lo supiste, podríamos habernos preocupado por ello juntos.

Sarah combatió la horrible urgencia que le pedía derrumbarse en sus brazos, llorar, gritar y decirle cómo se sentía.

—Pero no tenía nada que ver contigo. No tenías que sentirte atado por esto.

Él se apartó y la miró boquiabierto.

—¿Qué quieres decir con que no tenía que estar atado?

Ella encogió los hombros y evitó su mirada colérica.

Él le agarró la barbilla con suavidad, pero su voz seguía teniendo el mismo tono enfadado cuando él la obligó a mirarlo a los ojos.

—Escúchame, Sarah Montgomery. No se me ha pasado por la cabeza ni por un momento el no querer ser parte de la vida de este bebé. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque no es solo tuyo. Es tan mío como tuyo. Y sería de gran ayuda que no lo olvidaras otra vez —finalizó él con delicadeza.

Sarah agitó la cabeza luchando por mantener su sensatez.

—¿Por qué te estás comportando así? —Ella se liberó de su regazo y se levantó—. No te quiero cerca, ¿vale? Es mejor que te vayas ahora a que te vayas más tarde. En serio. Esto no es un juego de niños. No has tenido tiempo para pensarlo, así que te estoy dando una vía de escape de todo esto.

—No voy a ir a ninguna parte —dijo él con calma.

Ella lo miró mientras él se ponía de pie y la miraba desde arriba.

—¿Sabes qué? Estar embarazada quiere decir que estaré loca por las hormonas y que vomitaré en tus zapatos de Valentino y en tu limusina. Te echarás atrás en segundos.

Él frunció el ceño.

—Espera un momento. ¿Estabas...? ¿Ya sabías que estabas embarazada cuando nos vimos la última vez?

Sarah negó con la cabeza.

—No lo sabía. Solo me sentía enferma y muy mal, y pensé que iba a estropear el interior de tu limusina de un trillón de dólares.

Él exhaló bruscamente.

—¿Tú sabes lo preocupado que estaba cuando te negaste a hablarme en el camino de vuelta después de nuestra cita?

Ella levantó las manos con desesperación.

—Solo quería salir de ese coche lo antes posible.

Santino se rio brevemente.

—Vaya. Creía que había dicho algo o hecho algo y que me odiabas.

Ella entrecerró los ojos.

—No te odio. No puedo odiarte. Es... es increíblemente difícil... no sentirme atraída por ti.

Él sonrió de forma juguetona.

—Gracias. Para mí también es... increíblemente difícil no sentirme

atraído por ti.

Sarah rio por primera vez en días.

—Esto es ridículo. Casi no nos conocemos y ahora pasa esto. —Ella se puso la mano sobre el abdomen sin pensar.

Él bajó la mirada a sus manos y se acercó, cubriéndole la tripa con sus enormes palmas. Ella se mordió el labio por dentro y giró la cabeza hacia otro lado cuando la culpa casi le hizo doblarse.

—No quiero que te preocupes por mí.

Él le levantó la cara cuidadosamente.

—Quiero preocuparme por ti. —Él deslizó las manos alrededor de su cintura y enroscó los brazos alrededor de ella, inhalando con fuerza cuando sus senos le presionaron el pecho.

—De todas formas, ya me estoy acostumbrando. Me has tenido muy preocupado los últimos dos días al no contestar mis llamadas. Tuve que interrumpir una reunión muy importante para poder volver aquí y verte.

Sarah abrió los ojos de par en par.

—¿Te fuiste de una reunión... por mí?

—Sí.

—¿Por qué? —Nadie hacía nada por ella.

Ella estaba en una situación difícil. No sabía si estar contenta porque él estuviera tan interesado en ella, o preocupada porque fuera un mentiroso.

Él encogió los hombros.

—Porque estaba increíblemente celoso. —Él puso las manos a los lados de su cara—. Creía que estabas viendo a otro, y... bueno, no podía quedarme allí. Verás... Sé que no he estado aquí mucho desde que empezamos a vernos, pero puedo tener más tiempo. Programaré más reuniones aquí y menos en el extranjero. Y nos veremos más, y te prometo que te voy a cuidar.

—¡No digas esas cosas, Santino! —gritó ella, apartándose de él en señal de negación.

Él apretó los brazos alrededor de ella y la volvió a poner donde estaba.

—No. —Él puso los labios sobre su boca y ella se calló al instante—. No te apartes.

La desesperación de su voz le sacudió hasta la médula.

—Sarah... no solo tú estás aterrorizada. Lo estoy intentando, ¿vale? —dijo él con suavidad.

Ella se dio cuenta en ese momento que su vida la había hecho egoísta. Preocuparse siempre por sí misma, por su propia mejora, la había hecho

egocéntrica. Esta vez no se trataba de ella. Se trataba también de él. Aunque al final él cambiara su decisión de querer formar parte de su vida, tener un hijo significaba que dejaría una parte de él en ese hijo para siempre. A él también le cambió. Y ella estaba tan centrada en las consecuencias que eso tendría en su propia vida que se había negado a pensar en cómo se sentía él.

Él solo la había hecho feliz desde el momento en que entró en su vida. Él se había reído, había bromeado, había hecho que Sarah sonriera; siempre le hacía sentir que era la mujer más maravillosa e interesante del mundo. Su interés nunca había disminuido y él se había sentido inseguro cuando ella estaba preocupada. Él merecía que lo tratara mejor.

—Lo siento —susurró ella, dándole un beso intenso en la boca—. Lo siento mucho.

Él sacudió la cabeza y sonrió de forma atractiva.

—No lo sientas. Sé que estás estresada. Juntos vamos a solucionarlo, te lo prometo. Me voy a asegurar de que todo salga bien.

Sarah cerró los ojos y disfrutó de esas raras palabras, unas palabras nuevas y extrañas.

—¿Estás dispuesto a ayudar?

Él le dio un beso fuerte en la frente.

—Estoy dispuesto a tomar el control. Tú ya estás haciendo bastante. —Y entonces él le acarició el vientre otra vez.

Con un soplido, ella sintió la primera ráfaga, el primer cosquilleo de cariño por el pequeño bebé que llevaba dentro.

Era de ella y de él, una parte de cada uno. Estaban conectados eternamente. Y a él le importaba y era cariñoso con ese embrión incluso antes de que ella lo viera de esa forma. La inundó la emoción, y no quería nada más que tener a Santino cerca.

—Me has asustado mucho —susurró ella.

Él deslizó los brazos por debajo de ella y la llevó al dormitorio.

—¿Adónde vas?

—Primero vamos a tu habitación, te voy a llevar a la cama y te voy a hacer el amor hasta que me grites que pare.

Sarah se rio en bajo mientras la ponía sobre el colchón.

—Creo que no hay muchas probabilidades de que eso suceda.

Él se quitó la camisa con determinación, se desabrochó los pantalones y se los quitó antes de perder los calzoncillos. La risa de Sarah se desvaneció mientras se deleitaba mirando ese bonito cuerpo, las extremidades morenas,

el miembro que ya estaba algo duro a la espera de hacerle el amor. Ella se sentó y él la besó con suavidad mientras le bajaba la cremallera del vestido. Retirándole el encaje rojo, le desabrochó el sujetador y pasó las manos por sus pechos para liberarla. Cuando ella se estremeció y se puso de rodillas para rodearle el cuello con los brazos, él le quitó las bragas de las caderas de un tirón.

—Cuando termine de hacerle el amor a este cuerpo... —Le cogió los dos pechos con las manos y los apretó— hablaremos de médicos y de la organización de nuestra vida.

Sarah ni siquiera lo escuchó al completo porque estaba ardiendo. Le dolían los pechos cuando él los apretaba, y el espacio entre sus piernas le palpitaba con frenesí. Hábilmente, buscó su miembro con la mano y lo agarró, pasando la palma sobre la cabeza de su miembro.

Él la empujó sobre el colchón con cuidado. Sin ponerle el peso de su cuerpo encima, él agachó la cabeza sobre sus senos. Ella arqueó la espalda y gimió cuando él chupó con intensidad, lo que envió una fuerte punzada de deseo hasta su entrepierna. Ella se giró deliciosamente, borracha de la necesidad que le provocaban su boca y sus manos, y ella le empujó de los hombros para que cayera sobre su espalda antes de sentarse sobre su abdomen.

Santino jadeaba al tiempo que le acariciaba los brazos de arriba abajo mientras ella estaba sentada sobre sus abdominales, presionando su sexo húmedo contra su carne. Él jugó con sus voluptuosos senos, que dejaban ver unas venas de un azul tenue. Él las recorrió con los dedos, entrecerrando los ojos, aparentemente fascinado por los cambios que el embarazo ya había hecho en su cuerpo. Él la movió hacia abajo y los senos de Sarah se mecieron sobre su boca.

Cogiendo uno con cada mano, apretó los labios sobre uno de sus pezones, dibujando sobre él con delicadeza y amasando los voluptuosos pechos que le llenaban las manos y se hinchaban.

Sus manos eran ásperas sobre su carne, pero sus movimientos eran más suaves. Tuvo cuidado con ella cuando la empujó sobre la espalda y le puso el miembro entre sus piernas.

Como si ella fuera frágil, le pasó la mano por su vientre, le dibujó un camino con la boca desde su pecho hasta su tripa y le dio un beso fuerte en la zona baja del abdomen, haciendo que se retorciera de placer antes de que su boca llegara al espacio que había entre sus piernas.

—¡Ahh! —Le salió del pecho un fuerte grito cuando sus labios se apoderaron de la zona palpitante y sensible que se escondía entre los pétalos de su sexo. Ella relajó las piernas en respuesta y se estremeció, levantando las caderas del colchón al ritmo de los golpes de su lengua.

Él estaba lleno de su delicada esencia, de su sabor, y le cogió los labios y los sujetó en su boca. Jugó con el clítoris con la lengua, moviéndola de adelante hacia atrás una y otra vez mientras su lujuria alimentaba el intenso fuego de su abdomen.

Él estaba enloquecido. Se sentía diferente a como se había sentido hacía solo un momento cuando ella estaba medio desnuda en el sofá. Era más protector. Estaba más preocupado por su cuerpo, y la conexión que sentía con cada sonido que ella emitía era intenso. Él intentó entenderlo aunque no lo consiguió, y apartó ese pensamiento para otro momento. Para un momento en el que él no se sintiera tan delirante por una lujuria ardiente y frenética. Con la punta de la lengua él rodeó la entrada a su cuerpo y, en un impulso, metió la lengua dentro de ella. Ella gritó y su cuerpo se sacudió, relajándose al instante cuando él cogió con los labios el montículo hinchado de su sexo.

Ella levantó las caderas y las meció sobre su boca, moviéndose cada vez con más agitación. Él pasó las manos por su trasero y gruñó cuando ella se sentó bruscamente ofreciéndole la boca. Sus lenguas se enredaron y ella descansó los brazos sobre sus hombros mientras dejaba que él intensificara el beso. Ella abrió más las piernas y descansó sobre las piernas flexionadas de él. Con las piernas y las lenguas enredadas, se besaron hasta que casi no podían respirar y ella levantó su sexo para acercarlo a su miembro.

Ella se mordió el labio inferior y pasó los labios sobre su mandíbula.

—Estoy embarazada de tu bebé —le susurró al oído.

Santino abrió los ojos de repente, y un frenesí que nunca había experimentado le invadió las piernas. Lentamente, hizo que ella arqueara la espalda hacia atrás y le besó la barbilla, pasándole las manos por la espalda y deslizándolas por su vientre. Dejó que ella bajara las caderas ligeramente para acercarlas de nuevo, pero esta vez su miembro se estaba abriendo paso por la abertura de su sexo.

Sarah arqueó la espalda y gimió dejando caer la cabeza hacia atrás. Él enroscó los brazos alrededor de sus caderas, y lenta y delicadamente la arrastró más cerca. Se le escapó un gemido de los labios cuando la fricción insoportable y empapada de carne deslizándose sobre carne le absorbió el

miembro.

—¡Ohh! —El grito de Sarah retumbó en el silencio de la habitación. Su miembro se abrió paso en ella, abriéndola y separándole los labios hasta que estos estuvieron húmedos y aferrados a la base de su miembro.

—¡Dios! —Su humedad y su tensa calidez lo martirizaban, y él respiraba de forma pronunciada para aguantar un orgasmo arrasador. Estaba tan excitado que sentía que iba a explotar. Cada vez que se habían acostado, el condón había sido una barrera entre ellos. Esta vez, sin embargo, él sintió lo más profundo de su cuerpo directamente sobre su miembro, y era imposible describir esa sensación con palabras.

Él se retiró para ver sus ojos aturcidos, y ella movió las caderas para que llegara más adentro y que empezara a embestirla enérgicamente como hacía siempre.

—Estás tan húmeda y agradable por dentro. Me podría quedar aquí para siempre.

Él bajó las manos bruscamente a sus caderas. Tirando de ella hacia su pelvis en sacudidas fuertes y rápidas, él gimió por la placentera sensación.

—¡Sarah!

Ella curvó la espalda, empujando hacia él, llevando su miembro cada vez más adentro con cada golpe.

Ella tenía el clítoris apretado contra la base de su miembro y gimió. Interrumpiendo el beso, dejó caer la cabeza hacia atrás y unos intensos gritos de euforia surgieron de ella. Y entonces, cuando se estaba sacudiendo violentamente y balanceándose sobre él, su cabeza cayó sobre el amplio hombro de él y sucumbió a la marea de placer.

Sus entrañas se tensaron alrededor de su miembro mientras se corría, y él le besó la mejilla bruscamente. Empujándola sobre su espalda con el cuerpo todavía unido íntimamente al de ella, le quitó el peso del cuerpo de encima. Él metió las rodillas dobladas debajo de sus muslos y el miembro entre sus piernas, agarrándola de las muñecas para atraerla más cerca.

Sarah gimió. Con la cabeza hacia atrás, cedió por completo a las exigencias de su miembro al tiempo que él la penetraba más profundamente, llegando con sus embestidas al final de su pasadizo. Al poco tiempo otro orgasmo la sacudió, estremeciéndola y haciendo que se le enroscaran los dedos de los pies.

Santino contempló la vista que tenía delante sabiendo que no sería capaz de olvidarla mientras estuviera vivo. Desnuda y exuberante, vulnerable, con

los brazos extendidos y los senos meciéndose cuando él la penetraba, ella parecía irreal.

Sus testículos la golpeaban cuando la atravesaba, aumentando el ritmo y el tempo de las embestidas, jadeando, con los abdominales tensos y los bíceps sobresaliendo mientras la sujetaba y tiraba de ella para acercarla con cada embestida. Él deslizó la mano sobre la parte inferior de su vientre y lo cubrió con la mano de forma protectora mientras la penetraba.

Sarah abrió los ojos. Con su pequeña mano agarró la enorme mano de él, y ese gesto fue suficiente para que se disparara. Él se estremeció, gimiendo, enroscándose sobre ella y presionando la frente sobre sus pechos.

Se le escapó su nombre de los labios con un gemido quebrado cuando el calor de su semen salió de su cuerpo para llenar el de ella.

Él se movió sobre ella lentamente y bajó la boca para besarle la barbilla. Él seguía embistiéndola con suavidad, tensando los hombros para combatir la sensibilidad de su miembro después del orgasmo.

—Me siento tan bien dentro de ti —susurró él apasionadamente—. No me puedo creer que te haya hecho el amor con protección todo este tiempo cuando podía haber tenido esto.

Sarah sonrió brevemente y frotó la mejilla contra la de él.

Él le besó el cuello y ella refrenó una sonrisa.

—Sobre todo porque esa protección no podía hacer nada para detener a tu súper esperma.

Santino se rio, deslizando los brazos por debajo de sus hombros para aguantar su propio peso mientras seguía apretando su miembro todavía algo duro dentro de ella.

—Podría hacer esto toda la noche —susurró él, y sus ojos se llenaron de lujuria de nuevo.

Ella abrió los ojos de par en par sorprendida al notar que su miembro se estaba endureciendo otra vez, todavía dentro de ella, y tensó su sexo a su alrededor. Ella se sonrojó y deslizó las manos por su espalda.

—Sin duda yo te dejaría hacer esto toda la noche. O toda la semana. O todo el mes.

Pero él ya estaba mordiéndole los labios, intensificando el beso al instante al golpearle su sexo rítmicamente, metiéndose por completo en su cuerpo.

—No soy frágil, ¿sabes? Solo estoy embarazada —suspiró ella y, por primera vez, sonaba feliz por ello.

Él respiró profundamente sobre su mejilla y deslizó los labios hasta su

oreja. Al mismo tiempo, extendió una mano sobre su vientre de forma protectora.

—No voy a arriesgarme. Quiero a esta cosita.

Capítulo Once

Dos días después, Sarah estaba caminando al trabajo en silencio, sin molestar a nadie, cuando unos lobos cayeron sobre a ella.

Los periodistas le gritaban preguntas que ni siquiera entendía porque todos hablaban al mismo tiempo. Por unos momentos la devoró un alarmante estallido de adrenalina, aterrorizada por que le hubiera pasado algo a Santino. Entonces oyó las palabras «relación» y «Sr. Orlando» y al miedo lo substituyó el pánico.

Santino la había llevado al trabajo los dos últimos días después de plantarse con determinación en su casa, y esa mañana se había ido después de que ella lo convenciera de que todavía podía ir andando al trabajo. Después de todo, necesitaba hacer ejercicio. Pero no esto.

Los periodistas se empujaban para conseguir la primicia de la que, evidentemente, era la novia de Santino Orlando.

Dándole vueltas la cabeza, los evitó casi sin emitir ni una palabra y consiguió que funcionara. Pero pasó la siguiente hora con la cabeza entre las manos. No podía trabajar y el pánico le invadió el cuerpo. Por fin, reunió suficiente energía para llamar a Santino.

—Mierda. —Tenía el teléfono silenciado. Tenía diez llamadas perdidas de él y justo le estaba llamando cuando la puerta de su oficina se abrió y entró él.

Con una mirada a su cara afligida ya lo supo.

—Lo siento muchísimo —dijo él con franqueza.

Sarah no pudo evitarlo. Se levantó y fue directamente a sus brazos, poniendo la cara sobre su pecho.

—Es una locura.

Él le acarició la espalda.

—Debería haberte llevado a trabajar yo mismo. Si hubiera sabido que se enterarían y que te acosarían, te habría llevado yo y los habría esquivado.

Ella levantó la mirada hacia la de él y se volvió a acomodar sobre su pecho.

—¿En qué estás pensando?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que no estoy preparada para hablar de ello.

Agarrándole los brazos con firmeza, la llevó hasta su silla y se sentó enfrente de ella.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy bien. —Pero se aferró a su mano como si fuera un salvavidas—. Suspirando, apretó los ojos—. Odio ser el centro de atención. —Mientras él esperaba en silencio a que ella dijera algo más, su necesidad de hablar y de hacerle una confesión aumentó—. En realidad no... no me conoces, Santino.

Él le sujetó la mano con más fuerza.

—Entonces ayúdame a conocerte. Porque es lo único que quiero.

Ella lo miró, recordando al hombre guapo que había visto hacía solo unas semanas. Había sido tan inalcanzable, tan irreal, y ahora él estaba aquí y le estaba agarrando la mano como si no quisiera soltarla nunca. Y, lo más importante, era el padre del bebé que estaba esperando.

Él lo estaba haciendo todo bien, y ese era el problema. Ella estaba esperando que tuviera un desliz, que hiciera un movimiento en falso para que pudiera usarlo como excusa para dejar de confiar en él. No importaba lo que hiciera por ella, ella siempre sentía una fatalidad inminente, como si todo fuera a desaparecer. Las cosas buenas, había aprendido ella en repetidas ocasiones, no le pasaban a Sarah Montgomery.

—He pasado toda mi vida manteniéndome alejada del foco de atención, sin querer ser el centro de todo. Ya sabes... estudié publicidad porque me encantaba actuar y ser modelo, pero no soportaba estar en pantalla así que pensé que dirigir me acercaría al arte, pero no a estar en el centro.

Él frunció el ceño mientras la escuchaba.

—¿Tienes miedo de meter la pata?

Ella sonrió de forma titubeante.

—Solo tengo miedo de meterme en problemas.

—No lo entiendo, Sarah.

Ella tragó.

—Siempre he estado sola, como en... —Pensó, intentando no sonar lastimosa—. No tenía a nadie en quien apoyarme, así que solo contaba conmigo misma. Meterme en un problema o en una situación demasiado preocupante solo me pondría bajo presión, porque nadie me apoyaba.

Él apretó los labios.

—¿Y tu familia?

—Tuve una familia adoptiva, pero pasaban demasiadas cosas ahí. Abuso de drogas, conflictos, ánimos encendidos. Aprendí muy temprano que, si no quería verme envuelta en peleas, tenía que esconderme en un rincón y fingir que no existía. Así que supongo que me acostumbré a ser invisible. Pero, cuando me mudé, cambié de forma consciente. Me di cuenta de que era

segura de mí misma y de que podía lidiar con problemas, pero sigo odiando estar en el foco de atención.

—Si los periodistas se acercan a ti otra vez, les voy a demandar.

Sarah se rio.

—Venga ya. Solo están haciendo su trabajo. Es lo que tiene ser el Sr. Orlando.

—No me importa lo que estén haciendo o por qué lo hacen. Tienes mi apoyo.

Ella lo miró a los ojos.

—No te entiendo, Santino. ¿Por qué haces esto?

—Sarah, hazme un favor y olvídate de todo lo que has leído sobre mí en la prensa, por favor. La mitad no tiene fundamento y la otra mitad son exageraciones.

Ella nunca lo había pensado de esa forma.

—Vale. —Pero se dio cuenta un poco más tarde de que no podía olvidar por completo que era un símbolo sexual, el hombre por el que las mujeres babeaban, el hombre que había sido nombrado como el soltero más deseado del país por su aspecto y su riqueza.

—Solo soy un tipo normal que, de alguna forma, se las ha apañado para ganar mucha fama y dinero, y lo único que quiero es tener una vida estable. Tranquila y sin complicaciones.

—¿O sea que de verdad te preocupas por el bebé?

Él sonrió.

—Por supuesto que me preocupo por el bebé. El bebé me entusiasma. Me muero de ganas por verlo. Admito que me quedé helado cuando lo supe, sobre todo porque habíamos usado protección y no podía imaginar ni en mis sueños más locos que podría pasar algo así.

—¿Que tu súper esperma podría vencer a la protección?

Él se rio entre dientes.

—Sí, eso. Pero, aunque pueda haberte parecido que tomé una decisión impulsiva y de improviso para seguir contigo, te juro que lo he pensado. La noche en que lo supe me quedé despierto un buen rato mientras tú dormías, pensando, planeando, cambiando mis planes y mis objetivos mientras tenía esto en mente. No es fácil, pero lo intento. Te prometo que lo haré lo mejor que pueda.

Ella suspiró.

—No esperaba que te quedaras.

Él asintió, pensativo.

—Si no me lo hubieras dicho, nunca habría creído que intentas mantenerte lejos del centro de atención.

Ella se rio.

—Hago lo que puedo para ocultar mis defectos.

Él le soltó la mano y le cogió la cara entre las dos palmas.

—No tienes defectos. Eres totalmente perfecta e inmejorable, eres única. Y eres muy fuerte y estoy loco por ti.

Ella se inclinó hacia delante y puso el pulgar sobre su labio inferior, arrastrándolo hacia abajo suavemente antes de darle un beso. La intensa inspiración que dio ella hizo que se inclinara para un beso más largo e intenso. Todos los miedos que la habían invadido desde el momento en que los periodistas la habían asaltado se desvanecieron, y no existía nadie más que ese hombre y ella y sus manos posesivas sobre su cara.

Apartándose, ella apretó los labios y sonrió.

—Tengo que admitir que estoy muy asustada por todo esto.

—¿El bebé?

Ella negó con la cabeza.

—Eso también. Pero eso es inevitable, ¿sabes? El bebé está en camino y no puedo librarme de ello. Va a pasar. Pero tú... —Tragó, pensando en cómo formar la frase para hacer que lo entendiera, pero las palabras parecían esquivarla—. Tú eres una decisión. Quiero decir... He elegido confiar en ti y eso da mucho miedo, porque me estoy haciendo vulnerable deliberadamente y no estoy segura de que sea una idea fantástica.

El dolor le llenó los ojos, pero fue rápidamente sustituido por la determinación.

—Sé que es arriesgado. Sé que solo me conoces desde hace unas semanas, pero piénsalo de esta manera. Es un gran riesgo, sin duda. ¿Pero te puedes imaginar las recompensas que trae el invertir en mí?

Ella se rio entre dientes.

—¿Ahora hablas de finanzas?

—Porque soy un inversor. Asumo riesgos y te estoy enseñando la profesión. Son conocimientos muy valiosos los que estoy impartiendo aquí.

Sarah se rio.

—Vale. Continúa.

—Así que, cuanto mayor sea el riesgo, mayor es la recompensa. Si resultado ser una inversión fantástica, que lo seré, tendrás un cómplice, alguien que te

apoye y alguien con quien podrás contar. ¿Crees que estás dispuesta a asumir el riesgo?

Ella contuvo una sonrisa. En ningún momento le quitó el miedo, pero debía admitir que su humor le había levantado el ánimo considerablemente.

—Creo que consideraré hacer esta inversión.

Él sonrió y le dio un beso firme en la mejilla.

—Le doy las gracias a Dios por eso.

El resto de días de la semana Santino insistió en llevarla en coche al trabajo y a casa, y ella lo vio tratar con los periodistas con humor, que era uno de sus fuertes. En una de sus entrevistas a pie de calle, él les informó muy amablemente y con una sonrisa de que era muy protector con su novia y de que desataría su temperamento, pocas veces visto, si alguien se acercaba a ella. Los periodistas se rieron con él, pero después informaron de que los había amenazado sutilmente para que se alejaran de Sarah.

—Sabes... —Sarah comenzó a decir mientras veían un segmento de esa noticia en la televisión más tarde—. Esto podría traerle problemas a tu imagen.

—¿A quién le importa la imagen? Solo quiero que sepan que no voy a tolerar que crucen esa línea otra vez.

—Para ser honesta, hoy he visto a cinco periodistas en el supermercado, pero no se han acercado a mí. Estaban fuera de la tienda y apartaban las cámaras cuando yo les miraba.

—A riesgo de parecer increíblemente prepotente, cariño... —Él la agarró por la cintura y le dio un beso en el cuello—. Ellos saben que no pueden jugar con Santino Orlando.

Ella se rio y giró la cara hacia él.

—Eres prepotente.

—Puedo ser prepotente.

—¿En serio?

—Ajá. Te tengo. Eso me otorga algunos derechos para ser prepotente.

Ella le sacó la lengua y él se rio, inclinándose para morderla. Ella gritó y se apartó, pero él siguió mordiéndole la mejilla y el cuello mientras ella se retorció y se reía para liberarse.

Cuando por fin él consiguió capturarle la boca, no tenía los dientes cerca de sus labios. Lentamente le acarició el suave borde de los labios, tragándose su respiración irregular.

Capítulo Doce

—Sarah, despierta.

Sarah se retorció y se puso la almohada sobre la cabeza.

—Despierta, dormilona. Acuérdate de que tienes cita con el médico.

—¿Qué hora es? —gruñó ella por debajo de la almohada con voz sofocada.

Él se rio entre dientes. Parecía diminuta tumbada boca abajo en la cama con la camiseta a media espalda. Los pantalones cortos abrazaban sus caderas redondas y voluptuosas.

—Ya son las diez. No tenemos demasiado tiempo.

Ella echó la almohada a un lado y se apartó el pelo de la cara.

—¿Por qué no has ido a trabajar?

Él encogió los hombros.

—Estaba muy entusiasmado por ir.

—¿Pero no dijiste que tenías una reunión esta mañana?

Él deslizó una mano por el lado de su cara retirándole el pelo alborotado y enredado de la mejilla.

—Tengo otra reunión que es mucho más importante. Una reunión con esa personita que tienes dentro.

—¿Lo dices en serio? —Ella sonaba como si no supiera si debía estar feliz o enfadada. Se sentó—. Me alegro de que te tomes en serio lo del bebé, pero, Santino, el trabajo es importante. No puedes dejarlo así. Si yo hiciera la misma estupidez mañana, esperarí que me hicieras entrar en razón.

Él se rio.

—Y lo haré. Pero hoy es un gran día. Así que saca tu bonito culo de esos pantalones y ponte algo más apropiado.

Ella se levantó lentamente y caminó hasta el baño.

—Define apropiado —bromeó ella.

Él le miró el culo balanceándose de forma atractiva en los pantalones cortos mientras iba al baño.

—Apropiada sería cualquier cosa que no haga babear a los hombres por tu culo como estoy babeando yo ahora mismo.

Ella se dio la vuelta con una sonrisa pícaro en la cara.

—Ah, ¿sí? Dudo que pueda hacer que esto no parezca atractivo.

Él se rio en bajo, amando cada momento que pasaba con ella. Incluso con la cara sin maquillar y con el pelo alborotado era la mujer más guapa que había visto jamás.

—Yo también lo dudo, pero podríamos intentarlo.

Ella se apartó el pelo de los hombros.

—Mantente fuera de mis decisiones sobre el vestuario.

Él se estaba riendo cuando ella desapareció tras la puerta. Dios. Estaba loco por ella. Incluso le encantaba la forma en la que rechazaba su sugerencia. Sarah era una mujer que no aceptaría órdenes de ningún hombre, y a él eso le excitaba.

Cuando ella fue al salón vestida para la cita, él frunció el ceño. Y no era porque llevara los vaqueros cortados más diminutos y reveladores que hubiera visto jamás. Era porque nunca salía sin parecer menos que la ejecutiva que era.

Sin decir ni una palabra, él fue detrás de ella hasta la puerta y, cuando ella torció los labios, él negó con la cabeza.

—Estás quedándote conmigo, ¿no?

Ella se rio mientras volvía a la habitación.

—Era una prueba. No has hecho ningún comentario sobre los pantalones, así que has aprobado con honores. Me voy a poner otros pantalones.

Él todavía se estaba riendo cuando ella volvió pareciendo ella misma con unos pantalones negros recatados y más sexis y con la misma camiseta morada oscura que llevaba antes. Pasó por delante y él le dio una palmada en el trasero. Dio un salto horrorizada.

Ella abrió los ojos de par en par y estalló de risa.

—¿Estás de broma?

Él la besó en la mejilla rápidamente y le cogió el trasero con la mano otra vez.

—Solo te informo de que esto es mío.

Ella se puso a su lado en el ascensor, y tres señoras mayores se subieron después. Inclinandose hacia atrás, Sarah deslizó una mano sobre su culo, sobre los pantalones entallados que llevaba, y se dio cuenta de que él no se movía.

—Y esto es mío —le susurró ella apasionadamente sobre el hombro.

Respirando hondo, él se inclinó sobre su oído.

—Me estás haciendo tener una erección.

A Sarah se le retorcieron las entrañas rápidamente, y resopló como respuesta cuando la lujuria la invadió. Quitándole la mano de la cadera, ella permaneció ahí recatadamente cuando una de las señoras les sonrió. Cuando Santino se agarró las manos de forma sutil enfrente del cuerpo, Sarah bajó la

vista automáticamente hacia su entrepierna.

—No estabas de broma, ¿verdad? —susurró ella de forma significativa.

Él sonrió y se alegró de que el trayecto hubiera terminado cuando las puertas del ascensor se abrieron. Cuando salían, él deslizó un brazo de forma protectora alrededor de su cintura.

— Nunca hago bromas sobre erecciones.

Acababan de cruzar la puerta del bloque de pisos cuando Sarah se vio sobre su pecho de un tirón y él la empujó hacia el coche. Los gritos de los periodistas retumbaban en sus oídos un momento antes de que viera a unos hombres enormes y fuertes formando un círculo de tres metros a su alrededor. Y entonces el círculo empezó a moverse con ellos y ella entró fácilmente en el coche. Santino se sentó a su lado en la parte trasera del todoterreno, y Sarah vio al hombre alto y corpulento con una cicatriz en la cara, dentada pero bonita, sentándose en el asiento del copiloto.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con el corazón acelerado—. ¿Quién es ese?

—Ah, nada —dijo Santino con una sonrisa, aunque ella sabía que él estaba tenso y que su mirada era casi asesina—. Son solo unos guardaespaldas para espantar a los buitres que voy a demandar esta semana.

Sarah intentó entender cómo podía estar tan furioso y conseguir ser tan perfectamente educado con ella. Si a ella le molestaba algo, estaba acostumbrada a combatir cualquier cosa desafortunada que se cruzara en su camino. Pero ese hombre no solo tenía un temperamento implacable, sino también una contención inquebrantable.

Sarah entrelazó los dedos y los puso sobre su pecho mientras la médica le levantaba la camiseta por encima del vientre y le pedía que se desabrochara los pantalones.

Sarah hizo lo que le pidió y miró a Santino, que la miraba a la cara sin parpadear.

—¿Qué?

—Estoy un poco asustado —admitió él.

Ella se excitó por dentro y por fuera. Él parecía tan joven, tan aniñado. Y totalmente afligido ahora que se concentraba en su expresión.

—¿Te asusta que sea más real cuando lo veas?

Él negó con la cabeza y con el ceño fruncido.

—Claro que no. Estoy asustado porque quiero que nuestro bebé esté bien. Sarah se tragó el nudo de emoción que tenía en la garganta y lo miró

asombrada incluso cuando él ya había fijado su atención en el monitor.

El sonido de un latido amplificado resonó en la sala, y la médica sonrió mientras pasaba el aparato por el vientre todavía plano de Sarah.

—Aquí está... Aquí está el... —La médica hizo una pausa y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —Santino habló con un tono duro y autoritario que parecía ser una configuración ajustada a las situaciones en las que quería dominarlo todo y a todos y salir victorioso.

Sarah le agarró la mano para que se calmara.

—¿Qué pasa? —preguntó bruscamente otra vez.

Sarah se dio cuenta de que él tenía las manos heladas igual que ella. Ella respiró hondo mientras miraba al techo y el pánico la abrasaba.

Una mirada a Sarah casi hiperventilando y el autoritarismo de Santino murió rápidamente. Él le soltó la mano y la puso sobre la frente de Sarah.

—¿Estás bien?

—Sí.

Él le cogió la mano de nuevo y apretó los nudillos de ella contra sus labios.

—Estoy aquí. No te asustes.

—Oh, ¡enhorabuena! —espetó la médica de repente—. Vais a tener dos bebés.

Santino miró boquiabierto a la médica y Sarah miró boquiabierto a Santino. Por un momento ella no sintió nada mientras la información le llegaba a la zona sensorial del cerebro, donde tardó en ser procesada. Pero, cuando Santino la miró, ella supo que él había procesado esa información más rápido porque, por alguna estúpida razón, él estaba radiante.

—Dos bebés. Gemelos, Sarah.

A Sarah se le enfrió el cuerpo y entró en calor de nuevo. Gemelos. No uno sino dos bebés de los que cuidar. Pero Santino estaba ahí. Él estaba ahí, ¿no? Se obligó a creerlo o se volvería loca.

—Eh —dijo él con suavidad al ver que ella no sonreía ni reaccionaba. Levantándose, él se agachó sobre el cuerpo de ella y escondió su cara de la médica. Él se relajó cuando Sarah levantó la mano para agarrarle la espalda, pero clavó los dedos en la carne como si se estuviera ahogando.

—Dos bebés, y nosotros somos dos. Va a ser fácil.

—Ajá —balbuceó ella, y él le dio un beso en la mejilla.

Él miró su cara mientras intentaba entender qué le pasaba por la cabeza.

Estaba conmocionada.

El pánico se reflejaba en la forma en que tenía los ojos abiertos de par en par, en la forma en que apretaba los labios. Necesitaba tiempo para procesarlo.

—Estoy aquí, cariño —susurró él—. No te preocupes por nada.

Sarah asintió y cerró los ojos cuando él le dio un beso en los labios.

—Vámonos a casa.

La casa resultó ser la de él y no la de ella, y Sarah lo miró con cautela.

—¿Qué haces?

—Te llevo a casa.

—Pero esta es tu casa.

Él salió del coche y Sarah saltó cuando alguien le abrió la puerta al mismo tiempo. Un guardaespaldas con uniforme... o quien fuera.

—Sarah, te presento al Sr. Connely. Es nuestro mayordomo.

«Nuestro» mayordomo. La expresión no pasó desapercibida para ella, pero mantuvo la boca cerrada hasta que él la movió hacia un lado.

—¿Qué quieres decir con «Te voy a enseñar la casa»?

Él la agarró.

—Sarah, sé que ya has tenido suficientes sorpresas hoy, no voy a pensar en presionarte. Así que solo te voy a enseñar mi casa. Nuestra. Porque, en serio, ¿te imaginas a los niños diciendo «esta noche nos quedamos en casa de mamá o en casa de papá»? Necesitan tener un lugar al que llamar hogar.

—Y esa puede ser mi casa también —discutió ella tercamente.

Él respiró hondo y asintió.

—Claro, lo que tú quieras. ¿Vale?

Sarah se sintió como una niña mimada cuando él la besó, sonrió y le dejó ganar la discusión antes de proceder a enseñarle su casa. Era enorme, aunque ella ya lo había dado por hecho. Había visto su casa de España y se dio cuenta en ese momento de que Santino no tenía ni idea de qué hacer con todo el dinero que ganaba. Así que construyó casas grandes y después construyó casas aún más grandes. Todo era enorme y dominante, como él. Incluso los muebles eran modernos, minimalistas y provocadores a imagen suya.

—Tengo que admitir que esta casa es mucho más bonita que tu casa de Madrid, y ya pensaba que esa casa no podía ser eclipsada.

Él se rio entre dientes.

—Gracias. ¿Te ves viviendo aquí conmigo? ¿Algún día? ¿Pronto?

Sarah respiró hondo y caminó hacia el comedor y después hacia las puertas francesas que conducían a la piscina. Entonces se dio la vuelta. Ella era perfectamente consciente del hecho de que él le estaba pidiendo que se mudara por los bebés. Pero, ¿se podía quejar? Ella quería su apoyo y lo tenía. No quería parecer avariciosa. Él estaba haciendo todo lo que podía para que ella se sintiera especial y para que no tuviera tanto estrés.

—Ahora mismo no. Pero quizá pronto.

—No quiero meterte prisa. Cuando te sientas cómoda. —Él la atrajo más cerca—.

Dime una cosa.

—¿Hmm?

—¿Estás feliz por los bebés?

Sarah consiguió esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Por tener gemelos? Creo que necesitaré algo de tiempo para hacerme a la idea.

—No —dijo él con suavidad—. En general, ¿estás contenta por ser madre?

Sarah tragó y el miedo se apoderó de ella. Se había dicho a sí misma que ya se había acostumbrado a tener sacudidas de pánico, pero todavía la cogía por sorpresa cada vez que pasaba.

—Estoy más feliz ahora que sé que vas a estar aquí.

—Ya. Pero... ¿has empezado a sentir que quizá esto tenía que pasar y que podría cambiar tu vida a mejor? —Sarah asintió, pero él inclinó la cabeza—. Por favor, no me mientas. No te voy a juzgar, cariño. Solo quiero entender tus sentimientos para seguirte el ritmo.

Ella se sentó en el sofá y él se sentó sobre la alfombra con las piernas cruzadas, observando cada expresión que aparecía en su cara. Sarah se sentía como si estuviera desnuda. Sentía que él podía verlo todo, todos los defectos y todos los pedazos rotos que se había asegurado de mantener ocultos. Pero ahora él los conocía todos. Casi todos. Pero no le producía rechazo. ¿Qué clase de mujer no se alegraba de estar embarazada?

—No es que no quiera ser madre, es solo que... es aterrador y...

—¿Y? —Él parecía estar completamente relajado, comprensivo, con una mirada llena de la calidez de siempre. No había juicios en sus bonitos ojos, ni siquiera un ápice.

—Y desbarajusta los planes que había hecho para mi vida.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo... Estaba trabajando muy duro para conseguir un ascenso, y va a ser mío en cuanto hagamos el anuncio de BubFun. Pero ahora me pregunto de qué sirve el trabajo duro. No voy a tener un hijo, ¡voy a tener dos!

Santino tragó y respiró hondo.

—Vale. Pues he estado pensando... —comenzó él con tono animado, como si ella no hubiera dicho nada—. No voy a viajar fuera del país durante un tiempo, o al menos no a menudo. Quizá una vez al año. E intentaré delegar también eso. Así que, como voy a estar en la oficina de Nueva York tan a menudo, he pedido que vacíen una planta del edificio y he contratado a un diseñador de interiores para crear un espacio de juegos para niños. Y también voy a ofrecer cuidado de niños gratis en nuestra oficina.

Sarah frunció el ceño mientras intentaba entenderlo.

—Así que puedo tener a los bebés conmigo. Como soy tan paranoico, los cuidadores estarían a mi alcance durante el día. Y tú puedes acercarte durante tu descanso para comer. Y después pasar a buscarnos a mí y a los niños cuando termines con tu trabajo.

El tipo de vida que él esbozó la hizo sonreír y la hizo feliz porque, por una vez, iba a tener a alguien que se preocuparía si no aparecía para comer o para recogerlo. Pero, cuando ella le rodeó el cuello a Santino con los brazos y le susurró un «gracias», no pudo resistir decirle a ese hombre maravilloso y fantástico que estaba asustada por cosas mucho más profundas y oscuras.

No estaba capacitada para ser madre. No sabía cómo serlo. Nunca había visto a una en acción. Su madre adoptiva siempre estaba borracha y enfadada, y ella sabía bien que las madres no debían ser así. Era imposible que Sarah aprendiera a ser madre. No tenía inspiración, un ejemplo a seguir. No sabía nada sobre maternidad. O sobre cuidar a otras personas. Anteponer a alguien a sí misma. En su cruzada por ser independiente y destruir los demonios de su pasado, se dio cuenta con remordimiento de que se había convertido en una mujer interesada y egoísta que tenía miedo de no ser capaz de cuidar a nadie más que a sí misma.

Su mente estaba agitada por las posibilidades, los miedos y las preguntas, pero mientras estaba ahí sentada aferrándose a él, supo una cosa con seguridad: Santino Orlando significaba para ella más de lo que había significado cualquier otra persona en su vida. Era más que el apoyo de tenerlo cerca para los bebés. Se trataba de él, de la persona que era y del papel que desempeñaba en su vida.

Estaba loca por él y, si existía algo que se llamara amor, debía de ser esto. Ese sentimiento doloroso, de necesidad, desesperado pero maravilloso de tenerlo. Y ella con frecuencia se había sentido increíblemente preocupada por él.

Estaba enamorándose locamente de Santino.

Deseaba poder confiar en que él se quedaría a su lado.

Capítulo Trece

—¡Sal de aquí! —le gritó Sarah a Santino al vomitar en el baño por tercera vez ese día.

—No voy a ninguna parte. —La voz de Santino era serena mientras la miraba fijamente.

Sarah estaría bien si tuviera que lidiar con una sola cosa. Vomitar las entrañas era lo suficientemente estresante sin tener que saber que él la estaba contemplando mientras lo hacía. Pero ya no tuvo más oportunidades de gritarle otra vez porque las náuseas no dejaban de golpearla.

Por fin consiguió ponerse de pie y girarse hacia el lavabo. Mientras se enjuagaba la boca y se lavaba los dientes, entrecerró los ojos al ver el reflejo. Él estaba a su lado con cara de preocupación cuando le pasó una toalla.

—No me gusta que te quedes a mi lado mientras vomito. ¿Podrías quedarte fuera por lo menos?

—Quiero quedarme contigo.

Ella entornó los ojos.

—¿Qué clase de satisfacción absurda podrías obtener al ponerte en esa situación?

—No te encuentras bien, así que no me iré.

—¿Qué...? ¿Piensas quedarte a mi lado si mañana tengo diarrea?

Él contuvo una sonrisa.

—Sin duda estaría a tu lado.

—¡Cállate! —Ella ahogó una risa y se secó los ojos, sorprendida por lo ridículo que estaba siendo—. ¿No es suficiente con tener a una novia asquerosa, enferma, inquieta y vomitando en vez de a la mujer serena y elegante que elegiste al principio?

—Bueno, mi novia no eligió quedarse embarazada, pero le ha pasado. Así que yo diría que eso no puede ser eclipsado.

—Oh, Dios. Me estoy muriendo. —Ella se dejó caer en el sofá.

—¡Eh! —le reprendió él—. Ten cuidado.

Sarah solo emitió un gruñido como respuesta.

Él la miró mientras ella se tocaba cuidadosamente la tripa, que era cada vez más grande.

—¿Y qué dices que ha dicho el médico sobre estas náuseas matutinas?

Ella levantó la cabeza del sofá y le dirigió la mirada más ofendida que era capaz de poner.

—¿Náuseas matutinas? No le faltes al respeto a este monstruo. Esto son

náuseas permanentes. Lo que no sé es por qué me dio un respiro en el primer trimestre. Ahora empeora cada vez más.

Él se puso de pie a su lado.

—Tu barriga sigue creciendo. Es bonito.

—¿Bonito? Y una mierda —se burló ella—. Me estoy poniendo muy gorda.

—Qué va. De todas formas, no comes lo suficiente, y lo que comes lo echas por la taza del váter.

—Los bebés estarán bien, paranoico.

Él sonrió.

—Tengo que ir a casa a coger un traje antes de ir a trabajar. ¿Estás segura de que vas a estar bien?

—Ajá. Me voy a quedar en casa sin hacer nada mientras tú te vas a ser productivo.

—¿Por qué no les pides que te envíen trabajo para hacer en casa? Podrías ser productiva.

A Sarah le estalló la cabeza.

—Es una idea fantástica. —Salió disparada del sofá y se detuvo para mirarlo, pero se cubrió la boca y fue corriendo al baño.

Santino estaba junto a la puerta del baño cuando ella se levantó del suelo junto al váter una vez más y se secó la boca.

—Sarah, por favor, ¿puedes mudarte conmigo?

Ella se dio la vuelta y se quedó inmóvil. Él no había sacado el tema desde que la había llevado a su casa hacía dos meses. Él parecía cansado y desesperado, y ella, simplemente, lo miraba boquiabierto. De alguna forma eso le hacía parecer más atractivo.

—No es que no me guste tu casa o que esté intentando obligarte a salir de tu zona de confort, pero no estás bien y yo no puedo quedarme en casa contigo, y eso me está matando. Has estado de baja durante un mes por las náuseas matutinas y necesito cuidarte a tiempo completo.

Sarah se enjuagó la boca y lo pensó. Sin duda estaba aterrorizada por salir de su zona de confort.

—Tú y yo sabemos que aquí no tienes suficiente espacio en el armario —continuó él—. Tengo que ir a mi casa para vestirme y no quiero dormir en mi casa mientras tú duermas aquí. Es absurdo. Tengo un mayordomo a tiempo completo. No tendrás que cocinar ni que limpiar ni hacer nada de eso. Solo te relajarás, vaguearás y mejorarás. Y yo no estaré increíblemente preocupado

por ti mientras trabajo.

Sarah suspiró y asintió.

—Vale. Tú vete a trabajar, yo voy a hacer las maletas.

Santino sonrió lentamente.

—¿Lo dices en serio?

Ella encogió los hombros.

—Claro.

Él la atrajo sobre su pecho.

—No te arrepentirás. Te lo prometo.

—Ajá. —Ella sonrió ante su evidente alegría por que estuviera de acuerdo.

Sarah se mudó a su casa y Santino cogió dos días libres porque estaba demasiado entusiasmado como para centrarse en el trabajo. Él la ayudó a deshacer las maletas y a acomodarse, y se sentó a su lado cuando ella vomitaba. Por suerte, ella ya se había acostumbrado a él y había dejado de decirle que la dejara sola. Porque él no la escuchaba. Era terco, como ella.

Pero entonces las náuseas empeoraron hasta que empezó a recibir suero intravenoso durante casi todo el día.

Estaba leyendo un libro cuando él volvió del trabajo y la besó en la mejilla.

—Tienes mejor aspecto.

—Me siento mejor. Tienes ese acto benéfico hoy, ¿verdad?

Él suspiró.

—Me temo que sí. —Él la observó—. ¿Estás segura de que no puedes venir?

—Oh, puedo ir. Si te parece bien que vomite durante todo el evento.

Él se rio entre dientes.

—Deberías descansar. Yo voy a hacer una aparición rápida y volveré pronto.

Él le dijo adiós cuando se marchó y Sarah se dio cuenta de que era la primera vez que se había ido sin darle un beso ni abrazarla. Ella vio su propio reflejo en el espejo de la pared. Tenía la piel amarillenta y unos círculos oscuros le rodeaban los ojos. El reconocido brillo del embarazo la había esquivado. No se había dado cuenta del aspecto terriblemente repugnante que tenía. No era de sorprender que no hubieran hecho el amor desde que ella se había mudado hacía cuatro días.

La inseguridad le invadió los huesos y ella la combatió intensamente. No podía permitirse lidiar con eso. No. Como era de esperar, fue corriendo al baño para vomitar otra vez.

Después se tumbó en la cama a las nueve de la noche y miró el móvil. Ninguna llamada y él todavía no había vuelto.

Ella no sabía cuándo se había quedado dormida, pero cuando se despertó los primeros rayos del amanecer se filtraban a través de las cortinas. Cuando se deslizó hacia un lado para poner un brazo sobre Santino, él no estaba ahí. Y en su lado de la cama no había dormido nadie.

Levantándose de la cama lentamente, salió y se dio cuenta de que la habitación del dormitorio estaba abierta cuando ella recordaba perfectamente haberla cerrado. Y entonces lo vio durmiendo boca abajo en la habitación de al lado. Ella se puso a su lado, preocupada y confundida, y deslizó un brazo alrededor de su cintura.

Él se sobresaltó al despertarse de forma brusca y parpadeó un par de veces.

—Hola. —Tumbándose sobre la espalda, él atrajo la cabeza de ella sobre su pecho.

El suave sonido de su respiración era conocido y parecía música para sus oídos, y ella se acurrucó más cerca. Ella puso una pierna sobre sus muslos y él se adaptó para que ella estuviera más cómoda, pero no intentó tocarla más que eso.

Era la quinta noche que él no había hecho ningún intento de acercarse a ella o de hacerle el amor, y a ella se le rompía el corazón.

—¿Por qué has dormido aquí? —preguntó ella, pero él ya se había quedado dormido.

Sarah estaba sentada a la mesa tomando el desayuno. Sola. El mayordomo hablaba sobre algo a lo que Sarah no podía responder porque estaba desconsolada.

No lo entendía. No entendía nada. Desde que cumplió dieciocho años había sido segura de sí misma y perfectamente consciente de lo que valía. Este embarazo le estaba haciendo perderlo todo. Se sentía insegura, estaba preocupada constantemente y paranoica por las cosas más extrañas.

Sin embargo, una cosa que era dolorosa y para nada extraña era el evidente hecho de que Santino ya no estaba interesado en ella. La había llevado a su casa y había comenzado la caída. Él se arrepentía. Ella podía

sentirlo en todo lo que él hacía. En el hecho de que ya no fuera cariñoso. En el hecho de que se negaba a acostarse con ella. En el hecho de que la pasada noche había ido más allá y había dormido en otra habitación. Él seguía durmiendo, lo que quería decir que había llegado a casa muy tarde. La rápida aparición en el acto benéfico no había sido corta y, de nuevo, el pánico le invadió el pecho al pensar que él le ocultaba algo.

Respirando hondo se acarició la tripa, donde los gemelos se movían y no eran más que codos y rodillas clavándose por dentro, y ella cogió el periódico y lo abrió. Necesitaba distraerse. Ese estrés no era sano. Y no tenía a nadie en quien confiar, así que era sencillamente autodestructivo preocuparse por ello.

Pero, por mucho que lo intentara, no podía dejar de pensar en él. Deseaba que se despertara, deseaba tener la valentía para preguntarle qué había pasado para que se distanciara tanto de ella. Lo echaba mucho de menos. Vivir con él había sido el peor error. Estaban bien hasta que él la había llevado a su casa. Era como si él se hubiera dado cuenta del verdadero alcance de los cambios que había hecho en su vida en cuanto ella se mudó. Como si se hubiera dado cuenta de los sacrificios y de los compromisos y no estuviera preparado para hacer nada de eso.

Ella oyó unos pies arrastrándose en el dormitorio que estaba al otro lado del vestíbulo, y sus hombros se tensaron por los nervios. Él se había levantado. Girando el periódico, lo miró fingiendo leer y, en ese momento, el corazón le golpeó la garganta.

Miró fijamente una foto de Santino con el brazo alrededor de una morena sensual que tenía la misma tez dorada que él. Eran una bonita pareja, y darse cuenta de eso la golpeó como un puñetazo. Tragando para evitar llorar, leyó el titular:

«El empresario Santino Orlando con la modelo colombiana María Vargas».

Perfecto, hasta su nombre era exótico.

Sarah agitó la cabeza para aclararse la mente y cerró los ojos, frotándose la frente. Había fracasado. Todo estaba perdido. Así que ahí era donde había estado toda la noche. Por eso había llegado tarde a casa y por eso no se había ido con ella a la cama.

«No. Santino no me haría eso. No lo haría». Su consciencia defendía a ese hombre con vehemencia. Él había demostrado una y otra vez que estaba enamorado de ella, ¿pero por qué ya no le hacía el amor? Últimamente, si ella iniciaba algo él se alejaba de la situación de manera sutil.

Pero Santino no la engañaría. Tenía principios y valores, y nunca caería tan bajo. Se lo diría. Era ese tipo de persona.

Ella se sobresaltó cuando unos labios cálidos y conocidos le tocaron la mejilla de forma muy breve.

—Buenos días, preciosa.

Sarah se miró la enorme barriga que literalmente descansaba sobre sus muslos. Tragó y forzó una sonrisa falsa, pero él ni siquiera la estaba mirando. El mayordomo puso un plato sobre la mesa con su desayuno favorito.

—¿A qué hora volviste? —dijo ella intentando evitar un tono acusador. Se preguntó por un instante si realmente creía que él no la engañaría o si solo estaba salvando su orgullo al creer que nadie la engañaría. Ni siquiera con una modelo colombiana glamurosa y seductora.

Él suspiró.

—Sobre las tres, creo.

Ella se mordió la lengua para evitar decirle que le había prometido que volvería pronto después de hacer un rápido acto de presencia. Pero eso sería infantil. Era un hombre adulto. No tenía que contestar. Podía hacer lo que le diera la gana. Ella nunca toleraría que alguien la interrogara sobre su paradero.

—Siento mucho haber llegado tarde —dijo él frunciendo el ceño mientras Sarah se obligaba a no romper a llorar con su explicación—. Había muchísima gente y mi hombre de relaciones públicas me cogió del cuello para quedarme en el evento.

Sarah asintió desviando la mirada. Una parte de ella se había tranquilizado por el hecho de que le diera tanta importancia a ella y se explicara. Podía estar gorda, fea y derrumbándose emocionalmente, pero al menos él se preocupaba.

—¿Por qué has dormido en la habitación de invitados?

—Tienes problemas para dormir. Y yo estaba tan cansado que tenía la sensación de que roncaría casi toda la noche, así que te di un descanso.

Sarah lo observó. Era tan directo y tan inteligente.

—No me importa que ronques. Ya lo sabes. ¿Estás seguro de que esa es la única razón?

Él la miró con cautela.

—Claro, cariño. —Entonces su expresión se aclaró—. No pienses que he dormido ahí por nada más que por el hecho de que quería que descansaras. Quiero dejarte claro que dormiré a tu lado mientras me dejes hacerlo.

Sarah se rio brevemente y echó un vistazo al periódico. Esta vez no miró a la diosa colombiana cogida del brazo de Santino, sino a la cara de Santino. Parecía el mismo y daba la impresión de que le pertenecía a ella. Un hombre que estaba a punto de ser padre no de uno, sino de dos niños. Un hombre que no había esquivado su responsabilidad y que había formado parte de la aventura del embarazo. Él había superado todas sus expectativas, y ella quería creer que seguiría haciéndolo.

Pero la gente cambiaba y, muy adentro, algo le decía que Santino estaba abrumado por la responsabilidad de tenerla a ella y a los bebés.

Esa noche Sarah reunió la energía para ir a comprar cuando él le pidió que tomara el aire. Todavía tenía náuseas, pero podía pasar periodos más largos sin vomitar. Así que se puso un vestido gris que quedaba recogido justo por encima de su barriga y pasó un rato agradable con el hombre que ya no quería hacerle el amor. Era lo único en lo que podía pensar y, después de dos horas, estaba exhausta.

Cuando volvieron a casa, Sarah fue directamente al sofá y se dejó caer sobre él mientras el chófer entraba con unas veinte bolsas, en su mayoría llenas de una gran variedad de productos para bebés que los vendedores ofrecían a los padres haciéndoles creer que no podrían sobrevivir sin ellos. Ella cerró los ojos cuando Santino se sentó en el sofá alejado de ella.

A ella se le retorció el corazón de dolor. Era el mismo, pero muy diferente. No le culpaba. Parecía una ballena varada y, aunque ahora estaba increíblemente unida a los bebés que le daban patadas por dentro, le molestaba el hecho de que Santino fuera tan superficial para no quererla más por ese motivo.

Obtuvo cierto consuelo del hecho de que al menos ella lo sabía. Más vale tarde que nunca. Ya se había preparado mentalmente para creer que él no estaría con ella por mucho tiempo. Si no podía tratar con una novia con la tripa hinchada, sin duda no sería capaz de lidiar con dos bebés llorando. En silencio, ella se alegraba de que todavía tuviera su piso.

Durante los dos días siguientes, ella recuperó la confianza. Había tenido una larga charla de ánimos consigo misma y se recordó la mujer que era cuando conoció a Santino en España. Él no era el único que había cambiado. Ella también lo había hecho. Era animada, segura y ambiciosa y ahora estaba cansada.

Sus náuseas y su malestar le habían pasado factura, pero estaba dispuesta a aceptar que las cosas eran temporales y rechazaba sentirse abatida por la

pérdida. No había necesitado a un hombre para convertirla en la mujer que era y seguía sin necesitar a un hombre para ayudarla a criar a sus bebés.

Pero cuanto más trataba de convencerse de que no le molestaba que Santino ya no quisiera acostarse con ella, más se le rompía el corazón. Se propuso mantener la distancia porque no estaba preparada para el rechazo.

Al día siguiente, Sarah descubrió que sus bebés eran niñas. Santino estaba a su lado, agarrándole la mano como si fuera a partirla en dos cuando emitió un sonido que solo se podía categorizar como un grito de euforia. Ella se rio y él le besó la cara una y otra vez hasta que ella se sintió desconsolada y se le empañaron los ojos.

Cuando él le preguntó qué le pasaba ella no se atrevió a decírselo. Porque ni ella misma estaba segura. Estaba muy confundida.

Cuando unos pinchazos de hambre le retorcieron el estómago, decidió posponer el bajón y se le antojó comer pollo frito.

—¿Podemos parar en el KFC para comprar pollo?

Si Sarah hubiera dicho que había visto un unicornio, probablemente él se habría quedado menos pasmado. Ella lo podía entender. Sarah no solo odiaba la comida rápida y toda la grasa que contenía, sino que no había sido capaz de ver algo de pollo en los últimos meses sin querer vomitar.

—¿Quieres pollo?

—Sí. —Sarah miró a la carretera—. Gira ahí.

—Espera. ¿Necesitas pollo? ¿Estás segura de que quieres pollo?

—Sí. Tengo mucha hambre y quiero comida del KFC. ¿Puedes sobreponerte y comprarme la comida?

Santino la miraba mientras ella comía en el KFC casi vacío.

—¿Ya no tienes náuseas?

Sarah negó con la cabeza.

—Sorprendentemente. O quizá compren pollo de mejor calidad.

—¿Pollo de mejor calidad? ¿Mejor que los orgánicos y saludables que fríes en casa con aceite de oliva?

Sarah encogió los hombros y, cuando llegaron a casa, estaba cansada y necesitaba dormir un rato. Estaba a punto de quitarse el vestido cuando decidió que un baño sería más relajante y fortalecedor.

En silencio, fue a la bañera y se metió en el agua caliente frotándose la tripa que sobresalía del agua. Se miró con atención por primera vez en meses. Sus pechos, que nunca habían sido pequeños, ahora eran enormes. Los pezones eran más oscuros y la barriga era una esfera perfecta. Era extraño

que hubiera dos pequeños bebés en su interior.

Por primera vez desde que se había quedado embarazada se vio guapa. Encontrarse en ese estado, en ese maravilloso estado, tenía un extraño encanto y, en todo caso, pensó que su cuerpo era más bonito que antes.

Suspirando, se hizo una nota mental para volver al trabajo al día siguiente. Todavía tenía unos días de baja, pero ya había estado alejada demasiado tiempo por sus náuseas y no podía permitirse saltarse más trabajo. Quería trabajar un poco antes de coger la baja por maternidad cuando llegaran los bebés.

Ella cerró los ojos justo cuando la puerta del baño se abrió cuidadosamente. Entreabriendo los ojos, miró a los lados y los cerró de nuevo.

Capítulo Catorce

Santino observó a la mujer que estaba en la bañera y se le volvió a encoger el pecho, igual que le pasaba cada vez que ella se reía, le hablaba o le tocaba. No se habían tocado mucho últimamente y él sabía que era el culpable, pero estaba cansado.

Caminando hacia la bañera, él se quitó la camisa y se quitó los pantalones justo cuando ella abrió los ojos. Entonces los abrió de par en par y lo observó con duda.

Él le agarró el brazo y tiró de ella para que se sentara.

—Hazme sitio.

Sarah entreabrió los labios sorprendida. Ella hizo lo que le pidió mientras él acomodaba su enorme cuerpo en la bañera por detrás de ella. Inclinandose hacia atrás, ella respiró hondo cuando sus caderas presionaron su miembro endurecido y descansó la espalda sobre su pecho. Tragando, contempló cómo él deslizaba las manos por sus brazos y le cubría la barriga. Extendió los dedos sobre ella de forma protectora, queriendo tocar cada centímetro de su cuerpo, pero sin saber bien cómo hacerlo.

El silencio se rompió con el sonido de sus respiraciones profundas. Él puso los labios sobre su oreja.

—Te he echado de menos, cariño.

Sarah apretó los ojos.

—¿Te das cuenta...? —dijo ella con frialdad mientras él pasaba los labios por la curva de su cuello—. ¿De que no hemos estado cerca en casi dos semanas?

Él la envolvió con los brazos y la atrajo más cerca, dejando escapar un suspiro de los labios cuando ella presionó las caderas contra su miembro.

—Lo sé. Ha sido muy difícil mantenerme alejado de ti.

—¿Por qué lo has hecho?

La acusación en su voz hizo que sus labios se detuvieran y él contempló su perfil mientras ella miraba al frente como si se estuviera preparando para una pelea.

—Porque te encontrabas muy mal y no quería cansar tu cuerpo más de lo que ya lo estaba.

Sarah inclinó la cabeza de repente con los ojos empañados.

—Ni siquiera me has besado —dijo en un susurro.

Él le miró la boca con avidez.

—Porque no habría sido capaz de detenerme si te hubiera besado.

—¡Menudo imbécil!

Santino abrió los ojos de par en par y se echó hacia atrás.

—¿Cómo dices? —Él ahogó una risa.

Sarah le clavó el codo en la cintura de forma juguetona y se acomodó contra él.

—Eres un idiota.

—¿Qué he hecho?

—Nada.

Santino, de forma instintiva, envolvió los brazos alrededor de sus hombros, apretando los pechos al acercar la cara a su pelo para oler su fragancia.

—¿Creías que no quería hacerte el amor? Sueño con ello. Te veo y quiero hacerte el amor. Pero estabas muy débil.

Sarah cerró los ojos.

—Ya me encuentro mejor.

Santino le liberó el cuerpo y deslizó las manos hasta su barriga, acariciándola y deteniéndose cuando sentía a un bebé retorciéndose, dejando ver claramente el codo puntiagudo. Ellos se rieron juntos y Santino llevó la mano a la parte baja del vientre.

Bruscamente, Sarah puso la cabeza sobre su hombro y gimió con los pechos sobresaliendo al arquear la espalda ligeramente. Relajó los muslos para darle espacio, abriendo más las piernas cuando él deslizó los dedos por su entrepierna de forma territorial.

A él la excitación le agitó las entrañas, lo tensó, hizo que su piel se estremeciera y levantó la mano libre para cubrirle el pecho.

—Deberías verte.

Fascinado, arrastró la mano por su pecho hasta llegar a la barriga y la volvió a subir para cogerle el pecho. Lo apretó ligeramente y sus pezones se endurecieron como botones. La carne que tocaba era firme.

—Dios... —Él respiraba con pasión y le mordió el lóbulo mientras sus dedos jugaban con sus pezones.

Sarah gimió y se sacudió de nuevo mientras él le golpeaba repetidamente el clítoris extremadamente sensible. Estaba nerviosa y tensa.

—No me he corrido en días.

—Yo tampoco —le susurró él al oído y le clavó la lengua en la curva de la oreja.

Sarah giró la cabeza a un lado para ofrecerle la boca. Cuando él tomó sus

labios fue suave, dulce y cariñoso. Sus labios jugaban con los de ella, primero el superior y después el inferior, y su lengua se movía por la boca de ella para explorarla.

—Tienes un sabor tan agradable.

Él gimió cuando ella se sacudió mientras él la sujetaba y ella dejó que los muslos cayeran hacia los lados en esa enorme bañera. La erección de Santino se chocó contra la parte baja de su espalda mientras él seguía torturando su clítoris.

Sarah interrumpió el beso y se agarró a los lados de la bañera, levantándose sobre él. Él le cogió de la cintura para que mantuviera el equilibrio cuando se levantó. Con el agua derramándose por su piel perfecta, se giró para quedar de frente a él.

Él inclinó la cabeza hacia atrás para mirarla, para ver su barriga redonda y sus pechos voluptuosos. Su cuerpo era muy diferente al cuerpo al que le había hecho el amor hacía solo unos meses.

—Estás más guapa ahora que antes.

—Estaba triste pensando que ya no te excitaba.

Él negó con la cabeza, horrorizado, cogiéndole la mano y tirando de ella hacia abajo con suavidad. Sarah se agachó y envolvió los brazos alrededor de su cuello mientras se sentaba sobre sus muslos.

—Deja de ser irracional —murmuró él—. Simplemente no quería cansarte por mi propia satisfacción sexual.

—¿Y qué pasa con la mía?

Él la atrajo más cerca hasta que la tripa quedó presionada contra sus abdominales y los senos chocaron contra su pecho, y él la besó apasionadamente. Cada palabra que él no había dicho, cada sentimiento que no había sido capaz de transmitirle, estaba en ese beso. Sus labios tenían hambre, eran rápidos y ávidos y los suavizó brevemente antes de ganar intensidad de nuevo. Él deslizaba las manos por su espalda, agarrándole de las caderas y acercándola para que abriera su sexo sobre su miembro. El agua se salía de la bañera y caía sobre el suelo de mármol cuando se movían. Sarah pasó las manos mojadas por su pelo y parecía deleitarse con la sensación y, cuando él interrumpió el beso, ella se inclinó a por más y gruñó cuando él no la dejó continuar.

Agarrándole las caderas, la levantó de sus muslos y, cuando la cabeza de su miembro se había introducido en la abertura de su sexo, Sarah dejó caer la cabeza hacia atrás y se sentó sobre él. Un pequeño grito de placer se le escapó

del pecho y se apretó las caderas, llevando su miembro más adentro.

Ella abrió los ojos y la expresión de lamento que tenía en la cara la delató.

—Me voy a correr.

Santino apretó los dientes. Ella todavía no se había movido y tenía las mejillas rosadas, los hombros tensos y los ojos somnolientos, preparada para el orgasmo.

Sus entrañas se contrajeron sobre su miembro, y él tensó los músculos para contener su propio orgasmo.

—Te he deseado tanto cada segundo.

Él empezó a moverla hacia atrás y hacia delante sobre su miembro, y ella movía las caderas sobre su entrepierna en vez de moverse arriba y abajo. Él apretó la mandíbula cuando ella le clavó las uñas en los hombros, y ella jadeó intensamente antes de cerrar los ojos y sucumbir a las ráfagas del orgasmo.

Su cuerpo se mecía violentamente como si una corriente le atravesara el cuerpo, y relajó las manos sobre su espalda mientras sus entrañas se tensaban sobre su miembro.

Gimiendo, Santino se inclinó hacia delante y atrapó el pezón oscuro y endurecido con la boca. Ella deslizó las manos por su pelo otra vez manteniéndolo sobre sus pechos mientras él chupaba como si su vida dependiera de ello.

—Te he echado de menos —susurró sobre su pezón antes de arrastrar los dientes por la carne hasta llegar al otro pecho. Eran voluptuosos y se le escapaban de las manos cuando los apretaba.

Sarah se echó ligeramente hacia atrás con su miembro todavía dentro de ella hasta que su cuerpo se aferró a la base del miembro y le acercó la cabeza a sus pechos. Ella tenía todo el cuerpo sensible y necesitado, y no quería nada más que hacer que el momento durase. Había esperado, había tenido miedo. Dejó que el miedo la inundara de nuevo, el miedo a perderlo, a no tenerlo a su lado, y entonces lo apartó bruscamente. Tenía que dejar de ser tan paranoica. Ese hombre había demostrado sus intenciones una y otra vez y, por lo que conocía de él, Santino Orlando no era infiel.

Ella bajó la mirada a su cara y pasó una mano por su mandíbula para disfrutar del bonito contraste de sus pieles. Él le pertenecía por ahora; le pertenecía porque él había elegido estar con ella. Por los bebés.

El corazón le dio un vuelco de dolor, pero se negó a que la autocompasión la entristeciera. Cuando él la atrajo más cerca de nuevo, ella

sonrió. Él la agarraba con fuerza mientras miraba la barriga como si tuviera miedo de hacerle daño.

—Bésame —imploró él levantando la boca.

Esa dura orden emitida con tanta súplica hizo que a ella le estallara el corazón de amor, admiración y posesión.

—Eres mío —gimió ella antes de cubrirle los labios con los suyos.

Él la besó apresuradamente mientras le agarraba la parte baja de la espalda con las manos para acercarla. Su boca se tragó el gemido de Sarah. Su miembro llegó muy adentro cuando levantó la cadera al mismo tiempo que la acercaba. Lo hizo una y otra vez mientras pasaba las manos por su espalda, por su barriga y después por sus caderas. Ella clavó la lengua en su boca y no le dejó que la dominara con la lengua. Cuando él se dio cuenta, le atrapó la lengua con los labios y la succionó con brusquedad.

Gimiendo en protesta por la brutalidad, ella se retiró y suspiró cuando sus lenguas se enredaron explorándole la boca. Él no dejaba de atraerla sobre su miembro, dejando su clítoris presionado sobre la base, y ella dejó que él tomara el control con su pasión. Él respiraba con más intensidad sobre su boca.

La agarraba más fuerte que antes con las manos y, cuando se sacudió debajo de ella, gimiendo en su boca, sus hombros se estremecieron bajo sus manos.

En ese momento, el cálido y abundante brote de semen se derramó dentro de ella, y esa sensación ardiente y distinta hizo que el cuerpo de ella se retorciera en un nuevo orgasmo. Ella le agarró del pecho y empezó a moverse más fuerte, más rápido, y él gruñó interrumpiendo el beso y presionando la boca sobre su cuello. En segundos, Sarah, lubricada por su semen, lo agarró violentamente y se estremeció intensamente sobre él, uniéndose a su orgasmo.

Capítulo Quince

Sarah se dio cuenta de que gran parte de su cansancio se había debido al hecho de que estaba desgastada emocionalmente por el evidente rechazo de Santino. Ella casi saltó de la cama a la mañana siguiente, antes de que se levantara Santino, y se dio una ducha larga y caliente. Cuando salió, Santino ya se había duchado en el otro baño y se estaba vistiendo.

—¿Adónde vas? —Él la miraba mientras ella sacaba un traje e hizo una mueca. Era obvio que no le valdría con la barriga.

—Voy a trabajar.

—Ajá. —Él contuvo una sonrisa—. Ese traje te va a quedar genial.

En respuesta, ella lo miró con el labio torcido.

—Estoy jodida. Casi no puedo ir a trabajar ni en pijama.

Él se acercó, apartándola del camino antes de echar un vistazo a lo que había en su armario.

—Aquí, ponte estos pantalones de premamá. Son muy sexis. Y esta... —Él sacó una camiseta rosa que era, no por casualidad, de premamá—. Aquí, ya estás lista.

Sarah miró sorprendida sus elecciones.

—No puedo ir a trabajar sin traje.

Él negó con la cabeza y se rio.

—No pasa nada. Yo creo que vas a estar guapísima. Y supongo que todo el mundo se va a dar cuenta de que estás embarazada, así que no importa que no lleses traje. Tienes que estar cómoda.

Deprimida pero contenta por su ayuda, se puso la ropa y dejó que la llevara al trabajo en coche. Todos sus compañeros estaban eufóricos al verla, y ella se alegraba muchísimo de haber ido a trabajar. No había nacido para estar sentada haciendo nada. Tenía miedo de que sus neuronas se estuvieran muriendo por no hacer nada.

Dos horas después, su superior le pidió que fuera a su oficina. Daniel Vidal era un hombre guapo de mediana edad que era cordial y agradable, hasta que y a menos que el trabajo no se hiciera como él quería.

Sentado enfrente de ella, le preguntó por su salud y pronto empezó a hacerle preguntas rápidas sobre el contrato con BubFun.

—Enhorabuena por cerrar el contrato con BubFun, Sarah. Es una ventaja fantástica que ha ganado nuestra agencia —dijo rápidamente—. Ahora tenemos fecha para la grabación del anuncio, y tu departamento creativo ha estado trabajando para poner las cosas en marcha. Ellos conocen el

procedimiento. Los has formado bien.

—Gracias —dijo Sarah, abrumada por toda la información y la gratitud que le había expresado.

—Hemos pensado en hacer la grabación del anuncio el 15 de mayo. Quiero que te pongas al día con tu equipo creativo para asegurarte de que todo se hace de acuerdo a tu idea.

A Sarah dejó de funcionarle la cabeza y entonces su maquinaria mental rechinó al intentar sobreponerse a la incapacitante ráfaga de estrés.

—Oh, ¿el 15 de mayo? ¿Podríamos adelantarlo al 15 de abril?

Daniel frunció el ceño.

—Tenemos otros cinco proyectos en el mes de abril.

Y eso era todo.

Sarah respiró hondo.

—Yo... Yo salgo de cuentas el 10 de mayo. Así que no estoy segura de que el 15 de mayo...

Daniel se echó hacia atrás en la silla como si alguien le hubiera golpeado en la tripa, y Sarah sabía, porque lo conocía, que se desesperaba cuando las cosas no iban como él quería.

—No podemos adelantar la fecha de grabación antes del 15 de mayo. Así que te sugeriría que les pases el proyecto a Lilith o a Christine.

—¿Qué? —gritó ella con más intensidad de la que pretendía.

—No tienes opción. Tenemos que hacer las cosas. Y esa es la única opción.

Sarah salió de la oficina aturdida y con el corazón hundido. ¿Lilith o Christine? Prefería acabar con el anuncio a dejar que su competencia se llevara el mérito. El concepto de BubFun era su bebé. Ella lo había creado. ¿Y tenía que regalarlo por estar embarazada? Era ridículo, y ella estaba segura de que debía de rozar lo ilegal, pero no podía pensar con claridad. Mientras volvía a su oficina, reconsideró mentalmente de forma rápida sus aspiraciones y sus objetivos. Bajo ningún concepto ella sería como Daniel Vidal en el futuro.

En cuanto Santino pasó a buscarla esa tarde, él sabía que Sarah no había tenido un buen día. Pero se contuvo porque no quería presionarla y, en su lugar, intentó que alejara la mente de sus problemas. Él bromeó, vaciló y la llevó a cenar a uno de sus restaurantes indios favoritos.

Como nada funcionaba, Santino la llevó a casa e hizo que se sentara en una de las hamacas de la piscina.

—Vale. Cuéntame qué ha pasado.

Sarah se tragó el nudo de rechazo que tenía en la garganta.

—Parece que todo va mal.

Él negó con la cabeza.

—Crees que va mal, pero no es así.

—No, no lo entiendes.

—Lo entiendo. Creías que no quería acostarme contigo y que no me parecías atractiva, pero solo intentaba darte un descanso. Estás pensando demasiado últimamente. Tienes demasiado miedo de todo.

Sarah asimiló sus palabras. Tenía razón. Hasta cierto punto.

—Vale —susurró ella.

—Cuéntame qué ha pasado.

Ella tragó.

—No voy a dirigir el anuncio de BubFun.

Él se burló.

—¿Quién lo dice?

—Lo dice mi jefe. El que está a cargo del proyecto.

Santino rechinó los dientes.

—¿Qué te ha dicho exactamente?

Ella suspiró, sintiéndose pequeña e insignificante y protegida cuando él se ofendía tanto por ella. Siempre había estado sola para defenderse, para luchar contra sus miedos, sus preocupaciones y sus batallas. Era maravilloso y extrañamente adictivo tener el apoyo de Santino.

—La grabación está programada para una semana después de que yo salga de cuentas, así que es obvio que no seré capaz de hacerlo.

—Entonces cambiaremos la fecha de grabación.

Ella negó con la cabeza.

—Dice que no es posible. Tendré que cederle mi creación a una de mis compañeras, es decir, a mi competencia.

Santino cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, parecía más tranquilo.

—¿Te puedo hacer una pregunta con sinceridad?

—Claro. —El corazón le estallaba de amor. Aunque el problema todavía existía, sentía que se había quitado el peso de encima y que se lo había pasado a él. No estaba preocupada por nada. Él estaba ahí para ella y le importaba. Se preocupaba de verdad y era un sentimiento bonito. La devoraba y la envolvía en su calidez, y de repente no sentía ninguna de las preocupaciones que la incomodaban.

Él le agarró las manos.

—No malgastes, repito, no malgastes ni un segundo de tu tiempo preocupándote por eso. Lo arreglaré. Lo voy a arreglar todo, y ni te atrevas a estresar a nuestros bebés por eso.

Ella se rio.

—Entendido.

—Bien. —Él le agarró la nuca y le dio un beso en la frente. Pero ella deslizó las manos por su pecho, lo agarró del cuello y empujó su boca contra la de ella. Él la besó lentamente.

Cuando ella interrumpió el beso, él la miró con una sonrisa mientras se quitaba la camiseta de premamá que había elegido por ella esa mañana. Desabrochándose el sujetador y quitándose los pantalones, se quedó desnuda frente a él y la sonrisa de Santino se desvaneció.

Ella se tumbó en la hamaca de la piscina junto a la que él estaba sentado y miró hacia un lado para verlo.

—Ven.

Él se quitó la camiseta y se desabrochó los pantalones, tumbándose sobre el cuerpo desnudo de ella y atrapándole un pezón entre los labios.

A la mañana siguiente, Sarah se despertó cuando algo chocó contra su mejilla. Con algo de retraso se dio cuenta de que solo era Santino, que estaba dándole un beso con fuerza.

—Mmm... —gimió ella con una agitación fingida, y él le azotó la cadera con suavidad.

—Despierta, dormilona.

Sarah salió de la cama recordando la noche anterior. Después de hacer que llegara al orgasmo en la hamaca de piscina, él también lo había alcanzado y después la había guiado, desnuda, a su cama en la planta de arriba, donde había vuelto a hacerle el amor. Ahora que no se pasaba el día vomitando, parecía que no conseguía saciarse de ella. Ya estaba listo para otra ronda cuando ella lo llamó maníaco insaciable del sexo y se quedó dormida en su hombro.

Después de una ducha rápida, ella sonrió al ver otra de sus elecciones de ropa de premamá que había preparado para ella encima de la cama. Solo se había puesto la parte de arriba cuando él la arrastró a la cama y la lanzó encima.

—¿Qué? —Ella rio cuando él le levantó la camisa por la cintura y se

colocó entre sus piernas abiertas.

La sonrisa de Sarah se desvaneció cuando él se desabrochó los pantalones y sacó su miembro. Antes de que Sarah pudiera reaccionar, se introdujo en ella por completo. Se le arqueó la espalda y gimió, deslizando las manos sobre sus bíceps.

—Santino... —gritó con la voz rota cuando la fricción caliente la quemó por dentro de forma deliciosa.

—Mírame —gruñó él con aspereza mientras movía las caderas lentamente y con ternura dentro de ella. Cuando lo miró a los ojos, él empujó más, moviéndose dentro de ella, observando cómo jadeaba con el ardor que notaba—. Dime que me quieres.

Sarah sintió que su rostro dejaba traslucir la sorpresa ante su petición y después se le nublaron los ojos, empañados en lágrimas. El hombre al que amaba con todo su corazón entró y salió de ella una y otra vez, vestido con una camiseta blanca almidonada y unos pantalones grises, haciéndole el amor con tanta dulzura, con tanta posesividad como si fuera parte de ella.

—Te quiero, Santino —susurró temblando, deslizando las manos por sus caderas cubiertas por los pantalones, atrayéndolo más adentro.

Santino bajó la boca y atrapó sus labios, moviendo las caderas más rápido dibujando círculos hasta que ella quedó temblando por el desahogo del orgasmo, y su propio cuerpo derramó su lujuria dentro del de ella.

—Te quiero, Sarah. Joder, te quiero muchísimo —le susurró en el cuello.

Capítulo Dieciséis

Sarah estaba trabajando en la oficina intentando no pensar en el desastre de BubFun porque le había dicho, le había ordenado, que no se preocupara al respecto. Observó la fruta que se había llevado al trabajo para satisfacer sus antojos de comida, y cogió un plátano.

Acababa de dar un mordisco cuando algo le llamó la atención a través de la puerta de cristal. Santino atravesando la oficina con pasos largos en dirección a la oficina de Daniel Vidal.

Ella salió disparada de la silla y caminó hacia la puerta con el corazón golpeándole con fuerza en el pecho, y después volvió de nuevo a su silla. No quería saber qué había planeado Santino como solución al problema, pero ya le daba mala espina.

Por primera vez en su vida, recurrió a morderse las uñas, pero le resultó asqueroso y paró a tiempo. Pasó una hora y mantuvo los ojos pegados a la puerta de cristal, esperando a que Santino saliera de la oficina de Daniel.

En realidad no estaba asustada. Simplemente estaba nerviosa. Santino Orlando era muy impredecible y muy prepotente. Aunque a ella le parecía adorable, tenía que admitir que esas dos cosas tal vez no fueran cualidades admirables desde el punto de vista de otra persona. Como le quería, todos sus defectos eran sexis y emocionantes, y ella estaba dispuesta a hacerse cargo de ellos.

Vio a Santino salir de la oficina de Daniel con Daniel tras él para estrecharle la mano. Daniel tenía una sonrisa en la cara que parecía extrañamente fingida, y la que mostraba el rostro de Santino era casi agresiva. Dejando a Daniel atrás, Santino caminó ofendido directamente a la oficina de Sarah.

Ella se recostó en su silla mientras él abría la puerta, ella con el ceño fruncido.

—¿Qué coño estabas haciendo ahí dentro? —dijo ella en voz baja.

La expresión rebelde de él se evaporó, sustituida por una sonrisa.

—Siempre me gusta verte en ese escritorio. Es muy sexi. —Ignoró el evidente enfado de ella, rodeó la mesa y le dio un beso en la cabeza.

—Santino, lo digo en serio —dijo ella cuando él apoyó la cadera en la mesa y le sonrió, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Te he dicho ya que te preocupas demasiado?

Ella entrecerró los ojos de forma amenazadora.

—No me dijiste que ibas a hablar con Daniel. Eso es... eso es...

inapropiado.

—¿Por qué?

—¡Pues porque sí! —gritó ella—. He pasado una eternidad intentando ser autosuficiente e independiente y ahora parece que te hubiera ido llorando y... ahora parezco débil.

La sonrisa de él se desvaneció.

—Yo nunca te haría eso, cariño. Quiero hacerte aún más fuerte de lo que eres, no hundirte.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho? —Estaba frustrada—. Deberías haberlo hablado conmigo.

—Sarah, ¿quieres escucharme? Estás volviendo a hacer lo mismo.

—¿El qué? —gritó.

—Lo que haces cuando te preocupas demasiado y siempre tienes miedo. Me tienes a mí, joder. Somos un equipo. Aprende a contar conmigo.

Sarah lo miró boquiabierta, enfurruñada a pesar de que su corazón irradiaba amor.

—Vale.

Él le agarró la mano.

—Bueno, la cuestión es que... BubFun necesita que ese anuncio se ruede en un plazo de tres semanas.

—Estás de broma.

—No.

Ella suspiró.

—No sé si debería estar contenta o disgustada. —Cuando él simplemente esperó a que ella dijera algo más, dio un profundo respiro—. Siempre he solucionado mis propios problemas y ahora estás haciendo esto, y no es profesional...

—Que le den a lo profesional. Te quiero. Haré cualquier cosa para que las cosas sean exactamente como las quieres. Y claro está que no voy a disculparme por cuidar de ti.

Sarah apretó los labios y se derritió por dentro con el corazón agitado. Se levantó y le rodeó el cuello con los brazos.

—Estás loco, ¿lo sabes?

—Lo sé. —Él también se agarró a ella—. Pero tienes que sentarte para lo que te voy a contar.

Sarah se tambaleó hacia atrás.

—¿Qué has hecho ahora? —gritó con agitación; todo su afecto

desapareció en un instante.

Él se rio.

—Solo siéntate. — Cuando lo hizo, él se aclaró la garganta—. Bueno, pues me estaba preguntando... Y esto es una petición de verdad. No hay nada definitivo, acuérdate. Eso es lo más importante que debes saber. Que no voy a obligarte a hacerlo pero de verdad, de verdad quiero que lo hagas porque creo en ti y porque creo que tu pasado tiene que quedarse en el pasado, y ya has dejado que te afecte durante demasiado tiempo. Así que esto es una petición. Y creo que estarás de acuerdo porque me quieres y porque te chantajearé mentalmente, pero al final agradecerás que yo estuviera ahí para darte el empujón.

—¿Puedes decirlo de una vez? —soltó, y él sonrió. A ella no le resultaba gracioso.

—Solo por mi bien, piensa en ello. Y dale una oportunidad, y yo estaré aquí todo el tiempo ayudándote, apoyándote, besándote y animándote a seguir.

—¡Santino! —gritó enfadada; el corazón le latía con rapidez por la larga y extensa acumulación de lo que fuera que había hecho ahora—. Cuéntamelo de una vez.

Él respiró hondo.

—He sacado el tema con Daniel y él cree que es una idea genial. Pero como este anuncio fue idea tuya y personalmente creo que necesito tu permiso para este cambio en el anuncio...

—¿Qué cambio?

Él le sostuvo la mirada.

—¿Y si usamos una mujer embarazada en el anuncio? En vez de una madre delgada y en forma jugando con su hijo, ¿por qué no ponemos a una mujer embarazada?

A Sarah se le paralizó la mente y lo contempló con desconfianza.

—Con mujer embarazada, ¿quieres decir...?

—Tú, Sarah. Sin duda alguna, tú.

Ella se levantó de la silla de un salto.

—¿Te has vuelto loco? ¿Eso ya se lo has propuesto a Daniel?

—Sarah...

—Sabes lo que siento al respecto, Santino. No quiero hacerlo. No quiero ser la estrella de nada.

Él la sujetó por los hombros.

—Tú eres la estrella de mi vida, Sarah. Tú eres el centro de atención. Ahora eres mi motivación para todo. Para trabajar, para comer, para sonreír, para cuidar mi salud. Tú ya estás en primer plano para mí, así que ¿no crees que ya es hora de dejar atrás el miedo y de ocuparte de lo que realmente te gusta?

Sarah emitió un sonido breve y emocionado y apartó la mirada, negando con la cabeza con vehemencia.

—No. No puedo, Santino. Es demasiado. —Lo miró suplicante—. Por favor, no me hagas hacer esto. Las heridas son demasiado profundas. No puedo.

Él tragó saliva.

—Escucha, nadie te está presionando, ¿vale? Es solo que... te encantaba ser modelo y en vez de eso acabaste dirigiendo por ese miedo a acabar arrastrada a una batalla que tendrías que afrontar tú sola. Pero ahora no estás sola. Incluso si vas de cabeza a la batalla, estaré justo a tu lado, moviendo mi espada ante cualquiera que se atreva a interponerse en tu camino.

Sarah se rio al imaginarse la escena.

Él le devolvió la sonrisa, zarandeándola con suavidad.

—Deja de tener miedo. Deja de pensar en el pasado. Se ha acabado. Ahora me tienes a mí y yo te tengo a ti. Y las cosas son diferentes. De verdad quiero que cumplas este sueño que abandonaste. Y si funciona, ¿quién sabe? Podrías cambiar de carrera y pasar de la dirección a ser modelo.

Ella apretó los labios, captando la confianza que había en sus ojos. Creía en ella y estaba ahí para apoyarla. Ya no estaba sola.

Los ojos se le anegaron en lágrimas.

—¿Estás seguro de que el anuncio funcionaría con una mujer tan embarazada?

—Si lo piensas, sería mejor.

Los labios de Sarah se curvaron en una sonrisa.

—Solo tú podías ser tan audaz... mejorando mi idea perfecta.

El se rio.

—Me alegra ser de ayuda. —Cuando ella no dijo nada y apretó la cara contra su pecho, él suspiró—. Yo creo en ti, Sarah. Sé que harás un trabajo fantástico.

Ese sábado Sarah se despertó y vio un vestido de verano amarillo brillante, planchado y con la etiqueta quitada. Lo miró agradecida. El gusto

de ese hombre era exquisito. Se duchó rápido, se puso el vestido y lo encontró en la cocina, peleándose con una gran cesta de picnic.

—¿Qué haces?

—Te voy a llevar de picnic.

Ella se rio.

—¿Se ha ido corriendo la señora Craddock después de prepararte toda la cesta de picnic para un sábado por la mañana?

Él se la quedó mirando.

—Oportunamente, hoy no ha venido a trabajar.

Sarah miró la cesta.

—¿Has hecho tú lo que sea que hay en esa cesta?

—Sin duda alguna, sí.

Ella se estaba riendo cuando él cogió la cesta de picnic con un brazo y la manta con la mano contraria, y ambos salieron por la puerta.

—¿Tu chófer también está de baja? Deberías haberle llamado para que viniera.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Me parece ofensivo que no confíes en que puedo llevar a mi novia de picnic sin necesitar a la cocinera y al chófer. —Le sostuvo abierta la puerta del copiloto y ella sonrió.

—¿De verdad él también está de baja?

—Sí. Él tampoco ha venido a trabajar hoy.

Sarah no se lo creyó ni por un instante, y cuando él se metió en el coche junto a ella, en el lado del conductor, su expresión dejó claro que estaba mintiendo.

—¿Estás lista?

—Sí. Vamos allá. —Se frotó el abultado vientre.

Santino estiró la mano para hacer lo mismo, deslizando la palma por encima.

—Me muero de ganas de que estén aquí.

El parque ya estaba lleno de familias y niños pequeños jugando por todas partes.

Santino encontró un lugar cerca de un árbol, extendió la manta y sacó un bote de crema solar del bolsillo.

—Creo que necesitarás esto. —Sarah lo cogió agradecida y él sacó un gorro de la cesta de picnic—. Esto también lo necesitas.

Sarah se rio.

—Has venido preparado, ¿no?

—Siempre.

—Y este vestido es precioso.

—Te queda precioso a ti.

Sarah le sacó la lengua y se rio.

—Qué bien se te da complacer a tu novia.

Él bajó la vista y se rio como si tuviera alguna broma secreta de la que ella no estuviera enterada.

—Complacer a mi novia.

—Sí. —Lo miró de cerca—. Estás tramando algo, ¿verdad?

Él se quejó.

—Un hombre lleva a su novia de picnic y la novia piensa que está tramando algo sospechoso.

—Ay... —Ella sonrió—. No dudo de ti. Es solo que te conozco, cariño —dijo con voz cantarina.

Santino se inclinó hacia un lado y le dio un beso en la cara.

—Vamos a comer. Me muero de hambre.

Sarah le ayudó a sacar las cosas de la cesta de picnic. Bocadoillos, fruta troceada, zumo de naranja recién exprimido y pedacitos de pollo frito.

Comieron entre niños gritando y corriendo a su alrededor.

—Vaya, esto es muy alentador, ¿no? —bromeó Sarah cuando vio a un bebé llorando y pisoteando la hierba mientras su pobre madre intentaba, fracasando estrepitosamente, hacerlo callar y alejarlo del césped del que no quería moverse.

Santino se rio.

—Muy alentador, mucho.

Sarah sonrió.

—De repente tengo ganas de tener a mis dos niñas de dos años gritando a todo pulmón.

—Yo también —dijo él—. Me muero de ganas.

Sarah se echó a reír y Santino se inclinó para besarle el vientre antes de posar la cabeza sobre sus muslos.

Sarah le pasó los dedos por el pelo, observando a los niños, a las madres extenuadas y a los despreocupados padres.

—¿Serás como uno de esos?

—¿Cómo? ¿Un padre? Supongo.

Ella se rio entre dientes.

—Ya sabes lo que quiero decir. De los que no se preocupan si sus hijos están destrozándolo todo. Aunque aquí todo lo que hay es hierba, árboles y bancos muy robustos.

—¿Crees que seré como ellos?

Sarah abrió los ojos.

—Solo me estoy asegurando de que sabes que no es una posibilidad que seas como ellos. Tienes que ayudar.

Él suspiró.

—Si tú lo dices.

Sarah le agarró un puñado de pelo y se inclinó para besarlo en la boca, pero se olvidó del enorme bulto que había de camino. Santino se rio cuando ella no consiguió inclinarse lo suficiente. Riéndose, levantó la boca hasta donde ella alcanzaba.

—Gracias —dijo ella con una carcajada.

—No hay problema. Es un placer ayudar.

—Entonces, ¿estás preparado para ser un padre que colabore?

—Si digo que no, ¿te negarás a tener un bebé conmigo?

Sarah le golpeó de broma en el hombro.

—Qué cruel por tu parte que me restriegues que estoy indefensa.

Él se incorporó y, riendo, apoyó la cara de ella en su hombro.

—Te quiero. Y te prometo que seré un padre que colabore. ¿Contenta?

—Ajá. —Entonces se mordió el labio—. Por cierto, gracias por el picnic.

Es divertido y te has esforzado mucho.

—En realidad estaba intentando demostrarte que no soy un magnate inútil que ni siquiera puede llevar su propia comida a casa. Soy capaz de afrontar cualquier reto que se nos ponga delante.

—Nunca lo he dudado.

—Bien. —Suspiró y se echó hacia atrás, exhalando con fuerza—. ¿Has pensado en algún nombre para las niñas?

A Sarah se le iluminaron los ojos.

—No, ¿y tú?

—Hay un nombre que me gusta mucho... si a ti te gusta.

—Dime, no me tengas en vilo.

Se pasó la mano por el pelo, despeinándolo.

—¿Michelle?

—Mmm... Me gusta. ¿Qué te parece Marjorie para la otra?

—Me encanta. De hecho, he pedido al equipo creativo que hagan una

muñeca nueva que BubFun sacará en cuanto nazcan los bebés.

—¡Qué bonito! —Su consideración y su creatividad la dejaron asombrada.

—Quiero dos muñecas casi idénticas en un paquete, y quiero llamarlas Michelle y Marjorie.

Sarah se rio.

—Eso es... una locura y una maravilla, y solo se te podría haber ocurrido a ti.

—Quiero a mis tres chicas.

Sarah le cogió la mano y apretó los labios contra sus nudillos, dándole un beso cariñoso y sincero.

—Nosotras también te queremos.

Él la miró en silencio durante unos segundos y después tragó saliva.

—Te he traído aquí porque quiero pedirte algo.

—Dios mío. Otra vez no.

Él se rio.

—Vale, esta vez es diferente. Espero que realmente lo disfrutes, pero ya sabes que soy un poco prepotente y todo eso, así que sin duda dudaría de mi propio criterio sobre este tema.

—Eres prepotente.

—Ya lo sé. Es lo que acabo de decir.

Ella asintió.

—Está bien que lo sepas.

Él sonrió.

—¿Puedo continuar?

—Adelante —dijo ella como si prefiriera desvanecerse a escucharlo.

Él hizo una pausa durante un instante con la mirada recorriendo a toda prisa el picnic. Al final le cogió la mano con la suya y se acercó a ella.

—¿Te quieres casar conmigo?

Sarah no oyó nada más que un fuerte zumbido mientras miraba fijamente sus ojos marrones oscuros y lo vio tal y como lo había visto en España solo seis meses antes, contemplándola desde la distancia, sonriéndole. Parpadeó varias veces y asintió con la cabeza, con las lágrimas amenazando con brotar.

—Santino...

—Sí o no, Sarah. ¿Te quieres casar conmigo?

Sarah se rio, pero las lágrimas le rodaron por las mejillas.

—Claro que me casaré contigo.

Se lanzó a sus brazos y él le devolvió el abrazo, dándole besos en las mejillas mientras sus brazos la rodeaban con fuerza.

Un fuerte instinto protector le recorrió el cuerpo y tomó varias bocanadas de aire, deseando absorber a Sarah.

—No me imagino vivir sin ti.

Sarah apretó los labios para intentar calmar los sollozos y se echó hacia atrás, sorbiéndose la nariz, riendo y llorando al mismo tiempo.

—¿Lo ves? Sabía que estabas tramando algo.

Él se llevó la mano al bolsillo, sacó una caja negra y la abrió.

—Espero que te guste.

Sarah volvió a sollozar al ver el anillo, indescriptiblemente bonito; el diamante grande y brillante era sofisticado y espectacular.

—Si no te gusta, podemos ir a elegir otra cosa.

—¿Estás loco? Es precioso y... perfecto. —Levantó una mano hacia él—. Vamos a ver cómo queda.

Riendo, sacó el anillo de la caja y lo deslizó en su dedo.

—Voilà. Te queda perfecto.

—Has dado en el clavo.

Él hizo una mueca.

—En realidad tomé prestado uno de tus anillos para asegurarme de que compraba el tamaño adecuado.

Sarah se rio.

—¿Cuándo compraste el anillo?

—Mmm... ¿Te acuerdas del evento benéfico al que fui para el orfanato?

Sarah frunció las cejas.

—Ah sí. Me acuerdo de esa noche. La noche en que te vieron con esa modelo colombiana.

Una sonrisa se dibujó lentamente en la cara de él.

—Sí. Bueno, pues ese fue el día en que decidí que quería ponerte un anillo en el dedo.

—Creí que me estabas engañando aquella noche.

—¿Qué?

Ella se rio para restarle importancia al asunto.

—Llegaste muy tarde y después te fuiste a dormir a la otra habitación. A la mañana siguiente vi tu foto con esa diosa colombiana, ¿qué esperabas que pensara?

—¿Estabas celosa?

Sarah quiso darle un puñetazo.

—Sí, estaba muy celosa.

Él la volvió a atraer hacia su pecho, rodeándola con los brazos y manteniéndola cerca.

—Soy todo tuyo. Y no tienes que estar nunca celosa de nadie ni de nada.

—Ajá —murmuró contra su pecho, cerrando los ojos y deleitándose en sus preciosas y maravillosas palabras.

—Pronto serás mi mujer.

Sarah sonrió y levantó la vista hacia él, feliz.

—Y tú pronto serás mi marido.

Capítulo Diecisiete

—Estás radiante.

Sarah sonrió y cruzó su mirada con la de Tara en el espejo.

—Me pregunto por qué.

Tara sonrió y se apartó hacia un lado para darle a la maquilladora más espacio para moverse alrededor de Sarah.

—A lo mejor —dijo Tara lentamente— tiene algo que ver con esa enorme piedra que tienes en el dedo.

Sarah no conseguía ocultar su emoción. La vida era mejor de lo que lo había sido nunca. Se estaba preparando para rodar el anuncio de BubFun sin una pizca de nerviosismo ni temor. Se sentía sana y ridículamente guapa con su vientre hinchado, y se iba a casar con el padre de sus bebés, el hombre que había cambiado por completo su forma de percibir el mundo.

La antigua Sarah estaría aterrorizada de que fuera demasiado bueno para ser real, de que una repentina ráfaga de aire pudiera llegar y destrozarlo todo. Pero la nueva Sarah no. Estaba calmada y serena, y había aprendido a amar y a ser amada incondicionalmente, y no podía permitir que sus viejas costumbres disminuyeran su felicidad.

Con el cabello y el maquillaje arreglados, caminó con decisión hacia donde estaban expuestos los juguetes de BubFun, en una sala adorable y con un gusto exquisito. El niño que representaba a su hijo en el anuncio estaba comiendo un plátano bajo la atenta mirada de su madre. Sarah miró el techo, las luces, el escenario que había visto infinidad de veces, pero desde una posición diferente. Siempre había estado entre bambalinas y hoy estaba en primer plano.

El corazón le dio un vuelco y cerró los ojos. No era tan fácil como le había parecido la noche anterior. Había estado levantada un rato antes de que Santino se despertara por todo lo que ella estaba revolviendo y moviendo, y le preguntara si estaba bien.

Le había explicado con sinceridad que estaba asustada, y él le había explicado con sinceridad que era capaz de hacerlo. Había sentido que valía una fortuna. Pero ahora no se sentía tan bien. Cuando abrió los ojos, parpadeó dos veces y luego una tercera. Santino estaba de pie en el extremo del decorado con la mirada fija en ella. Como si supiera lo que estaba pensando, como si hubiera sabido de antemano que podría echarse atrás, se había perdido una reunión muy importante para estar ahí con ella.

Todos sus miedos se dispararon y sonrió, mordiéndose el labio y negando

con la cabeza. Él le guiñó un ojo y todo se volvió celestial. El lugar, la situación, sus sentimientos. Una mirada hacia él le bastaba para sentir que podía comerse el mundo. Tal era el efecto que tenía sobre ella, y el destino se lo había dado a ella. Para cambiar su vida. Para ponerla patas arriba antes de dejarla mejor de lo que estaba antes.

Instintivamente, sus dedos jugaron con el anillo con diamante que tenía en el dedo y recordó una vez más lo que ella significaba para él. Cuando se encaminó de nuevo al decorado, las rodillas no le temblaban, y como también era la directora, dio las instrucciones necesarias antes de que todo estuviera en su sitio.

La espléndida fiesta prenatal se celebró en la mansión palaciega de Santino. Tara y Santino se habían aliado para trabajar como locos día y noche y así darle a Sarah la celebración más maravillosa de su vida.

Asistieron un centenar de invitados y, aunque estaba pasándoselo mejor que nunca, tuvo que pasar la mayor parte del tiempo sentada porque los pies se le estaban hinchando.

Se acarició el vientre mientras se marchaban los últimos invitados y dio profundos respiros cuando el camarero le tendió un vaso de agua. En cuanto colocó el vaso en una mesa cercana, unos brazos fuertes le rodearon los hombros desde atrás. La besó una y otra vez en la mejilla haciendo ruido y ella, riendo, se aferró a los brazos de Santino.

—Muchas gracias por todo lo que haces.

—Mmm... —No dijo nada, sino que simplemente hundió la cara en la curva de su cuello. Una vez le había confesado que el pecho se le encogía cada vez que estaba cerca de ella, medio asustado, medio eufórico. Asustado porque no quería estar nunca lejos de ella, pero aterrorizado por el gran control que ella tenía de sus sentimientos. De su humor, de su felicidad—. Te debo tanto. —Deslizó las manos por su vientre con posesividad—. Nuestros bebés se están poniendo regordetes ahí dentro.

—Pues eso espero. Treinta y cuatro semanas. —Sarah se estremeció y se frotó la parte baja del vientre al notar unos dolores agudos.

—¿Qué ha pasado? —Se retiró con preocupación.

—En realidad nada. Los últimos dos días he tenido estos dolores, pero es completamente normal. Lo he buscado en Google.

Él negó con la cabeza.

—No uses Google como sustituto de alguien que se ha sacado con

esfuerzo un título de Medicina, Sarah. Deberíamos preguntarle a tu ginecólogo.

—Estoy bien, de verdad. —Se levantó—. Solo necesito tumbarme. Estoy increíblemente cansada.

Al levantarse agarró la chaqueta del traje de Santino; las rodillas le temblaron, se le nubló la vista y se esforzó por ver. La piel se le quedó entumecida y sintió un cosquilleo en los pies al tiempo que perdía el equilibrio.

—Vaya.

Santino la sujetó con fuerza. Sarah levantó la mirada hacia él y la expresión de miedo de su rostro fue lo último que vio antes de que su visión se nublara por completo.

Santino no sabía cómo lograba estar de pie o respirar. Todo era una batalla. Cada momento hacía que su cuerpo convulsionara de pánico mientras esperaba sentado en la fila de robustos asientos metálicos y el personal del hospital corría de un lado a otro ocupándose de sus tareas. Desconectado de la actividad que había a su alrededor, volvió a mirar el reloj de la pared. Todavía igual que diez minutos antes. El tiempo pasaba despacio y el cerebro le funcionaba aún más despacio.

Se levantó y se puso a caminar, intentando mandar algo de sangre a sus extremidades conmocionadas. Tenía la vista fija en la puerta por la que habían metido a Sarah media hora antes.

Su mirada se cruzó con la de una médica y la expresión de su cara le dejó ver que lo estaba buscando. Caminó deprisa hacia ella y ella le sonrió brevemente, pidiéndole que se sentara.

—La señorita Montgomery está mejor.

—¿Qué ha pasado?

—Sigue sedada, pero por el momento no corre ningún peligro.

Por el momento.

—Vale.

Tenía la sensación de que había algo más.

La doctora dio un profundo respiro; era una chica joven y rubia con ojos de un azul intenso que estaba intentando ser compasiva. Pero él no quería su compasión. Quería estar cerca de Sarah y de sus bebés.

—Los bebés tienen los pulmones poco desarrollados, muy poco desarrollados para una gestación de treinta y cuatro semanas.

—Dios mío. —Se pasó las manos por el pelo.

—Y una de ellas tiene un problema cardíaco que habrá que tratar después del nacimiento. Puede que necesite una cirugía correctiva y...

—¿Puedo ver a Sarah? —No podía seguir escuchando sin derrumbarse en pedazos.

La médica suspiró.

—Sí.

Santino empujó la puerta de la habitación donde Sarah estaba tumbada con un aspecto diminuto e... irreconocible. Tenía tubos por el brazo y una máscara en la cara. Respiraba con dificultad y el vientre hinchado subía y bajaba. Se atragantó por la emoción. Jadeó y la vista se le nubló por la humedad de las lágrimas que le anegaron los ojos. Se acercó a ella, pasando la palma de la mano por la de ella.

Un millón de miedos le pasaron por la mente. No quería apartar la mirada de su cara. «Por el momento está fuera de peligro». Fuera lo que fuera lo que eso significaba, le destrozó el corazón en mil pedazos, haciendo que la situación fuera cada vez más dolorosa por momentos. Le dio un beso en los nudillos, arrastró una silla para acercarla a la cama y le apretó la mano con fuerza mientras cerraba los ojos.

Se incorporó de golpe cuando ella se movió y pasó una mano sobre su vientre.

—¿Cariño?

El pequeñísimo gemido que brotó de sus labios hizo que él apretara los dientes. La enfermera le quitó la máscara de la cara mientras Sarah parecía esforzarse por abrir los ojos.

—¿Qué ha pasado? —Tenía la voz ronca.

—Estás bien. Los bebés están bien —le dijo, mintiéndole a medias—. Te has desmayado, nada más.

Se giró hacia él y él se levantó y le retiró el pelo de la frente con una mano.

Sarah intentó mantener los ojos abiertos, pero el sueño volvió a arrastrarla de nuevo.

Capítulo Dieciocho

Después de una semana en el hospital, Sarah estaba aburrida y exhausta.

—No hay nada como tu propia cama y tu propia almohada —se quejó a Santino, que estaba masajeándole los pies.

—Te traeré la almohada de casa.

—Pero supongo que la cama se queda allí, ¿no?

Él sonrió.

—Solo unos días más. Te llevaré a casa, te lo prometo. Es para bien, lo sabes.

—Ya lo sé —gruñó.

—Y los bebés necesitan atención constante al menos unos días más.

Sarah suspiró, frotándose la tripa.

—Santino —dijo en voz tan baja que apenas la oyó—. Estoy muy preocupada.

Santino dejó de masajearle los pies y levantó la vista hacia ella.

—Ya lo sé. Pero también sé que todo va a salir genial.

—No puedes controlar esto, Santino.

Cerró los ojos un momento.

—Ojalá pudiera. Sabes que lo arreglaría, ¿verdad?

Sarah sintió un cúmulo de lágrimas que amenazaban con brotar de nuevo, las lágrimas que la habían torturado constantemente desde que recibió la noticia.

—Esta mañana la médica ha dicho que las gemelas podrían quedarse hospitalizadas unas semanas después de que nazcan.

—Pero eso es normal. Incluso los bebés prematuros se quedan hospitalizados.

—Pero una de ellas necesita cirugía. Imagina lo diminuta que será.

Santino se deslizó a su lado y le movió la cabeza para apoyarla en su hombro.

—No pienses en esas cosas. Pase lo que pase, yo estaré ahí y te apoyaré y estaremos juntos.

—¿Y si no sobreviven?

La apartó y le agarró la cara.

—Deja de pensar eso. Por favor. Estarán bien y si, Dios no lo quiera, pasara algo, tú y yo sobreviviremos y estaremos juntos.

Sarah apoyó la cara contra su pecho y lloró. El miedo no la abandonó, pero las lágrimas la agotaron por completo hasta que se quedó dormida en sus

brazos.

Dos días después Santino fue casi corriendo a la habitación de Sarah e irrumpió en ella.

—Tengo buenas noticias, Sarah. Los bebés están bien. Todavía no te vas a poner de parto y la médica dice que puedes irte a casa.

—¿En serio?

Él se rio y se acercó más a ella, tomándole la cara con ambas manos. Sus labios se abalanzaron sobre los de ella y su felicidad y su amor estaban contenidos en ese beso. Ella se agarró a su cintura, arrugando la camisa de él con los dedos mientras dejaba que la besara.

—Te voy a llevar a casa. Tienes que descansar la mayoría del tiempo, pero me quedaré en casa y cuidaré de ti. Voy a firmar todos los papeles, ahora vuelvo.

—Ven pronto. —Sarah se tumbó en la cama, sola por el momento, y se frotó el vientre—. Vais a estar bien. Vuestro papá lo arregla todo.

Un suave golpe en la puerta hizo que Sarah mirara hacia un lado.

—Adelante —dijo Sarah con tono interrogante.

La puerta se abrió y entró una chica morena y alta que llevaba un vestido de verano verde con estampado de flores y una ligera chaqueta vaquera.

Sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos cuando habló.

—Hola, Sarah. Hace tiempo que quería conocerte.

Sarah se sentó lo más recta que pudo con su enorme barriga y sonrió a la desconocida, que estaba tan embarazada como ella.

—Lo siento mucho, creo que no sé quién eres.

La chica morena avanzó y se retorció los dedos como si estuviera extremadamente preocupada por algo.

—Me llamo Elizabeth y no nos conocemos, pero yo sé muy bien quién eres.

Un sentimiento de inquietud le recorrió la espalda a Sarah. La puerta de la habitación estaba cerrada, y estaba segura de que Santino aún tardaría en volver. Las cosas de los hospitales tardaban una eternidad. No tenía más alternativa que dejar que la mujer hablara.

—Ehh... Encantada de conocerte, Elizabeth. ¿De qué va todo esto? —dijo con una risa para relajar el ambiente—. Estoy segura de que también puedes darme algún consejo sobre el embarazo.

Elizabeth sonrió, pero una vez más la frialdad reinaba en sus ojos.

—¿Cuándo sales de cuentas? —preguntó Sarah para mantener la conversación. Era muy raro. Solo quería que la mujer hablara de una vez. Todo en ella, desde su postura hasta la expresión de sus ojos, estaba poniendo nerviosa a Sarah.

—Salí de cuentas la semana pasada, así que estoy preparada para que el bebé llegue en cualquier momento. —Hizo una pausa—. Sarah, no hay forma de andarse con rodeos con lo que tengo que decirte, así que voy a ir al grano. —Habló rápido, como si no pudiera aguantar para soltarlo.

—Vale.

Elizabeth suspiró.

—Esto es difícil, pero... no eres la única a la que Santino dejó embarazada.

La mirada de Sarah descendió hasta la tripa de la chica y volvió a subir hasta su rostro. Al fijarse bien, se dio cuenta de que Elizabeth no parecía tener más de veinte años.

El corazón de Sarah se convirtió en una masa de hielo congelada y frígida.

—¿Cómo dices?

Elizabeth se agarró la barriga.

—Yo también estoy embarazada de Santino, Sarah. Y voy a dar a luz en cualquier momento.

El mundo de Sarah dio un vuelco. Apretó las manos en el colchón y miró aturdida a la mujer.

—Sal de mi habitación —dijo Sarah con un susurro controlado.

El enfado, la traición y la furia le recorrían el cuerpo... junto con la duda. «No. No. Santino no podría. No lo haría».

Santino abrió la puerta con una sonrisa en la cara y se detuvo, con la sonrisa medio congelada, cuando vio la cara de la chica que estaba en la habitación de Sarah.

Sarah lo miró.

—Sácala de mi habitación.

Creyó que lo dijo con voz firme, pero se estaba engañando a sí misma, porque su grito sonó como un susurro suplicante. Se sentía débil, tenía el cuerpo adormecido y el cerebro conmocionado.

Él se puso a su lado en un instante, contemplando a la otra mujer con una confusión evidente. Y después la expresión confundida de su cara desapareció cuando la reconoció.

—¿Qué ha pasado?

—Santino, yo también estoy embarazada de ti —le dijo Elizabeth.

Sarah vio cómo a Santino le desaparecía el color de la cara y en ese momento reconoció el miedo y el dolor en sus ojos. La mujer no mentía.

Capítulo Diecinueve

Sarah miró por la ventanilla del coche en silencio mientras iban de camino a casa.

Santino miraba fijamente la carretera. Simplemente estaba contento de que Sarah hubiera accedido a ir a casa con él después de que Elizabeth se marchara. Asqueado, también se dio cuenta de que eso no era ninguna victoria. Sarah no tenía ningún otro sitio al que ir.

No tenía familia y había dejado su apartamento. Y con su embarazo de alto riesgo, no tenía más opción que no decir nada. Odiaba que estuviera indefensa. Odiaba no poder hacer nada para aliviar su sufrimiento porque estaba luchando contra sus propios demonios. No quería que estuviera indefensa y sin opciones, pero esa era evidentemente la única razón por la que Sarah aún seguía a su lado y estaba dirigiéndose a su casa.

—¿Podemos hablar de esto? —intentó preguntarle.

Sarah no apartó la mirada de las vistas que pasaban a toda velocidad por la ventana.

Al ver que no hablaba, Santino no la presionó.

Cuando llegaron a casa, Sarah entró en la habitación y cerró la puerta tras ella. Él no quería agobiarla, sobre todo porque no sabía qué hacer. Estaba atrapado y tan sorprendido como ella. La única diferencia era que ella no era la que se había equivocado, era él. Había cometido un error terrible, horrible.

Lentamente, entró en la habitación adyacente a la que compartían y se sentó en el borde de la cama. Le sonó el teléfono y cuando lo cogió su mente fatigada se quedó inmóvil por las noticias que recibió.

Dos horas después, el ama de llaves llamó a la puerta. Sorprendido, Santino levantó la mirada. Llevaba horas sentado exactamente en la misma posición.

—¿Sí?

—La comida está lista.

Santino se dio cuenta por el tono amable del ama de llaves de que había adivinado que algo iba mal.

—Gracias, señora Craddock. Puede tomarse el resto del día libre.

Santino cogió la bandeja de comida que había preparado el ama de llaves antes de marcharse y llamó a la puerta de la habitación de Sarah. Al ver que no respondía, entró. Estaba tumbada de lado en la cama con unos pantalones cortos ajustados de color gris y una camiseta que le quedaba grande.

—¿Sarah?

Se movió ligeramente, pero no se giró.

—¿Sí?

—Tienes que comer.

No opuso resistencia. Al parecer pensaba que, pasara lo que pasara, los bebés eran lo primero.

Él le tendió un plato de trozos de pollo pequeños y Sarah mordisqueó uno. Poco después, apartó el plato.

Santino se levantó.

—He estado pensando en ello.

Sarah respiró con dificultad; la expresión de su cara dejó claro que no estaba preparada para afrontarlo, y que tal vez nunca lo estuviera.

—No te fui infiel, Sarah. Te lo juro.

Sarah suspiró.

—Eso ya lo sé. Su embarazo está mucho más avanzado que el mío, lo cual quiere decir que la conociste antes de conocerme a mí.

Santino sintió que le quitaban un peso de los hombros.

—¡Menos mal!

Sarah sonrió afligida.

—Eso no cambia el hecho de que está embarazada de ti y de que, por supuesto, si lo hubieras sabido, te habrías quedado con ella.

La irracionalidad de esa afirmación lo paralizó.

—Nunca —siseó. Tomando sus frías manos con las suyas, se encogió cuando ella hizo fuerza para soltarse—. Escúchame. —Tiró más fuerte de su muñeca y consiguió obligarla a que lo mirara a los ojos—. Nunca habría elegido a nadie más que a ti. No te elegí porque estuvieras embarazada. Te elegí por... ser tú.

—Puedes decirlo, pero es difícil de...

«Creer». Él suspiró, asintiendo.

—Ya lo sé. Lo he arruinado todo por completo. Pero lo arreglaré.

Sarah apretó los dientes.

—Deja de decir eso. No puedes arreglar eso. Esto se va a quedar con nosotros. Conmigo. Contigo. Porque ese bebé va a nacer en cualquier momento y lo verás, y querrás a ese bebé antes de querer a las nuestras. —Rompió a llorar—. Ya nada es mío.

—No. —Le pasó las manos por el pelo con impotencia, deseando que dejara de llorar. Pero sabía que habría destrozado por completo su fe en él—. Por favor, Sarah. Ayúdame a arreglar esto.

—No sé cómo, Santino.

Santino la miró, perdido y confuso.

—Quédate conmigo. Todavía no sé cómo, pero voy a arreglar esto.

—Puedes intentarlo —dijo ella desanimada mientras caminaba hacia ella.

Santino se levantó.

—Voy a volver al hospital, Sarah.

Sarah se giró con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—Me ha llamado el médico de Elizabeth. Acaba de dar a luz.

La cara de Sarah se retorcó de angustia y bajó la mirada al suelo. Él le agarró los brazos y la zarandeó con suavidad.

—Voy a pedir una prueba de paternidad.

Sarah ahogó un sollozo que salió solo.

—Déjame sola.

Tres días después Sarah se despertó en una cama vacía. Miró hacia el lado de la cama donde no había dormido nadie una vez más, sin añorarlo por primera vez desde que se conocieron. No soportaba mencionar lo que pasaba con el bebé de Elizabeth y tampoco podía ignorar por completo la aplastante verdad.

Él no había negado que pudiera ser su bebé y, sinceramente, el hecho de que Elizabeth hubiera aceptado tan fácilmente que hiciera una prueba de paternidad no la hacía estar muy optimista con respecto a los resultados.

Así que Sarah tenía dos opciones: o bien olvidarlo todo porque técnicamente no la había engañado y le había dado una cantidad increíble de apoyo y de amor, y quería casarse con ella; o podía simplemente olvidarse de él.

Se quedó mirando el anillo que tenía en el dedo. ¿Cómo iba a ser capaz de aceptar algo así? Su relación había estado abocada al fracaso desde el principio. Una parte de ella sabía que esa deducción se debía en gran parte a las hormonas del embarazo que estaban jugando con ella, pero había estado estresada al máximo con una cosa o con otra.

Solo quería estar libre de todo eso. Quería escapar.

Por el momento, el hecho de que Santino le estuviera dando todo el espacio que quería le resultaba de ayuda. Cuanto menos veía su cara u oía su voz, menos echaba de menos la relación que había tenido con él. Era completamente evidente que por mucho que lo intentara, nada volvería a ser

lo mismo.

Ella entró en el salón y él levantó la vista del teléfono móvil.

—Hola —dijo sin mirarlo a los ojos.

—Hola, Sarah. ¿Cómo te encuentras?

—De maravilla —dijo ella con énfasis.

Santino se frotó los ojos y cuando volvió a levantar la vista, Sarah estaba mirando la pantalla de la televisión con los ojos como platos.

—¡Sube el volumen! —dijo con apremio.

Santino hizo lo que le pidió, mirando un poco más tarde la pantalla donde aparecía una foto de él y de Sarah mientras un presentador ridiculizaba su vida privada.

«...anunció el compromiso de Santino Orlando con Sarah Montgomery hace dos semanas, y hoy tenemos la última exclusiva. Sarah presuntamente había sido hospitalizada y el motivo que se le atribuye a su ingreso es el hecho de que la ex novia de Santino Orlando, y esto se pone interesante, Elizabeth Smith, acaba de dar a luz a un bebé que, según afirma ella, es hijo de Santino Orlando».

—Esa estúpida... —Caminó hacia Sarah y la giró para que lo mirara—. Mírame. ¡Escúchame! Ella no significa nada para mí. No significó nada. Tú eres todo lo que quiero. ¡Ella para mí no significa nada!

Los labios de Sarah se curvaron en una sonrisa sarcástica mientras sus ojos se anegaban en lágrimas.

—¿Acaso importa? No tiene que significar nada para ti para ser la madre de tu hijo.

—No digas eso. ¡No dejes que esto nos destruya!

Ella se soltó de él.

—Ya ni siquiera te conozco, Santino. ¿Por qué tuviste que acostarte con ella? —gritó lastimosamente, odiándose, odiando lo débil que era, odiando el hecho de que adorara su cara, su tacto y su voz. Quería hundir la cara en su pecho y rogarle que arreglara su corazón. Era una súplica irracional, ya que él era el que lo había hecho pedazos.

Él la rodeó con los brazos, obligándola a quedarse quieta.

—Lo siento. Lo siento mucho. Nunca quise hacerte daño. Te quiero, Sarah. Te quiero, cariño.

—Esto se quedará con nosotros para siempre —lloró con la voz ahogada contra su pecho.

—No. No dejaré que ocurra. Lo eres todo para mí. Eres todo lo que

quiero. Ojalá pudiera decir que ella mentía para poder hacer que todo esto desapareciera. Pero ayúdame a afrontar eso, cariño. Ayúdame, por favor.

Sarah cerró los ojos con fuerza y sus sollozos se detuvieron al instante. Agarró la camisa de él con las palmas de las manos, aferrándose a él y respirando profundamente.

—Ayúdame, por favor —le volvió a suplicar él, y su voz se quebró ligeramente cuando lo dijo.

Sarah deslizó los brazos alrededor de su cintura y se aferró a él, y la batalla quedó enterrada en su mente. Aún estaba rota, aún estaba herida, pero no se había dado cuenta de la cantidad de estrés a la que estaba sometido él. Se había estado arrastrando por el suelo intentando hacerla feliz desde el día en que se conocieron, y ella no había hecho nada.

¿Qué le había dado ella? Ella solo había recibido. Ella era la única que se beneficiaba de esa relación. Era la chica herida, con defectos y con un pasado doloroso, y él la había aceptado, la había arreglado, había hecho que fuera mucho más de lo que ella creía que podía ser. Y ella no le había dado nada.

—No quiero que me perdones —le dijo él al oído—. Lo único que quiero es que te quedes a mi lado y me ayudes a afrontar esto. Yo solo quiero una familia contigo. Nada más. Solo quédate conmigo. Haré todo lo que pueda para hacerte feliz.

Las cosas parecían mucho mejor después de aquel día, pero solo en ciertos aspectos. Podían hablar sin que Sarah le contestara mal, para empezar. Sin embargo, Sarah todavía evitaba charlar con él. Se estaba secando el pelo con una toalla cuando lo oyó hablar enfadado por teléfono, y cuando ella le preguntó, él se pasó los dedos por el pelo.

—El laboratorio quiere que vaya a hacerme otra prueba de ADN. La última estaba contaminada.

Sarah asintió, pero estaba gritando por dentro. Solo ella sabía lo larga que había sido la espera de los resultados durante cinco días, y ahora todo empezaba de nuevo.

Se quedó tumbada en la cama el resto del día, sola, sensible y a punto de rendirse.

Todo había sido demasiado bueno para ser cierto. La primavera de su vida, tener bebés, estar prometida, estar enamorada... todo se había acabado. No sabía cómo les iría a sus bebés cuando nacieran. Los médicos aún la tenían bajo un control constante. Sin duda alguna no estaba pensando en

casarse. Y la parte de estar enamorada... bueno, aún estaba enamorada locamente, pero no estaba segura de que pudiera funcionar teniendo en cuenta las circunstancias.

Estaba intentando ser normal, actuar normal, pero su salud estaba cediendo. No tenía energía, no podía trabajar, y sabía que se debía más al estrés al que estaba sometida que al propio embarazo.

Su siesta se vio interrumpida cuando Santino la movió con delicadeza.

—Eh, ¿estás bien, cariño?

—¿Qué ha pasado?

Él se sentó al lado de su cadera.

—Estabas gimoteando mientras dormías. —Le puso la mano en la frente —. Tienes un poco de fiebre.

—Me encuentro bien —mintió.

—¿Qué has comido?

Sarah evitó su mirada. Puede que él hubiera traicionado su amor, pero los bebés no le habían hecho nada.

Él salió disparado de la habitación, y cuando volvió dos minutos después, le tendió un cuenco de ensalada de fruta.

—Acábate esto en dos segundos. Estoy muy harto de esto —le espetó.

Sarah lo contempló boquiabierta, mirándolo a los ojos por primera vez en cinco días, y su familiar predominio llenó toda la habitación.

—Entiendo que estés enfadada conmigo, pero yo estoy igual de sorprendido que tú por este giro de los acontecimientos. Y si lo piensas, Sarah, no comer y matar de hambre a nuestros bebés que, por si lo has olvidado, en realidad no están completamente bien, raya lo repugnante. Yo también estoy luchando. Yo también estoy aterrorizado, pero al menos estoy cumpliendo con mis responsabilidades. Porque te quiero. Parece que no solo te has olvidado de mí, a quien supuestamente querías, sino también de tus hijas.

Sarah tragó saliva para pasar la repentina sequedad que sentía en la garganta y que la estaba ahogando.

—No me sentía bien, así que cerré los ojos y acabo de despertarme ahora. No me he quedado sin comer a propósito —dijo lentamente.

Santino apretó los ojos y suspiró.

—Lo siento.

Sarah le miró la cara con recelo. Parecía que no hubiera dormido en días. Tenía sombras oscuras debajo de los ojos y había perdido peso. ¿Cómo no se

había dado cuenta? Las finas líneas que tenía alrededor de los ojos antes no las tenía, y los cambios que vio en él y que le hacían parecer demacrado le encogieron el corazón.

Cuando él estuvo en la puerta, ella alzó la voz, incapaz de detenerse.

—Sí que te quiero, Santino. —Se le quebró la voz—. Lo sabes, ¿verdad?

Suspiró.

—Ya lo sé. Yo también te quiero.

Ella asintió y las lágrimas le rodaron por las mejillas mientras él salía de la habitación.

Capítulo Veinte

—Esto es innecesario —gruñó Sarah por décima vez mientras la enfermera le ponía una inyección.

—No, no lo es. —Santino habló desde los pies de la cama con los brazos cruzados sobre el pecho—. Y agradecería que dejaras de lloriquear por ello de una vez.

Santino había tenido razón. Sí tenía fiebre, y la médica acababa de alejarse de su cama, pero una enfermera la había sustituido de inmediato.

—Solo es fiebre, Santino. No me va a matar... por desgracia —susurró por lo bajo.

Santino apretó los dientes. La había oído y supo que estaba deprimida.

No ayudó que pasara todo el día en la cama descansando, pero eso es lo que le dijeron que debía hacer. Él no había ido a trabajar en días, a menos que contara los minutos sueltos que se pasaba para comprobar cuestiones urgentes que se estaban acumulando. Parecía que no podía soportar dejarla sola.

Estaba que se subía por las paredes de la preocupación que sentía por ella.

—¿Nos disculparía un momento? —le dijo él a la enfermera, una mujer rechoncha en los cuarenta. Cuando se marchó, Santino se sentó al lado de Sarah—. No dejaré que nada te mate, por suerte.

Sarah apartó la mirada.

—Solo quiero que esto termine.

—¿Que termine el qué?

—Todo —suspiró—. Todo. Solo quiero dejar de sentirme como me siento.

Se inclinó hacia adelante y la besó en la frente.

—Piensa en nuestros bebés y te juro que eso lo arreglaré todo.

A Sarah le tembló el labio inferior y los apretó para que él no viera lo destrozada que estaba emocionalmente. Él le pasó las manos por los brazos, sustituyendo la tensión y el nerviosismo por añoranza, y ella se esforzó por contenerse. El consuelo de su tacto era adictivo, y ella lo echaba de menos, buscándolo con impotencia.

Él le dio un beso en un lado de la cabeza.

—No quiero que sientas que no tienes ningún sitio al que ir y que estás conmigo porque estás indefensa. No es así. Todo lo que soy es tuyo, y nada ni nadie puede cambiar eso.

Aunque no hablaron mucho después de eso, Sarah se sentía tranquila y

relajada. Él se sentó en la silla del rincón de la habitación mientras la enfermera se ocupaba de Sarah, y cuando se marchó alrededor de las cuatro de la tarde, Santino instó a Sarah a que se sentara en el salón.

Sarah se resistió, pero él no estaba de humor para seguir consintiendo su cabezonería irracional. Y, desde luego, él era demasiado fuerte, así que simplemente la cogió y la llevó al sofá. Se sentó a ver la televisión mientras él trabajaba con el portátil justo a su lado, con el muslo tocando el lado de la pierna de ella.

Ella disfrutó del contacto, ansió tener más, olvidando por unos felices momentos todo lo relativo a esa otra mujer que en ese mismo instante estaba con el hijo de Santino. Pero a Santino no parecía que ella le importara mucho. Sarah había dado por hecho que estaría tan emocionado por ese bebé como lo estaba por los que ella aún no había tenido. Pero claramente se había equivocado.

No sabía qué le parecía que él ignorara por completo a ese niño. Era imposible que alguien como él, tan cariñoso y afectuoso, ignorara por completo que existía un hijo suyo. Eso la hacía sentir intranquila. Se negaba a admitirlo, pero incluso ella se ablandaría con alguien que técnicamente era de la propia sangre de Santino. Por desgracia, estaba hasta arriba de hormonas emotivas que la convertían en una idiota llorona, así que no podía comentar mucho en su situación.

Sarah se había inclinado hacia él de forma discreta y sutil cuando alguien llamó a la puerta principal y Santino se levantó.

Sarah suspiró, escuchándolo hablar con su chófer antes de girarse para mirarla.

—¿Sí?

—Parece que tus padres han venido a verte.

Sarah se incorporó de golpe en su asiento.

—¿Cómo dices?

Santino cerró la puerta y caminó hacia ella.

—Jake me estaba preguntando si los dejaba entrar o no, teniendo en cuenta que se han presentado sin avisar.

Sarah hizo una mueca.

—No los he... no los he visto en siete años.

—¿Y te gustaría? —La miró atentamente.

—¡No! —dijo Sarah sin pensarlo. No quería, de ninguna manera quería verlos.

Él suspiró.

—¿Quieres que los eche? Va a ser muy maleducado.

Sarah respiró profundamente varias veces y miró fijamente y con los ojos bien abiertos a Santino.

Santino movió la cabeza de lado a lado.

—Estoy aquí. Todo va a salir bien. Solo quieren verte, nada más.

Así que unos minutos después Sarah se vio sentada enfrente de la pareja que la había adoptado cuando era muy pequeña.

—Me alegré tanto de saber que estabas en estado, y le dije a Huber: ¡Vamos a ser abuelos! —dijo alegremente Marianne, la madre adoptiva de Sarah—. Huber está muy emocionado. Díselo, Huber. —Le dio un golpecito en las costillas al hombre gordo.

—Sí, sí. —Huber se movió, atrapado en un traje que era demasiado pequeño y en una barba que estaba recortada sin orden ni concierto.

Sarah frunció el ceño. Se hundió aún más en el sofá y se sintió mejor cuando Santino le agarró la mano y se la llevó al regazo.

—Así que esta es tu casa ahora. —Marianne miró a su alrededor riendo—. Es espléndida. No firmes un acuerdo prematrimonial, te aviso.

—¿Qué? —gritó Sarah medio enfadada.

—Estoy bromeando, querida. No tomes en serio a tu madre.

Sarah miró hacia Santino, arrepintiéndose de haber accedido. Por su expresión pudo ver que ahora entendía por qué había evitado verlos.

—Habéis viajado desde Delaware para vernos. Gracias, pero estábamos a punto de salir —mintió Sarah vacilante.

—Ah, no nos quedaremos mucho. Solo queríamos ver nosotros mismos lo bien que te iba. En los medios de comunicación lo cuentan todo, pero no siempre hay muchas verdades en lo que dicen. Así que pensé: Sarah, nuestra Sarah, nuestra pequeña y querida Sarah, ¡está prometida con un multimillonario! Tenemos que verlo con nuestros propios ojos.

Sarah no se sintió avergonzada. Hacía mucho tiempo que se había desentendido de su familia. Ni siquiera los conocía. Apenas había hablado con ellos, ni siquiera mientras crecía.

Santino le apretó la mano y Sarah se inclinó hacia adelante en su asiento. Ya había oído bastante.

—¿De qué va todo esto? Tenemos que marcharnos.

Huber se levantó disparado de su silla, pero cuando Marianne lo fulminó con la mirada, volvió a sentarse.

Marianne esbozó la sonrisa torcida y fría que Sarah había visto durante años mientras crecía.

—Tu padre está invirtiendo en un nuevo negocio y dijo: «Nuestra Sarah ahora lo tiene todo. Tiene éxito. Podría darnos unos millones».

Sarah soltó una carcajada y se levantó de golpe del sofá, sorprendiéndose a sí misma por su agilidad.

—Está bien, tenemos que irnos.

—¡Sarah! —la regañó Marianne como si fuera su madre o cualquier cosa en su vida—. No seas maleducada con tu madre. Solo necesitamos cinco millones de dólares. Estoy segura de que tu marido querrá echar una mano a los miembros de la familia.

—Es mi prometido.

Sarah miró a Santino exasperada y lista para explotar de ira. Sabía que estaba callado porque no quería entrometerse en sus batallas. Lo vio sentado sin expresión, simplemente contemplando a la mujer como si tuviera garras.

Se levantó lentamente, deslizándose la mano de forma protectora por la espalda de Sarah mientras se encaraba a la pareja.

—Les acompañaremos a la puerta. —Eso fue lo único que dijo.

La autoridad y la dominancia de su voz que habían cautivado a Sarah cuando empezó a conocerlo, hicieron que Marianne y Huber se quedaran paralizados. Sin decir una palabra más, caminaron hacia la puerta de entrada por delante de Sarah y Santino.

Santino cerró la puerta a sus espaldas y dio instrucciones de que no volvieran a dejarlos traspasar las vallas de la propiedad nunca más sin autorización previa, y después se giró hacia a Sarah.

—Bueno, pues ha ido bien.

Sarah, en una de las situaciones más humillantes y mortificantes de su vida, estalló en carcajadas.

Santino también se rio, entrecerró los ojos y se rio aún más cuando Sarah se apoyó en su pecho.

—Es ridículo —dijo ella, tartamudeando entre carcajadas.

—Han sido muy simpáticos.

Sarah se rio aún más y le dio una palmada en el hombro.

—¡Para! —Se agarró el vientre abultado y caminó hasta el sofá. Se sentó, reclinó la cabeza hacia atrás y siguió riéndose—. Madre mía.

Santino acortó rápidamente la distancia que había entre ellos y se sentó a su lado, pasándole un brazo por los hombros.

Sarah dejó que la arrastrara a su pecho y cerró los ojos, pasándole una mano de forma posesiva por el pecho. El silencio era insoportablemente maravilloso, y lo único que oía era el fuerte latido de su corazón. Él le apretó el hombro y la dejó disfrutar de la cercanía de su cuerpo. Ella frotó la mejilla con el centro de su pecho, y la nostálgica sensación de necesidad le corrió por las extremidades, extendiéndose de forma provocativa hasta su entrepierna. Se le secó la garganta y el ansia de tener más la envolvió de repente.

—Te echo de menos.

Sarah oyó las palabras que susurró y cerró los ojos con más fuerza mientras se mordía el labio para luchar contra sus deseos.

—Yo también te echo de menos.

—No pienses nunca que nada ni nadie es más importante para mí que tú.

Sarah asintió y se acurrucó más contra él, pero el instinto estaba tomando el control de forma voluntaria. Ella levantó la boca y él la besó al instante, como si estuviera esperando a que ella respondiera a su cercanía. La boca de Sarah era ansiosa y ejercía presión hacia arriba, y la boca de Santino satisfizo esa urgencia, cubriendo sus labios con los suyos y mordisqueándolos. Su lengua se abrió paso con suavidad en la boca de ella, y gimió cuando ella se deshizo en sus brazos.

Agarrando su camisa con una mano, ella se enderezó y deslizó la mano que tenía libre por el espeso cabello de su nuca. Intentó enérgicamente no pensar, no recordar a la impresionante morena a la que había dejado embarazada. Pero los destellos de recuerdos traspasaban el límite que había establecido una y otra vez. Al mismo tiempo, las manos de él se deslizaron por su vientre y bajaron hasta colocarse entre sus piernas, y al instante Sarah salió de la nube de lujuria en la que estaba atrapada.

Se echó hacia atrás sin respiración, sonrojada y excitada, mientras Santino la miraba a la cara sabiendo qué le pasaba.

El momento de felicidad se había terminado. Estaban en el mismo lugar en el que habían estado desde que Elizabeth dio la noticia de su embarazo. Él sentía su lucha, su batalla contra sí misma. Por mucho que lo intentara, no podía superarlo.

—¿Cómo voy a conseguir arreglar esto? —preguntó él con tristeza, pasándose la mano por el pelo.

Sarah negó con la cabeza, sintiéndose como un monstruo por no permitirse ser feliz y por no permitirle a él ser feliz. Era una gran maldición ser responsable de su felicidad, ser la única que podía controlar cómo se

sentía él en su vida. Se había deleitado en su poder, pero ahora estaba haciendo que él fuera infeliz. Y lo quería demasiado para verlo así.

Colocó una mano sobre su muslo y lo agarró. El pecho se le encogió con intensidad cuando él le apretó la mano para que la dejara ahí, como si estuviera aferrándose a un salvavidas.

—Estoy aquí, no voy a irme a ningún sitio. —Su amor hizo que la voz le temblara—. Pero necesito afrontar esto a mi ritmo. Lo siento.

—¡No! —dijo él furioso—. No te disculpes por algo que no es tu culpa. No te disculpes nunca.

Sarah tomó aire con brusquedad. Era eso, y mucho más, lo que hacía que él fuera tan importante para ella. Él la había cambiado, había hecho que fuera más confiada, más segura de sí misma, y poco a poco ella había soltado todos los demonios que la habían atormentado desde su infancia. Era tan adicta a él como él lo era a ella, y ella estaba permitiendo que una mujer desconocida lo destruyera todo.

Sabía que lo estaba haciendo mal. Sabía que sus prioridades y su amor tenían que estar primero, y lo estaba intentando. Cada día luchaba contra su conciencia, pero era muy difícil no pensar en esa otra mujer a la que había dejado embarazada, en ese otro bebé que era suyo. Se había negado categóricamente a ver al bebé y se había quedado pegado al lado de Sarah. Por un momento la culpa se antepuso a todo, pero los celos demenciales volvieron a surgir de nuevo. Cuando se trataba de Santino, era irracionalmente egoísta. Él representaba la supervivencia en su forma tangible, y ella sabía que no era capaz de cambiar eso.

—No puedo compartirte con nadie, Santino. Me... me destroza en mil pedazos cuando lo intento.

—No tienes que hacerlo. No tienes que hacerlo. Soy todo tuyo.

Sarah respiró temblorosamente y se obligó a sonreír al mirarlo. Mientras su conciencia la maldecía por ser tan necesitada, lo miró a los ojos.

—No nos preocupemos por eso ahora.

Santino asintió y la miró mientras ella se levantaba lentamente y caminaba hasta la cocina.

Sin pensar mucho, cambió de canal y la televisión a todo volumen se oyó en toda la casa. Automáticamente extendió la mano para apagarla, pero era demasiado tarde. Sarah ya lo había visto. Había oído que decían su nombre. Los medios se lo estaban pasando en grande hablando de su otra mujer. De su otro hijo. Y de la prueba de paternidad que era de conocimiento público.

Todo gracias a Elizabeth Smith. No podía hacer nada para cambiar todo eso. Y la impotencia ciertamente no estaba encajando muy bien con su carácter.

—¿Qué quieres comer? —le preguntó Sarah, pero su voz sonó rota y emotiva.

La expresión de la cara de él dejaba ver que, al igual que ella, sentía de todo menos hambre.

Pero se levantó.

—Te ayudo.

Juntos prepararon una cena sencilla compuesta por pechuga de pollo con ensalada, y él dio pequeños mordiscos mientras Sarah se obligaba a comer por el bien de los bebés.

—Ojalá pudiera borrarlo todo —murmuró él.

Sarah lo miró a los ojos, inclinándose sobre la mesa para agarrarle la mano. Estaba muriéndose por tener la intimidad que había sentido un rato antes en el sofá. Quería volver a notarla, pero sabía que cuando empezaran, volverían a su mente las horribles imágenes de otra mujer con él. Esa imagen se le había grabado en el cerebro.

—Estaremos bien. Solo dame algo de tiempo.

A la mañana siguiente, Santino la despertó con un beso en la frente.

—Tengo una reunión urgente. Volveré en tres horas como máximo, te lo prometo.

Sarah asintió adormilada.

—Acuérdate de comer —le dijo desde la puerta—. La señora Craddock está aquí y te estará vigilando.

—No necesito una niñera —murmuró.

—Ya lo sé, pero trabajaré mejor sabiendo que no estás sola.

Santino se apresuró a ir a la oficina y se encontraba de camino al ascensor cuando vio una cara conocida que se aproximaba a él deprisa.

—Hola, señor Orlando.

Santino frunció el ceño y contempló a Marianne, la madre adoptiva de Sarah, que le estaba sonriendo con un traje amarillo pálido que se veía ridículo.

—Hola. —No estaba de humor para volver a hablar con esa mujer.

—Si tiene cinco minutos libres, necesito hablar de algo con usted.

—Tengo algo de prisa.

—Solo cinco minutos. Le prometo que no tardaré mucho.

Santino suspiró y se encaminó hacia el sofá que había en el recibidor de la oficina.

—Quería preguntarle por su inversión en el nuevo negocio de Huber.

Santino frunció el ceño e hizo una mueca.

—¿Disculpe?

—Ya sabe, a usted no le costará tanto invertir cinco millones de dólares en nuestro negocio. Le daremos una participación en los beneficios, y...

Santino apartó la mirada de la mujer que había hecho infeliz a Sarah cuando era niña.

—Por favor, discúlpeme, señora Montgomery. No tengo tiempo para hablar de esto, de verdad. —Se levantó y Marianne se levantó con él.

—Entonces pasaremos por su casa esta noche, y podemos...

—Sarah y yo tenemos planes esta noche. Y por favor, comprenda que no apruebo ese tipo de inversiones, y que en realidad no estoy interesado en expandir mi propia corporación invirtiendo en la empresa de su marido.

A Marianne se le descompuso la cara.

—Pero somos familia.

Santino se quedó sin palabras durante un instante, preguntándose cómo era posible que un ser humano fuera tan crédulo. Era como si fuera de otro planeta.

—Si Sarah quiere ayudarles, es decisión suya.

Marianne se carcajeó con condescendencia ante su afirmación.

—Pero Sarah no tiene nada a su nombre. Solo es alguien que echa una mano entre bastidores cuando algunas personas hacen anuncios.

A Santino le hirvió la sangre y su ira quedó clara en su tono cortante cuando habló.

—Sarah Montgomery es la responsable del departamento creativo en su agencia de publicidad. Es una directora con un trabajo increíble a sus espaldas y ha trabajado como modelo en un anuncio de mi empresa. Además, es mi prometida, y todo lo que yo poseo es también suyo por derecho. Hasta el último céntimo. Así que si su hija... —lo dijo con desdén, como si no significara nada en absoluto— accede a ayudar al señor Montgomery, yo no tengo ningún problema en absoluto.

Santino se mostró enormemente satisfecho al ver que la mujer parecía completamente furibunda, celosa de la mujer a la que llamaba hija. Y él estaba contento de haberla puesto en su sitio. Esa mujer era insoportable.

—Entonces iré a ver a Sarah —dijo Marianne.

—Sarah va a pasar el día en el balneario y no volverá hasta la tarde. Puede llamar a este número y pedir una cita con ella. —Le tendió inmediatamente la tarjeta profesional de Sarah con el número de su secretaria y la mujer la aceptó. Santino no volvió a mirar en dirección a ella e intentó controlar su repugnancia mientras se dirigía al ascensor.

Antes de entrar en la sala de conferencias donde su junta lo estaba esperando, sacó el teléfono, llamó a la secretaria de Sarah y le dio órdenes de no hablar con nadie con el nombre de señor o señora Montgomery.

Capítulo Veintiuno

Llegó a casa diez minutos antes de las tres horas a las que se había comprometido, y sonrió cuando el rostro de Sarah se iluminó al verlo.

—Hola. —Observó el gran ramo de rosas rojas que llevaba en la mano—. Imagino que eso es para mí.

Se inclinó hacia ella, la besó dos veces en la mejilla y le tendió las flores.

—Te quiero —le susurró con pasión al oído.

—Sabes que yo también te quiero, ¿verdad?

Santino tragó saliva.

—Sí.

—Bueno... —Tomó aire, sobrecogida por la emoción—. ¿Qué tal tu reunión?

—Aburrida y larga. ¿Has tenido alguna visita?

—No.

—Perfecto.

Sarah le dirigió una sonrisa de lado.

—¿Por qué? ¿Debería haber tenido visita?

Santino suspiró y le cogió la mano, llevándola al sofá y haciendo que se sentara.

—La señora Montgomery ha ido hoy a mi oficina. —No conseguía utilizar la palabra «madre».

A Sarah se le descompuso el rostro.

—Vaya. ¿Por qué?

—Ya sabes, por esa inversión que querían... en el negocio ese.

Sarah lo miró boquiabierta.

—Joder, ¿me estás vacilando?

—No digas palabrotas. Las niñas lo oirán y lo aprenderán. —Intentó bromear—. No ha funcionado.

—¿Quieres decirme que de verdad quieren pelear por el dinero?

—Yo no diría pelear, pero sí, están muy insistentes con que son familia.

Sarah resopló.

—¿Quién lo dice?

—Sarah, de verdad. —Se le frunció el ceño cuando se dio cuenta de que estaba avergonzada por lo que estaban haciendo sus padres—. Cariño, no tienes que estar avergonzada por nada de lo que hagan. Ellos no lo sé, pero tú y yo sin duda somos una familia. Y en todo caso, no puedes avergonzarte de ellos delante de mí.

Sarah respiró hondo.

—Están intentando sacarte dinero solo porque eres mi prometido. Es tan patético... Es demasiado rastrero incluso para ellos.

—No pasa nada, de verdad. Y tengo que admitir que... les dije que no invierto en proyectos fuera de mi cooperativa y que podían pedirte el dinero a ti.

—¿Y por qué has hecho eso?

—Porque pensé que... a lo mejor querías darles dinero.

—¡Pero yo no tengo dinero! —gritó.

Santino negó con la cabeza.

—Ya has dicho eso hoy. No vuelvas a decirlo. Nunca. Por favor —añadió para restarle importancia a la orden—. Además, pensé que como ellos te criaron, a lo mejor querías...

—No. No quiero darles nada, y que quede claro: prácticamente me críe yo sola encogiéndome de miedo en los rincones. —Las lágrimas le rodaron por las mejillas al recordar esos horribles momentos. Santino la obligó a acercarse a él, pero ella se resistió, limpiándose las lágrimas con furia—. No puedo ocuparme de ellos mientras me ocupo del resto de líos que hay en mi vida. Solo quiero que se vayan.

Ella se levantó lentamente del sofá. Aunque Santino notó que quería ser rápida, su peso extra y su gigantesca barriga hacía que todo fuera muy limitado, así que la ayudó a ponerse de pie.

Ella murmuró un «gracias» y caminó hacia el frigorífico para coger agua.

No era difícil sacar a la pareja de la vida de Sarah. Lo único que tenía que hacer era darles el dinero y obligarles a firmar un acuerdo por el que aceptaban no volver a presentarse delante de Sarah y dejarían de ser unos parásitos. Los despreciaba y no era ningún secreto que Sarah sentía lo mismo. Hacer que desaparecieran sería sencillo, solo supondría cinco millones de su riqueza. Eso era algo que podía arreglar.

Pero al mirar a la preciosa y orgullosa chica, supo que eso no le gustaría. Ya estaba avergonzada por cómo su supuesta familia estaba actuando, denigrándose a sí mismos.

Se levantó y puso las manos en el mostrador de la cocina.

—¿Qué hay de comer?

—La señora Craddock ha hecho guisado.

Santino asintió, en realidad poco preocupado por la comida.

—Sarah, si simplemente les diera el maldito dinero...

—¡No! —dijo Sarah súbitamente, como si ya hubiera esperado que dijera eso.

—Escúchame.

—No, y no a lo que sea que te quedaba por decir —rebatí con cabezonería.

—Si les doy el dinero, simplemente saldrán de tu vida.

—No —repitió Sarah con énfasis, mirándolo a los ojos con enfado.

Santino tragó saliva y se frotó las sienes. Era evidente que esto significaba mucho para ella. Tenía la sensación de que se trataba de una forma de castigo por su infancia perdida. No sentía ningún tipo de vínculo con los Montgomery.

—Quieras lo que quieras, cariño, no actuaré a tus espaldas ni haré nada que no apruebes. Tenemos un trato.

—Vale. —Golpeó el plato contra la encimera de modo infantil.

Santino respiró hondo y reprimió una sonrisa.

—Por cierto, ¿te cambiarás el apellido cuando nos casemos?

Sarah se encogió de hombros.

—Por supuesto que sí. Es el único motivo por el que acepté casarme contigo, para deshacerme del apellido Montgomery.

Al día siguiente se encontró a los Montgomery discutiendo con sus guardas de seguridad en la verja de su propiedad cuando se iba al trabajo. Furioso, pasó con el coche por su lado y supo que Sarah no oiría sus voces.

Esa noche le dijo que se sentara y se lo contó.

Sarah pareció pensar durante mucho tiempo, en silencio y, cuando por fin habló, sus solemnes palabras estaban llenas de convicción.

—Consigue una orden de alejamiento.

Santino se sorprendió por la vehemencia con la que habló.

—Solo son cinco millones de dólares, Sarah. No los vamos a echar en falta.

—No.

—Vale. —No dijo nada más y llamó a su abogado.

Santino había dado por hecho que Sarah estaría un poco disgustada por la orden de alejamiento una vez estuviera emitida, pero en todo caso parecía aliviada. No solo eso, sino que incluso sugirió que lo celebraran. Pensaron en cómo hacerlo, ya que el champán no era una opción a menos que Santino quisiera beber solo, y no era así. Así que a Santino se le ocurrió una idea.

La metió en el coche y la llevó de compras a ver vestidos de novia. Funcionó, y la pequeña niña que había en Sarah sonrió cuando entraban de tienda en tienda y luego se sentaban en el sofá mientras las dependientas se apresuraban a rodearla.

Sarah estaba sonriendo de oreja a oreja cuando finalmente la llevó a casa.

—Estoy intentando no pensar en cómo me estás chantajeando emocionalmente.

Él se rio.

—No estás pensando en ello ahora mismo, pero espero que sepas que pretendo casarme contigo en cuanto tengamos a los bebés. Tienes que estar preparada para tener una boda con pocas semanas de aviso.

Sarah lo miró como si estuviera loco.

—No puedo planear una boda en pocas semanas.

—Te conseguiré al mejor organizador de bodas del país.

Sarah puso los ojos en blanco bromeando.

—Qué fanfarrón eres.

Santino se rio. Pero la felicidad de su relación había cogido el constante hábito de ser temporal y voluble, porque la alegría solo duró durante la noche.

Capítulo Veintidós

La tarde siguiente Sarah se sentó en el asiento de la ventana que daba a los acres de extensos jardines. Los jardineros estaban trabajando como de costumbre. Hacía falta un ejército para el mantenimiento. Sarah disfrutaba viéndolos mover el césped, recoger las semillas, cuidando las flores...

Cuando oyó que el coche de Santino se aproximaba por el camino de entrada, se le hizo un nudo en la garganta. Le daba pánico oír la noticia, aunque había dado por sentado que estaba preparada para ello. Ya había vomitado dos veces desde esa mañana al pensarlo y preocuparse por ello.

Santino entró por la puerta y los ojos de Sarah se precipitaron hacia el sobre que llevaba en la mano; el gran sobre marrón que la destrozaría para siempre. Cerró los ojos al volver a notar náuseas. Probablemente el estrés la mataría antes de dar a luz a los bebés. Tenía que dejar de estresarse de inmediato.

Dio un brinco cuando la amable mano de Santino se posó en su hombro. En estado de pánico, abrió los ojos de golpe. Él estaba sentado en la mesa de centro, sosteniéndole las rodillas.

—Sarah... —dijo suavemente; su voz sonaba extrañamente calmada, aturrida y llena de alivio. —No soy el padre.

Le zumbaron los oídos y el aturdimiento en el que estaba sumida pareció arrastrarla aún más hacia sus oscuros recovecos. Sarah lo miró boquiabierta, oyendo las palabras que su mente parecía rechazar. Había admitido que se había acostado con Elizabeth. En su mente no había habido ninguna duda de que él sería el padre del hijo de Elizabeth.

—¿Qué? —Eso fue todo lo que logró decir.

Santino sonrió, negando con la cabeza.

—Cariño, no soy el padre del bebé de Elizabeth. Yo no la dejé embarazada.

A Sarah se le paró el corazón y respiró con dificultad varias veces para compensar la energía perdida. Temblando, jadeando, disfrutó de la satisfacción de contemplar su hermoso rostro mientras él le tendía los resultados de la prueba de paternidad. Sarah se derrumbó, ahogándose en sus propios sollozos, llorando sin vergüenza mientras dejaba que él la sostuviera sin reservas, sin ningún miedo ni desconfianza. Sarah cantó su nombre entre sollozos mientras lloraba en la curva de su cuello, y él la apretó con fuerza.

—Te vas a poner mala. No llores.

—Eres todo mío —susurró, llena de amor.

—Para siempre.

Le sostuvo la cara y le cubrió la boca llorosa con su boca ansiosa. Y esta vez, cuando sus labios tomaron los de ella, volvían a ser posesivos, con esa dominancia que durante tanto tiempo había desaparecido controlando cada mordisco y cada contacto.

Él absorbió sus sollozos, como si intentara desesperadamente quitarle el corazón roto y sustituirlo por el demente anhelo que sentía. En poco tiempo los sollozos se calmaron y ella lo besó con la misma voracidad, pasándole las manos por el pecho. Él la puso en el asiento de la ventana y le cubrió cuerpo con el suyo.

Epílogo

Santino sostuvo la mano de Sarah y le besó los nudillos una y otra vez. Le resultaba imposible deshacerse del escozor que notaba en los ojos.

—¿Sarah? —dijo por décima vez en los últimos cinco minutos, y ella no respondió.

Salió precipitadamente a buscar a la enfermera.

—¿No debería estar ya despierta?

La enfermera entró para comprobarlo y le pidió a Santino que esperara.

Santino se desplomó en su silla. La mitad de él quería ir al cuarto de los bebés para ver a las niñas, y la otra mitad no quería despegarse de Sarah porque quería darle la noticia.

Media hora después, la mano de Sarah tocó la suya y él se incorporó de un brinco, acariciándole la cara y apartándole el pelo.

—¿Cariño?

Sarah entreabrió los ojos.

—Hola —intentó decir, pero solo salió aire de sus labios entreabiertos. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo—: Hola. —Y esta vez la palabra sonó como si croara. Ella se rio e hizo un gesto de dolor, y Santino le posó los labios en la frente.

—Sarah, cariño, eres mamá de dos pequeñas preciosas.

Ella sollozó brevemente; las lágrimas le caían por los lados de los ojos hasta las orejas.

—Shhh. —Él le limpió las lágrimas—. Somos padres, Sarah.

—¿Están bien? —preguntó con evidente desconfianza.

Santino cerró los ojos e inclinó la frente contra la suya.

—Una de las niñas tiene un pequeño problema cardíaco, pero eso ya lo sabíamos, ¿verdad? —dijo lentamente, sin estar seguro de lo preparada que estaba ella emocionalmente para esa información.

—Siempre y cuando estén bien.

—Pero, ¿sabes cuál es la buena noticia?

Sarah esperó con los ojos llenos de esperanza.

—El problema es mucho menos complicado de lo que los médicos se temían al principio. No necesita cirugía y podremos llevárnoslas a las dos a casa en un par de semanas.

Sarah se derrumbó, las lágrimas le rodaban por las mejillas y levantó un brazo para agarrarse a él. Se dio cuenta un poco tarde de que tenía un tubo, así que levantó el otro brazo y se agarró a su cuello.

La época mala ya había terminado. Para siempre.

Y tres semanas más tarde, estaban todos en casa: Michelle, Marjorie y sus padres.

Santino estaba montando la primera de las dos mecedoras para bebés en el salón, y Sarah estaba dando de comer a Michelle en el sofá.

—Dios mío. Yo creía que los productos de BubFun eran los más fáciles de montar.

Sarah miró con los ojos entrecerrados las piezas de metal y plástico que tenía en la mano, y sacudió la cabeza.

—Esta va a la izquierda, Santino. Mira la curva.

Santino la miró como si estuviera siendo condescendiente con él, pero no tardó en darse cuenta de su error.

—Ah, es verdad.

Sarah se rio.

—¿Cuándo fue la última vez que montaste algo tú solo?

Santino negó con la cabeza.

—Debería hacer contratado a alguien para que se encargara de esto.

—Niño mimado —dijo ella como si fuera el piropero más romántico del mundo.

Esa noche se sentaron juntos delante de la televisión cuando se retransmitió el nuevo anuncio de BubFun. Sarah estaba sentada con inquietud mientras millones de personas de todo el mundo la veían en sus pantallas en ese preciso instante.

Sin embargo, Santino estaba tan emocionado que no podía sentarse quieto, y no dejaba de abrazarla y besarle la cabeza.

—Estoy tan orgulloso de ti, cariño. Estoy muy muy orgulloso de ti.

Pasaron las siguientes dos horas entre risas mientras seguían el progreso del anuncio en las redes sociales.

En dos semanas, el anuncio era aclamado como un éxito nacional y obtuvo un gran reconocimiento.

Sus hijas tenían cuatro semanas cuando Santino llegó a casa con rosas y con una gran carpeta. Después de besar a Sarah y a sus hijas, le entregó la carpeta cuando ella extendió la mano para coger las rosas.

—¿Qué es esto?

Santino se tiró en el sofá despreocupadamente.

—Es una lista de candidatos para el puesto de ser tu agente.

—¿Mi qué? —Sarah arrugó la nariz.

—Estás recibiendo ofertas, Sarah. Anuncios, sesiones de fotos. Y...

—¡Ni de broma!

Él le sonrió.

—Lo has conseguido. Tienes un talento innato. Tienes una nueva oportunidad para empezar de cero con tu carrera y hacer lo que realmente querías hacer.

El hormigueo que sentía en el cuerpo era de gratitud, adoración y confianza por el hecho de que Santino siempre estaría a su lado.

—¿Qué he hecho para merecerte?

Santino se levantó y la estrechó entre sus brazos, y ella se sintió culpablemente feliz de que no hubiera ningún bulto que los mantuviera alejados. Se acomodó en su pecho con facilidad mientras él la sostenía.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca —susurró él con vehemencia, y se echó hacia atrás para sostenerle la cara entre ambas manos—. ¿Te casarás conmigo en dos semanas?

Sarah sonrió.

—Sarah Orlando. Me gusta cómo suena.

Santino rio y le besó su boca sonriente.

—Te quiero mucho.

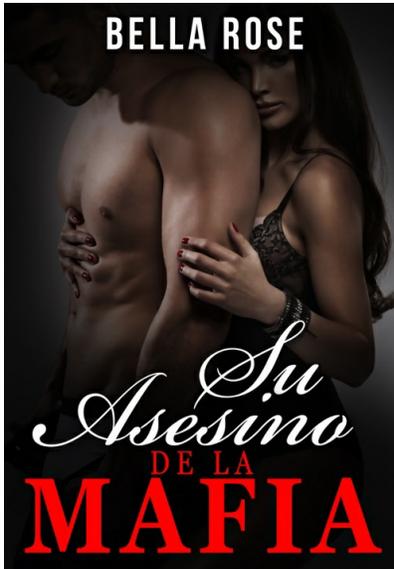
FIN

[HAZ CLIC AQUI](#)

para suscribirte a mi newsletter para lanzamientos de libros exclusivos, actualizaciones y más.

OTRA HISTORIA QUE TE PODRÍA GUSTAR
Su Asesino de la Mafia

Por: Bella Rose



¡Libro completo incluido más abajo!

[HAZ CLIC AQUI](#)

para suscribirte a mi newsletter para lanzamientos de libros exclusivos, actualizaciones y más.

**Su Asesino de la Mafia:
Un Romance Mafia
Por: Bella Rose**

Todos los Derechos Reservados. Copyright 2016 Bella Rose.

[HAZ CLIC AQUI](#)

**para suscribirte a mi newsletter para lanzamientos de
libros exclusivos, actualizaciones y más.**

Capítulo Uno

La música dentro del bar estaba tan alta que hacía que a Anna le castañearan los dientes. Cogió a su prima de la mano y apretó con fuerza mientras Katya se abría paso con atrevimiento entre la muchedumbre de gente que abarrotaba la pista de baile. Anna sintió cómo la emoción le corría por las venas. Se suponía que no debía estar allí. Katya había sobornado a Vassily con un billete de cien dólares para que las llevara. Si el padre de Anna se enterara, ella se metería en problemas. Otra vez.

—¿Ves a aquel hombre? —gritó Katya por encima del hombro.

Anna, unos centímetros más baja que su prima, no veía nada por encima de los hombros de quienes bailaban a su alrededor.

—¿Qué hombre? Aquí hay cientos de hombres.

Katya dejó de caminar de repente y se giró. Anna casi arrolló a su prima cuando esta se detuvo. Katya levantó los brazos y empezó a agitar las caderas al ritmo de la música tecno que retumbaba a través de los altavoces.

Anna miró a su prima con el ceño fruncido. Ambas llevaban vestidos de Katya; el armario de Anna no contenía ropa de fiesta.

Se sentía deliciosamente expuesta con el diminuto y corto vestido rosa atado al cuello que dejaba la espalda al descubierto. Katya llevaba algo parecido de color negro. En ese momento estaba haciendo girar la falda por sus muslos de manera atractiva mientras bailaba.

—¿Qué haces? —preguntó Anna.

Katya señaló de forma imprecisa por encima del hombro de Anna.

—Estoy intentando que ese tío nos mire. Podrías ayudarme.

Anna se rió y se giró sobre los tacones de diez centímetros. Sus cortos rizos marrones le hicieron cosquillas en el cuello cuando echó la cabeza hacia atrás y miró al techo. Dejó que el ritmo guiara sus movimientos. La pura sensualidad del momento casi bastaba para que se excitara. Deseaba encontrar a un hombre. Alguien fuerte y sensual que le pusiera las manos sobre las costillas mientras se movían el uno pegado al otro. Prácticamente podía sentir el roce delicioso y prohibido de su compañero bailando contra su cuerpo. ¿Sentiría cómo su pene se ponía duro contra su cadera? ¿Cómo de descarada sería? ¿Lo suficiente como para atreverse a colocarle la mano entre las piernas con la promesa de llegar al final?

—¡Anna! —El tono de Katya insinuaba que llevaba un rato intentando atraer la atención de su prima—. Te he dicho que viene hacia aquí. ¿Crees que Vassily me delatará si me voy a casa con este tío?

—¿Con un desconocido? —Anna no podía creer lo que estaba oyendo. Sin duda el volumen de la música estaba afectándole el oído—. ¿Te irías a casa con un desconocido?

—Claro.

Anna abrió la boca para responder, pero un hombre se acercó y se le olvidó lo que estaba a punto de decir. Katya no tenía esos reparos. El hombre le hizo un gesto con el dedo a su prima y ella inmediatamente le rodeó el cuello con los brazos.

Los dos bailaban pegados desvergonzadamente. Katya presionó el trasero contra la entrepierna del hombre y contoneó el culo hasta que el hombre empezó a jadear y le agarró las caderas. No pareció que a Katya le importara. Puso las manos encima de las de él y agitó mucho más el culo.

Alguien tocó a Anna y casi se le salió el corazón por la boca. Se giró y vio a otro desconocido. No dijo nada. En lugar de eso, le cogió los brazos a Anna, se los colocó alrededor del cuello y empezó a mecerse con la música.

Las alarmas saltaron en la cabeza de Anna e intentó apartarse. El tipo llevaba demasiada colonia. El olor avinagrado le entró por la garganta y la asfixió. Tras ese aroma estaba el distintivo olor del sudor masculino. La combinación le revolvió el estómago. Intentó poner espacio entre ambos, pero él no se lo permitió.

Fue como si le crecieran diez pares más de brazos. Apretó la pierna entre las rodillas de ella y le rozó la entrepierna con el muslo. Le puso las manos en el culo y presionó su erección contra el cuerpo de Anna. El pánico empezó a apoderarse de ella y Anna le puso las manos en el pecho para apartarlo de un empujón. Fue como intentar empujar un muro de ladrillo.

—¡Katya! —gritó Anna. Necesitaba la ayuda de su prima.

Por encima del hombro de su indeseado compañero de baile, Anna pudo ver que Katya tenía la lengua metida casi hasta la garganta de su nuevo amigo. Los dos se estaban liando como si nunca fuera a haber otra oportunidad de besar a alguien. Tal vez había sido un error dejar que Katya la convenciera para ir a ese bar.

—¡Katya! —Lo intentó de nuevo.

Su prima le hizo un gesto con la mano.

—Relájate y déjate llevar, boba.

Katya y su nuevo compañero de baile giraron en otra dirección mientras movían sus cuerpos al ritmo de la música.

—Claro, déjate llevar. —El indeseado compañero de Anna le lanzó una

mirada de lascivia que le heló la sangre.

Antes de que Anna pudiera volver a protestar, el hombre deslizó los dedos en su pelo y le sujetó la cabeza con la mano. Le echó la cabeza hacia atrás con violencia y la besó con tanta energía que estaba segura de que le saldrían cardenales en los labios.

No podía respirar. El tacto de los labios del hombre contra los suyos le repugnaba. Sabía a cigarrillos viejos y le entraron arcadas. Si no la dejaba ir, iba a vomitarle en la cara. Asustada, empezó a gritar, pero el sonido quedó sofocado en la boca del hombre. No pareció que le importara. Nada le detenía y cuando ella abrió la boca para pedir ayuda, él le metió la lengua dentro.

Anna le mordió y tropezó hacia atrás cuando él de repente la apartó de un empujón. No quería seguir cerca de él. De hecho, nunca había querido estar cerca de él. No lo conocía y no quería hacerlo, pero él no tenía la misma opinión. La agarró y la obligó a besarlo de nuevo.

Esta vez Anna estaba preparada. Le arañó el cuello con las uñas y le mordió el labio mientras se retorció para liberarse de su indeseado abrazo. Él masculló algo ininteligible y levantó la mano. El mundo se ralentizó mientras la palma de su mano avanzaba hacia ella. Tuvo el extraño pensamiento de que nunca antes le habían pegado. Nadie se habría atrevido. Se preguntó cuánto le dolería y sospechó que la respuesta era «mucho».

La mano del hombre no llegó a tocarla. Por el rabillo del ojo Anna vio una mano enorme que aparecía serpenteando y atrapaba la muñeca de su agresor sujetándola con fuerza. Estupefacta, se giró y vivo a un hombre gigante vestido con una camiseta negra ceñida y pantalones de camuflaje negros. Aún sujetaba el brazo de su agresor, pero ahora lo estaba machacando con el suyo.

Si Anna hubiera fantaseado alguna vez con cómo sería su hombre ideal, su salvador encajaría perfectamente con la descripción. Todo en él era oscuro. Su pelo, sus ojos e incluso sus formas eran misteriosas y transmitían un toque de peligro. Medía más de metro ochenta y era todo músculo. La parte de sus antebrazos que Anna veía estaba repleta de tatuajes. Parecía un criminal, pero había venido en su ayuda cuando nadie más lo había hecho.

Dmitry reprimió las ganas de acabar con la vida de ese esmirriado de mierda. El fracasado había estado a punto de forzar a una chica en la pista de baile a pesar de que ella había peleado como loca. El único problema si mataba a ese hijo de puta agresivo sería deshacerse del cadáver. No era

imposible, pero aún así le daría problemas. Sobre todo porque Dmitry estaba en la ciudad para hacer otro trabajo. No era recomendable que un sicario llamara la atención en la ciudad antes incluso de conocer los detalles de su objetivo, y como Dmitry se consideraba un profesional consumado, normalmente intentaba pasar desapercibido.

Por tanto, se conformó con amenazas y con intimidarlo. Sostuvo al violento fracasado por la muñeca derecha que le había dejado machacada y lo fulminó con la mirada. El hombre tardó sólo unos segundos en darse cuenta de que estaba mirando a la muerte a la cara. Dmitry podía incluso oler su miedo. Al menos sabía que había sido claro.

—Vete. No vuelvas nunca. ¿Entendido? —Dmitry moduló sus palabras con cuidado para evitar el ligero acento ruso que normalmente se le notaba al hablar. Los testigos a los que se les permitía vivir no necesitaban ningún detalle.

—Sí, señor. —El cobarde asintió con la cabeza—. Me voy ahora mismo.

Dmitry apartó al hombre de un empujón con desinterés, observando con fría diversión cómo trastabillaba y tropezaba mientras avanzaba por la masa de bailarines de camino hacia la puerta. Su salida dejó a la víctima sola. Tenía el vestido arrugado, pero no rasgado y su tez, ya de por sí clara, estaba aún más pálida, haciendo que los labios parecieran exangües. Temblaba con tanta violencia que se rodeó la cintura con los brazos, probablemente para tranquilizarse.

Sintiéndose como si intentara calmar a una criatura salvaje, Dmitry extendió las manos para mostrar que estaban vacías.

—No voy a hacerte daño.

—Lo sé. —No pudo oír su voz por encima de la música. Sólo pudo ver cómo movía los labios.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Se frotó los ojos, corriéndose el maquillaje y destacando aún más el tamaño de sus intensos ojos azules. Dmitry se acercó a ella con pasos vacilantes y le tendió una mano. Ella se mordió el labio. Sus ojos rezumaban indecisión y él se preguntó qué haría. Sin darse cuenta, estaba conteniendo la respiración, a la expectativa.

«¿De qué?».

Ella extendió la mano lentamente. Sus dedos rozaron la palma de la mano de él; el tacto le abrasó como si acabara de marcar su piel con un hierro candente. La sensación fue instantánea y eléctrica. Dmitry nunca antes había

experimentado nada igual. Cada célula de su cuerpo tomó conciencia de esa mujer y del ardiente deseo que él sentía. La deseaba, pero era más que un simple anhelo físico. Había un componente de sexualidad, sí, pero de algún modo ella había accedido a sus instintos protectores más profundos, que habían permanecido ocultos en el alma de Dmitry.

Con gentileza, la acercó a él. Se fijó, con sorpresa, en que ella se aproximaba por voluntad propia. La rodeó con los brazos y dejó que se inclinara sobre su pecho. La acompañó hacia al margen de la pista de baile y encontró un lugar donde podían respirar. Ella exhaló y él experimentó una profunda sensación de alivio. Estaba a salvo y él la mantendría así.

Acercó su boca al oído de ella.

—¿Estás bien?

—Sí. —Giró la cara. Dmitry habría jurado que le estaba olisqueando—. Gracias por ayudarme.

—Tiene suerte de que no acabara con él. —Dmitry intentó mantener un tono desenfadado, pero quería que supiera que no permitiría que nadie le hiciera daño y quedara indemne.

—No valía la pena el esfuerzo —convino—. Hoy en día es difícil deshacerse de los cadáveres.

Dmitry se rió y el sonido fue tan inesperado para él como al parecer lo fue para ella. Ella inclinó la cabeza hacia atrás para posar su mirada en los ojos de él. La sonrisa de su cara era casi angelical. En ese momento, podría haber creído que era algún tipo de presencia divina enviada para atormentarlo.

—No parece que tu amiga ayudara mucho —dijo Dmitry sombríamente. Había visto a su acompañante al otro lado de la pista bailando pegada a quien parecía ser un nuevo amigo.

—¿Cuánto tiempo llevabas observándome?

—Un rato.

Dmitry no añadió que había capturado su atención en el instante en que atravesó la puerta. Con sus dulces curvas y su suave cabello que enmarcaba impecablemente su cara, parecía la inocencia en persona. Al tipo de depredadores que esperaba en los bares las mujeres como ella les parecían irresistibles.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Dmitry. —Alzó una ceja—. ¿Y tú?

—Anna.

«Anna». Repitió su nombre mil veces en su cabeza. ¡Le iba perfecto! La

pureza rodó por su lengua como si fuera miel. Era la mujer más tentadora a la que hubiera conocido jamás. Si no se encontrara en la ciudad por negocios, la estaría encandilando para que le diera su número de teléfono.

—¿Creerías que soy terriblemente descarada si te diera mi número de teléfono? —le preguntó.

Dmitry soltó una risita.

—En absoluto, porque yo me estaba preguntando cómo pedírtelo a ti. No quería parecer avasallador después del pequeño incidente de hace un momento.

Capítulo Dos

Anna tenía que estar perdiendo la cabeza. Era la única explicación que se le ocurría de por qué estaba básicamente haciéndole propuestas deshonestas a ese desconocido con pinta de peligroso. No había duda de que parecía siniestro. Sin embargo, por la forma en que la sostenía no parecía suponer ninguna amenaza para ella.

Se sentía de todo menos borracha contra su pecho. Se sentía de maravilla. Era cálido y sólido. Anna no recordaba haber experimentado jamás esa inmediata sensación de seguridad con nadie. Casi creía que su alma ya lo conocía en cierto modo.

Anna sólo tenía unos segundos hasta que Vassily se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo y fuera a por ella. Quería pasar cada segundo empapándose de la presencia de Dmitry por si no volvía a verlo nunca. Cerró los ojos y respiró profundamente para memorizar su olor limpio y aromático. Había algo en él indescriptiblemente masculino. Lo impregnaba todo. Su camisa olía a algodón fresco, a humo de tabaco especiado y a hombre sensual.

La combinación la impactó a un nivel visceral. Sintió que todo se le derretía de cintura para abajo. No podía negar que se estaba excitando al estar a su lado.

—Tu amiga no debería haberte abandonado —dijo Dmitry. El timbre grave de su voz se oyó por encima del estruendo de la pista de baile, unos metros más allá.

—Mi prima es un espíritu libre. —Anna estaba acostumbrada a poner excusas por Katya.

La expresión de él se volvió casi amenazadora.

—¿Hace esto con frecuencia?

—No lo sé. Casi nunca salimos juntas.

Era gracioso, pero su repentino cambio hacia una conducta casi malhumorada no la desalentó en absoluto. Se dio cuenta de algún modo de que estaba molesto en nombre de ella.

—Si no vas a bares, ¿qué haces normalmente? —Dmitry parecía interesado de verdad, como si se pudiera sentar allí sin ningún problema a hablar de cualquier cosa que ella quisiera.

—Soy artista —dijo Anna con vacilación. Ese era el momento en el que normalmente la gente entornaba los ojos haciendo suposiciones sobre «la gente creativa».

—¿Cuál es tu medio favorito para trabajar? —La expresión de Dmitry se mantuvo seria. Ni rastro de algo que sugiriera que la estaba tomando el pelo.

—En realidad prefiero los pasteles al óleo, pero trabajo también con lápiz y con bolígrafo. —Anna no sabía qué más decir—. Mi padre no me toma realmente en serio, pero he expuesto algunas obras en galerías locales y se han vendido.

—En el mercado del arte no es fácil empezar —dijo—. Si has vendido alguno de tus trabajos, ya estás muy por delante del artista medio que lucha por abrirse camino.

—Gracias —dijo con el calor concentrándose en sus mejillas. Le gustaba oír comentarios positivos por una vez—. Creo que mi padre está molesto de que nunca haya mostrado interés en el negocio.

Él sonrió.

—No te imagino en una sala de juntas y te acabo de conocer.

—Sí, supongo que soy bastante fácil de leer.

El instinto por cambiar de tema y dejar de hablar de su padre y el negocio de este era abrumador. A Anna le habían enseñado desde niña a mantener los negocios familiares en familia. Las personas ajenas no eran bienvenidas. Nunca.

—¿Hay un tema en concreto que te guste dibujar o bosquejar? —le preguntó Dmitry.

Él. Él sería el tema perfecto. Había algo en él que trascendía los conceptos comunes de belleza. No era especialmente guapo en un sentido tradicional. Su rostro era demasiado anguloso, tenía la nariz afilada y la boca curvada con firmeza de un modo que casi parecía despiadado. Sus ojos oscuros y profundos estaban enmarcados por unas elegantes cejas que combinaban con su cabello corto y negro. Las palabras que le vinieron a la mente cuando lo miró fueron «fiable» y «eficiente». Era un hombre con el que se podía contar, fuera cual fuera la situación.

Aún no le había respondido. Un rubor le cubrió las mejillas al darse cuenta de que aún estaba esperando lo que debería haber sido una respuesta sencilla.

—Diría que me gustan las cosas pequeñas, como las flores o las mariposas. Tengo una serie completa de pasteles al óleo con motivos de mariposas posándose en flores. —¿Qué tenía que estar pensando de ella! Le sonaría como una niña o algo así—. Debes de pensar que soy ridícula.

—Para nada.

Algo en su expresión la encendía, como si él pudiera ver más allá del exterior que ella le mostraba al mundo. Para la mayoría de la gente ella era Anna Orlov, hija de Ivan Orlov y una princesa a la que conservar sobre un estante. La trataban con una deferencia que normalmente se parecía más a ser ignorada. Ahora este desconocido la miraba como si le interesara lo que tenía que decir, como si ella fuera una persona real con pensamientos y opiniones que importaban.

«Probablemente porque no conoce a mi padre. Si lo conociera, las cosas cambiarían».

Al otro lado de la abarrotada sala, Anna oyó a alguien gritar. Tuvo el horrible presentimiento de que se trataba de Vassily. Su guardaespaldas había desaparecido cuando ella y Katya llegaron al bar. Anna sospechaba que seguramente se acababa de dar cuenta de que ya no estaba con Katya. El pánico de Vassily era inevitable, puesto que su padre literalmente lo mataría si a ella le pasaba algo.

Dmitry se puso tenso al tomar conciencia del alboroto que había al otro lado del bar. Ella identificó esa sensibilidad a su entorno como la reacción de un hombre que normalmente trabajaba entre las sombras. Había conocido a muchos hombres como él, aunque la mayoría de ellos trabajaban para su padre.

—¿Qué pasa? —le preguntó, ladeando la cabeza para poder ver mejor su mirada desdeñosa y desconfiada.

Giró el cuerpo, colocándose eficazmente entre ella y la pista de baile.

—No estoy seguro.

El instinto de Dmitry le decía a gritos que era hora de idear una estrategia de salida y sacar a Anna del edificio. El animal que llevaba dentro se agitaba en su jaula cuidadosamente construida, exigiéndole que reclamara a Anna para sí. Nunca antes había sentido una atracción tan inmediata hacia una mujer.

Si fuera factible, estaría arrancándole la ropa y haciéndole el amor en el bar, cualquier cosa con tal de demostrar su propiedad a todos los demás hombres de la sala.

—¿Vives cerca? —Dmitry intentó mantener un tono calmado. No quería asustar a esa mujer tan bonita e inocente.

—En realidad no. —Miró a su alrededor—. Tengo que encontrar a mi prima y comprobar si nuestro chófer está aquí.

—¿Vuestro chófer?

Algo en su forma de comportarse le puso sobre aviso. Allí estaba ocurriendo algo más.

—Sí. —Se mordisqueó todo el labio inferior—. Verás, tengo un... —Un hombre musculoso apareció de repente entre la muchedumbre de bailarines a pocos metros de distancia—. Oh, ahí está.

—¿Ahí está quién?

Dmitry la sujetó aún más cerca. El recién llegado no parecía amigable.

—¡Quítale las manos de encima!

El hombre se precipitó hacia ellos y se estiró como si fuera a agarrar a Anna por el brazo.

Dmitry esquivó al hombre con indiferencia.

—¿Quién es este, Anna?

—Vassily es mi guardaespaldas. —No pudo sostenerle la mirada—. Es el chófer del que te hablaba.

—No debería haberme fiado de Katya. —Vassily soltó una serie de apelativos en ruso que dejaban bien clara su opinión sobre Katya y sus antepasados.

Dmitry miró al exagerado guardaespaldas de nariz protuberante, ancho pecho y robustas piernas. Que el guardaespaldas fuera ruso probablemente significaba que Anna también era rusa.

«¿Qué probabilidades había?».

Anna le habló a Vassily en ruso, enfurecida. Dmitry pensó que era curioso que no se le hubiera ocurrido que él hablaba el mismo idioma. Seguramente no querría que él se enterara de que su prima y ella habían sobornado al pobre guardaespaldas con un billete de cien dólares para que las llevara al bar.

—Un baile —le dijo a Vassily—. Me vas a permitir un baile o le diré a mi padre todo lo que ha pasado esta noche mientras tú estabas en el baño esnifándote la última paga.

Dmitry ocultó una sonrisa. Para ser alguien que por sus formas parecía inocente y sin malicia alguna, Anna era puro acero en su interior. Si antes se sentía simplemente atraído, ahora estaba completamente cautivado. Era la mujer más fascinante con la que se hubiera cruzado.

Anna agarró a Dmitry de la mano y lo arrastró a la pista. Normalmente él no bailaba, pero haría una excepción por ella. Se acercó más a ella mientras entraban en la multitud de gente, utilizando su cuerpo para protegerla.

Cuando finalmente ella se giró y empezó a moverse al ritmo de la música, Dmitry se olvidó por un momento de lo que estaba haciendo. Era como si el cerebro se le hubiera apagado. La risa de ella lo trajo de nuevo al presente. Aún estaba inmóvil en el medio de la pista de baile. Probablemente parecía un completo imbécil.

La forma en que se movía era seductora y muy sensual. Tenía los brazos levantados y giraba las manos con elegancia al ritmo de la música mientras agitaba las caderas. La sonrisa de su rostro era una invitación.

Nadie habría reconocido al gélido asesino de Moscú en ese momento. Dejó de lado sus inhibiciones y relajó los músculos. Le agarró las caderas con las manos y dejó que los movimientos de ella guiaran los suyos.

Se movieron juntos; sus cuerpos se rozaban ligeramente. La fricción entre ambos hizo que la sangre se le fuera a la entrepierna. El pene se le endureció y alejó la cadera de la de ella por temor a que supiera exactamente el gran efecto que tenía en él.

Dmitry extendió las palmas de las manos sobre sus costillas. Ella rió y el sonido se mezcló con la música. Cuando ella se dejó caer hacia atrás, él estaba preparado. La sujetó con firmeza mientras ella dejaba que la cabeza cayera hacia abajo. Sus pechos se balanceaban delante de él y tuvo que reprimir con todas sus fuerzas las ganas de sostenerlos con las manos.

La puso recta y ella deslizó los brazos por el cuello de él. Fue la cosa más natural del mundo envolverla en su abrazo y dejar que el ritmo los guiara. Hacía décadas que no bailaba así. Su cuerpo fluía con la música tecno; los músculos sabían qué hacer antes de que su cerebro diera las órdenes. Ya no se soltaba así. Ni en su vida personal ni por supuesto en la profesional. Era estimulante.

Ella entrelazó los dedos en su pelo y se puso de puntillas. En esa postura, sus pechos se aplastaron contra él. Él bajó lentamente la cabeza e hizo una pausa para darle la posibilidad de alejarse. En cambio, lo miró fijamente con sus preciosos ojos azules. El primer contacto de sus labios con los de ella fue eléctrico. Tuvo una sensación de vértigo, como si el mundo acabara de cambiar de rumbo sobre su eje. Intuitivamente, supo que nada volvería a ser igual.

Alguien le agarró por el hombro.

—¡Basta!

Sus reflejos y su instinto se apoderaron de él por completo. Dmitry rodeó a Anna con un brazo y colocó su cuerpo entre ella y la amenaza que había

percibido. Agarró la mano que tenía en el hombro, apretó con fuerza y la retorció. Dmitry ya tenía al hombre de rodillas cuando se dio cuenta de que era Vassily.

Anna se rió de verdad.

—Creo que eso le enseñará a dejar las manos quietas.

Dmitry soltó a Vassily. El hombre cayó al suelo. Varios bailarines estaban alejándose alarmados, señalando a Vassily y gritándose unos a otros. Era hora de que se fuera y lo sabía. Dar el espectáculo en público cuando estaba en la ciudad por trabajo era el culmen de la estupidez.

—Tengo que irme ya —le dijo Dmitry a Anna. Le sostuvo la cara con las manos y la besó con suavidad.

—No te he dado mi número de teléfono —murmuró. Deslizó la mano en el bolsillo de los vaqueros de él y sacó su teléfono. Marcó un número en la pequeña pantalla táctil.

—Llámame.

Dmitry permaneció en silencio y decidió irse en lugar de responder. Que la llamara o no carecía de importancia. Anna siempre estaría con él. Nunca olvidaría la sensación de tenerla entre sus brazos o el sabor de sus labios. Pero no era un hombre que tuviera opciones. Su camino estaba trazado. Y por el momento, Anna estaría mejor si él caminaba en sentido contrario.

Capítulo Tres

Anna entró pisando fuerte por la puerta principal de la monstruosa casa de su padre. Vassily entró pavoneándose justo detrás de ella, dejando que la pesada puerta de seis paneles se cerrara de golpe tras él. Su arrogancia la molestaba más que cualquier otra cosa que hubiera ocurrido esa noche, incluyendo el momento en que Vassily había interrumpido el beso más increíble de su vida.

—Tú —dijo señalando a Vassily— eres el guardaespaldas más inútil que se podría contratar. ¡No podrías mantener a salvo ni a un cadáver! Lo peor es que eres vengativo y asquerosamente inoportuno.

—¿Eso crees, princesa? —se burló Vassily.

—¡Sí! —Se puso las manos en las caderas y lo miró con furia—. ¿Por qué disfrutas arruinando las cosas que me importan? ¿Tienes celos o algo así?

—Ah, por supuesto. Un hombre como yo debe de sentir celos de la famosa princesa Orlov, ¿verdad? —Cada una de sus palabras rezumaba sarcasmo al soltar ese ataque a través del recibidor.

—Lo siento, ¿interrumpo una discusión privada?

Tanto Vassily como Anna se quedaron paralizados al oír la voz de su padre. Ninguno de ellos esperaba que estuviera en casa. Según su agenda, estaría fuera de la ciudad hasta la noche siguiente. Esto no presagiaba nada bueno para ninguno de ellos, algo muy evidente por la expresión pálida e inflamada de la rolliza cara de Vassily.

—No, papá —dijo Anna con cuidado. Se colocó rápidamente al lado de su padre y le besó la mejilla. Aún llevaba puestos el traje y la corbata, así que al parecer acababa de llegar a casa—. Vassily y yo estábamos discutiendo sobre Katya.

Era un buen intento por desviar el tema por parte de Anna. Katya era la hija de su hermano menor. También era la pesadilla de la existencia de su padre, según lo que él decía. Katya era descarada, desobediente y completamente inmersa en la cultura estadounidense, algo que a su padre le parecería deplorable en un niño de su familia, aunque según Anna era difícil ser rusa cuando en realidad la última vez que había estado en Rusia había sido durante su infancia.

—Katya —gruñó su padre—. ¿Qué ha hecho ahora esa loca?

Anna miró a Vassily, retándole con la mirada para que no se atreviera a decir nada.

Por suerte, Katya eligió ese preciso instante para entrar en la casa por

detrás de Vassily. Dejó que la puerta se cerrara de golpe tras ella.

—Bueno, ya me conoces, tío Ivan. He encontrado un bar increíble. Quería que Anna viniera conmigo, ¡pero es una aguafiestas!

Su padre le lanzó un gruñido a Katya, pero no pareció que a su prima le importara lo más mínimo. Él soltó un bufido.

—Mi Anna no va a bares.

Anna sintió la mirada de Katya como si fueran dos rayos láser. Su padre no tenía ni idea de lo que hacía normalmente y quería que siguiera siendo así. Aunque en una cosa tenía razón: rara vez iba a bares. Normalmente se escabullía para ir a inauguraciones de galerías o a exposiciones de arte.

—Vamos, prima. —Katya agarró a Anna de la mano y comenzó a arrastrarla escaleras arriba hacia su dormitorio—. Creo que es hora de una manicura y una pedicura.

Era una actividad que sin duda les daría intimidad, eso era seguro. Anna se despidió de su padre y de Vassily con la mano antes de dejar que tirara de ella por la gran escalera hacia su suite en la tercera planta.

Katya cerró la puerta de la habitación y echó el pestillo.

—¡Madre mía! ¡Creía que no volvía hasta mañana por la noche!

—Yo también.

Anna se dejó caer en el puf. Su habitación tenía aspecto de pertenecer a una chica de diecisiete años, aunque pensándolo bien, no había cambiado mucho desde que tenía diecisiete años. Había convertido la sala de estar anexa en un estudio en el que pasaba la mayor parte del tiempo. A su padre no le había gustado la idea de modificarla demasiado. Le gustaba la idea de que siguiera siendo su niña pequeña para toda la eternidad, de ahí que hubiera una colcha de flores, sábanas con volantes, pomposos cojines, pufs e incluso un pequeño tocador con su taburete tapizado con un motivo floral.

—Vale. —Katya se sentó en el borde de la cama—. No sé de dónde sacaste al tío con el que estabas, pero estaba muy bueno. O sea, en una escala del uno al diez, era un millón. ¿Tienes su número de teléfono?

—No. —Anna sopesó la evaluación que su prima había hecho de Dmitry—. Pero le di el mío.

Dmitry estaba bueno. Aunque Anna se inclinaba más por pensar que era sexy o tal vez oscuro y sensual. De algún modo decir que estaba bueno ni siquiera se acercaba a capturar lo que había sentido en sus brazos.

—¿Le besaste de verdad? —Los ojos oscuros de Katya se abrieron tanto que parecía que iban a salirse de las órbitas—. En serio, ¡no te pega nada!

—Sí que le besé. O a lo mejor me besó él a mí, es difícil saberlo. —Anna se mordió el labio—. Simplemente ocurrió.

—¿Y?

—Fue increíble, no hay más que decir. —Anna se encogió de hombros.

—¡Y una mierda que no hay más que decir! —rebató Katya—.

Sencillamente no quieres contarme nada. Te lo veo en la cara. Eh, es decisión tuya. Pero deberías haberle pedido el número de teléfono. Un tío así no estará en el mercado mucho tiempo. Alguna otra mujer te lo quitará de las manos en un abrir y cerrar de ojos —dijo chasqueándose los dedos para enfatizar—. Y entonces desearás haber sido más directa.

—Ah, ¿cómo tú? —Anna resopló—. Es poco probable. De todas formas, no quiero perseguirle. Además, creo que me llamará. Te lo digo yo.

Dmitry deseaba que fuera posible lavarse el cerebro con lejía. Tal vez así conseguiría pasar dos minutos sin pensar en Anna. Pensar en ella lo consumía por completo. Recordaba su pelo sedoso y la forma en que enmarcaba su rostro. Las imágenes de sus brillantes ojos azules mirándolo flotaban a la deriva por su mente. Recordaba la forma de sus labios e incluso se deleitó en el hecho de que el sabor de ella aún permanecía en su lengua.

Su habitación del hotel no ofrecía mucho para distraerse. Era extremadamente básica. La idea de que los asesinos a sueldo se alojaran en un hotel de lujo le parecía ridícula. Había que evitar a toda costa cualquier cosa que llamara atención. Los moteles de poca monta rara vez hacían preguntas y los empleados olvidaban deliberadamente a los clientes segundos después de que la interacción entre ambos terminara.

Eso sólo implicaba que Dmitry estaba tumbado en un colchón del grosor de un folio mientras recordaba exhaustivamente cada detalle de los pocos momentos que había pasado en compañía de Anna. El papel de la pared de la habitación probablemente era de la década pasada o aún más antiguo y el techo estaba salpicado de misteriosas manchas. Este lugar en concreto era cochambroso incluso para las bajas exigencias de Dmitry.

Se oyó un ruido inquietante. Procedente de algún lugar del pasillo, oyó un grito. El sonido retumbó de manera bastante siniestra. Los instintos de Dmitry siempre estaban en desacuerdo en este tipo de situaciones. Una gran parte de él quería dar un salto, coger la pistola y descubrir qué estaba ocurriendo. No le gustaba la idea de que estuvieran maltratando a una mujer. Sin embargo, una parte aún más fuerte de él sabía que interferir tenía siempre

un alto precio, fuera cual fuera el motivo.

Al otro lado de la habitación, su ordenador emitió un pitido. Se enderezó y se restregó las manos por la cara, preguntándose por enésima vez si había elegido la profesión equivocada. Dmitry nunca había imaginado que se convertiría en un asesino a sangre fría. No era exactamente el tipo de trabajo que se les sugería a los jóvenes. Ni siquiera en Rusia.

Las ganas de consultar el ordenador eran demasiado fuertes para resistirse. Cuanto antes descubriera por qué estaba allí, antes podría acabar el trabajo y pasar página.

Ya no recordaba la última vez que había ido de visita a «casa». Rusia le parecía lejana y pasada. Llevaba tanto tiempo mudándose continuamente en Estados Unidos y en el este de Europa que su pasaporte estaba tan lleno de sellos como cansado estaba él de viajar.

Se sentó a horcajadas en la antigua silla de la habitación y metió la clave de su portátil. El expediente de su próximo objetivo apareció en la pantalla. Se dio cuenta al instante de que se trataba de una mujer. Su reacción interna fue inmediata e instintiva. La violencia contra las mujeres no le atraía de ninguna forma o manera. Normalmente no aceptaba encargos en los que la víctima fuera una mujer y cuando sí aceptaba la tarea, lo encontraba repugnante.

Preparándose, leyó por encima los detalles. El objetivo pertenecía a una familia de la mafia rusa. Su padre era el jefe de la organización, lo cual probablemente era el motivo por el que su cabeza debía ser servida en bandeja a una familia rival. Era joven, veintitantos años y si la información era precisa, estaba en cierto modo encerrada. O para ser más precisos, estaba protegida a propósito para evitar que un asesino a sueldo como él le pegara un tiro. Según el expediente, últimamente habían visto varias veces a la joven escapándose de casa de noche. Según decía, tal vez asistiera a inauguraciones de galerías de arte durante sus excursiones.

«Galerías de arte».

Sintió náuseas en el estómago. Una mujer joven e inocente, probablemente protegida por un guardaespaldas; sin duda no tenía ninguna experiencia en cosas como lo que había ocurrido en el bar. Podría haber sido una descripción de Anna. El temor lo invadió y Dmitry tuvo la leve sospecha de que sí era una descripción de Anna.

Se desplazó hasta el final de la página donde aparecía la información personal y las estadísticas vitales del objetivo. Según la descripción, medía

metro setenta y pesaba apenas setenta kilos. Se la definía como «extremadamente inteligente» y «con una belleza fuera de lo común». Sí, sin duda ambas cualidades encajaban con Anna.

Dmitry puso los codos en el respaldo de la silla, se quedó mirando al vacío y apartó sus sentimientos por Anna. No tardó mucho en decidir que era un esfuerzo en vano. No sólo sentía algo por esa mujer, sino que había logrado ganarse un hueco bajo su piel. Quería tocarla, saborearla, hundirse en ella profundamente y reclamarla para sí.

Volvió a repasar toda la información en el ordenador. ¿Por qué alguien la querría muerta? ¿Con qué propósito? Su mirada dio con un minúsculo dato incluido en el expediente. El razonamiento empezó a cobrar sentido. Su padre era sospechoso de haber ordenado el asesinato de Aleksandr, su hermano pequeño.

Dmitry se levantó y caminó de lado a lado sobre la desgastada moqueta. Habían pasado dos años desde que encontraron a Alek en el interior de aquel almacén de Chicago. Le habían cortado el cuello y yacía bocabajo en un charco de su propia sangre que apuntaba a que le habían dejado allí para que se ahogara en ella.

El crimen era un negocio familiar para Dmitry, al igual que lo había sido para Aleksandr. Incluso ahora se preguntaba si habría dejado el negocio mucho tiempo atrás si no fuera porque su jefe era también su padre. No era una opción marcharse. El asesinato de Alek cambió a Dmitry. Pensaba continuamente en cómo la vida de su hermano había sido malgastada. Un hombre asesinado con veintitantos años antes de que hubiera tenido siquiera la oportunidad de vivir.

Y ahora le pedían a Dmitry que cometiera el mismo crimen, si no peor, ya que por lo que veía, Anna no formaba parte del negocio de su padre. Anna no era asesina a sueldo o corredora de apuestas. No hacía tratos ni saltaba de continente en continente para mover mercancía. Era una artista que no quería más que dibujar la belleza de lo que veía a su alrededor.

Capítulo Cuatro

Anna alisó la falda de su vestido azul de noche e intentó aparentar calma y seguridad, una tarea difícil teniendo en cuenta que sentía de todo menos eso. Se retorció por dentro de los nervios y estaba muy tentada de irse del bar y no volver nunca.

Dmitry no la había llamado, sino que le había escrito. Anna estaba ligeramente decepcionada. Había algo emocionante en tener una conversación por teléfono con un posible pretendiente. Por supuesto, podía tratarse de una percepción suya debida a que raramente le permitían tener citas. La mayoría de las interacciones que había tenido con el sexo opuesto habían estado restringidas a conversaciones telefónicas. Se sentía segura y protegida estando en su propia habitación mientras compartía sus pensamientos con alguien que estaba demasiado lejos para darle demasiada importancia a cualquier cosa que ella revelara.

Ahora estaba en el mismo bar al que Katya y ella habían ido la noche anterior. Dmitry le había pedido que se encontraran allí. Ya eran exactamente las diez en punto y no se le veía por ningún sitio.

Anna esperaba fervientemente que no la dejara plantada después de que hubiera convencido a Vassily de que Katya era ella. Katya se había ido a la cama y Vassily estaba viendo una película antigua en el salón, en la planta baja. Lo difícil no fue que Vassily se tragara el ardid. Lo complicado fue que Katya se quedara quieta durante más de diez minutos.

—Anna. —La cálida voz de barítono de Dmitry le hizo sentir un placentero escalofrío por la columna—. Has venido. Me temía que no vinieras.

Ella logró esbozar una tímida sonrisa. El corazón le latía tan rápido que creyó que podría desmayarse.

—Al no verte pensé que habías cambiado de opinión y no querías que quedáramos.

Le tomó las manos a Anna y se las llevó a los labios. Su tierno beso en los nudillos fue electrificante.

—No, no me imagino cambiando de opinión en lo que respecta a ti.

—¿Bailamos? —soltó Anna; los nervios sacaban lo mejor de ella.

Él echó un vistazo a los cuerpos que se retorcían en la pista de baile.

—En realidad estaba pensando que podríamos sentarnos en algún sitio y hablar. ¿Te parece bien?

—¿Hablar? —No se imaginaba cómo sería intentar tener una

conversación en un lugar tan ruidoso—. ¿Crees que es posible?

Echó la cabeza hacia atrás y se rió, dejando que el profundo sonido se alejara de él.

—Aquí abajo no. Podemos ir arriba. Ven, te lo enseño.

Anna tomó la mano de Dmitry y le siguió mientras recorría el borde de la pista de baile hacia las escaleras. Subieron encima de la pista hacia una alta pasarela que colgaba directamente del techo. Anna no pudo evitar mirar la estructura con fascinación. Echó una ojeada por un lado, embelesada por la vista de la planta baja.

—Desde aquí arriba se ve todo. —Su voz acarició su oreja—. Mira las formas que hace la gente cuando se junta. Los grupos grandes se apiñan y las parejas forman díadas en medio de los demás.

Tenía razón. Los humanos no eran tan diferentes a sus homólogos animales en lo que respectaba a los grupos sociales. Observó la forma en que se movía, algunos más cohibidos que otros, algunos rayanos en el exhibicionismo con sus salvajes muestras de comportamiento irresponsable. Era fascinante.

—Apuesto a que esta escena quedaría cautivadora con pastel al óleo —comentó Dmitry.

Anna se giró para mirarle, dirigiéndole una tímida sonrisa.

Ambos permanecieron allí, mirando por encima de la barandilla la pista de baile que se encontraba mucho más abajo. Era estimulante, pero también algo aterrador estar tan cerca de un hombre al que apenas conocía. Había otra gente cerca, pero parecían estar inmiscuidos en sus propias conversaciones o en lo que fuera que estuvieran haciendo con la lengua metida en la garganta del otro.

Se inclinó hacia ella, dejando que su mejilla rozara la de ella.

—¿Te doy miedo?

—No.

Por extraño que pareciera, no tenía miedo de él. A decir verdad, se temía más a sí misma. Su cuerpo entero era consciente de ese hombre. Su aroma especiado perduraba en su nariz, el recuerdo de su beso le calentó los labios y deseó mucho más.

Él recorrió con delicadeza el borde de su oreja con los labios.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo? ¿Eh?

—Tengo miedo de las tremendas ganas que tengo de volver a besarte —dijo, sorprendida por su audacia.

Entonces, Dmitry la rodeó con los brazos. Ella saboreó la sensación de tener el cuerpo duro de él apretado contra el suyo. Su delicioso tacto, tan cercano, hizo que se mareara de necesidad. El calor le corría por las venas y se preguntó si alguna vez se había conocido a sí misma de verdad. La puritana y obediente Anna nunca permitiría que un desconocido se tomara esas libertades.

No se apartó cuando él bajó la cabeza para besarla. En lugar de eso, se puso de puntillas en busca de sus labios. Unió los brazos por detrás de su cuello, hundió los dedos en su pelo corto y oscuro y exploró su suave textura.

Movió la boca contra la de ella, deslizándole la lengua por la comisura de los labios hasta que ella abrió la boca para él. La obscena intensidad de sus bocas abiertas y unidas era decadente.

Anna saboreó el tentador sabor de su masculinidad y supo que si él le pedía que se desnudara y le hiciera el amor en ese mismo lugar, lo haría.

Lo besó con ansiedad, sucumbiendo ante su propia curiosidad. Él le permitió la libertad de avanzar y retroceder a su propio ritmo; la lengua de ella se deslizaba contra la suya creando una fricción excepcionalmente deliciosa. Nunca había sentido que algo le gustara tanto o estuviera tan bien.

Dmitry no podía seguir fingiendo que había ido allí a hacer el trabajo para el que le habían contratado. La había llevado allí con lo que deberían haber sido falsas promesas de una aventura que habría acabado mal cuando Anna cayera por encima de la barandilla y muriera.

Mientras la sostenía entre sus brazos, admitió sin reservas que nunca había tenido ninguna intención de llevar a cabo su plan mal concebido. Le gustaba tenerla contra sí. Sus curvas encajaban perfectamente con su cuerpo. Pudo sentir cómo se le endurecían los pezones y empujaban contra la tela de su vestido, suplicando su contacto.

Él deslizó la mano por su torso, extendiéndola por sus costillas. Rozó con los nudillos la parte inferior de su suave pecho. Adoró la forma de cada uno de sus llenos montículos y supo que encajarían perfectamente en sus manos. Además, estaba completamente absorto en la idea de acariciarle los duros pezones con la lengua.

Dmitry apretó con delicadeza uno de sus pechos y obtuvo un rápido jadeo como recompensa. Emitió un suave gemido de placer y tiró con cuidado del labio inferior de él con los dientes. Su beso se volvió más lento, haciéndose perezoso y aún así intensamente sensual. Le hizo el amor con la boca,

exactamente como pretendía hacer con su cuerpo.

Ella le pasó las manos por los hombros. Arañó el tejido de su camiseta con las uñas antes de continuar hacia abajo. Cuando le tocó los abdominales, Dmitry gimió.

Apenas soportaba tener sus manos tan cerca de su pene. Quería que hundiera los dedos por dentro de la cintura del pantalón y que tocara la punta de su hinchada erección. Estaba tan excitado que temía correrse en los calzoncillos. Nunca antes una mujer le había puesto tanto.

El instinto se apoderó de él y Dmitry agarró a Anna del culo y la apretó contra su erección. Ambos se movían juntos como si estuvieran pensando exactamente lo mismo. El roce del cuerpo de ella contra el suyo a través de la tela de la ropa bastó para llevarle al límite. Ella bailó contra él, todavía provocando su boca con la lengua. Todo en ella era erótico y le excitaba. La deseaba con tanta desesperación que apenas podía contenerse.

—Te deseo, Dmitry —murmuró.

No era el momento ni el lugar, pero no parecía que a su cuerpo le importara. La iluminación del bar era tenue, pero estaban demasiado expuestos para correr el riesgo. Aun así, la deseaba desesperadamente e incluso más: deseaba hacerle sentir placer.

Dmitry le agarró el muslo con la mano y lentamente fue levantándole la pierna hasta que la rodilla de ella quedó anclada cerca de su cadera. Se abrió paso entre sus piernas abiertas. El fino tejido de su falda no suponía una gran barrera entre ambos. Podía notar el calor de su entrepierna en el muslo. Unió los dedos por detrás del cuello de él y se agarró con fuerza.

Anna empezó a balancear las caderas para apretar su entrepierna contra él. El delicioso roce de sus bragas húmedas contra sus vaqueros bastó para volverle loco. Ella gimió y cerró los ojos. Sus movimientos se hicieron más intensos y apretó las caderas contra el cuerpo de Dmitry, con sus piernas rodeando la de él.

Él la levantó más hacia sí, sosteniéndola con un solo brazo. Ella se entregó por completo. Le soltó el cuello y se recostó contra su brazo hasta que estuvo colgando. El puro atractivo sexual de esa postura hizo que se le escapara líquido preseminal en los bóxer. Estaba totalmente erecto y preparado. Era imposible no imaginar cómo sería ver a Anna montándole en esa postura.

—Voy a... —Todo su cuerpo se tensó contra el de él—. Voy a correrme, Dmitry —dijo con voz ronca.

Notó el momento en que llegó al orgasmo. La expresión de su rostro se llenó de asombro. Con los ojos cerrados y los labios carnosos apretados, emanaba tal sensación de liberación que anheló sentirlo él también. Buscó los brazos de Dmitry con sus pequeñas manos, agarrándose con fuerza mientras llegaba al final del orgasmo.

Dmitry dejó que cayera contra él. Le rodeó con los brazos el tembloroso cuerpo y depositó una serie de besos en su cabello. Nunca antes se había sentido tan protector con una amante. Evidentemente, tampoco se había encontrado en una situación similar antes.

Anna Orlov era su objetivo. Supuestamente tenía que morir. En ese mismo momento él debería terminar el trabajo. Tenía un vuelo para irse de la ciudad esa noche y al día siguiente recibiría los detalles de un nuevo encargo. Para el fin de semana siguiente habría estado al menos en tres ciudades diferentes.

¿Cuándo se había vuelto su vida tan increíblemente aburrida y repetitiva? No recordaba la última vez que se había salido del plan establecido. Se había convertido en los ojos, los oídos y las manos de su padre en todo el mundo. Puede que su trabajo fuera importante, pero le dejaba muy poco tiempo para cualquier cosa cercana a una existencia normal. ¿Cuándo le tocaba a Dmitry tener una vida?

—No me puedo creer que acabe de hacer eso —murmuró Anna avergonzadamente—. Debes de pensar que soy una descarada.

—En absoluto. —Nada más lejos de la verdad—. Me pareces refrescante y sensual.

—Zalamero —le dijo con voz de broma. Arrugó la nariz hacia él e hizo una mueca—. Sólo estás intentando hacerme sentir mejor conmigo misma. Funciona, así que no pares.

Una nueva ola de excitación invadió a Dmitry. ¿Dónde estaba el asesino frío y analítico? Tenía todo el autocontrol y el estoicismo de los asesinos más eficientes del mundo y aun así no podía resistirse a ese pedacito de feminidad con vestido azul.

Capítulo Cinco

Anna no se había sentido tan lasciva y sexy en toda su vida. ¿Qué podía hacer que un patito feo y tímido como ella actuara como una gatita ardiente? «Dmitry». Era la única respuesta que se le ocurría. Había algo en él que hacía que se olvidara por completo de sí misma.

Se preguntó si acaso su sudor contendría la marca personal de feromonas de ella.

Eso podría explicar por qué acababa de tener el orgasmo más intenso de su vida mientras se frotaba contra la pierna de Dmitry en un lugar público, como si fuera incapaz de preocuparse por lo que pensara la gente a su alrededor. Lo único que le importaba era estar con él. Prácticamente rezumaba atracción sexual y satisfacción.

Mientras el aturdimiento sexual se desvanecía de su mente, percibió un nerviosismo que se escondía bajo la superficie. En lugar de afrontarlo, se escondió más en el pecho de Dmitry y deseo que desapareciera, fuera lo que fuera.

—¿Anna? —Su voz grave retumbó en su oído—. Tenemos que hablar.

—Creo que no quiero.

Él dejó escapar un largo suspiro. Su respiración le agitó el pelo.

—Puede que no quieras, pero hay que hacerlo.

Ese era el momento en el que le decía que ya tenía pareja. Tal vez estuviera malinterpretando la química que había entre ellos y no estaba interesando en ella en absoluto. Eso sería muy embarazoso. Sólo ese pensamiento bastó para que quisiera dar un paso atrás.

Separó los brazos de su vientre y se alejó. Por supuesto, era imposible saber cuánta distancia tendría que poner entre ambos para que su cerebro volviera a funcionar correctamente. «Uf, todo esto de las citas es una mierda».

—Alguien está intentando matarte, Anna —dijo Dmitry sombríamente—. Han contratado a un sicario para encargarse de matarse. Se supone que tiene que parecer un accidente sin sentido.

Le llevó un momento procesar siquiera lo que le estaba diciendo. ¿Matarla? ¿Alguien quería matarla? ¿Por qué? ¿Con qué objetivo? No estaba para nada involucrada en los acuerdos de negocios de su padre. Y tampoco es que ella fuera importante. Su padre apenas se interesaba por ella, excepto para asegurarse de que estuviera encerrada y no le causara ninguna vergüenza a la familia.

—¿Anna?

Dmitry seguía hablando, pero a Anna no le importaba. Su cerebro había pasado de pensar «alguien quiere matarme» a «¿cómo coño lo sabe Dmitry?». Era una pregunta que valía la pena hacer. Interrumpió lo que fuera que estuviera diciendo sobre irse del país y le miró directamente a la cara.

—¿Cómo sabes que alguien quiere matarme?

Él puso una mueca.

—Porque me contrataron a mí para llevar a cabo el asesinato.

—¿Perdona? —Dios mío, eso era horrible—. ¿Estás diciendo que te han contratado para matarme?

—Sí.

Ni siquiera Katya criticaría a Anna por alejarse de ese chico malo. No sólo era un asesino, sino que le habían pagado para que la matara. ¿En serio? Era como el argumento de una película de la cadena Lifetime¹. Y Anna no estaba de acuerdo con representar el papel de heroína llorona que esperaba hasta que su héroe aparecía y la rescataba.

No, gracias. Anna iba a escribir su propio guion.

Dmitry seguía hablando a mil por hora, pero ella no conseguía concentrarse en sus palabras. Le había oído decir que no tenía intención de matarla, algo de que tenía que irse de la ciudad y algo de que se fuera a Rusia con él. «Ni-de-coña».

La guió hacia las escaleras que llevaban a la planta baja. No fue capaz de obligarse a empujarlo por la barandilla. Debería querer hacerle daño, así quedaría fuera de combate y ella podría decirle a su padre lo que había descubierto.

Pero si le contaba a su padre que alguien quería atentar contra su vida, probablemente estaría viviendo en una cámara acorazada en cuestión de horas. Y esa sería una solución permanente, no una temporal. Nadie se ponía tan histérico como su padre. Su vida nunca volvería a ser la misma. Se pasaría el resto de sus días pintando cuencos de fruta porque no vería el cielo en décadas.

«No, puedo arreglar esto».

Dmitry llegó al final de las escaleras. Esperó hasta que él empezó a girarse para tenderle la mano y ayudarla a bajar los últimos escalones. Utilizando cada kilo de su peso, se lanzó contra él y lo mandó de una sacudida hacia un lado. Para ser un tipo tan grande, era tremendamente ágil. No salió disparado como ella había esperado. De hecho, tardó poco en

recuperar el equilibrio, así que ¡tenía que darse prisa y correr!

Anna salió corriendo directamente hacia la pista de baile. Sería mucho más fácil para ella esquivar, zigzaguear y sumergirse en la masa de gente bailando de lo que lo sería para él. Recibió insultos y unas cuantas miradas asesinas e incluso un par de empujones que le dieron un impulso extra de velocidad. Se dio con la mejilla derecha contra el codo de alguien, pero reprimió las ganas de gritar. No sabía lo cerca que podía estar Dmitry o si se habría molestado siquiera en perseguirla. De todas formas, no había necesidad de atraer la atención hacia sí más de lo necesario.

Vislumbró un cartel que indicaba la salida por encima de las cabezas de la gente. Anna se dirigió directamente hacia la pared que se encontraba debajo y se sintió aliviada al ver una gran puerta de metal con una barra. Salió de la pista de baile sin detenerse ni un instante.

Golpeó la puerta e irrumpió en el oscuro callejón tan rápido que casi cayó de cabeza en una pila de palés amontonados a la salida. Consiguió recuperar el equilibrio justo a tiempo. Anna se detuvo, escuchando si alguien la estaba siguiendo. Preocupada como estaba, no se dio cuenta de que había tres hombres observándola como si una comida gratis les acabara de caer en el regazo.

Dmitry no supo si reír o maldecir cuando Anna echó a correr por el bar. Evidentemente pensaba que la perseguiría y así fue. Sólo que no de la forma que ella esperaba. No tenía mucho sentido que intentara abrirse camino por la multitud de gente que estaba bailando. Probablemente le tocaría las narices a algún tipo decidido a demostrar su masculinidad. Habría gente herida, tal vez algún muerto y tendría que dar explicaciones.

Era mucho más rápido rodear la pista de baile. Vio que Anna se dirigía hacia la salida en el lado opuesto de la sala. Volviendo a subir las escaleras y cruzando la pasarela llegó casi hasta la puerta armando mucho menos jaleo. Se agarró a los pasamanos de la escalera y de dos enormes saltos aterrizó fácilmente en el suelo.

Anna acababa de desaparecer por la puerta. Probablemente esperaba que estuviera justo detrás de ella. Le dio unos minutos para que recobrarla la compostura y pensara. Ciertamente se daría cuenta de que no pretendía hacerle ningún daño. Entre ellos nunca había habido malas intenciones. Aunque le habían contratado para matarla, la había conocido antes siquiera de que lo supiera.

Dmitry vislumbró otra salida más adelante. Las normas de construcción obligaban a que hubiera una salida cada ciertas decenas de metros, así que esta puerta probablemente le llevaría más adelante pero al mismo callejón. Tal vez podía vigilar a Anna y darle al mismo tiempo algo de espacio.

Cuando llegó a la salida, abandonó el edificio con rapidez. La puerta de metal se cerró tras él, amortiguando el estrépito de la música del bar y oyó a gente hablando en voz baja. Caminando silenciosamente, avanzó por el callejón en la dirección hacia la que había ido Anna.

—Qué cosa tan bonita —dijo un hombre con una nota de persuasión en la voz—. Sólo quiero un beso. Seguro que puedes dármelo.

—Deja que me vaya, por favor. —Anna sonaba desesperada—. No quieres tener nada que ver conmigo, de verdad, acabarás mal.

—Es mercancía arrogante, ¿verdad? —dijo un segundo hombre.

Dmitry rodeó la pila de palés y cajas con sigilo. Tenía que encontrar una posición desde la que viera cuántos hombres había, daba igual que se muriera de ganas por saltar en escena y romper algunas cabezas. Aparecer lanzando puñetazos o disparando su arma podría hacer que Anna saliera herida.

La gélida conducta que empleaba como asesino a sueldo surgió en ese momento con facilidad. Su cerebro procesó la información antes que él con una indiferente claridad. Se fijó en la posición de las cajas, en el contenido de la pila de basura unos metros más allá y en los tres posibles oponentes.

Apretó su cuerpo contra las cajas y las rodeó lentamente hasta obtener una vista lateral de la escena. Vio las posiciones de los hombres y que uno de ellos tenía las manos sobre Anna. Si no actuaba de forma rápida e incruenta, le harían daño. No iba a tolerarlo.

—Vamos —dijo un hombre con un gemido en la voz—. Quiero meterle mano. Tiene unas buenas tetas.

—¿Qué tienes? ¿Doce años? —se burló su compañero.

—Dejad que me vaya. —Anna sonaba sorprendentemente tranquila—. Os prometo que no valgo la pena teniendo en cuenta los problemas que os causaré.

—No paras de decir lo mismo. —El tercer hombre levantó las manos como si estuviera señalando lo obvio—. Pero todavía no ha pasado nada.

Dmitry apareció en escena como un fantasma de la venganza. Dio unos pasos hasta colocarse detrás del primer hombre. Le rodeó el cuello con el brazo, ahogándole, sin inmutarse. Cuando se desplomó en el suelo, sus colegas se dieron cuenta por fin de lo que estaba pasando.

Un hombre intentó apuntar a Dmitry con una pistola, pero él agarró el cañón de la pistola y desmontó la corredera. La pistola se desarmó en las manos temblorosas del hombre. Dmitry cogió de un tirón la pistola por la culata, que el hombre sostenía vacilante, y le golpeó en la cabeza.

El tercer hombre no era estúpido. Sostuvo a Anna contra su cuerpo, usándola como escudo.

—Más te vale que no te acerques más o le retuerzo el cuello esmirriado que tiene.

Dmitry se detuvo a evaluar la situación. No estaba acostumbrado a tener que ocuparse de una tercera persona durante un enfrentamiento. Era sicario, no guardaespaldas. Eso cambiaba las cosas de manera significativa.

Entonces, Anna unió las manos para coger más fuerza y le dio un codazo en el vientre al matón con tanta energía como pudo. La soltó mientras se asfixiaba y boqueaba en busca de aire. Sin pensarlo siquiera, Dmitry le dio con malicia con el gancho izquierdo y le dejó inconsciente.

Anna soltó aire bruscamente y se llevó las manos a la cabeza como para respirar mejor. Lo fulminó con la mirada.

—¿Es que me quiere matar todo el mundo?

—No creo que esos tíos dieran la talla. —No podía creer que las palabras de ella transmitieran cierto humor. Después de una situación tan intensa, habría esperado que estuviera más agitada.

—Gracias —le dijo con suavidad—. Supongo que salir aquí corriendo ha sido una decisión estúpida y precipitada.

Dmitry se encogió de hombros.

—Es comprensible teniendo en cuenta las circunstancias.

—¿De verdad te contrataron para que me mataras? —Frunció el ceño, aparentemente aún le costaba creerle.

—Sí.

—¿Antes o después de que nos conociéramos?

—Antes, pero cuando nos conocimos no sabía que eras tú el objetivo.

Le había explicado todo eso un rato antes. Sin duda, estaba demasiado alterada para prestarle atención. Pensándolo ahora, debería haberse imaginado que necesitaría un rato para procesarlo todo.

Anna se mordió el labio inferior.

—Y ahora, ¿qué?

—El hombre que me ha contratado no va a detenerse simplemente porque yo me niegue a hacer el trabajo. Enviaré a otra persona, probablemente para

que nos mate a los dos. —¿Realmente su padre sería capaz de enviar un sicario para que matara al único hijo que le quedaba? Sin duda era posible, lo que significaba que tenían que ponerse en marcha—. Lo mejor que podemos hacer es movernos. Podemos reservar un vuelo en el aeropuerto y saltar de ciudad en ciudad para poner distancia entre nosotros y quienquiera que reciba el encargo.

—Espera. ¿Quieres que nos vayamos de la ciudad? ¿Ahora mismo? —Se le abrieron los ojos como platos y lo miró boquiabierto—. ¿Sin hacer la maleta ni decirle a nadie adónde voy?

—Eso estaría de más, ¿no crees? Nos vamos para pasar inadvertidos.

—Ah, claro...

Dmitry le dirigió una sonrisa, esperando que le transmitiera todas las emociones que no sabía expresar con palabras.

—¿Vienes conmigo, Anna?

¹ Canal de televisión por cable estadounidense que con frecuencia emite películas relacionadas con secuestros y asesinatos. (*N. de la T.*)

Capítulo Seis

Anna contempló la destartalada habitación del motel con una mezcla de horror y casi fascinación. Rara vez viajaba, pero siempre lo hacía con su padre y sus exigencias de alta calidad. Se alojaba en hoteles de lujo, normalmente en suites que eran más grandes que un apartamento normal. La habitación de Dmitry era un poco más pequeña que el armario que tenía en casa.

Las paredes estaban combadas y llenas de marcas, el estilo era simplón y parecía que el techo hubiera sufrido un par de inundaciones. La cama sin hacer y las numerosas toallas sucias dejaban ver que el servicio de habitaciones no era muy eficiente.

No pensó mal de él porque no pudiera permitirse una habitación buena. Era evidente que andaba escaso de dinero, aunque ella tenía la impresión, basándose en la cultura popular, de que los asesinos a sueldo eran compensados de forma generosa. Tal vez hubiera otro motivo por el que se alojaba en ese lugar tan destartalado.

—Siento que no sea una habitación agradable. —Dmitry lanzó la llave al desvencijado mueble de la televisión—. Estoy seguro de que estás acostumbrada a cosas mucho mejores.

—No, no —dijo rápidamente—. Esto está bien.

Resopló.

—Me da la sensación de que vienes con la buena educación configurada por defecto.

—Sí. —Era cierto. No había motivo para ocultarlo, pero ella no lo consideraba un defecto.

Él le lanzó una sonrisa sorprendentemente infantil que cambió su forma de verlo. Tenía varias facetas, al igual que muchas de las flores que dibujaba. Desde un cierto ángulo, parecía calculador. Desde otro, podía ser brutal. Sin embargo, había algo por debajo de todo eso, como si se le quitaran los pétalos exteriores a una rosa para exponer su hermoso centro. Era eso lo que a ella le fascinaba de él.

—¿Qué? —Dmitry frunció el ceño.

Incapaz de resistirse, levantó la mano para acariciar la piel de su entrecejo. Disfrutó de su suavidad, de la forma en que sus músculos se movían bajo la superficie y del modo en que él respondió a su contacto. La reacción instintiva de su cuerpo fue instantánea y devastadora.

—Estás excitada —susurró—. Lo noto.

—¿Cómo?

—Por tu olor. —Su voz era áspera y aterciopelada al mismo tiempo. Le hizo sentir escalofríos—. Cambia cuando te excitas. Sospecho que si te tumbara en la cama y te lamiera la vagina, podría saborear lo que estoy oliendo.

La erótica imagen que dibujó con sus palabras la abrasó hasta los huesos. Nunca nadie le había hecho sentir algo igual. Su experiencia era extremadamente limitada, pero ese siempre había sido un acto íntimo demasiado alejado de su zona de confort como para planteárselo siquiera. Ahora la mera idea le resultaba excitante.

Dmitry se inclinó hacia ella hasta que sus labios se encontraron directamente al lado de su mejilla.

—Me encantaría hacerlo, ¿sabes? Ver cómo te retuerces mientras te abro con los dedos y te lamo el clítoris con la lengua.

—No... —Se olvidó de repente de lo que estaba diciendo cuando la besó. Le pasó los brazos por el cuello y abrió la boca para permitir que introdujera la lengua. Le encantó. Esta vez quería más. La había llevado al orgasmo simplemente frotándole la pierna entre las suyas. ¿Cómo sería tener su pene apretando en su interior?

—Si no paro ahora, no podré hacerlo —dijo entrecortadamente.

Ella ni siquiera dudó.

—Entonces no pares.

—¿Entiendes lo que me estás pidiendo? —Su mirada era salvaje, su respiración rápida y superficial.

—Quiero follar contigo, Dmitry. —Saboreó la obscena palabra en sus labios, sintiéndose escandalosa, picante e incluso algo lasciva. Le gustó decirlo.

Con un gemido, la levantó con los brazos. La inmediata sensación de vértigo hizo que se agarrase a sus hombros. La forma en que la llevaba era como si no pesara nada. Su fuerza era asombrosa. ¿Vería la prueba de ello cuando se quitara la ropa? Estaba ansiosa por descubrirlo.

Sintió el duro colchón bajo su cuerpo y las sábanas ligeramente ásperas. Cada sensación al tacto sólo servía para aumentar la perdición de las manos de él sobre su piel. Le bajó la cremallera del vestido y se lo pasó por los brazos y las piernas para poder quitárselo. Se sentía extrañamente cómoda estando expuesta ante él.

—Eres preciosa —murmuró. Colocó la mano en su vientre—. Tu es piel

es tan suave...

La besó en la tripa, usando la lengua para hacerle dibujos en el abdomen. Cuando llegó a la cintura de sus medias, metió los dedos en la goma elástica y las deslizó por sus piernas. El corto vello púbico ya estaba húmedo del fluido entre sus piernas. El aire fresco le rozó los muslos, haciendo que se moviera sin cesar en la cama.

—¿Estás impaciente, pequeña? —le preguntó con amabilidad—. No lo estés. Te prometo que la recompensa vale la pena la espera.

Podría habérselo rebatido, pero Dmitry eligió justo ese momento para desabrochar el cierre delantero de su sujetador. Sus pechos se desparramaron hacia adelante y él los tomó en sus manos. Los besó, lamiendo y succionando la piel suave hasta que ella se empezó a retorcer de ganas. Nunca había sentido nada tan intenso.

Le metió un dedo entre los labios y le rozó el clítoris con la yema. Se arqueó, casi separándose de la cama ante el escalofrío que sintió por su contacto. Sus músculos interiores se contraían sin cesar y ella gemía porque ya no podía mantenerse en silencio. Empezó a mover el dedo en círculos sobre su clítoris cada vez más rápido y después retrocedía hasta que ella le atrapó la mano entre las piernas para que se diera prisa.

—Ten paciencia —le dijo.

Ella retorció las sábanas con los dedos.

—Por favor. Necesito correrme.

Él le golpeó el clítoris. Anna gritó. Volvió a hacerlo y ella se dio cuenta cuando empezó a hacer ruido de que ya no podía parar. Su voz se tornó irregular y aguda, desvaneciéndose y después aumentando cuando llegaba al punto máximo.

El orgasmo estalló en ella como si fuera una goma elástica. Tembló y se sacudió mientras sus músculos se apretaban y se contraían en las últimas sacudidas de placer. Apenas podía respirar, pero ni siquiera le importaba que pudiera desmayarse. Le gustaba demasiado como para preocuparse por ello, pero aún quería más.

—Por favor, Dmitry, métemela.

Esas palabras casi hicieron que se corriera en los pantalones. Dmitry no había deseado a mujer con tanta desesperación en toda su vida. Era tan suave y dispuesta como si la hubieran creado sólo para él.

Se sentó sobre sus talones y se quitó la camisa por la cabeza. Ella dejó

escapar un ligero ruido y extendió la mano para tocar los tatuajes que le recorrían el pecho y los brazos. Algún día le explicaría lo que significaban, pero no en ese momento.

—Más —suplicó.

Riéndose, se quitó las botas militares y se esforzó por quitarse los pantalones. El pene le golpeó el vientre como si estuviera intentando meterle algo de sentido común, entonces ella le tocó la punta con un dedo y se olvidó por completo de lo que era el sentido común.

—Está tan suave... —El asombro de su voz le subió el ego. Le rodeó con la mano y apretó—. ¡Pero también está dura!

Se colocó entre sus piernas. Encontraba deliciosa la sensación de su piel contra la de ella. Le besó los labios y la mandíbula. Anna se rió con nerviosismo cuando la barba de un día le rozó el cuello y los pechos.

Se curvó contra el cuerpo de él, levantando su húmeda vagina hacia su erección. Él apretó la punta contra su montículo. Ella levantó la mirada hacia él. La pura adulación que se veía en sus ojos azules lo conmovió profundamente.

Llevó la mano entre ambos cuerpos y colocó la cabeza del pene en su abertura. El primer empujón contra su cuerpo fue tan ceñido que resultó casi agonizante. Ella jadeó y arqueó la espalda. Se obligó a parar.

—¿Te hago daño?

—No —dijo con la respiración entrecortada—. No pares, ¡me encanta!

Contemplando su expresión, se adentró lentamente en su cuerpo. Estaba muy húmeda y aun así deliciosamente ajustada alrededor de su miembro. Cuando entró por completo en su cuerpo, se maldijo en voz baja cuando una idea le vino de repente a la mente.

—Anna, ¿lo habías hecho antes?

—¿Con alguien de verdad? —Le rodeó las piernas con las suyas y lo empujó más hacia adentro—. No. Y debo decir que la sensación es mucho más intensa. Por favor, no pares. Fóllame, Dmitry. Te lo suplico.

Sus palabras desencadenaron un deseo profundamente animal que dejó su intelecto hecho jirones. Masculló una maldición en ruso y salió de su interior lo suficiente como para volver a entrar de golpe. Ella jadeó y levantó las caderas para recibir cada embestida de su miembro. Podría haber dicho que se la estaba tirando, pero cada vez que ella se encontraba con él, demostraba que era cosa de ambos.

Le latía el pene en la embriagadora estrechez de su vagina. Apenas podía

moverse en su interior. Tensó las nalgas y se movió contra ella hasta que los músculos de Anna ardieron de excitación. Sus gritos alcanzaron un fervor exacerbado y le clavó las uñas en los hombros mientras se corría en una descarga de fluido espeso y de maldiciones en ruso.

El cuerpo de Anna se relajó un poco y él embistió dentro y fuera, cada vez un poco más allá. Cada embestida era pura perfección y ella deseaba que durara para siempre, pero la creciente oleada del orgasmo de él se aproximó y él no pudo contenerse más. El deseo de marcar a Anna como suya era innegable. Embistiéndola con fuerza, se abandonó y la llenó con su semilla.

Un rugido le llegó a los oídos y se preguntó si era posible que perdiera el conocimiento. Inhaló y se concentró en respirar. Se apoyó sobre los codos intentando evitar que quedara aplastada bajo su peso.

Después se dio cuenta de que ella le había puesto las manos en las mejillas. Con las yemas de los dedos, le acarició la frente, la nariz, las cejas y por último los labios. Estaba susurrando algo y tardó un momento en darse cuenta de que estaba cantando una dulce nana en ruso. La belleza de ese momento tan puro borró la oscuridad hasta que no quedó sino luz en su interior. Dmitry se colocó de lado y atrajo a Anna hacia su cuerpo. La sostuvo como si fuera el tesoro más preciado que poseería jamás.

—¿Estás enfadado? —susurró—. ¿Porque no te he dicho que era virgen?

—No. —Estaba ligeramente molesto consigo mismo por no haberse dado cuenta antes, pero no había rastro de enfado—. Me has dado un regalo increíble que no olvidaré jamás. Y nunca lo daré por sentado.

Ella depositó un ligerísimo beso en su mejilla.

—Te creo.

—Venir conmigo va a ser peligroso, Anna, pero te prometo que te mantendré a salvo.

—Lo sé.

La simplicidad de su fe lo dejó atónito. Si Anna hubiera dicho que él tenía el poder de mover montañas y volar, puede que se lo hubiera creído de verdad. Dmitry no había creído en nada en décadas, pero tenía la sensación de que eso iba a cambiar para siempre.

Capítulo Siete

Anna no había viajado mucho en su vida. Lo poco que había hecho había sido planeado cuidadosamente y ejecutado como si de una obra bien ensayada se tratase. Cuando llegó al aeropuerto con Dmitry a la mañana siguiente, supo que estaba a punto de recibir un curso acelerado sobre viajar como una persona normal.

El aeropuerto estaba abarrotado hasta la locura. Los viajeros se amontonaban en las taquillas y la línea de seguridad parecía medir quince kilómetros, enroscándose sobre sí misma casi seis veces. No había ningún avión privado en la pista esperando en un hangar con un piloto y una tripulación contratados especialmente para complacer los caprichos de su padre.

—No te olvides el pasaporte. —Dmitry le tendió una pequeña libreta roja.

A Anna le costaba hacerse a la idea de que ahora era Olga Karkaroff, una rusa que volvía a casa después de haber estudiado en el extranjero. La tapadera le resultaba ridícula. ¿De verdad la gente iba a creerse esa historia? Si no era así, acabaría en una habitación perdida del aeropuerto intentando explicar por qué había intentado montar en un avión usando documentación falsa.

Echaba en falta su teléfono, pero era lo primero de lo que Dmitry se había deshecho. Había metido sus cosas en una taquilla en la estación de autobús, no muy lejos de un fotomatón al que la había llevado para hacerse la foto del pasaporte. Era sólo mediodía y ya sentía como si llevara días en camino.

El miedo se abrió paso por su cuerpo. Observó a docenas de pasajeros someterse al ritual de quitarse los zapatos y chaquetas, poner los teléfonos y portátiles en las bandejas de plástico grises y después empujarlo todo por la cinta transportadora para que pasara por una máquina de rayos X.

Las pistolas no estaban permitidas en el aeropuerto. Entonces, ¿Dmitry había dejado la suya en el hotel? ¿Cómo funcionaba eso? ¿Le detendrían para investigarle? ¿Y si se lo llevaban y ella se quedaba sola en ese manicomio?

—Relájate —murmuró. Su mano grande le acarició la espalda, tratando evidentemente de calmarla—. Estás hiperventilando.

—No sé si puedo hacer esto. —El pánico le oprimía el pecho.

—Sí que puedes.

La calmada garantía que escondía su voz redujo su ansiedad. Sintió que se tranquilizaba. Tenía razón. Se estaba comportando como una tonta y eso no era de mucha ayuda. Tenía que controlarse y pensar. Todo lo que tenía

que hacer era imitar. Era artista, toda su vida giraba en torno a los detalles. Simplemente haría lo que estaban haciendo todos los demás. Los dos pasarían el control de seguridad y volarían a Rusia.

«Ay, es muy mala idea pensar en eso ahora mismo».

La última vez que había estado en Rusia, Anna era una niña. ¿Y si no entendía el idioma? Se consideraba hablante nativa de ruso, pero en realidad nunca había intentado hablarlo en un país donde no mucha gente hablaba inglés.

—Anna. —Dmitry avanzó unos pasos en la fila del control de seguridad y la empujó hacia su pecho. Dmitry era tan cálido... Se le disiparon las dudas y sólo pudo concentrarse en lo bien que se sentía entre sus brazos. Él le frotó la espalda y la besó en la cabeza. Con un suspiro, se acurrucó contra él y se dejó llevar.

Mientras la fila avanzaba de nuevo, Anna se fijó en una mujer mayor que los observaba con una sonrisa bobalicona en la cara. Anna le dirigió una sonrisa, preguntándose qué querría la mujer.

La mujer hizo un gesto señalando a Anna y Dmitry.

—Es tan bonito ver a gente joven enamorada. Me recuerda a mi difunto marido, Dios lo tenga en su gloria.

—Sí —afirmó Dmitry—. Estamos muy enamorados.

Estuvo a punto de preguntarle si lo decía en serio o si simplemente estaba representando un papel para que no les pillaran. ¿Y si ella no le importaba nada? Sería horrible que la llevara consigo sólo porque se sentía responsable de ella.

—Te quiero de verdad —dijo Dmitry con suavidad—. No es la manera ni el momento en que me habría gustado decírtelo, pero a veces no hay mejor momento que el presente.

Estaba empezando a pensar que tenía la sorprendente habilidad de leerle la mente. Eso explicaría por qué sabía todo lo que sabía. Pero no tenía poderes sobrenaturales, simplemente era un resuelto experto en lenguaje corporal.

Anna pensó en la noche anterior. Los dos habían hecho el amor en la desaliñada habitación de un motel, probablemente con cucarachas que presenciaban el espectáculo con emoción. Nada de eso importaba. Nunca antes había tenido una experiencia igual. Cuando había fantaseado con cómo sería perder la virginidad, nunca pensó que sería así.

La sensación había sido más que física. Trascendía el placer que había

experimentado e inspiraba lo que sólo podía describir como una conexión muy real. Dmitry no era sólo un tío bueno al que había conocido en un bar. Era totalmente consciente de él como persona y quería que siguiera siendo así.

—Yo también te quiero —susurró—. Aunque todavía no estoy totalmente segura de lo que eso significa.

Él se rió por lo bajo y el sonido le dibujó a Anna una sonrisa en la cara. Inclino la cara hacia la suya y posó la frente en la de ella.

—No espero que lo entiendas todo todavía. Sé que no lo espero. Sólo sé que mi amor por ti es verdadero. —La besó con suavidad.

—¿Caballero? —El agente de seguridad del aeropuerto le hizo un gesto a Dmitry para que se moviera—. Avance, por favor.

Dmitry tendría que estar ciego no ver lo tensa que estaba Anna. Sabía que estaba nerviosa. No había dicho nada, pero el expediente decía que su experiencia con respecto a los viajes era limitada y siempre incluía un jet privado, conductores de limusinas y hoteles con fuertes medidas de seguridad. Los alojamientos que Dmitry le estaba proporcionando durante el viaje la estaban llevando al límite.

Él caminó con confianza hacia el agente de seguridad. Le entregó la tarjeta de embarque y su carné de identidad. Parecía que el aburrido hombre con el uniforme azul llevara horas en su puesto. «Perfecto». Dmitry siempre intentaba pasar el control de seguridad antes de los cambios de turno. Era menos probable que esos agentes se fijaran en los detalles.

—Adelante —dijo el agente devolviéndole los documentos.

Tras él, Dmitry vio que Anna le entregaba al hombre su tarjeta de embarque y su identificación. Parecía estar manejándose bien. Dmitry dejó escapar un suspiro y se relajó un poco. Pasó por el escáner corporal y salió por el otro lado. Cuando se giró, Anna no estaba.

Dmitry intentó permanecer relajado mientras daba una vuelta hasta que la divisó en una diminuta zona fuera del principal control de seguridad. Un agente la estaba cacheando mientras otro le miraba el bolso. Sus ojos azules estaban llenos de temor y podía ver que estaba temblando.

Controlando su respuesta instintiva, recogió sus cosas y se dirigió a un banco justo al lado del control de seguridad. Tenían algo de tiempo antes del vuelo. Se acomodó para poder vigilar lo que estaba ocurriendo. Cuando Anna finalmente lo vio, se relajó de manera visible.

Quería que estuviera tranquila. Probablemente se trataba de un control aleatorio, nada grave. Desde luego no era motivo para que se alterara. Dmitry le sostuvo la mirada y le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Sus hombros descendieron casi tres centímetros cuando soltó el aire. Podían hacerlo.

El agente terminó de cachearla y le indicó que continuara. Dmitry admiró el modo en que mantuvo la calma. En lugar de correr como loca hacia él, actuó como si apenas se conocieran. Recogió sus cosas y caminó en dirección a él.

—¿Problemas? —le preguntó suavemente.

—En realidad no. —Alzó la vista hacia la pantalla de salidas—. No estoy segura de que supieran lo que estaban buscando. —Le miró con el ceño fruncido—. ¿Es algo habitual?

—Bastante habitual. —Se encogió de hombros—. ¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre.

Caminar por el aeropuerto al lado de ella hacia una bollería unas puertas de embarque más allá era casi surrealista. Estaban huyendo. De todas formas, la mejor forma de ocultarse era estando a la vista de todos. Eso significaba parecerse a todas las otras parejas de viajeros que estaban en el aeropuerto.

Estiró el cuello hacia atrás para ver el menú.

—¿Qué quieres?

—¿Tienes idea de la locura que es pedir comida en un momento así? —le dijo con tono divertido.

—No tanto como morir de hambre —señaló—. Bueno, ¿qué quieres comer?

Anna se encogió de hombros, así que pidió dos bollos normales con crema de queso y un par de cafés. Pillaron un asiento en el paso principal.

Podría haberse pasado el día observándola. Incluso la forma metódica en que se sentó a la mesa y colocó la servilleta y el café le fascinó. Colocó los objetos en una posición precisa y después analizó su bollo durante unos segundos. Dmitry no había cogido cubiertos. Preguntándose si tal vez necesitaría un empujón, Dmitry cogió su bollo y dio un gran mordisco. Anna abrió los ojos por un momento y después hizo lo mismo.

Para su sorpresa, cerró los ojos y emitió un sonido grave de placer. Dmitry sintió que se le dibujaba una sonrisa en la cara y ni siquiera intentó reprimirla. No era el tipo de hombre que iba por ahí con una sonrisa bobalicona en la cara, pero la forma desinhibida en que Anna disfrutaba del

mundo que la rodeaba hizo que se olvidara de sí mismo.

—Está buenísimo —farfulló con la boca llena. Apenas se le entendió lo que decía. Como si se hubiera dado cuenta de lo que acababa de hacer, abrió los ojos avergonzada. Se llevó la mano a la boca y tragó la comida.

—Lo siento, no quería ser grosera.

—Si el bollo está tan bueno, no me gustaría cohibir tu disfrute —le dijo Dmitry.

—Hace un tiempo mi padre contrató a un nutricionista y a un cocinero.

—Hizo una mueca—. Tiene problemas de colesterol, así que todo lo que hay en casa es bajo en grasa, sin grasa, bajo en carbohidratos, sin gluten... y sabe a distintos tipos de cartón.

Dmitry resopló de risa, intentando imaginar a un malvado gran jefe de la mafia rusa contando calorías y carbohidratos. Al final, todos eran humanos. Tal vez esa era la lección.

Anna vio su expresión y se rió.

—Sí, es un poco raro pensar que a mi padre, tan temido por sus subordinados, le podría matar fácilmente una deliciosa tortilla.

Sus palabras le hicieron perder su estoicismo. Dmitry se rió con una risa verdaderamente profunda que resonó en el aeropuerto e hizo que la gente se girara a mirarlo. Ella también se rió. La voz melódica de ella se mezcló con la de él de un modo que le hizo desear pasar el resto de su vida escuchando ese sonido.

—Sé que esto te va a parecer una locura —empezó a decir Anna lentamente—, pero probablemente eres la persona con la que me siento más cómoda de todas las que conozco. —Hizo un sonido de frustración y movió la mano para enfatizar lo que decía—. Quiero decir que me encuentro cómoda estando contigo. No tengo la sensación de que me juzgues o de que tenga que demostrarte algo.

—No tienes que hacerlo. —Se preguntó si ella se imaginaría hasta qué punto eran ciertas las palabras de Dmitry.

Levantó la vista hacia él mirándolo por debajo de sus pestañas y le dirigió una sonrisa que casi le hizo olvidarse de respirar.

—Gracias.

Capítulo Ocho

Anna sabía que se encontraba de camino hacia algún tipo de desastre. No había averiguado exactamente cuál sería el resultado final, pero sabía que no sería bueno. Lo sensato habría sido ponerse en contacto con su padre y decirle que un hombre que afirmaba ser un sicario contratado para matarla se había enfrentado a ella. Inmediatamente su padre la habría puesto bajo una estricta protección.

Evidentemente, Dmitry decía que si él no cumplía el encargo, su cliente simplemente contrataría a otra persona. Parecía lógico. También significaba que su padre la habría encerrado a cal y canto el resto de su vida.

Tal vez ese era el motivo por el que había escogido la opción imprudente. Se había tomado al pie de la letra las palabras del asesino. No sólo no le haría daño, sino que la protegería.

Ahora estaba de camino a Rusia. Suponía que Dmitry tenía algún plan sobre cómo se desarrollarían las cosas. O tenía una residencia allí que serviría de puerto seguro o tal vez su familia los escondería.

Apretó los dedos en un puño e intentó relajarse. Habría sido un consuelo hacer algo con las manos. Cualquiera cosa. Estaba acostumbrada a hacer bocetos mientras le daba vueltas a sus problemas. Evidentemente, todo lo que alguna vez le había parecido un problema serio palidecía en comparación con la posibilidad de ser asesinada. No quería morir antes de haber tenido siquiera la oportunidad de vivir.

Como no tenía nada con lo que dibujar, se conformó con imaginar sus dedos delineando las extrañas cosas que veía en la terminal del aeropuerto. Los agotados pasajeros arrastraban el equipaje tras ellos. Docenas de padres con aspecto preocupado intentaban no perder de vista a sus hijos mientras averiguaban dónde estaba su puerta de embarque.

Anna se centró en el contraste sombreado de luz y oscuridad que los dibujaba en tonos de gris. Se paró a pensar cuál habría sido la mejor técnica para capturar la profundidad de sus expresiones. Y pronto, con la mente completamente absorta en esa tarea, empezó a relajarse.

Dmitry se sentó a su lado en una silla de plástico con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y parecía estar casi dormido. Su comportamiento relajado no la engañaba. Tenía de todo menos sueño. Había apoyado una de sus piernas en la de ella y podía sentir la tensión de sus músculos. Lo estaba observando todo.

Anna volvió a pensar en la noche anterior. Nunca en toda su vida había

tenido un sueño tan profundo. Podría deberse a la satisfacción sexual. Había leído que un buen orgasmo tenía el poder de hacer que una persona tuviera sueño y se sintiera saciada. Dmitry le había dado eso y más. Parecía saber cosas de su cuerpo de las que ella no era consciente. Cuando la tocaba, se sentía viva.

—¿En qué piensas? —le preguntó Dmitry en voz baja.

—¿Por qué?

—Sólo me estaba preguntando qué te había hecho tener esa expresión en la cara.

Se sonrojó. Sintió cómo que el calor le recorría todo el cuerpo. Qué vergüenza.

—Estaba pensando en ayer por la noche.

—Ah. —Sonaba complacido—. ¿En algo en particular?

—En el postcoito. —Apretó los labios—. Creo que se llama así.

—Si te refieres a esa sensación de ser incapaz de moverte después, entonces sí —rió—. Ayer por la noche habría sido un completo inútil en una pelea.

—¿En serio?

Era extraño, pero para ella eso era un cumplido increíble. Era halagador pensar que ella podía tener ese efecto en un hombre experimentado.

—Sí, debo reconocer que tenía el cerebro hecho papilla y los músculos como si fueran fideos blandos. —Le guiñó el ojo.

Se rió como una colegiala. ¿Cómo podía ese hombre reducirla siempre de ese modo? Seguía creyendo que le gustaría ser segura y cosmopolita. Le lanzaría esas miradas ardientes por encima del hombro y contonearía el culo de modo seductor, pero no tenía ni idea de cómo se hacía eso.

Para ella, Dmitry era el primero en todos los aspectos. Las recatadas relaciones que le habían permitido tener habían consistido en hablar y en encuentros educados bajo la atenta mirada de un guardaespaldas. No podría haber sido coqueta. Vassily habría informado a su padre de su comportamiento y habría acabado encerrada en su habitación.

—¿Has salido con muchos hombres? —La voz de Dmitry era tan directa que logró que el tema fuera algo menos embarazoso.

—Digamos que he salido de casa con muchos hombres diferentes —concedió.

No pareció que la idea le gustara en absoluto.

—Me sorprende que consiguieras conservar la virtud tanto tiempo.

Apreció que evitara usar la palabra «virgen» teniendo en cuenta que estaban manteniendo esa conversación en un lugar público. Pero ¿virtud? ¿En serio? Le invadieron las ganas de explicarle las cosas.

—Sólo para dejar las cosas claras. Mi padre me organizaba citas con chicos de mi edad que él aprobaba como posibles candidatos para el matrimonio. Me permitían hablar con ellos por teléfono durante unas semanas para decidir si quería conocerlos en persona.

—¿Y si aceptabas?

—Teníamos una cita totalmente vigilada que siempre incluía a cuatro hombres armados que pasaban el rato en uno de los restaurantes de mi padre mientras yo cenaba con un pobre chico que literalmente temblaba por miedo a dar un paso en falso.

Dmitry dio un suave silbido.

—Qué duro.

—¡Ya lo sé!

Por algún motivo, le gustaba tener a alguien que entendiera lo asfixiada que se había sentido durante tantos años.

—Quédate aquí un minuto. No te muevas, ¿vale? —Se levantó—. Ahora vuelvo.

Anna lo observó alejarse hacia una de las tiendas de la terminal. Estaba terriblemente desorientada. ¿Había dicho algo que lo irritara? ¿Y si pensaba que se había sentado allí renegando de su vida sin cesar? A ningún hombre le gustaba oír quejarse a una mujer. No tenía que ser una experta para saber eso.

«Genial, la he cagado por completo».

Qué típico de ella arruinar la posibilidad de tener una relación con Dmitry cuando para empezar ni siquiera sabía si alguna vez había estado interesado en tener una. Había que admitir que él sólo había accedido a no matarla. No es que le hubiera declarado amor eterno ni nada por el estilo.

Anna quería esconder la cara entre sus manos. ¿Cuándo aprendería? En el mejor de los casos, se podría decir que no tenía don de gentes gracias a los años que había pasado encerrada por su padre. Por eso le gustaba el estudio que tenía en casa. Podía quedarse allí durante horas y nunca tener que preocuparse por toda esa basura.

«Sí, eso es. Puedo dibujar y mancharme los dedos con pasteles al óleo y nunca preocuparme sobre ese inoportuno asunto de vivir».

No. Incluso si Dmitry no estuviera interesado en ella más que por su cuerpo, esta era la oportunidad de Anna para vivir, incluso si moría

intentándolo.

Dmitry sintió una momentánea punzada de culpa cuando le entregó el paquete a Anna. Parecía sorprendida de verlo ahí de pie. Era obvio que había estado inmersa en su propio mundo. Cuando se le ocurrió ir a comprar algunas cosas para Anna, pensó que sería una idea genial, pero ahora no estaba tan seguro.

—¿Es para mí? —Lo miró con el ceño fruncido, señalando la bolsa de plástico—. ¿Por qué has hecho eso?

—Pensé que a lo mejor necesitabas algo para mantenerte ocupada —explicó. Eso es. Sin duda no discreparía con ese razonamiento.

—¿Ocupada? —musitó mientras abría la bolsa y sacaba el bloc de dibujo y la minúscula caja de lápices que incluía su propio sacapuntas minúsculo. Su expresión pasó de la incertidumbre a la alegría—. ¿Has comprado esto para mí?

—Es probable que una artista sin un modo de dibujar o expresar sus ideas se distraiga o se ponga antipática. Pensé que debía ayudarte a que estuvieras concentrada y positiva.

Se sentó en el asiento que había a su lado, preguntándose si había hecho algo bueno o malo. En realidad sólo había una forma de descubrirlo: esperando.

—Dmitry, gracias —dijo con sinceridad—. Nunca nadie había hecho algo tan considerado por mí.

No le parecía que eso fuera probable, pero no iba a discutir con ella ahora. Indudablemente, la princesa mimada de una familia de la mafia rusa tenía todo lo que pudiera desear. Encogió un hombro.

—Era lo menos que podía hacer.

Abrió el bloc y escogió un lápiz. Esa mujer con el lápiz en la mano era una criatura completamente diferente a la que estaba allí sentada un momento antes. Anna estaba concentrada, segura y totalmente absorta en lo que estaba haciendo. Pudo ver fragmentos de su obra por encima de su hombro. Le llevó un momento, pero pronto se dio cuenta de que estaba bosquejando una escena alrededor de uno de los paneles de información unos metros más allá de donde estaban sentados.

Dmitry observó un momento, intentando ver lo que hacía. Gente de todo el mundo se congregaba ante el panel intentando averiguar de qué puerta salía su avión o hacia dónde deberían dirigirse. Algunos se comportaban de forma

avasalladora, dando por hecho automáticamente que ellos tenían que estar delante. Otros parecían temer ser más resueltos. El dibujo de Anna representaba todo eso.

Las líneas a lápiz cobraban vida propia cuando las ponía sobre el papel. Creaba emoción y pensamientos con cada pincelada. Grababa las expresiones de la gente con una claridad sorprendente. Era increíble verlo.

Cuando le dijo al principio que era artista, Dmitry se había sentido intrigado. Cualquiera persona capaz de dedicarse a la creatividad le fascinaba. Su credo era la practicidad. Anna había hablado de su talento como si supiera que eso la hacía un poco rara e incluso tal vez la convirtiera en objeto de burla. Aún así, continuaba haciéndolo.

El asistente de la puerta de embarque hizo la llamada para su vuelo y anunció que iban a empezar a embarcar. Dmitry interrumpió su silenciosa contemplación de Anna y se levantó. A su lado, Anna cerró el bloc y volvió a meter sus materiales de pintura en la bolsa.

Se mordió el labio vacilante.

—¿Y puedo meter esto en el avión?

—Claro —le dijo—. Lo pondremos debajo del asiento de delante para que esté cerca.

Dejó escapar un suspiro de alivio.

—Vale, creo que puedo hacer esto.

—Yo sé que puedes. —La rodeó con un brazo y caminaron hacia la zona de embarque—. Todo va a salir bien.

—¿Cuánto has dicho que duraba este vuelo? —Parecía algo pálida.

—Primero vamos a Nueva York y luego a Moscú. El primero no es duro. Unas tres horas.

—¿Y el siguiente? —Su voz se elevó una octava.

—¿Y si ahora no nos preocupamos por eso? Superemos las cosas de una en una. —De ningún modo iba a contarle que pasarían casi diez horas en el avión en el siguiente tramo del viaje. Al menos no había escogido Australia.

Se removió nerviosa a su lado. Dmitry la abrazó contra sí y le dio un beso en la cabeza para calmarla. Para sorpresa suya, le rodeó la cintura con los brazos y metió la cabeza por debajo de su chaqueta.

La gente que estaba a su alrededor se quedó mirando, pero sus respuestas parecían agradables. Todas las señoras de la sala les dirigieron una mirada melancólica y hubo varias sonrisas y gente que asentía con la cabeza disimuladamente. Por lo visto, la gente sentía un verdadero vínculo al ver a

una pareja mostrándose afecto. Dmitry le apartó a Anna el pelo de la cara y se dio cuenta de que la reacción de quienes los rodeaban se debía a la total y absoluta sinceridad de lo que veían.

No los culpaba. Se sentía genial.

Capítulo Nueve

Cuando Anna y Dmitry aterrizaron en el aeropuerto internacional de Domodédovo en Moscú, estaba empezando a sentirse una viajera experta. O era eso, o simplemente estaba demasiado cansada para que nada le importara. La ansiedad le robaba demasiada energía y sencillamente se le había agotado.

—Por aquí, cariño. —Dmitry la cogió por el codo y la condujo hacia unas escaleras. El cartel decía «aduanas».

Se había olvidado de que tendrían que volver a pasar por la aduana. En cierto modo, la idea no la aterrorizaba tanto como cuando habían empezado el viaje. Caminó fatigosamente detrás de Dmitry y se colocaron al final de una interminable fila.

Le maravillaba la idea de estar realmente en Rusia. Comenzó a oír conversaciones a su alrededor en multitud de idiomas. Pudo identificar fragmentos en francés y en alemán, pero muchos hablaban ucraniano e inglés. Le dio una sensación de satisfacción el poder entender algunos fragmentos de lo que decían. Su padre había insistido en que aprendiera varios idiomas, aunque ella nunca había pensado que le fueran a servir de algo en su vida. Su padre no habría aprobado precisamente que usara de ese modo sus habilidades lingüísticas.

Anna aún sentía escalofríos al imaginar lo que haría su padre cuando se enterara de lo que había hecho. Sin duda ya la habrían echado en falta. Ivan Orlov estaría poniendo patas arriba toda la ciudad de Chicago para encontrar a su hija.

—¿En qué piensas? —murmuró Dmitry en ruso.

Ella respondió en inglés.

—¿Crees que debería llamar a mi padre para que sepa que estoy bien?

—¿Se conformaría con eso?

La expresión de Dmitry no desvelaba en absoluto sus pensamientos. Ese hombre dominaba el arte de poner la cara impassible.

No hacía falta meditar la respuesta.

—No, no le bastaría saber simplemente que estoy bien. A menos que esté en un lugar en el que pueda vigilarme, nunca le bastará.

—Entonces, ¿qué sentido tiene? —preguntó con tranquilidad.

—Me siento mal por que se esté preocupando sin motivo.

Dmitry resopló.

—No creo que esté preocupado sin motivo. Estás viva, pero aún no estás a salvo.

—¿Por qué dices eso? —Frunció el ceño, intentando encajar todas las pequeñas piezas—. Nadie nos ha perseguido. Tú has dicho que no vas a cumplir el encargo. Parece un asunto olvidado. —Algo en la expresión de él la puso sobre aviso. No habría sabido decir el qué, pero sabía que no le estaba contando todo—. Conoces a esa persona, ¿verdad?

—¿A quién?

Le rodeó los hombros con el brazo para que avanzara en la fila. Ella se apartó.

—Conoces a la persona que mandó que me mataran.

Al menos una de las personas que los rodeaban hablaba inglés, porque Anna vio que una chica joven los observaba con interés renovado. Se acercó a Dmitry e intentó parecer despreocupada.

—Mi padre —dijo Dmitry brevemente—. En este caso, él es mi cliente. Anna dejó escapar un grito ahogado.

—Pero, ¿por qué? —¿Qué razón podría tener su padre para hacerle daño? Ni siquiera conocía a ese hombre.

—Hace unos años asesinaron a mi hermano. —La tensión de su voz le dijo cuánto le había afectado su muerte—. Hace un mes, mi padre descubrió que fue tu padre quien dio la orden de matarlo.

—No.

La rotunda negativa se debía más bien a un deseo desgarrador de hacer que fuera mentira y no a que creyera realmente que no fuera cierto. Por desgracia, Anna creía absolutamente que su padre sería capaz de hacer cosas así de horribles si podía obtener algún beneficio.

—Independientemente de que el asesinato de mi hermano fuera o no castigado, mi padre cree que esta es la mejor forma de vengarse. —Dmitry frunció aún más el ceño.

Deshizo el gesto. Se estaban acercando a las pequeñas cabinas. Dentro de poco, Anna tendría que entregarle a un oficial de aduanas su pasaporte falso y rezar por recordar su nombre, especialmente tras esa confesión.

«Soy Olga Karkaroff. Crecí aquí, en Moscú, y vuelvo después de estudiar en el extranjero».

Sonaba un poco menos ridículo que la verdad, que era algo así: Anna Orlov, nacida en Moscú, inmigrada a Chicago, Illinois, después de que su madre muriera cuando ella tenía sólo dos años. Desde entonces, lo más lejos de Chicago que había ido era a Nueva York.

Anna pensó en la Olga ficticia, suponiendo que fuese ficticia. ¿Tendría

Olga familia en Moscú? ¿Tendría ganas de volver a verlos? ¿La echarían de menos? ¿Cuánto tiempo había pasado fuera? ¿Había dejado novio o algún lío en Moscú?

Si hubiera sido realmente Olga la que estuviera esperando en la fila de aduanas, ¿habría estado impaciente por pasar para ver a sus seres queridos que estarían al otro lado?

Dmitry le dio un suave apretón, atrayéndola hacia sí.

—¿Estás bien?

—Sólo estaba pensando en Olga —dijo.

Levantó las cejas sorprendido.

—No existió de verdad, ¿sabes?

—Creo que lo sabía. —Se encogió de hombros para transmitir lo que sentía—. Sólo me preguntaba cómo sería.

—¿O cómo sería ser ella? —sugirió Dmitry.

—Sí.

—Tal vez la única diferencia entre ambas es la certeza de que tú eres real y ella no.

Dmitry le dio a Anna un beso suave en la cabeza y la instó a avanzar en la fila. Sólo quedaba una persona por delante de ellos. No eran precisamente libres. Dmitry no le había dado mucha información a su primo Sascha sobre su inesperada visita a Moscú. Era totalmente posible que Sascha le cerrara la puerta a Dmitry en la cara cuando se enterara de lo ocurrido.

—Siguiente —dijo el oficial con tono aburrido.

Dmitry soltó a Anna.

—Venga —le dijo en ruso.

La observó esperando que recordara que supuestamente era rusa nativa. Por lo que había visto hasta el momento, hablaba bien ruso. Tal vez no tan coloquial como el de un nativo, pero de todas formas era calmado y fluido.

El agente de aduanas parecía cansado. Le hizo a Anna las preguntas necesarias sobre el motivo por el que visitaba el país y le preguntó si llevaba algo perecedero. Anna dio las respuestas pertinentes con un ruso correcto.

Dmitry dejó escapar un suspiro de alivio cuando el siguiente agente le indicó que pasara. Para entonces podría haber realizado el proceso hasta dormido, pero cuando vio que el oficial de aduanas abría su pasaporte, se dio cuenta de que le había entregado el pasaporte equivocado. Dmitry viajaba con un puñado de pseudónimos. Se había distraído y le había entregado el

pasaporte real.

Eso no era bueno. Significaba que su padre sabía que Dmitry estaba en el país. Con los contactos que su padre tenía en el gobierno, no tardaba nada en rastrear a alguien. Y Dmitry estaba bastante seguro de que ahora mismo su padre estaría buscando una explicación de por qué la princesa Orlov seguía viva.

—¿Trabajo u ocio? —preguntó el oficial sin interés.

—Vuelvo a casa —dijo Dmitry—, así que imagino que ambos.

—Bienvenido. —El oficial asintió con la cabeza y le indicó que pasara.

Dmitry no se imaginaba cuánto tiempo había pasado desde que ese pasaporte pasó por el sistema. Probablemente según los registros llevaba casi cinco años fuera del país. Estos temas tan complicados no eran nada en comparación con la difícil cuestión de ocuparse de Anna, de los padres de ambos y de la necesidad de mantenerla viva.

El caserón de su primo se encontraba no muy lejos de la Plaza Roja, en una zona antigua de la ciudad. El tren los llevó hasta la plaza y Dmitry decidió que irían caminando desde allí. Anna estaba tan absorta en las vistas que era casi imposible mantener una conversación con ella.

No es que le importara. El tiempo era agradable y había una brisa refrescante que hacía volar los rizos de Anna. Se paró en seco y contempló las características torres del Kremlin, visibles a lo lejos. Vio cómo lo asimilaba todo, memorizando los detalles que más tarde reproduciría en su bloc. A pesar de ser de allí, tenía que admitir que los vivos colores y los vibrantes olores de la ciudad eran impresionantes.

Se dirigió hacia la Catedral de San Basilio y hacia el puente que les permitiría cruzar el río Moscova. Todo era bastante surrealista. No tenían la sensación de estar realmente de vacaciones, pero aun así estaban deambulando observando las vistas como si no fuera más que turistas.

—Es precioso —dijo Anna—. Mi padre nunca la describe así.

—¿Cómo la describe?

—Abarrotada y sucia —reflexionó—. Llena de pobres e indigentes.

—Moscú es como cualquier otra ciudad —respondió Dmitry—. Tiene cultura, pero también tiene bastante pobreza y dolor.

—¿Acaso no es eso la vida? —preguntó. Se detuvo en el puente para mirar los botes que pasaban por debajo de ellos de camino al canal.

—Sí, así es. —Dmitry tuvo dificultades con lo que quería decir—. Me

pregunto si tu padre estará intentando protegerte de esa dura realidad.

—No puedes proteger a alguien de eso sin reprimir su habilidad para vivir —replicó—. La esencia del arte es el contraste. Creo que la vida es igual.

¡Cómo le fascinaba esa mujer! Cada vez que creía haber logrado comprenderla, entender su personalidad, lo sorprendía de nuevo.

Dmitry tomó su mano y deambuló por el puente de camino hacia el barrio que se encontraba al otro lado. Era una situación muy cómoda. Con frecuencia pensaba que le gustaría jubilarse en un lugar similar a ese. Un lugar donde las madres que empujaban carritos de bebé se reunieran en la esquina enfrente del mercado local y donde los pequeños restaurantes montaran las terrazas para atraer a los transeúntes.

—Qué bonito —dijo Anna en voz baja—. ¿Vives aquí?

—No. Mi primo.

Frunció la suave piel del entrecejo.

—¿Dónde vives tú?

—En ningún sitio. En todas partes. —Hizo una mueca—. Vivo donde me lleva el trabajo.

—¿Y ahora vamos a casa de tu primo? —Su voz se elevó unas cuantas notas, haciendo evidente su ansiedad.

—Sascha es como un hermano para mí. —Dmitry esperaba estar diciendo la verdad—. Necesitamos un lugar para descansar. Tengo que encontrar un modo de deshacer todo este lío. Sascha puede ayudarme.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó.

—Ahora mismo no estoy seguro de nada. —Dejó de caminar y se giró hacia ella—. En la vida no hay certezas. Nunca. Lo sabes.

Anna apretó los labios y por un momento, él pensó que iba a discutir. Se relajó un poco cuando accedió. Todo el lenguaje corporal de ella le decía que ya no iba a pelearse con él por este tema.

—No tengo otra opción que fiarme de ti —dijo suavemente—. Debería enfadarme que me hayas acorralado en un rincón, pero no estoy enfadada.

—Se mordió el labio inferior—. Hasta ahora me has mantenido a salvo. Ahora estoy a un millón de kilómetros de casa y tú eres la única cosa conocida que tengo.

Dmitry le sostuvo la cara entre las manos y le besó las mejillas y la punta de la nariz.

—No te decepcionaré, Anna. Te lo prometo.

Capítulo Diez

Dmitry nunca había sido tan consciente de haberle dado a alguien su palabra como cuando llamó a la puerta de Sascha. Había prometido que mantendría a Anna a salvo. ¿Y si no podía cumplirlo?

La puerta se abrió y un hombre sólo unos años más joven que Dmitry salió. Tenía el pelo rubio despeinado y llevaba varios días sin afeitarse. Sus ojos azules se llenaron de desconfianza y cruzó los brazos por encima de su ancho pecho, con aspecto beligerante.

Sascha fijó la mirada en Dmitry.

—El hijo pródigo vuelve a Rusia, pero me pregunto por qué. Especialmente teniendo en cuenta que mi tío te está buscando afanosamente en Estados Unidos.

—Es una larga historia —dijo Dmitry—. Necesitamos un lugar donde descansar unos días y al mismo tiempo necesito tu consejo.

Sascha tensó la mandíbula. Había dejado el negocio familiar cuando su madre falleció, dejándole poco contacto con el padre de Dmitry y poco interés por la forma de operar de la familia. Sascha había seguido su propio camino. Era jornalero y trabajaba mucho. De vez en cuando ayudaba a Dmitry a ganar un dinero extra.

—Entonces será mejor que entréis —dijo Sascha a regañadientes—. ¿Me ibas a presentar a tu preciosa amiga o tienes miedo de que se enamore de mí y se olvide de ti?

Al menos estaba intentando ser agradable. Si hubiera estado realmente enfadado, no se habría molestado. Dmitry le lanzó a Anna una mirada de reojo. Observaba a Sascha como si estuviera fascinada por él. Dmitry soltó un suspiro.

—Anna, este es Sascha Alkaev.

—Anna —dijo Sascha.

Dmitry notó algo en la astuta mirada de Sascha y tuvo la impresión de que su primo sabía qué lugar ocupaba Anna en las familias.

—Encantada de conocerte, Sascha —dijo Anna con una educación impecable—. Es muy amable por tu parte dejar que nos quedemos aquí.

—Mi casa es vuestra casa. Pasad, por favor.

Se apartó de la puerta y los dejó entrar. Dmitry no pudo evitar fijarse en que su primo hizo un escrutinio exhaustivo de la calle y de los edificios circundantes antes de cerrar la puerta.

—Anna, deja que te muestre la planta de arriba. —Sascha le indicó que lo

siguiera—. Estoy seguro de que querrás refrescarte.

—Sí, gracias. —Se frotó los ojos con aspecto dormido—. Necesito una siesta. El *jet lag* me está matando.

—Suele hacerlo —dijo Sascha mientras la guiaba escaleras arriba hacia la segunda planta.

Dmitry escuchó la cháchara despreocupada de su primo y se sintió agradecido por la habilidad de Sascha para hacer que la gente se sintiera cómoda. En esta situación en concreto, sería sin duda útil.

Sascha volvió uno momento después. Dmitry no se había movido de su lugar, al lado de las ventanas frontales. La estrecha casa de Sascha era la última de un grupo de ocho viviendas similares. El edificio era antiguo, pero el alquiler era barato y se encontraba en un barrio agradable.

Era evidente que allí vivía un hombre solo. El salón estaba ocupado casi por completo por un sofá y un televisor. No había muchos otros muebles ni baratijas y muy pocos objetos personales. Sascha era una persona eminentemente práctica.

—¿Tienes hambre? —preguntó Sascha, señalando la cocina.

Dmitry se fijó en el sándwich a medias que había en la mesa.

—No. ¿Hemos interrumpido tu comida?

—Sí. Así que si no os importa... —Sascha levantó una ceja.

Dmitry negó con la cabeza y siguió a su primo a la cocina. Sascha tomó asiento y se bebió de un trago la mitad de la cerveza que había al lado del plato. Dio un mordisco enorme al sándwich y giró el dedo en el aire para indicar a Dmitry que empezara a explicarse.

—Nicolai me envió a Chicago para hacer un trabajo —dijo Dmitry refiriéndose a su padre, a quien siempre llamaba por su nombre—. No me di cuenta de que había descubierto quién estaba detrás del asesinato de Aleksandr.

—¿Cuándo se enteró? —preguntó Sascha. Él también había tenido una estrecha relación con el hermano de Dmitry.

—Unos meses antes. Sabía que estaba investigando, pero no sabía que había descubierto que Alek fue asesinado para advertir a nuestra familia de que abandonara el territorio de los Orlov —dijo Dmitry con amargura. Aún le enfadaba que su hermano hubiera perdido la vida para enviarle un simple mensaje a su codicioso padre.

—¿Y Anna? —preguntó Sascha.

—Me ordenaron que la matara en represalia por la muerte de Alek.

—Entonces sí que es Anna Orlov —meditó Sascha—. Me lo estaba preguntando, pero pensé que nunca serías capaz de hacer semejante estupidez.

—Últimamente creo que puedo hacer todo tipo de estupideces —dijo Dmitry con ironía. Sacó una silla y se sentó pesadamente. Los hechos recientes le pesaban por muchísimas razones—. La he traído aquí porque necesitaba estar lejos de cualquier lugar en el que a cualquiera se le ocurriera buscarla.

—Esto sin duda se ajusta perfectamente a esa descripción—bromeó Sascha—. ¿Has decidido qué haréis después? Quedaros conmigo sólo es una solución temporal. Tu padre no tardará en enterarse.

Dmitry pensó en que había usado por accidente su propio pasaporte para entrar en Moscú.

—Es verdad, sin duda.

—Parece una mujer maravillosa —comentó Sascha lentamente—. Cuesta creer que sea hija de ese bastardo de Orlov.

—¿Tan extraño como pensar que Alek y yo nacióramos de Nicolai Alkaev? —señaló Dmitry.

—Supongo que nadie elige a sus padres —convino Sascha—. Pero tarde o temprano, su padre y el tuyo vendrán a llamar a la puerta.

—Y yo estaré esperándoles. —Dmitry dio un profundo respiro y se dio cuenta de que ciertamente tendría una larga discusión con ambos. Ninguno de los dos se merecía a los hijos que tenía. Era hora de que se dieran cuenta de que tendrían que dejarlos ir.

Anna se acurrucó en la cama mirando hacia la ventana. Contemplaba el patrón de luces y sombras que se filtraba a través de las persianas cerradas. Centrarse en eso evitaba que pensara en otras cosas, como en qué ocurriría cuando su padre descubriera dónde estaba.

La puerta de la habitación chirrió al abrirse, pero Anna no se giró. No le hacía falta mirar. Sabía que era Dmitry. Cada célula de su cuerpo estaba en sintonía con él. Podía oler su aroma característico en el aire y oír el modo en que se movía con esos pasos tan pausados.

Oyó cómo se desvestía y el corazón se le aceleró. Se había duchado, pero no tenía ropa limpia que ponerse, así que estaba desnuda. Cuando Dmitry se deslizó bajo la sábana, no pudo reprimir un pequeño grito de deleite. Su calor era embriagador. Dmitry se acurrucó contra su cuerpo. En esa postura, su

ingle quedaba pegada a su trasero. No pudo evitar retorcerse ligeramente.

—Si te mueves así, no vamos a dormir —le susurró a Anna al oído.

Todo su cuerpo se estremeció de emoción.

—¿Quién ha dicho que quiera dormir?

La besó en el hombro, apartándole el pelo para morder la suave zona de la base del cuello. El correspondiente latido en la vagina hizo que se mareara de excitación. Lo deseaba con desesperación. Nunca había comprendido cómo era sentir tanto deseo. Antes de conocer a Dmitry, nunca había conocido ese tipo de necesidad.

Movió las manos por el cuerpo de ella, pasándolas por las costillas hasta las caderas. Dmitry atrajo hacia sí el trasero de ella y apretó su erección contra su cuerpo. La sensación era excitante. La deseaba. No había forma de ocultarlo. Un fluido espeso humedeció los muslos de Anna, demostrando que ella lo deseaba con la misma intensidad.

Dmitry pasó una mano por encima de su cadera hacia el vientre. La besó en la oreja, haciéndole cosquillas en el lóbulo antes de recorrer con la lengua el sensible contorno de la oreja. Mientras tanto, sus dedos tiraban del vello de su entrepierna. Anna gemía y movía incesantemente las piernas.

—Voy a follarte —dijo Dmitry con voz ronca—. ¿Es eso lo que quieres?

Ella apoyó la cabeza en el hombro de él.

—Sí.

Dmitry apartó la sábana. Aún seguía tumbado detrás de ella, acunándola en su pecho. Ambos estaban recostados de lado. Al tenerla rodeada con sus brazos, estaba completamente a su merced. Le puso la mano en el muslo y le levantó la pierna, apoyándola sobre su propia rodilla. Esa postura dejó su sexo vulnerable y abierto por completo.

Utilizó los dedos para provocarla, tocando su vagina dilatada y moviéndose en círculos sobre su clítoris hasta que su interior se contraía por la necesidad de que la penetrara. Estaba tan húmeda... Cada movimiento de su mano hacía un ruido a mojado que resultaba extrañamente erótico. Ella ya no quería esperar más. Su dura erección se apretaba contra sus nalgas. No podía esperar hasta que se hundiera en ella.

—Quiero que primero te corras para mí, pequeña —le dijo—. Te relajará.

No quería estar relajada. Quería sentirlo dentro de su cuerpo, aunque no podía negar que tener sus dedos entre sus piernas le proporcionaba un placer inigualable. La tocó con suavidad, acariciando sus pliegues húmedos hasta que empezó a retorcerse contra su cuerpo. La rodeó con fuerza por el vientre

con el otro brazo. Ya no podía moverse. La intensidad de su roce en su sexo se hizo insoportable.

El orgasmo le estalló en el cuerpo como si fuera una ola. Gritó y cerró los ojos para aguantarlo. Ya no tenía ninguna sensación de ser una sola persona. Perteneceía a Dmitry. Era suya y sólo suya.

La punta de su miembro empujó contra su vagina. La abrió aún más, levantándole más la pierna para tener mejor acceso a su sexo desde detrás. Sus músculos acogieron su erección cuando la penetró, agarrándolo incluso mientras se hundía hasta su interior.

—Me encanta cómo me haces sentir —dijo con voz áspera—. Eres mía, Anna. Mía. ¿Lo entiendes?

Apenas pudo pronunciar la respuesta.

—S... ¡sí!

Avanzó en su interior, embistiendo contra sus nalgas. El sonido húmedo al entrar y salir de su interior ahogó todo lo demás. Los pensamientos de Anna se confundían. Su conciencia se limitaba únicamente a la sensación de que Dmitry la poseyera por completo. Cada acometida de su miembro la llevaba cada vez más al límite. Cerró los ojos y se rindió a esa sensación. El calor le recorría las extremidades hasta que empezó a sentir un cosquilleo en los dedos de las manos y los pies. Echó la mano hacia atrás y enredó los dedos en el pelo de Dmitry. Un ruido en la habitación la distrajo por un momento, hasta que se dio cuenta de que era ella. Los jadeos agudos acompañaban el sonido del miembro de Dmitry golpeando contra su sexo.

—Córrete para mí, Anna. —El sonido áspero de su voz la llevó al límite.

Gritó y su cuerpo se tensó hasta que sólo el abrazo de Dmitry evitó que se cayera de la cama. Sus músculos internos se apretaron con fuerza y unos segundos más tarde Dmitry gritó en ruso mientras se corría dentro de ella. Le gustó el calor de su semilla en su interior. Se deleitó al saber que en ese momento le pertenecía por completo.

Si antes se había sentido cansada, ahora estaba exhausta, pero era un sentimiento agradable. Los pensamientos que antes la habían acosado ya no eran tan nítidos. Era como si todo eso existiera fuera de esa habitación. En ese momento, le bastaba estar con Dmitry, pertenecerle.

—Duérmete, pequeña —susurró Dmitry—. Ya tendremos tiempo para preocuparnos después de descansar un poco.

Ella bostezó.

—Es decir, los problemas seguirán ahí cuando nos despertemos.

—Nunca se sabe —argumentó—. A veces las cosas se solucionan solas.
Se acurrucó hacia atrás, acercándose a él todo lo que pudo.
—Ojalá.

Capítulo Once

Dmitry se despertó horas más tarde. Se había hecho de noche. El interior de la habitación estaba oscuro y tranquilo. Anna dormía a su lado, acurrucada contra su costado con las manos debajo de la mejilla. Bajo el tenue resplandor de la luz exterior que pasaba a través de la ventana, parecía una niña.

Se frotó los ojos, preguntándose qué le habría despertado. Entonces oyó un ruido como si fueran arañazos. El persistente sonido procedía de la ventana. La habitación en la que dormían se encontraba en la planta baja y tenía fácil acceso al jardín de Sascha. Era útil para escapar en caso de que hubiera una emergencia, pero también los dejaba expuestos. Una idea le rondaba la cabeza, pero el *jet lag* acalló las alarmas que saltaban en su cerebro.

Un trozo redondo de cristal cortado cayó de la ventana, se rompió y esparció trozos de cristal por el suelo. Dmitry rodó para bajar de la cama llevando a Anna consigo. Unos segundos más tarde, dos silbidos apagados fueron seguidos de una nube de plumas cuando las balas acribillaron la cama.

Anna estaba adormilada y desorientada debajo de él. Sus sollozos hicieron que el enfado le corriera por las venas. Si alguien pensaba matarla, iban a toparse con su ira.

—Quédate abajo —le dijo.

No esperó a ver si le respondía. Se arrastró por el suelo sobre los codos. Se le clavaron esquirlas de cristal en los brazos desnudos. Se maldijo en silencio por haber bajado la guardia. Enfrentarse desnudo a lo desconocido era abrumador; hacerlo mientras intentaba proteger a Anna era peligroso.

Alguien estaba trepando hacia la habitación. Un par de botas enormes golpearon el suelo de madera justo al lado de la ventana. Dmitry buscó a tientas en sus pantalones el bolígrafo que siempre llevaba. Se giró para ganar tanta ventaja como fuera posible antes de clavar la punta del bolígrafo en la bota más cercana.

Un grito aterrador resonó en la habitación. Dmitry se puso de pie de un salto. El aspirante a asesino estaba doblado agarrándose el pie. Dmitry le cogió la cabeza y le golpeó la cara con la rodilla. Se desplomó en el suelo. Dmitry se dejó caer sobre sus rodillas, colocando una en la garganta del hombre. La áspera respiración del asesino se volvió más dificultosa cuando Dmitry ejerció más presión.

—¿Quién te ha enviado? —exigió saber Dmitry.

Se esforzó por liberarse de Dmitry, agarrándole la pierna con ambas manos.

—¡Traidor! —escupió—. Tu padre te manda recuerdos.

Dmitry sintió tal furia que le hirvió la sangre. Gruñó y reprimió las ganas de acabar con la vida de ese hombre. Sólo necesitaría hacer un simple giro.

—Adelante —masculló el asesino—. Mátame y después haz el trabajo que te mandaron hacer.

Dmitry le golpeó con el puño en la mandíbula. Bastó un golpe para que el asesino se quedara inmóvil bajo la rodilla de Dmitry. Se sentó sobre sus talones e intentó idear un plan que no acabara con la muerte de Anna.

—¿Está muerto? —La voz de Anna temblaba.

—No.

La miró de reojo. Estaba en el suelo encogida de miedo, rodeándose las rodillas con los brazos. Sus ojos parecían enormes en su cara. Parecía aterrorizada.

—Vístete —le dijo.

Él también se vistió mientras repasaba metódicamente un plan de acción. Tal vez debía enfrentarse a su padre. Exigir otro precio por la muerte de Aleksandr y obligar a su padre a dejar libre a Anna, pero Dmitry no tenía más garantía que su propia vida.

«Valdría la pena».

—Vamos. —Dmitry le tendió la mano a Anna y la levantó del suelo.

Metió los pies en los zapatos antes de seguirlo a trompicones.

—¿Adónde vamos?

Dmitry abrió la puerta del dormitorio. Sascha estaba al otro lado con una pistola en la mano. Su expresión era seria.

—Yo me ocuparé del cuerpo.

—Sigue vivo —refunfuñó Dmitry—, pero es un detalle por tu parte unirte a nosotros.

—¿Vivo? —Sascha alzó las cejas de golpe—. No es muy típico de ti dejar a alguien con vida después de que te hayan atacado.

—No hace falta mosquear a Nicolai más de lo que ya lo he hecho.

Sascha entrecerró los ojos.

—Entonces supongo que lo sacaré por donde ha venido.

—Como quieras. —Dmitry le lanzó a su primo una sonrisa tensa—.

Gracias por dejar que nos quedáramos aquí, estábamos destrozados.

Sascha se fijó en la ventana que el asesino había roto.

—Destrozado es la palabra clave.

—Envíame la factura —dijo Dmitry cogiendo a Anna de la mano y dirigiéndose a la puerta trasera—. Vamos a la residencia principal de mi padre en Rublyovka. Si no sabes nada de mí mañana, búscame allí.

Sascha hizo una mueca.

—Ten cuidado.

—Siempre lo tengo —dijo Dmitry inclinando la cabeza.

Hacía una noche fresca y el aire frío golpeaba a Dmitry en la cara, poniéndole totalmente alerta. Sólo tuvo tiempo suficiente para registrar el chirrido de un motor antes de que tres coches frenaran en el bordillo. Las puertas se abrieron y los hombres salieron disparados del interior.

—Ponte detrás de mí y quédate ahí —Dmitry casi gruñó a Anna.

Ella no habló, pero él sintió que se ponía detrás. El primer atacante no estaba en buena forma. Intentó agarrar a Dmitry por las piernas. Echándose hacia adelante, Dmitry dejó caer su peso sobre los brazos del hombre. El atacante trastabilló, Dmitry le dio una patada y salió despedido. Los asaltantes parecían multiplicarse. Dmitry empujaba y daba patadas, pero arremetían contra él en masa. El grito aterrorizado de Anna hizo que un escalofrío le recorriera la espalda. Le agarró la camiseta y un segundo más tarde se la llevaron.

Se giró intentando divisarla. Lo único que alcanzó a vislumbrar fueron sus piernas, que colgaban sobre el hombro de algún patán. La furia lo llevó al límite. Agarró una parte del cuerpo de quien se encontraba más cerca y la retorció hasta que se rompió. Un grito agonizante dio paso a otro mientras él agarraba todo lo que podía. Metió el pulgar en el ojo de alguien y recibió un golpe en la mejilla como respuesta. Cogió una mano y echó los dedos hacia atrás hasta que se partieron.

Un par de puños golpearon a Dmitry en la base del cuello. Cayó sobre una rodilla. Se le nubló la vista, pero luchó por no perder la consciencia. No podía parar. No cuando la vida de Anna dependía de ello. Agarró una rodilla y la giró hacia un lado, utilizando la ventaja que obtuvo para volver a ponerse en pie.

—¿Quién eres? —preguntó alzando el puño, listo para otra oleada de ataques.

Quedaban cuatro hombres de pie. El más alto dio un paso adelante.

—Trabajamos para Orlov. Te envía recuerdos.

Dmitry tuvo el estúpido pensamiento de que estaba harto de que todos le

enviaran «recuerdos». Su padre, el padre de Anna... ¿no podían todos apartarse y dejarles en paz?

—No quiero hacerle daño —explicó con sequedad—. Está en peligro. No lo entendéis.

—Es su padre quien tiene que decidir eso. —El hombre alto frunció el labio.

Dmitry tomó una decisión instantánea. Levantó las manos en un gesto de rendición.

—Llevadme con ella. Ivan Orlov tiene que oír lo que tengo que decirle.

Anna no veía nada a través de la bolsa que los hombres le habían puesto en la cabeza. Tenía las manos atadas y apenas podía respirar. La bolsa olía a repollo rancio y casi se le revolvió el estómago. Si hubiera comido algo, habría vomitado por todo el coche. Por supuesto, esos idiotas se lo habrían merecido. ¡La acababan de raptar en medio de la calle!

—¿Adónde me lleváis? —exigió saber por lo que le pareció la enésima vez.

Alguien que estaba en el asiento delantero gruñó.

—Tu padre ha venido a rescatarte, Anna. Tranquilízate.

—¿Qué? —Su voz era tan estridente que le crujieron los oídos en respuesta—. ¡No tenéis ni idea de lo que estáis haciendo! Tenéis que volver a por Dmitry. ¡Me está ayudando, idiotas!

Alguien resopló burlonamente y hubo un aluvión de frases en ruso procedentes del asiento delantero, pero nadie le dio más explicaciones. El coche cogió una curva a toda velocidad y salió despedida hacia el cuerpo cálido que había a su derecha. Tras otro brusco giro a la derecha, pareció que entraban en algún tipo de acceso. El conductor pisó con fuerza los frenos y el vehículo se detuvo tan rápidamente que tuvo la sensación de que se había estampado contra una pared.

—¡Fuera, fuera, fuera! —Alguien la sacó del asiento delantero.

Ella tropezó e intentó recuperar el equilibrio a pesar de que sus manos seguían atadas. Le dio un golpe a algo con la punta del pie y se habría caído si no la hubieran sujetado dos pares de manos que la volvieron a poner de pie.

Hubo un torbellino de sonidos a su alrededor. Conversaciones en voz baja en ruso, ucraniano e inglés y el repicar y el ajeteo de unas puertas de ascensor le dieron la impresión de encontrarse en un hotel. En cierto modo tenía sentido, pero ¿por qué nadie iba a ayudarla? ¿Era común en ese lugar

ver cómo arrastraban a mujeres por el vestíbulo con las manos atadas y los ojos cubiertos? Sin duda Rusia no podía ser un país tan bárbaro.

—Disculpen, señores. —Una voz dubitativa habló en algún lugar a su derecha.

Alguien le hizo callar.

—Están con Ivan Orlov.

A continuación hubo un silencioso intercambio de palabras, pero básicamente el mensaje era que nadie ayudaría a Anna. Ahora no. Si quería salir de ese lío, tendría que conseguirlo por sí misma. Era hora de dejar de ser la damisela en apuros e idear su propio plan.

Sus escoltas se detuvieron. Se oyó un ascensor. Todos entraron y las puertas se cerraron con un silbido. La sensación de vértigo casi la sobrepasó cuando empezaron a subir probablemente al ático. Sentía que había tres hombres con ella en el ascensor; el cuarto se había quedado en la planta baja, probablemente para vigilar.

El ascensor chirrió al detenerse y las puertas se abrieron.

—Vamos, princesa —musitó alguien.

Anna dio un traspié al avanzar. Durante la mayor parte de su vida había recibido órdenes, pero nunca antes la habían tratado así. La indignación dio paso a la furia. Cuando alguien le quitó la bolsa de la cabeza, estaba lista para pelear con uñas y dientes.

—Anna. —La conocida voz de su padre no hizo nada por calmar su enfado.

Echó un rápido vistazo a la habitación. La lujosa suite tenía ventanas con vistas a las luces de la ciudad. Estaban muy arriba. Su padre estaba sentado en uno de los dos sofás con un suntuoso brocado. Cruzó las piernas, se recostó relajado y le indicó que tomara asiento.

—No, gracias. Creo que prefiero estar de pie —soltó.

—Anna, no seas ridícula. —Su tono paciente sólo sirvió para enfadarla más—. El hombre con el que estabas es un asesino de los Alkaev.

—Sí, y decidió no hacerme daño. De hecho, me ha estado protegiendo —dijo Anna fervientemente—. ¡No lo entiendes! Llevas años entrometiéndote en mi vida. Me tienes encerrada como a una princesa en una torre. ¡No tengo vida!

—No seas ridícula. —Ivan Orlov restó importancia a sus preocupaciones, como si no fuera más que una adolescente despotricando—. Te permito que sigas con tus obras de arte, ¿no es así? ¿Acaso no he apoyado esa tontería?

—¡Pero piensas que es una tontería! —contraatacó—. ¡Quiero estar libre de ti!

Por un momento pareció alarmado, pero sus rasgos volvieron a suavizarse y a transmitir seguridad.

—No sabes lo que dices. Es cierto que he sido... por así decirlo... ¿sobreprotector?

—¿En serio? —Anna dio un pisotón—. ¿Sobreprotector? Yo diría agobiante. Soy una mujer adulta perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones, padre. No necesito que dirijas mi vida. No quiero ser parte de tu mundo. Quiero estar en el mío. Por favor. —Le dirigió la mirada más sincera que pudo—. Deja que me vaya.

Le lanzó una larga mirada. Apretó los labios formando una fina línea y sacudió la cabeza como si lo que tenía que decir realmente le doliera.

—No puedo hacer eso.

Capítulo Doce

Anna parpadeó ante su padre boquiabierta. Nunca antes se le había pasado por la cabeza que pudiera convertirse en prisionera de su propia familia y eso era exactamente lo que había ocurrido.

Uno de los matones de su padre dio un paso adelante. Miró vacilante a Anna y a Ivan. El hombre no parecía entusiasmado por el mensaje que tenía que entregar.

—Disculpe, señor.

—¿Qué? —soltó Ivan fulminándolo con la mirada.

—Dmitry Alkaev desea verle. —El mensajero se removía incómodo. Su padre entrecerró los ojos.

—¿Está aquí?

—Sí. Se ha rendido y ha pedido hablar con usted. Pensamos que tal vez querría utilizarlo para tener ventaja. —La mirada del lacayo se volvió hacia Anna.

Se le aceleró el pulso. ¿Dmitry estaba allí? ¿En qué estaba pensando? Iba a conseguir que le mataran. La mente de Anna daba vueltas mientras intentaba descifrar la mejor forma de actuar. Tanto ella como Dmitry estaban metidos en un lío provocado por sus familias.

La puerta doble de la suite se abrió de golpe. Dos de los hombres de su padre entraron en la habitación empujando a Dmitry delante de ellos. Tenía las manos atadas a la espalda con bridas pero su rostro sólo mostraba una tranquila determinación.

Anna se llevó las manos a la boca, pero antes se le escapó un pequeño chillido de angustia. Dmitry inclinó la cabeza, pero no se giró para mirarla. Ella luchó por mantenerse bajo control. No era el momento de que perdiera la cabeza.

—Dmitry Alkaev. —Ivan Orlov toqueteó su vaso antes de dar un sorbo de vodka—. Es un detalle por tu parte venir tranquilamente y ahorrarnos el esfuerzo de perseguirte.

—Basta con una invitación educada —dijo Dmitry despreocupadamente—. Tus hombres no han sido precisamente educados esta noche.

—Has lisiado a unos cuantos. —La voz de su padre era plana. Dmitry se encogió de hombros.

—Recibieron lo que se merecían, pero no estoy aquí por eso.

—Entonces, cuéntame —dijo su padre.

Anna se retorció las manos. Se sentía completamente incapaz de ayudar. O peor que eso, se sentía inútil. ¿Por qué siempre estaba en segundo plano, incapaz de hacer algo?

—Mi padre cree que tú ordenaste matar a mi hermano, Aleksandr Alkaev. —El tono de Dmitry era tranquilo, pero sus palabras eran afiladas.

—Puede ser. Tu padre era muy ambicioso en aquel momento. Sus intereses siempre trasgredían el territorio que es propiedad desde hace mucho de los Orlov. —Ivan se examinó las uñas antes de dar otro trago de vodka.

—Independientemente de los motivos que tuvieras para matar a mi hermano, la cuestión es que mi padre te considera responsable. Como represalia, ha mandado matar a Anna. —Dmitry exhaló un largo y lento suspiro—. Y te prometo que no pararán hasta que esté muerta.

—¿Te contrataron a ti para hacerlo? —Ivan entrecerró los ojos.

Dmitry asintió brevemente.

—Lo rechacé. Anna es tan inocente como lo era mi hermano.

—Aún hay más —dijo Ivan con curiosidad.

Anna vio cómo los dos hombres se enfrentaban. Apretó las manos a ambos lados de su cuerpo para quedarse quieta. Tenía tantas ganas de correr hacia Dmitry... Pero sabía que no era el momento.

—Estoy enamorado de tu hija. —Las palabras de Dmitry eran sencillas pero firmes—. La habría mantenido a salvo si no hubieras interferido.

—¿Yo he interferido? —Ivan resopló. Tomó aire para decir algo más, pero no llegó a pronunciar las palabras. Un ruido en el pasillo atrajo su atención brevemente.

Hubo un sonido inconfundible de un cuerpo siendo empujado contra la puerta. La madera chirrió mientras la puerta traqueteaba sobre sus bisagras. Anna dejó escapar un grito ahogado y su vista se posó inmediatamente en Dmitry. Estaba totalmente amenazador con la mandíbula apretada.

Hubo un débil chasquido y los ojos de Dmitry se abrieron. El mundo entero pareció ir a cámara lenta mientras Dmitry echaba a correr hacia ella. Dio un salto, estirando los brazos para pasar las manos por debajo de los pies. Su cuerpo golpeó el de ella y ambos cayeron al suelo mientras la primera ráfaga de balas acribillaba la puerta y se esparcían por la suite.

Los jarrones se hicieron pedazos, los cuadros cayeron sobre el suelo de mármol y el sofá estalló en nubes de plumas mientras la ráfaga de rápidos disparos continuaba. Dmitry la mantuvo debajo de su cuerpo, protegiéndola. Ella se tapó los oídos. El penetrante martilleo le dejó los nervios hechos

jirones. No veía a su padre y rezó por que también él se hubiera puesto a cubierto.

Se oyó un grito y Anna se esforzó por mirar bajo el peso de Dmitry hacia donde se encontraban los hombres de su padre intentando reaccionar.

Empezaron a gritar en ruso y devolvieron las balas. Al final, el número uno de su padre, Kostya, apareció en medio de la habitación. Sostenía una pistola en una mano y usaba la otra para hacerle señas a su padre.

—Anna, coge la navaja que tengo en la bota derecha y corta las bridas, por favor. —El tono de Dmitry no revelaba ni un ápice de preocupación por la locura que estaba sucediendo a su alrededor. Estaba totalmente tranquilo.

Se esforzó por ponerse boca abajo. Se dio cuenta de que aún llevaba el vestido que se puso dos noches atrás. ¿Cómo podían haber llegado tan lejos las cosas? Era difícil hacerse a la idea de lo que le estaba ocurriendo.

Metió los dedos rápidamente en la bota de Dmitry y encontró la navaja. La abrió con torpeza y se giró de nuevo para alcanzar sus manos. Con cuidado de no cortarle, serró la brida de plástico. Le pareció que tardaba una eternidad en partirla en dos.

Dmitry inmediatamente separó las manos y se puso de pie. Se inclinó y ayudó con cuidado a Anna a levantarse. A ella le temblaban las piernas y apenas podía sostener su propio peso. Rodeó a Dmitry por la cintura, buscando consuelo automáticamente. La abrazó contra sí y le susurró con amabilidad unas cariñosas palabras de consuelo en ruso. Anna cerró los ojos con fuerza y deseó que todo terminara.

Dmitry sostuvo a Anna contra su pecho y dejó escapar un suspiro de alivio. Había sobrevivido a un segundo intento de asesinato. A tres, si contaba su propio plan, que no le entusiasmaba mucho. De todas formas, no podían seguir esquivando balas. En algún momento tenía que parar. La primera tarea era conseguir que su padre retrocediera.

Ivan lo observaba enfadado con los ojos muy abiertos.

—Aléjate de mi hija —soltó.

—Padre, no. —Anna se separó del abrazo de Dmitry y se colocó delante de él.

A Dmitry no le gustaba la idea de que ella estuviera entre él y el peligro, aunque entendía por qué lo hacía. Él deslizó los brazos por detrás de ella y la sostuvo con fuerza contra su cuerpo. Era maravilloso sentirla. Incluso bajo esas demenciales circunstancias, ella valía todo lo que él tuviera que dar.

—Hija, enviaron a este hombre a que te asesinara. —Ivan cerró los puños y apretó los labios con nerviosismo—. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero me ha salvado muchas veces, ¿tú no lo entiendes? Le quiero. Quiero estar con él. Y si eso significa que tengo que darte la espalda, lo haré. —El tono de Anna era tan firme que hizo que Dmitry se estremeciera. Nadie había luchado nunca por él de esa manera.

Ivan posó su mirada en Dmitry.

—¿Tu padre cree que yo soy responsable de la muerte de tu hermano?

—Sí.

—No fui yo. —Ivan hizo una mueca—. En ese momento, había un hombre en mi organización que actuaba de manera independiente. Tenía ideas diferentes sobre cómo tenían que ser las cosas. Cuando me enteré de que había mandado matar a Aleksandr por su deseo de expulsar a tu padre de nuestro territorio, lo desterré.

—Y ¿adónde fue? —preguntó Dmitry. Se le hizo un nudo en el estómago que le decía que la conversación no iba a acabar bien.

Ivan negó con la cabeza.

—Huyó de mi casa y se metió en la red de tu padre.

—Aloysha —dijo Anna con un grito ahogado. Tembló, sin duda recordando algo especialmente desagradable del antiguo soldado de su padre—. Te refieres a Aloysha Pavlovich.

Dmitry maldijo. Aloysha era uno de los hombres de mayor confianza de Nicolai Alkaev. Ocupaba un puesto alto en la organización de los Alkaev casi a la altura del de Dmitry. De hecho, la mayoría de esa confianza se la había ganado con información interna sobre los Orlov. Aloysha era un sicario que se encargaba de los asesinatos y de cobrar las deudas. Nicolai lo quería como a un hijo, sobre todo porque era muy eficiente en su trabajo. No sería fácil convencer a Nicolai de que Aloysha era un traidor.

—¿Tienes pruebas? —preguntó Dmitry en voz baja—. Voy a necesitar más que la palabra del enemigo más antiguo de mi padre para desacreditar a su favorito.

Ivan rió.

—Pregúntale a tu padre quién le dio la información sobre la muerte de Aleksandr. Pregúntale por qué Aloysha mintió sobre su implicación. Recuérdale a tu padre que la serpiente que tiene alrededor del cuello a veces puede aparentar ser su amiga.

Dmitry miró fijamente al padre de Anna. Tenía mil motivos para mentir,

pero el instinto de Dmitry le decía lo contrario.

Dmitry bajó la mirada hacia Anna y suspiró.

—¿Le crees?

—Sí —dijo sin vacilar—. Mi padre es muchas cosas. Ni siquiera pretendo creer que es un buen hombre, pero nunca mataría al hijo de otro hombre. Ni siquiera al de su enemigo.

A Dmitry eso le bastaba. Miró a Ivan y asintió.

—Me voy a ir de aquí y tus hombres dejarán que me vaya.

—¿Por qué haríamos algo así? —Ivan levantó una ceja.

Dmitry se preguntó con cuánta fuerza le estallaría esto en la cara.

—Porque voy a hablar con mi padre para arreglar todo esto.

—Voy contigo —dijo Anna; su mandíbula denotaba obstinación.

—No, cariño. —Dmitry le puso un dedo bajo la barbilla y le levantó la cara ligeramente para que lo mirara—. No podría vivir sabiendo que te he hecho correr más peligro.

—Pero quiero ayudar. Sin duda tu padre te creería si yo te respaldara.

Su ingenuidad era adorable, pero de ninguna manera Dmitry asumiría ese riesgo.

—Probablemente le daríamos a mi padre un rehén que usar contra el tuyo.

—Ah. —Frunció el ceño—. No se me había ocurrido eso.

—Quédate aquí. Estarás segura con los hombres de tu padre.

Esperaba tener razón. Teniendo en cuenta las circunstancias, era probable que Aloysa estuviera detrás de este ataque. Era lo suficientemente atrevido como para intentar enfrentarse a toda la mafia Orlov.

—No quiero que hagas esto solo —susurró con sus enormes ojos azules bañados en lágrimas. Dmitry resistió las ganas de besarla allí mismo, enfrente de su padre.

—Espera aquí, amor. Volveré a por ti. —Dmitry rezó por poder cumplir su palabra—. Te lo prometo.

—¿Después adónde iremos? —La expresión de su cara traslucía miedo y expectación—. Estoy cansada de correr de un lado a otro intentando que no me disparen.

Dmitry rió.

—Piensa en dónde te gustaría ir cuando todo esto de correr sea cosa del pasado. ¿Qué te gustaría dibujar?

—A ti. —Le rodeó el cuello con los brazos y apretó con fuerza.

Dmitry le devolvió el abrazo, preguntándose si alguna vez podría hacerlo

de nuevo. El mundo en el que vivían era increíblemente incierto. Su padre podría perdonarle la vida y un segundo después ordenarle a alguien como Aloysha que lo matara.

—De verdad quieres a mi hija —dijo Ivan en voz baja. Se movió hacia ellos con lentitud, como si temiera ser rechazado—. Has usado tu cuerpo para protegerla cuando yo no pude.

—Anna lo es todo para mí. —Dmitry deseó poder explicar adecuadamente lo que eso significaba, pero no tenía las palabras—. Ahora planeo hacer real la posibilidad de un futuro juntos.

Capítulo Trece

Anna caminaba enérgicamente de un lado a otro de la habitación. Si su padre y Dmitry pensaban que iba a quedarse esperando de brazos cruzados en la acribillada suite del hotel, o eran arrogantes o estaban locos. No podía sentarse y quedarse quieta. Lo único que tenía en mente era la posibilidad de que Dmitry estuviera dirigiéndose hacia una trampa y que le tendieran una emboscada. Si un hombre como Aloysha había asesinado al hermano de Dmitry, no dudaría en matar a Dmitry de un disparo. Necesitaba a alguien que lo respaldara. Tenía que ser alguien que Aloysha nunca se esperara. Como Anna.

Miró fijamente la mesilla de noche. Su padre había pedido somníferos y una agradable jarra con chocolate caliente para ella. Había dicho que era para ayudarla a calmarse. Ella lo conocía bien. Estaba intentando dejarla inconsciente.

Mirando pensativa las dos pastillas puestas inofensivamente sobre la superficie de la mesa, se preguntó con cuánta rapidez tendrían efecto, preferiblemente en alguien como Vassily. Él era un hombre bastante grande. Evidentemente, no quería matarlo, pero necesitaba que durmiera. En ese instante.

Se aproximó a grandes zancadas a la mesilla, cogió el frasco de pastillas y lo giró sobre las palmas de las manos. Conocía la prescripción porque las tenía en casa. Normalmente la hacían dormir bastante rápido y la mantenían así toda la noche.

«Me pregunto...».

Llenó rápidamente dos tazas del humeante chocolate caliente y echó dos pastillas en la roja. Utilizó un mezclador para mover el medicamento hasta que se disolvió. Entonces, dio un profundo respiro intentando pensar en cosas positivas.

—¡Vassily! —gritó.

Su guardaespaldas abrió la puerta de la habitación con una expresión amarga en la cara. Si Vassily ya había estado molesto con ella antes, probablemente ahora la odiaba, después de que lo hubiera engañado. No podía culparlo por su actitud. Ella era un objetivo horrible al que vigilar. No es que hiciera el trabajo de Vassily más difícil intencionadamente, pero no soportaba estar encerrada todo el tiempo como una princesa en una torre de oro.

—Si piensas que te vas a ir, más te vale pensártelo otra vez —dijo Vassily

con un gruñido. Su expresión era beligerante—. Si me das un problema más, tendré permiso para esposarte a las cañerías.

—Eh, relájate. —Anna señaló las tazas—. Sólo iba a preguntarte si querías una taza de chocolate. —Era pan comido. A Vassily le encantaba el chocolate caliente, pero ella podía hacer la oferta más atractiva para engatusarlo más. Le dirigió una sonrisa conciliadora—. Te echo un chupito de vodka.

Cogiendo deliberadamente la botella de vodka de la mesilla, vertió una generosa cantidad en la taza roja. Como mínimo, el alcohol eliminaría cualquier sabor a los somníferos. Le tendió a Vassily la taza e intentó parecer amable.

—¿Me estás ofreciendo chocolate caliente? —parecía confuso.

Ella señaló la taza.

—Claro, es lo menos que puedo hacer después de todos los problemas que te he causado.

Vassily dio un gran trago de la bebida caliente, cerrando los ojos y disfrutando del sabor. Anna se encogió, en parte al imaginar lo que para ella era un sabor desagradable y también por lo que estaba a punto de hacer.

Intentando mostrarse todo lo tranquila que pudo, cogió la botella de vodka. La agarró por el cuello y esperó a que Vassily tomara otro vaso. Cuando cerró los ojos, le golpeó rápidamente. La fina botella hizo un ruido fuerte contra la base de su cabeza. Anna hizo una mueca de dolor, sintiéndose mal cuando los ojos se le volvieron hacia atrás antes de que cayera desplomado al suelo.

—Lo siento —murmuró.

Esta vez realmente sentía ponerle las cosas tan difíciles. Ese hombre realmente necesitaba buscar otro tipo de trabajo.

Pensó en intentar mover a ese gran hombre a la cama o algo así, pero supuso que sólo acabaría haciéndole más daño. En lugar de eso, cogió una almohada y una manta de la cama e intentó poner más cómodo a Vassily.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Anna se puso las botas y la chaqueta. Cogió su bolso y se dirigió hacia la puerta. Fue entonces cuando se le ocurrió. Vassily tenía una pistola. Podría resultarle útil si pasaba algo. No es que ella fuera precisamente una experta, pero había aprendido algunas técnicas a lo largo de los años.

Anna se agachó al lado de su guardaespaldas, metió la mano con cuidado por debajo de su chaqueta y se hizo con su pistola semiautomática.

Comprobó que el seguro estuviera puesto y la metió en el bolso. Se pasó la tira del bolso por el hombro y se dirigió a la puerta de la habitación.

La suite estaba vacía. El resto de los hombres de su padre habían sido enviados a investigar sobre el reciente ataque y a limpiar todo ese desastre. Anna abrió con cuidado las puertas principales. Estaban casi destrozadas por los disparos. Todo el lugar parecía un campo de batalla. Pensar que Dmitry estuviera metiéndose en una emboscada como esa le hizo sentir náuseas en el estómago. No podía perderlo. Ahora no.

Entro con cautela en el pasillo. No había ningún ruido en el corredor. Sin duda los otros huéspedes tenían miedo de salir de sus habitaciones. De todas formas, ¿qué le decía un hotel a la gente en situaciones así? Parecía el argumento de una película mala.

Anna recorrió el pasillo de puntillas hasta la escalera más próxima. Una vez allí, dejó escapar un suspiro de alivio. Lo único que necesitaba hacer era bajar varios tramos de escaleras y coger un taxi hacia la casa de los Alkaev. Por supuesto, ella sólo sabía que estaba en el barrio de Rublyovka, pero sin duda un taxista sabría algo. No podía haber muchas familias mafiosas en una de las zonas más caras de Moscú.

—Hola, Anna. —Una voz masculina y grave surgió de entre las sombras—. Es un detalle por tu parte ahorrarme la molestia de tener que ir a por ti.

El corazón casi le dejó de latir.

—Aloysha —susurró.

—Me parece muy divertido que me haya convertido en una leyenda. —Parecía complacido—. Especialmente teniendo en cuenta que tú y yo siempre hemos tenido un acuerdo formal entre nosotros. Tú te apartas de mi camino y yo me callo tus escapadas nocturnas a esas ridículas inauguraciones de galerías y muestras de arte. En serio, no tienes ni pizca de sentido común en esa preciosa cabecita.

—Y tú los únicos pensamientos que tienes están relacionados con ganar un poder que no te mereces.

Habló sin pensar en las consecuencias. Una vez pronunció esas palabras, tomó aire y esperó su respuesta.

Desde un punto de vista físico, Aloysha era muy apropiado para una vida en la sombra. No había nada destacable en él. Era de altura y complexión normales con los ojos y el pelo marrones. Se habría olvidado de él en un día si no fuera por todas las cosas horribles que había hecho.

Él entrecerró los ojos y plegó la solapa de su chaqueta para mostrarle que llevaba un arma.

—Da igual lo que puedas pensar de los motivos que tuve en el pasado, ahora estás a mi merced. ¿Nos vamos?

Anna pensó en la pistola que le había quitado a Vassily y que había metido en el bolso. Por ahora no hacía falta mostrar todas sus cartas. Si Aloysha hubiera querido matarla, ya lo habría hecho. Al parecer tenía otra cosa en mente.

«Al menos ya no tengo que preocuparme por encontrar la casa correcta en Rublyovka».

Dmitry estaba de pie frente a su padre y se obligó a no moverse con nerviosismo. No había conseguido pasar más allá de la puerta de entrada antes de que lo rodeara un contingente de hombres Alkaev armados. Por lo visto, su padre estaba más enfadado por la decisión de Dmitry de no cumplir el encargo de Anna Orlov de lo que había previsto.

—Mi propio hijo... Un traidor. —Las palabras nasales en ruso de Nicolai resonaron en el cavernoso recibidor de mármol y piedra.

Dmitry permaneció en silencio. No había nada que hacer hasta que Nicolai se desahogara por completo. Contó a los hombres de su padre. Había cuatro en la galería de la planta superior, colocados intercaladamente. Dos más flanqueaban a Dmitry y su padre se encontraba a unos buenos tres metros en el centro de todo. No había ni rastro de Aloysha.

«De momento».

—Los Orlov dieron la orden de matar a tu hermano —dijo Nicolai con fervor— y aun así te has unido al enemigo. Te has acostado con el enemigo. ¿Cómo puedes considerarte un Alkaev? ¿Qué clase de hombre le da la espalda a su propio hermano y se acuesta con su asesino?

—Anna no tuvo nada que ver con la muerte de Aleksandr —dijo Dmitry con calma—. Y su padre tampoco.

—¡Bah! —bramó su padre. Agitó una mano—. Piensas con la polla, no con la cabeza.

—¿Y tú? —Dmitry escogió sus palabras con cuidado—. Has aceptado la palabra de un hombre que una vez estuvo muy metido en los negocios de los Orlov. ¿Te has preguntado si estaba sirviendo a sus propios intereses en vez de a los tuyos?

—Aloysha es leal.

—A sí mismo —replicó Dmitry—. Lo expulsaron de la organización de los Orlov por matar a Aleksandr sin permiso. Ivan no ordenó su asesinato. Aloysha actuó por cuenta propia. Cuando se le recibió aquí con los brazos abiertos, decidió usar tu dolor para arreglar el lío en el que se había metido y devolvérsela a su antiguo jefe.

—Una historia preciosa, pero es todo mentira. —Aloysha entró en el recibidor por la entrada trasera.

A Dmitry se le encogió el estómago al darse cuenta de que Aloysha arrastraba a Anna tras de sí. Con una mano agarrándole el brazo y la otra hundida en su pelo, estaba verdaderamente atrapada.

Dmitry apretó los puños furioso. A Anna no le haría ningún bien que él perdiera los estribos. Los matarían a ambos. Dmitry se fijó en su expresión resuelta. Él veía su miedo, pero estaba controlándolo de manera excepcional. Su mirada se posó en la de él por un instante. El corazón le dio un vuelco. No importaba qué más ocurriera, iba a sacarla viva de esta.

Aloysha se giró para dirigirse a Nicolai.

—Mira lo que me he encontrado escondido en el hotel de Ivan Orlov. El cagón de tu hijo fue demasiado débil para hacer su trabajo. Una vez más, soy yo quien tiene que arreglar sus errores y terminar lo que él no pudo acabar. ¿Por qué no le cortamos el cuello a la chica y acabamos con todo esto?

—Mi Aloysha siempre con tanta ansia por derramar sangre. —Nicolai sonrió como un padre demasiado indulgente—. Cuéntamelo otra vez. ¿De dónde sacaste la información sobre la muerte de mi Aleksandr?

—Ivan dio la orden de matar a Aleksandr. —Aloysha sonaba impaciente—. Ya te lo he dicho.

—Mentira —soltó Anna—. Mi padre te desterró después de que mataras a ese chico. Aleksandr Alkaev era inocente. Los Orlov no matan a inocentes.

—¡Silencio! —Aloysha abofeteó a Anna con tanta fuerza que le echó la cabeza hacia atrás.

Incapaz de controlar su reacción, Dmitry se lanzó hacia adelante. Los hombres que había a ambos lados lo agarraron de los brazos y lo arrastraron hacia atrás. La expresión de Nicolai se tornó pensativa. Dmitry deseaba que su padre no fuera un estúpido. Sin duda incluso ese hombre amargado podía ver que Aloysha no le estaba contando todo.

—Me dijiste que Ivan ordenó el asesinato. —Nicolai se tiraba de la barba pensativo—. También me dijiste que eras su mano derecha, el hombre que llevaba a cabo todas sus órdenes.

—Sí, era un miembro valorado de la familia Orlov —dijo Aloysha engreído, sin percatarse siquiera de su error.

—¿Por qué llevaste a cabo el encargo de mi hijo —exigió saber Nicolai— si sabías que estaba mal, tal y como me dijiste la primera vez que viniste suplicándome trabajo?

Aloysha abrió la boca, pero fue incapaz de articular palabra. Dmitry vio cómo se esforzaba por buscar una respuesta. Si Dmitry iba a persuadir a su padre, ese era el momento.

—No puede decírtelo porque está mintiendo —dijo Dmitry con claridad—. Si realmente le hubiera ordenado Ivan que matara a mi hermano, debería haber sabido que estaba mal. Del mismo modo que yo supe que sería un error matar a Anna por algo que no era culpa suya. —Dmitry miró fijamente a su padre—. La quiero, Nicolai. Si aún deseas descargar tu ira sobre ella, te pido que acabes con mi vida en vez de con la suya

—¡No! —La reacción de Anna fue ferviente e inmediata—. ¡No le hagas daño, por favor! —Volvió a forcejear para liberarse de Aloysha—. Mátame a mí. Cógeme a mí. No hagas daño a Dmitry.

Nicolai se los quedó mirando con las cejas unidas y confuso.

—No he visto más estupidez en mi vida. —Miró a los hombres que tenía en la galería e hizo unos cuantos comentarios en ruso sobre la imbecilidad del amor juvenil. Las risas resonaron en la habitación. Entonces Nicolai inclinó la cabeza y pasó la mirada de Dmitry a Anna.

—Supongo que debo intentar reflexionar sobre este tema si los dos estáis dispuestos a morir por ello.

Capítulo Catorce

Anna temía respirar. Era una auténtica locura. Nicolai bromeaba sobre los jóvenes enamorados y Aloysha aún la retenía como rehén en territorio enemigo. ¿Acaso Nicolai no tenía ni idea de lo que Aloysha era capaz de hacer? Ella realmente sentía cómo aumentaba su nerviosismo a cada segundo que el humor de Nicolai parecía ir aligerándose.

—¿Tenemos un acuerdo para retirar la orden de matar a Anna? —Dmitry presionó a Nicolai. Evidentemente esperaba poner fin a la confrontación de un plumazo.

Aloysha estaba totalmente absorta en la interacción. Sentía que estaba concentrado en Dmitry. El odio que Aloysha sentía por él era palpable. Anna movió el bolso que tenía en el hombro intentando no empujar a Aloysha en el proceso. Metió la mano en la abertura, la cerró en torno a la pistola de Vassily e intentó reprimir el cosquilleo que sentía en el estómago. ¿De verdad iba a hacerlo? ¿Y si acababa matándolos a todos?

Nicolai, complacido, le lanzó una sonrisa a Dmitry.

—Recuerdo cómo era ser joven y estúpido. A lo mejor crees que sientes amor por esta... —Nicolai señaló a Anna— *krasivaya devushka*, pero esos sentimientos no tardarán en desaparecer. Y entonces, ¿qué?

Anna no estaba segura de si sentirse halagada por que Nicolai la hubiera llamado guapa o insultada porque estaba menospreciando lo que Anna y Dmitry sentían. El hombre era sin duda insufrible.

Aloysha hizo un ruido de burla y miró a Nicolai frunciendo el labio.

—No puedes pretender ignorar de nuevo el fracaso de Dmitry. ¿De qué sirve un hombre que no puede actuar por el bien de su familia?

—Dmitry tiene un largo historial de encargos que ha cumplido con éxito. —Nicolai hizo un gesto con la mano, restando importancia a los comentarios de Aloysha con absoluto desdén—. Es mi hijo. Un día ocupará mi lugar. Tal vez harías bien en recordarlo.

Anna dio un rápido respiro cuando la mano de Aloysha se cerró con fuerza sobre su brazo. Estaba temblando de furia. Supo que después tendría cardenales. ¿Qué había esperado Aloysha? Su padre siempre había sospechado que tenía expectativas de ascender a un puesto de poder mucho más allá de su alcance. Había escuchado fragmentos de conversaciones al respecto, aunque nunca había entendido lo que significaba hasta ahora.

Aloysha giró la pistola hacia Nicolai, apuntándolo con firmeza.

—Eres un viejo imbécil. Tal vez harías bien en recordarlo.

—¡Estúpido insolente! —Nicolai les dio una orden a sus hombres en ruso, pero no se movieron.

Anna y Dmitry se miraron. Se dieron cuenta al mismo tiempo de que Aloysha había hecho mucho más daño del que nadie podría imaginar. Dmitry se quedó siniestramente inmóvil. Ya lo había visto antes así. Su gran cuerpo estaba tenso y listo para pelear. Anna apretó los dientes y se preparó para hacer lo mismo.

—¡Viejo imbécil! —se burló Aloysha—. Eres tan patético como tus hijos. Cuando puse la pistola entre los ojos de Aleksandr y apreté el gatillo, suplicó. ¡Suplicó! Nunca antes había visto una muestra tan humillante de debilidad. Entonces supe que sería fácil hacerte a un lado.

Sorprendentemente, Nicolai no pareció alterarse. Su rostro permanecía con una expresión pétreo que no revelaba ni un ápice de miedo o incertidumbre.

—Parece que me puse una serpiente en el cuello cuando te di la oportunidad de demostrar lo que valías.

—Sí, eso parece —rió Aloysha. El chirriante sonido hizo que a Anna se le pusiera el vello de punta.

Agarró la pistola que tenía en el bolso, pasando con cuidado el gatillo por el borde del tejido. No era precisamente algo que hubiera hecho antes. De todos modos, ¿cuál era la forma adecuada de interrumpir el discurso sobre la dominación del mundo de un malvado villano? ¿Y si cometía un error que les costara la vida a Dmitry y a Nicolai?

—Ahora que todos tenemos claras las cosas, creo que es hora de empezar a atar cabos sueltos. —Aloysha se dirigió a los hombres situados en la galería—. Es hora de tomar nuestro lugar en el nuevo orden. Acabad con Nicolai Alkaev para que podamos eliminar la debilidad de nuestras filas.

Los cuatro hombres que estaban arriba apuntaron a Nicolai con sus rifles. Los dos hombres que flanqueaban a Dmitry lo sostuvieron con más fuerza. Por lo visto se habían encargado de que no interfiriera.

Era ahora o nunca. Anna sacó la pistola del bolso y quitó el seguro. Sólo podía rezar por que Vassily guardara una bala en la recámara porque no tenía tiempo de pelearse con la pesada corredera. Apuntó al pie de Aloysha y apretó el gatillo.

El disparo ensordecedor resonó en el recibidor. Dmitry había visto lo que Anna se traía entre manos y le costó mantener la compostura. La adrenalina le recorrió el cuerpo. En la sala, todo parecía moverse a la velocidad de la luz,

pero la mente de Dmitry iba más rápido.

Utilizando la distracción de Anna a su favor, Dmitry agarró por el cuello al hombre que tenía al lado. Apretó con fuerza los brazos hasta que oyó cómo se le partía el cuello.

Para entonces, el matón número dos se dio cuenta de lo que estaba pasando. Intentó apuntar con la pistola a Dmitry, pero antes de que pudiera siquiera apretar el gatillo, Dmitry la agarró por la corredera y la desmontó. Hundió el trozo de metal en la sien del hombre como si fuera un cuchillo. Dmitry apenas se dio cuenta del repugnante sonido.

Se le puso el vello de punta y saltó para esconderse tras una enorme vitrina antigua que contenía la colección de samovares de su padre. Unos segundos más tarde, los disparos procedentes de la galería acribillaron la madera y dieron en las antiguas reliquias de cobre. Su padre lanzó un gemido y Anna gritó. La bestia que había dentro de Dmitry gruñó al darse cuenta de que no podía salvar a ambos.

—¡Imbéciles! —gritó Aloysha—. ¡Matadlos!

—¡Ni se os ocurra! —El estridente grito de Anna podría haber destrozado un cristal—. ¡Más os vale que os larguéis de esta puta casa, o le pego un tiro en la cabeza al idiota de vuestro jefe!

Dmitry no sabía si sonreír o si maldecir ante el descarado de Anna. Echó un vistazo desde detrás de la vitrina y la vio apuntando a Aloysha a la cara. El traidor por partida doble extendió las manos a ambos lados de su cuerpo. La sangre le empapaba el pie y se veía un rastro por donde había intentado arrastrarse.

—¡Disparadla! —gritó Aloysha.

Dmitry vio que los hombres de la planta de arriba se movían con inquietud. Evidentemente se habían dado cuenta de que Anna podría pegarle un tiro sin problemas a su nuevo jefe en la cara antes de que ninguno de ellos pudiera disparar. Era obvio que no querían quedar abandonados a su suerte. Dmitry se recompuso y se asomó por el otro lado de la vitrina. Sólo unos metros más allá, Nicolai yacía con una pistola en la mano en un charco de sangre esparcido alrededor de su cuerpo.

El dolor amenazó con sobrepasar a Dmitry. No tenía forma de saber si su padre estaba vivo o muerto y ese no era el momento de descubrirlo. Lo único que importaba era acabar ese enfrentamiento antes de que Anna resultara herida.

Dmitry se tumbó boca abajo y utilizó los codos para arrastrarse hasta

donde había caído su padre. Cogió la pistola y rodó sobre su espalda. Apuntó hacia la galería de la planta alta y lanzó seis disparos en una rápida sucesión.

El ruido provocó un caos total en el piso superior. Los hombres gritaron al ser alcanzados por las perforantes balas procedentes del suelo.

Aterrorizados, retrocedieron por el pasillo. Sin duda corrían hacia las escaleras traseras que daban a una salida.

—¡Cobardes! —gritó Aloysha—. ¡Volved aquí!

—No te muevas o te meto una bala en la cabeza. —La voz de Anna estaba llena de pánico—. ¿Dmitry? ¿Dónde estás?

Dmitry se puso de pie lentamente. Caminó hacia el centro de la sala y se puso de frente a Aloysha y a Anna. Era obvio que Anna se encontraba al límite de su resistencia. Estaba temblando. Dmitry abrió la boca para decirle que podía apartarse cuando Aloysha actuó.

El estúpido traidor agarró a Anna y le dio la vuelta, girando sobre el pie sano. La empujó directamente hacia Dmitry. Ella cayó sobre él sacudiendo los brazos. La pistola salió volando de su mano y atravesó el vestíbulo. Dmitry la cogió entre sus brazos y se tiró rodando al suelo. En cuanto su hombro entró en contacto con el duro suelo de mármol, oyó cómo el arma de Anna golpeaba la sólida superficie y se disparaba.

La bala rebotó en una columna y pasó volando al lado de la cabeza de Dmitry. Sintió un dolor punzante en el cuero cabelludo cuando le rozó y le agitó el pelo antes de hundirse en la pared trasera. Se le agolparon los pensamientos mientras intentaba centrarse en el problema que tenían entre manos.

«Aloysha».

Dmitry se hizo con su propia arma y rodó en la otra dirección, intentando encontrar a Aloysha. Se oyó cómo la puerta principal se cerraba de golpe y supo que el falso traidor había huido de la casa.

—¡Dios mío, Dmitry! —lloriqueó Anna—. ¡Estás sangrando! Te sangra la cabeza. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! —En poco tiempo empezó a derrumbarse.

—Tranquila, cariño —susurró Dmitry. Dejó caer la pistola y la rodeó con los brazos. Estoy bien, sólo es un arañazo, pero tengo que ver cómo está mi padre.

—Le han disparado sus hombres. —La voz de Anna sonaba como si estuviera entrando en shock—. Le han disparado sus propios hombres.

—Ya no eran sus hombres. —Dmitry reptó hacia el cuerpo de su padre. Prácticamente ya sabía que Nicolai estaba muerto casi con toda seguridad.

Yacía inmóvil como la muerte. Dmitry le puso boca arriba con cuidado—. ¿Padre?

—Dmitry —dijo Nicolai con voz ronca—. Al menos no te he perdido a ti. Tomó la mano de su padre.

—No, estoy aquí.

—Escoge otra vida, hijo. —Nicolai apretó con debilidad los dedos de Dmitry—. Coge a tu *krasivaya devushka* y empezad una vida lejos de aquí.

Dmitry había visto cómo se apagaba la luz de mucha gente a lo largo de su vida. Nunca le afectaba con tanta intensidad, pero lloró la muerte de su padre. Dmitry besó a Nicolai en la frente con suavidad.

—¿Está muerto? —preguntó Anna en voz baja.

—Sí. —Dmitry se esforzó en ponerse de pie—. Tenemos que irnos de aquí.

Anna echó un vistazo a su alrededor, contemplando la escena de violencia.

—¿No tenemos que quedarnos para explicar las cosas? En este barrio, seguro que alguien habrá llamado a la policía.

Dmitry sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos. Se le pasó por la cabeza el extraño pensamiento de que al menos aún era capaz de sonreír.

—Tenemos que estar en cualquier lugar menos en este cuando llegue la policía, cariño.

—Ah, vale...

Su inocencia era adorable. Eso era lo que Dmitry juraba proteger. No quería que cambiara nunca. Su Anna era perfecta tal y como era.

Capítulo Quince

—Aún no me creo que te vayas a casar. —Sascha miró a su alrededor, contemplando la pequeña sala que el encargado de la Catedral de San Basilio había dispuesto para la preparación del novio—. Sigo esperando que aparezca un rayo o algo así.

Dmitry soltó un bufido. La habilidad de su primo por lo dramático no había disminuido a pesar de la reciente tragedia familiar.

—¿Es que crees que Dios me va a aniquilar por tener la osadía de casarme en una iglesia?

—¿Cuántos años has pasado asesinando a gente a cambio de dinero? —preguntó Sascha con sequedad—. Sólo te digo que tal vez deberías tener cuidado. Eso es todo.

—Ahora estoy retirado —Dmitry estaba como loco de contento de decir eso—, así que a lo mejor Dios y yo hemos llegado a una tregua.

—A lo mejor deberías darle las gracias a tu buena estrella de que sea un tipo indulgente —bromeó Sascha.

—Sabes que el hecho de que seas mi padrino no me impide estamparte el puño en la cara, ¿verdad? —Dmitry miró a Sascha con la ceja levantada.

—Pero arruinaría las fotos de la novia. —La sonrisa de satisfacción de Sascha insinuaba que esa era la menor de sus preocupaciones—. ¿Ha accedido el padre de la novia a no matarte hasta después de la boda por haber desvirgado a su hija?

—¿Cómo sabes tú que yo haya desvirgado a nadie? —Dmitry intentó sofocar la oleada de calor que le atravesó la ingle al pensar en la noche de bodas que estaba por llegar.

—¿Puedes borrar esa mirada de deseo de la cara? —Sascha le alisó las solapas de la chaqueta—. El novio no debería ir al altar con aspecto lascivo.

Alguien se aclaró la garganta. Dmitry y Sascha se giraron y vieron a Ivan Orlov en la puerta. Dmitry rezó por que el hombre no hubiera escuchado toda la conversación. No habían dicho nada demasiado ofensivo, pero se encontraba en una situación delicada con su futuro suegro.

Ivan miró a Sascha con desdén.

—¿Podría hablar a solas con Dmitry?

—Claro. —Sascha asintió educadamente y salió de la habitación.

Dmitry tuvo que contener las ganas de decirle a su primo que volviera. Habían pasado apenas tres semanas desde que el incidente en la mansión Alkaev se saldara con la muerte de Nicolai Alkaev y destruyera el clan

familiar. Se había hecho obvio de inmediato que Aloysha había usurpado el puesto de Nicolai. Sus propiedades y sus negocios estaban bajo el control de Aloysha, lo que le decía a Dmitry que llevaba tiempo planeando ese golpe maestro. Pensar en ello no le resultaba precisamente reconfortante.

—No puedo decir que apruebe la forma en que tú y mi hija comenzásteis vuestra relación —comenzó Ivan con formalidad—. Sin embargo, te estoy agradecido por haberle salvado la vida.

—Anna es una mujer increíble —dijo Dmitry con sinceridad—. Desde que la conocí, supe que nunca podría hacerle daño.

—Se parece mucho a su madre. —La expresión de Ivan se tornó casi melancólica—. Creo que tal vez me volví demasiado protector con Anna después de la muerte de su madre. No quería perder el último vínculo que me quedaba con Vashti. Anna tiene la misma luz interior y el mismo modo de ver el mundo que su madre. Es algo raro y he visto estas últimas semanas que comprendes el valor de un don así.

—Así es. —Dmitry se preguntó adónde quería ir a parar con todo eso. Ivan soltó aire lentamente; parecía casi incómodo.

—Sé que tu familia está hecha pedazos. Confío en que puedas proteger a Anna de Aloysha.

—Lo haré. —Dmitry casi deseaba que esa alimañan hiciera algún movimiento, aunque no quería poner en riesgo la seguridad de Anna.

—Pero a veces la protección de una familia como la mía puede ser la diferencia entre estar seguro o expuesto. —Las solemnes palabras de Ivan no se correspondían con su sonrisa—. No espero que desempeñes el mismo papel que en la organización de tu padre, pero me gustaría ofrecerte un lugar en la mía.

Dmitry no pudo evitar recelar.

—¿Qué lugar?

—Me gustaría contratarte para ser el guardaespaldas permanente de mi hija. —El tono de Ivan era travieso—. Vassily dice que se niega a seguir encargándose de ella.

—No logro imaginar por qué —dijo Dmitry sin molestarse en esconder su diversión—. Lo ha dejado hecho polvo.

—Y a ti te hará lo mismo. —Ivan le dio una palmada en el hombro—. Ahora tienes que darte prisa. El cura ya está mascullando sobre la hora y el sacrilegio.

Dmitry puso una mueca.

—Sin duda ha estado hablando con Sascha.

Los dos hombres rieron juntos mientras salían de la diminuta antesala hacia el vestíbulo de la iglesia. Sascha se reunió con ellos justo antes de que entraran a la catedral en sí. La belleza del lugar era sobrecogedora. Dmitry entendía perfectamente por qué Anna lo había escogido para su boda. Los cuadros antiguos, los mosaicos de brillantes colores y la tranquila atmósfera de seguridad y protección atraían incluso al alma agotada de Dmitry.

Había muy pocos invitados a la boda. Dmitry tomó su lugar con Sascha cerca de la nave y miró hacia el largo pasillo. Dmitry y Anna habían decidido que la boda fuera una ceremonia tranquila para evitar cualquier drama más relacionado con el deseo de Aloysha de exhibir su poder entre los clandestinos del lugar.

El plan era casarse y partir rápidamente a una larga luna de miel. Dmitry no se había mostrado precisamente contrario a la idea. Pasar noche tras noche con Anna en lugares remotos iba a ser muy interesante. Además, ella tendría la oportunidad de ver y dibujar todo lo que había anhelado experimentar la mayor parte de su vida.

La música del órgano de la iglesia se intensificó y Dmitry vio a la prima de Anna, Katya, comenzar el paseo por el pasillo. Esa había sido la única petición que Anna le había hecho a su padre. Quería compartir su día especial con la única amiga de verdad que tenía.

A su lado, Dmitry oyó que Sascha resoplaba. Katya no había tardado mucho en abrirse paso bajo la piel de Sascha. Ahora Dmitry esperaba que ninguno interrumpiera la ceremonia con su drama antagónico.

—Esa descarada no lleva medias debajo del vestido —gruñó Sascha—. ¿Quién hace eso en una boda?

—¿Alguien que intenta enfadarte? —sugirió Dmitry. Empujó a su primo con la punta del zapato de vestir—. Una palabra y recupero la idea de estamparte el puño en la cara.

—No me importaría —se mofó Sascha—. ¿Qué sentido tiene? Esa mujer es una perversa sin remedio.

Dmitry contuvo una mueca.

—Y tú también.

El pequeño cura con su sotana blanca les lanzó una mirada asesina, así que Dmitry cerró la boca. La música del órgano se hizo más intensa mientras Ivan acompañaba a Anna por el pasillo hacia él. Verla con el vestido de bodas, largo y sin mangas, era fascinante. El vestido blanco acentuaba sus

curvas y le hacía tener pensamientos lujuriosos; pensaba en sostenerle sus pechos turgentes y en deleitarse en su plenitud.

«Tres semanas es demasiado».

El brillo de los ojos azules de Anna dejaba entrever que ella se encontraba en la misma situación. Su padre la había mantenido encerrada desde aquella noche en la mansión de los Alkaev. Los dos habían estado constantemente acompañados. Sin duda alguna iba a ser una noche de bodas digna de recordar.

Anna se giró y se acercó a Dmitry. Necesitaba que le desabrochara los botones del vestido.

—¿Te acuerdas de algo de la ceremonia?

—Me acuerdo de haberte besado. —Le posó los labios sobre el hombro desnudo, haciendo que un escalofrío le recorriera la espalda—. El resto da igual.

Probablemente Anna debería estar disfrutando de la ostentosa suite nupcial, con sus techos abovedados, el sofisticado mobiliario y el crepitar de la chimenea. Sin embargo, cualquier admiración del hotel iba a tener que esperar hasta que hubiera calmado su deseo por el hombre que ahora era su marido.

El corpiño del vestido se deslizó por su torso cuando el último botón quedó desabrochado. Se lo bajó por las caderas y lo lanzó a un montón en el suelo. Debería haberlo recogido y guardado en su sitio, pero en ese momento eso no le importaba.

—Eres preciosa —le dijo.

Le pasó los dedos por la columna. Su contacto le ardió como si fuera fuego. Una ola de calor en la entrepierna la dejó jadeando de deseo. Anna tocó su pecho desnudo. Se alegró de que se hubiera quitado la camisa. Le encantaba tocarlo y recorrer los tatuajes que le cubrían los brazos y los hombros.

—Te deseo, Anna. —Su tono era áspero, pero su expresión mostraba ternura.

Anna se mordió el labio inferior, sintiéndose embriagada de lujuria por ese hombre.

—Te diría que me tomaras, pero creo que es mi turno.

Dmitry levantó una de sus oscuras cejas.

—¿De verdad?

Ella no respondió; en lugar de eso, le desabrochó los pantalones y se los bajó a la vez que le quitaba la ropa interior. Se arrodilló frente a él y quedó directamente delante de su dura erección. Contempló su cuerpo y vio que él también la estaba observando. Era demasiado tentador.

Le provocó pasando la punta de la lengua por la punta de su miembro con suavidad. Él gimio y su sexo se flexionó. El movimiento hizo que el pene rebotara ligeramente. Ella lo agarró con ambas manos y se lo metió en la boca hasta el fondo de la garganta. Giró la lengua sobre el prieto contorno y se deleitó al notar las manos de él en el pelo.

Succionó y le lamió como si no pudiera saciarse. Su sabor almizclado le hizo perder la razón. Una gota de fluido apareció en el minúsculo agujero de la punta. Ella la chupó con la lengua, saboreando el gusto salado. Entonces empezó a meter y sacar el pene de su boca, meciendo la cabeza para aumentar el ritmo y la succión.

—Para, Anna, por favor. Quiero correrme dentro de tu cuerpo. —Sus músculos transmitían tensión y ella supo que estaba peligrosamente cerca del límite—. Necesito estar dentro de ti.

—Túmbate en la cama —le ordenó Anna.

Dmitry se quitó del todo los pantalones y los calzoncillos. Tardó menos de cinco segundos en llegar a la cama y tumbarse boca arriba.

Los pechos de Anna se alzaban al ritmo de su respiración entrecortada. Su vagina estaba empapada de fluido. Nunca antes se había sentido así. Era hora de reclamar a su marido. Deseaba ese momento más que ninguna otra cosa en la vida.

Anna metió los pulgares en la goma de sus bragas y se las bajó por las piernas. Se quedó sólo con las medias altas blancas y los tacones. Había algo muy obsceno en subirse a la cama llevando sólo la lencería blanca de la boda. Esa era la noche de bodas con la que había soñado.

—Te quiero, Anna —dijo Dmitry con voz ronca—. Para mí no hay nadie más. Nunca habrá nadie más. ¿Lo entiendes?

Ella asintió. No tenía palabras para decirle cómo se sentía en realidad, sólo acciones. Colocó las manos sobre su torso esculpido, le pasó una pierna por encima del cuerpo y apretó su sexo húmedo contra su erección.

—Joder, Anna. Te necesito tanto...

Le agarró las caderas con las manos.

Ella dejó que guiara sus movimientos, cerró los ojos y se dejó llevar por

el ritmo de su cuerpo. Movi6 las caderas y desliz6 los pliegues abiertos de su vagina sobre su erecci6n. La punta de su pene encontr6 su abertura. Se retorci6 un poco y dej6 escapar un gemido de placer cuando se calm6 y sinti6 c6mo la penetraba profundamente.

Anna se detuvo un momento. Le gustaba tenerlo as6, estir6ndola, abri6ndola. Sus m6sculos internos se flexionaron y se ajustaron a su contorno; entonces, 6l arque6 la espalda y la embisti6, llegando a6n m6s adentro. Ella fue en contra de 6l. Se movieron as6, bailando hacia adelante y hacia atr6s mientras la fricci6n los llevaba a ambos al l6mite.

Anna ech6 la cabeza hacia atr6s y sinti6 que los pechos le rebotaban con cada embestida de 6l. Los peque6os pezones se le pusieron erectos. Dmitry estir6 la mano para agarrarle los pechos y los apret6, amasando la c6lida carne.

—¡Dmitry! —gimi6—. Estoy llegando. Estoy cerca. C6rrete conmigo. C6rrete conmigo, por favor. —Sus palabras se convirtieron en gritos agudos y balbuceos incoherentes.

—Eso es, amor —gru6o Dmitry—. Hazme tuyo.

Sus palabras la llevaron al l6mite. «Suyo». Dmitry la pertenec6a. Ese era su momento, su hombre y su oportunidad de tocar el cielo. Anna cerr6 los ojos y los apret6, dejando que el orgasmo la invadiera.

Grit6 extasiado cuando sus m6sculos estallaron en espasmos ondulantes del cl6max. El placer le invadi6 el cuerpo hasta que no sinti6 m6s que el latido del pene de Dmitry mientras se corr6a con ella. Hundi6 los dedos en sus caderas, la apret6 con contra s6 y empuj6 con fuerza. El calor y la calidez de su orgasmo llenaron a Anna de felicidad.

La oleada de pasi6n de ambos se esfum6, convirti6ndose en un cosquilleo que hizo que se sintiera bastante aturdida. Anna se recost6 sobre el pecho de Dmitry. Su pene a6n permanec6a en su interior; su calidez le daba una sensaci6n placentera. No ten6a mucha experiencia con el sexo, pero para ella hab6a sido jodidamente incre6ble. Pod6a deberse a que acababan de casarse, o tal vez a algo totalmente distinto.

—A lo mejor deber6amos esperar otras tres semanas para hacerlo y ver qu6 ocurre —brome6 pensativa.

Su risa hizo que Anna rebotara un poco sobre su pecho.

—Voy a votar en contra de esa idea.

—¿De verdad? —Tamborile6 los dedos sobre su pecho distra6idamente.

6l le enred6 los dedos en el pelo.

—La práctica hace la perfección.

—Sigamos practicando. —Le acarició con la nariz, adorando la idea de pasar el resto de su vida disfrutando de cada minuto con él—. Creo que en algún momento podremos alcanzar la perfección en las próximas décadas.

Dmitry puso a Anna boca arriba.

—Como desees.

FIN

[HAZ CLIC AQUI](#)

para suscribirte a mi newsletter para lanzamientos de libros exclusivos, actualizaciones y más.

Table of Contents

[Tabla de Contenido](#)

[El bebé inesperado del seductor multimillonario](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Epílogo](#)

[OTRA HISTORIA QUE TE PODRÍA GUSTAR](#)

[Su Asesino de la Mafia](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)